

E-117

SOBRE LOS ORIGENES DE LA SOCIOLOGIA EN CATALUNYA

Las aportaciones de los anarquistas (1864-1910)

Tesis doctoral realizada por Teresa TORNES

Dirigida por el Dr. D. Antoni JUTGLAR

Presentada en la Facultad de SOCIOLOGIA - UNIVERSIDAD DE

DEUSTO

Sant Cugat del Vallès, junio de 1986

INDICE

0. INTRODUCCION

1. LOS ORIGENES DE LA SOCIOLOGIA EN CATALUNYA

- 1.1. Perspectiva de su introducción en el mundo académico

2. EL CONTEXTO HISTORICO DEL ANARQUISMO EN CATALUNYA

- 2.1. La década 1840-1850 y el impacto del pensamiento del socialismo utópico

- 2.1.1. La influencia de Cabet en Catalunya

- 2.1.2. Las revueltas populares de la década

- 2.1.3. Las primeras noticias sobre la Ciencia Social

- 2.1.4. J. Balme y R. de La Sagra

- 2.1.5. Los primeros estudios sobre la clase obrera en Catalunya

- 2.1.6. Los primeros balbuceos del socialismo español

- 2.2. Pi y Margall y el anarquismo

- 2.2.1. El ideario anarquista de Pi y Margall

- 2.2.2. El camino hacia el anarquismo

- 2.3. Anarquismo y Movimiento Obrero

- 2.3.1. La Primera Internacional

- 2.3.2. El Congreso Obrero de 1870 y los Congresos de la FRE y la FTRE

3. LAS BASES DE LA IDEOLOGIA ANARQUISTA

- 3.1. El pensamiento de los padres del anarquismo

- 3.1.1. William Godwin

- 3.1.2. Pierre Joseph Proudhon

- 3.1.3. Mijail Bakunin

- 3.1.4. Aleksey Petrovitch Kropotkin
- 3.2. Elementos y contexto configuradores de la ideología anarquista
 - 3.2.1. Las ideas de Ciencia y Progreso
 - 3.2.1.1. Las ideas de Ciencia y Progreso en Proudhon
 - 3.2.1.2. Las ideas de Ciencia y Progreso en Bakunin
- 3.3. Los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya
 - 3.3.1. Las contradicciones de la década 1880-1900
 - 3.3.2. Modernismo y Anarquismo
 - 3.3.3. Algunos apuntes biográficos de interés
- 4. LA SOCIOLOGIA DE LA EPOCA
 - 4.1. La Sociología Europea
 - 4.1.1. Saint-Simon
 - 4.1.2. Comte
 - 4.1.3. Spencer
 - 4.1.4. Marx
 - 4.2. La Sociología en Catalunya
 - 4.2.1. El positivismo en Catalunya
 - 4.2.1.1. Algunos estudios sobre la condición obrera de la época
 - 4.2.2. El catolicismo social en Catalunya
 - 4.2.2.1. Ignacio M. de Ferran
 - 4.2.2.2. La sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés
 - 4.2.2.3. Otras respuestas conservadoras a la cuestión social
 - 4.2.2.4. Los Congresos Nacionales Católicos

4.2.3. El regeneracionismo en Catalunya

4.2.3.1. El Congreso Sociológico de Valencia

4.2.3.2. La Comisión de Reformas Sociales

4.2.3.3. El Instituto Social y el Museo Social de Barcelona

4.2.3.4. Santiago Valentí Camp

5. LA SOCIOLOGIA DE LOS ANARQUISTAS EN CATALUNYA

5.1. La obra sociológica de los ideólogos anarquistas catalanes

5.2. Los Certámenes Socialistas

5.2.1. El Certamen de Barcelona

5.3. F. Tarrida del Mármol

5.4. Las revistas de Sociología

5.4.1. Algunas precisiones sobre el Análisis de Contenido

5.4.2. "Acracia"

5.4.2.1. Valoración del sumario

5.4.2.2. El contenido de "Acracia"

5.4.3. "Ciencia Social"

5.4.3.1. Valoración del sumario

5.4.3.2. El contenido de "Ciencia Social"

5.4.4. "Natura"

5.4.4.1. Valoración del sumario

5.4.4.2. El contenido de "Natura"

5.4.5. Consideraciones finales sobre el contenido de las tres revistas

6. CONCLUSIONES

6.1. Consideraciones finales

6.1.1. La Sociología de los anarquistas y su
paradoja

6.2. Algunas aportaciones

7. BIBLIOGRAFIA

INDICE

Apéndice n.1: Prospecto del primer número de "LA FEDERACION"

Apéndice n.2: Carta de FARGA PELLICER a BAKUNIN

Apéndice n.3: CATECISMO DEL INTERNACIONAL.- RUDIMENTOS DE
CIENCIA SOCIAL

Apéndice n.4: Discurso de I.M. de FERRAN: PRINCIPIOS DE
CIENCIA SOCIAL

Apéndice n.5: Sumario de la revista "ACRACIA"

Apéndice n.6: Convocatoria del CERTAMEN SOCIALISTA DE BARCE
LONA

Apéndice n.7: Portada, dedicatoria, sumario de SOCIALISMO Y
ANARQUISMO del P. Antonio VICENT.- Prólogo de
Ciríaco M. Sancha

Apéndice n.8: Sumario de la revista "CIENCIA SOCIAL"

Apéndice n.9: Sumario de la revista "NATURA"

Apéndice n.10: Folleto del INSTITUT SOCIAL

Apéndice n.11: Sumario de VICISITUDES Y ANHELOS DEL PUEBLO
ESPAÑOL de Santiago Valentí Camp

Apéndice n.12: Relación de la colección de la "BIBLIOTECA
SOCIOLOGICA INTERNACIONAL"

Apéndice n.13: Relación de la colección de la "BIBLIOTECA
MODERNA DE CIENCIAS SOCIALES"

0. INTRODUCCION

0. INTRODUCCION

La presente investigación tuvo entre sus principales motivos iniciales el de averiguar que había de cierto sobre una posible presencia del conocimiento de la Sociología entre los anarquistas que desarrollaron su actividad en Catalunya. El tema tenía su interés porque conocer la Historia siempre ha servido para conseguir una mejor comprensión del presente. Por otra parte, de la Sociología se dice que es una de las ciencias que mejor sirve para explicar el presente. Por lo tanto, en principio, no parecía demasiado fuera de lugar, el encontrar unas posibles explicaciones a la situación actual de la Sociología en Catalunya, a través de la Historia de sus orígenes.

Las primeras aproximaciones al tema estuvieron guiadas, pues, por una incipiente hipótesis que sostenía la esperanza de comprobar como en el ámbito catalán, los impulsores de la Ideología ácrata conocieron y/o utilizaron la Sociología. Conocimiento y utilización que de resultar cierta, propiciaría el que tales impulsores pudieran ser reivindicados, de algún modo, como configuradores de una de las vías de penetración de la ciencia social catalana. De ahí que todo el estudio quedara orientado hacia el siguiente objetivo: delimitar dentro de la aportación histórica de los anarquistas, los elementos que dibujaron su contribución a la Historia de la Sociología en Catalunya y por consiguiente en España.

Los primeros tanteos tuvieron, por consiguiente, un enfoque básicamente histórico y se concretaron casi exclusivamente

en una búsqueda bibliográfica. En esa búsqueda resultó fundamental el libro de Renée Lamberet Mouvements Ouvriers et Socialistes. Chronologie et Bibliographie (L'Espagne 1750-1936) (1), pieza esencial de la información y documentación sobre los movimientos sociales del s. XIX español. Su extensa bibliografía, ordenada cronológicamente, permitió la elaboración de una primera lista de referencias generales demasiado extensa e inconexa pero suficientemente útil. Utilidad que en este caso servía únicamente para corroborar muy ligeramente la idea inicial. Esta corroboración, por muy sorprendente que pudiera parecer, permitía afirmar la plausibilidad de la idea dado que parecían existir suficientes indicios documentales. Con tales indicios, no era aventurado presuponer que en el último tercio del siglo pasado, los hombres y mujeres ligados a la corriente anarquista del movimiento obrero catalán, utilizaron el conocimiento de la Sociología. De ahí que además pudiera decirse que, en cierta manera, los anarquistas tuvieron un lugar entre los pioneros de la ciencia social catalana.

Muchos eran, sin embargo, los interrogantes que debían responderse ante tales afirmaciones. Por ello pareció lógico tratar de afrontarlos, desde el comienzo, con una doble perspectiva. En primer lugar, con el fin de realizar una aproximación descriptiva del fenómeno, se era consciente de la necesidad de enfocar el estudio históricamente. El tema requería construir un amplio marco de referencias que incluyera de manera básica el surgimiento del anarquismo en el movimiento obrero catalán. Surgimiento que debía ser examinado a través de los acontecimientos e influencias ideológicas, que incluso con anterioridad hicieron posible la aparición de tal movimiento. Al mismo tiempo, parecía ineludible

conocer los rasgos característicos de la propia ideología ácrata. Y en especial de aquellos factores que la convirtieron en una de las máximas defensoras de las ideas de ciencia y progreso. A continuación, todo parecía indicar que era también preciso delimitar los canales de introducción del conocimiento sociológico en Catalunya. Canales en los que destacaba grandemente el impacto y la interpretación de la presencia de Spencer.

Con todo ello, desde un principio, se intuía que la necesidad de construir un marco tan amplio con un enfoque netamente histórico podía lastrar el resultado final de toda la investigación. Pues aunque se pretendía que tal enfoque no fuera exclusivo era inevitable que resultara ser el mayoritario, decantando el peso de todo el estudio. A ello había de ayudar, sin lugar a dudas, el hecho de que el director del mismo fuese un reconocido especialista en Historia Social Moderna y Contemporánea (2) y concretamente en el campo que aquí se trataba. Pero no es éste todavía el momento de citar los inconvenientes.

Precisamente, en un intento por trascender la anécdota histórica que definía la presencia de la Sociología en los anarquistas catalanes, se planteó, tal como ya ha sido comentado, una segunda línea de análisis. Línea que debía ir encaminada hacia la comprensión de los múltiples factores que de algún modo habían de explicar el fenómeno. Esto representaba centrar el tema dentro del contexto general de los orígenes de la Sociología en el ámbito catalán y por extensión lógica en el español. Por lo tanto se trataría de llevar también a cabo un estudio, paralelo al de tipo histórico, pero desde una óptica promovida esta vez por los pro-

plos sociólogos. Esta optica habria de facilitar, más allá de la génesis histórica de esos orígenes, la explicación a toda una serie de cuestiones que entroncarían el tema con la denominada Sociología del Conocimiento. Y muy especialmente con la parte de esa especialidad que se dedica al estudio de los condicionamientos sociales que generan el conocimiento.

Con este planteamiento se pretendía lograr una ampliación de los motivos iniciales de la investigación, dirigiéndola hacia uno de los campos que mayor interés presenta dentro del complejo entramado de los objetos de estudio sociológicos: el de la también conocida como Sociología de la Sociología. Sin embargo, se sabía también, desde un comienzo, del mismo modo que se conocía el riesgo del enfoque histórico, que tal razonamiento podía parecer gratuito o cuando menos irrelevante. Al comenzar estas líneas se comentaba que uno de los objetivos aceptados como propio de la ciencia sociológica era la explicación del presente. En Catalunya, no se requieren grandes investigaciones para conocer el estado de precariedad por la que ha atravesado hasta hace poco, e incluso podía afirmarse, atraviesa la Sociología. Situación que cabe destacar como premisa fundamental en tanto que dificulta extraordinariamente cualquier investigación en este sentido (2bis). Por otra parte, se intuía además que una de las hipótesis que subyacen en esta investigación, pero que hubiera necesitado de otros caminos para validarla, es la de que un conocimiento sólo se fortalece y se hace viable si se institucionaliza académicamente. Ante lo cual, parece obvio recordar que la Sociología en Catalunya todavía no se ha institucionalizado (3) y es igualmente obvio que los anarquistas no fueron académicos ni tan siquiera merecieron la consideración de "cultos". Por lo que en consecuencia, parecía

plausible entroncar la posible futilidad de la anécdota histórica sobre los orígenes de la ciencia social, en el contexto general de un estudio que tratase de profundizar el porqué de la mencionada situación de precariedad.

Pasando en esta breve introducción a complementar estas primeras referencias temáticas con otras metodológicas, desde esta óptica, cabe consignar ante todo las dificultades que una investigación de este tipo debe afrontar. En primer lugar se trata de un estudio no plenamente interdisciplinar, pero sí abocado a navegar entre las aguas del pozo sin fondo de la Historia y de los complejos e indefinidos senderos de la Sociología. En general, el recorrido ha sido en todo momento deudor de esta dualidad. Además, tal como ya se ha comentado, la necesidad de construir un amplio marco de referencia ha generado una gran afluencia de datos históricos. Pues tales datos son, a diferencia de los sociológicos, mucho más abundantes y accesibles. Características ambas que se han hecho extensivas en las dos líneas básicas del estudio y que de alguna manera lo han condicionado.

A todo lo dicho, debe añadirse otra dificultad que surge precisamente de la dualidad señalada. Esta investigación a pesar de trabajar mayoritaria y fundamentalmente con datos históricos no es una investigación histórica, en sentido estricto. Lo que significa que esos datos son utilizados primordialmente como datos secundarios en un intento por reformular el problema en cuestión, a la luz del interés de la Sociología. De ahí que no quepa hablar de nuevos datos o de hallazgos históricos porque ni los hay ni era éste un objetivo a tener en cuenta. Todos los documentos que han servido para realizar el estudio habían ya sido tratados con ante-

rioridad por diversos historiadores. Y aquí lo que se ha intentado es establecer una nueva línea de lectura, generalmente no utilizada por los especialistas en Historia, y perfectamente útil para los interesados en la Sociología. Con el añadido singular, de que estos últimos especialistas, salvo honrosas excepciones, no se habían fijado hasta ahora en las posibilidades del tema, incluso en los casos de análisis concreto de la génesis de esta ciencia en España y/o Catalunya.

La necesidad de aproximación panorámica al tema ha sido, sin duda alguna, otra de las circunstancias adversas bajo la que ha sido necesario llevar a cabo este estudio. Adversidad que igualmente se deriva de la propia acotación de su objeto, que es por definición extenso. De este modo, la relativa comodidad de un estudio en profundidad ha debido ceder el paso a un repaso amplio de los múltiples factores que condicionan la presencia de la ciencia social entre las premisas del primer movimiento libertario en España. Repaso que se ha afrontado con la insatisfacción que da el saber que algunos trazos han sido tratados con superficialidad. Pero en el que a pesar de todo se ha procurado extraer el mayor número de factores posiblemente implicados. Esta dificultad, sin embargo, no ha afectado a uno de los puntos claves de la investigación. Pues aunque, después de todo lo comentado hasta ahora, resulta evidente el gran peso histórico que la ha marcado, no ha sido éste el factor requerido a la hora de puntualizar en qué consistía la Sociología de los anarquistas. Ya que este punto clave ha sido resuelto mediante la técnica del análisis de contenido de una serie de documentos producidos por los ácratas catalanes y que ellos mismos calificaron como "Revistas de Sociología".

Tras estas precisiones, cabe tan sólo comentar cuales han sido los caminos que se han recorrido para llevar a cabo la cumplimentación de los objetivos propuestos. En primer lugar y tras la elaboración de una primera lista bibliográfica, (con las referencias extraídas del libro de Lamberet citado) se trató por todos los medios de acotar en términos más precisos las fuentes documentales. A continuación, tras una confrontación de esa primera lista con otros materiales como la Bibliografia dels Moviments Socials a Catalunya, País Valencià i les Illes y el ICTINEU. Diccionari de les Ciències de la Societat als Països Catalans (4) se pasó a confeccionar una lista provisional de textos de referencia general y de documentos concretos para llevar a cabo la línea histórica del estudio (5). Al mismo tiempo, con el fin de cumplimentar la línea más sociológica, se inició asimismo una búsqueda de referencias en el campo de la Historia de la Sociología. De donde se derivó más específicamente hacia cualquier tipo de literatura escrita por sociólogos sobre los orígenes de esa ciencia.

A partir de entonces, y tal como el esquema previsto demandaba, se inició el trabajo mediante el desarrollo de un primer capítulo destinado a enmarcar las bases de la perspectiva sociológica de la investigación. Es decir, se llevó a cabo la exploración, lo más sistemática posible, de todo lo escrito en torno a los orígenes e Historia de la Sociología en España y/o Catalunya. Exploración en la que se fueron poniendo de manifiesto las presencias y ausencias de corrientes y autores que han merecido consideración histórica. Con-

sideración que a su vez ayudó a perfilar una primera tipología orientadora de las tendencias que han quedado fijadas como forjadoras de la Sociología en este país. A partir del examen de tales tendencias, era posible aventurar, además, los criterios de pertinencia académica que habían ido configurando el conocimiento sociológico. Hipótesis, que como se recordará, permanecía implícita en el planteamiento de la perspectiva sociológica de esta investigación. Concluido este primer avance, la anécdota histórica que había motivado inicialmente el estudio, continuaba manteniendo su interés. Por lo que era obligado contextualizarla cronológica e ideológicamente.

Era preciso, pues, comenzar a construir el amplio marco histórico que permitiera describir el cómo y posiblemente el porqué de unos anarquistas pioneros de la Sociología en Catalunya. En primer lugar se elaboró un capítulo que recogiera la mayor información posible en torno a los antecedentes históricos del movimiento obrero catalán. Haciendo especial hincapié en aquellos acontecimientos, (revueltas populares, luchas por el derecho a la asociación, etc.), y aquellos idearios, (principalmente el de los socialistas utópicos), que hicieron viable la aparición del anarquismo. En ese mismo contexto, se destacó asimismo la aparición de unos primeros nombres (La Sagra, Balmes) y unos primeros estudios (Fellip Monlau, Cerdà, etc.), que pueden considerarse como configuradores de los primeros brotes de la ciencia social catalana. Atención especial se dedicó también a la figura de Pi y Margall reconocido como padre del anarquismo español. Y por último, se consideró la importancia que para esa ideología y ese movimiento tuvo la Primera Internacional, revisando además la serie de Congresos Obreros, (principalmente el

celebrado en Barcelona en 1870) que tal asociación generó entre los obreros españoles.

A renglón seguido, el contexto de los antecedentes históricos fue convenientemente ampliado con el estudio de los elementos definidores de la propia ideología anarquista. Así, se revisaron el pensamiento y las obras de los padres de tal ideología, (Godwin, Proudhon, Bakunin y Kropotkin). Resaltando de manera primordial la relevancia de las nociones de ciencia y progreso que tan fundamentales resultaron ser. Este capítulo se completó con el examen de la vida y obra de quienes fueron, en realidad, los principales ideólogos ácratas en Catalunya. Capítulo que incluyó asimismo una ampliación de la coyuntura histórica en la que desarrollaron sus actividades. Coyuntura en la que era conveniente destacar las contradicciones libertarias entre pensamiento y acción, (la década 1880-1890) y el momento de confluencia entre el anarquismo y algunos intelectuales, (modernistas, generalmente), fascinados por tal ideología.

La delimitación del marco histórico e ideológico se movió paralelamente, a partir de entonces, con la continuación y ampliación de la perspectiva sociológica iniciada en el primer capítulo. Eso quiere decir, que tras un breve repaso por los pioneros de la Sociología europea, (Saint-Simon, Comte, Spencer, Marx), se entraba de lleno en el análisis de los caminos que habían sido ya definidos como propiciadores de la ciencia social catalana. Dicho análisis comprendía el examen de la corriente positivista, con mención especial hacia Pere Estasén, Pompeu Gener y algunos de los primeros estudios sobre las condiciones de vida obrera del momento. Se detenía en la revisión de la corriente del catolicismo so-

cial, primordial para entender el posterior desarrollo de la Sociología catalana. Tendencia en la que se analizaba el relevante papel de figuras como la de Ignacio M. de Ferran, entidades como la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés y acontecimientos como el IV Congreso Nacional Católico de Tarragona. Completándose este capítulo con el seguimiento de la corriente regeneracionista. Corriente en la que se señalan como hitos fundamentales la repercusión que tuvo en la vida catalana tanto la celebración del Congreso Sociológico de Valencia, como la constitución de la Comisión de Reformas Sociales. Y se resaltaban de manera especial las primeras aportaciones de la burguesía catalana de corte moderado ante la "cuestión social". Reivindicando de forma clara la figura del sociólogo catalán Santiago Valenti Camp. Figura, que de alguna manera, dado el desconocimiento que ha merecido su obra, (fundamentalmente divulgadora de la Sociología del momento), corrobora la hipótesis sobre el conocimiento académico, que subyace en esta investigación.

Tras este largo recorrido se llegaba por fin al núcleo central del estudio: la sociología de los anarquistas en Catalunya. Para resolverlo, nada mejor que llevar a cabo el análisis de la obra sociológica producida por los ideólogos en cuestión. Parecía coherente con la propia ideología ácrata considerar tan sólo la obra elaborada colectivamente. De ahí que salvo la excepción de F. Tarrida del Marmol, (tratado a parte por su especial singularidad), se examinara exhaustivamente el contenido de los dos Congresos Socialistas (Reus, 1885 y Barcelona, 1889) y las tres colecciones de revistas, ("Acracia", "Ciencia Social", "Natura"), que siempre fueron consideradas como "Revistas de Sociología". Algunas preci-

siones sobre la elaboración de la técnica de análisis de contenido utilizada, así como la relación completa de los textos escogidos y unas consideraciones finales sobre la valoración de lo recogido terminan este capítulo. Capítulo que, de este modo, recoge la evidencia de unos pioneros del anarquismo en Catalunya interesados por la Sociología. De las contradicciones, paradojas, reivindicaciones y olvidos que tal certeza plantea han surgido las conclusiones de esta investigación. Conclusiones que finalizan con un breve apartado destinado a poner de manifiesto algunas de las ideas y sugerencias que a partir de ella nacen y que aquí, no han podido ser tomadas en cuenta, y que pueden constituir la base de futuras investigaciones.

No sería correcto terminar esta introducción sin citar los fondos documentales que fueron examinados para poder realizar este estudio. Principalmente, son los correspondientes a las bibliotecas siguientes: Ateneo Barcelonés, Biblioteca de Catalunya, Biblioteca Arús, Biblioteca Pública Universitaria, "Arxiu Municipal d'Història" de Barcelona y Centro de Documentación Histórico y Social del Ateneo Enciclopédico Popular de esa misma ciudad. En un plano secundario, también han sido utilizadas: la Biblioteca del "Institut Catòlic de Ciències Socials de Barcelona" (ICESB), la de la "Facultat de Lletres de la Universitat Autònoma de Barcelona" y la Biblioteca y Hemeroteca de la "Facultat de Ciències Econòmiques" de esa misma Universidad. Cabe citar también el eficiente "Servei Interbibliotecari" de la "Biblioteca del Rectorat" de esa misma Universidad que tanto facilitó la tarea de búsqueda y captura de documentos de difícil acceso. Así como el apoyo prestado por José Luis Iturrate, que proporcionó las primeras ideas sobre el tema y ayudó siempre. Ca-

simir Martí, que atendió algunas dudas sobre los orígenes del anarquismo y Pere Anguera que actuó de amable anfitrión en el "Centre de Lectura de Reus". Sin olvidar por ello las diversas obras y materiales que diversas personas, entre ellas muy especialmente el Director de la tesis - profesor Antoni Jutglar -, me han permitido consultar y utilizar con abierta generosidad y compañerismo.

Por último cabe también destacar la beca que la Fundació Jaume Bofill brindó en su día para iniciar este trabajo.

NOTAS DE LA INTRODUCCION

- (1).- R. Lamberet - Mouvements Ouvriers et Socialistes. Chronologie et Bibliographie (L'Espagne 1750-1936), Paris, 1953.
- (2).- Se trata de A. Jutglar, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Málaga y profesor honorario de la Universidad de Barcelona. En situación de licencia por estudios en Barcelona, durante el período de realización de la presente tesis. Al profesor Antoni Jutglar no hace falta presentarlo; colaborador de la Historia de España "Menéndez Pidal"; autor de libros de gran difusión en Biblioteca RTVE, básicamente su prestigio y magisterio se basa en Federalismo y Revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall, Barcelona, 1966; Los burgueses catalanes, Barcelona, 1966 (con sucesivas ediciones en 1972 y 1984. La última muy ampliada y con el título de Historia crítica de la burguesía en Cataluña); Les classes socials a Catalunya, Barcelona, 1967; Ideologies y clases en la España Contemporánea, 2 vols., Madrid, 1968-1969; Pi y Margall y el federalismo español, Madrid, 1975-1976; La Catalunya del segle XX, vols VII y VIII de la Història de Catalunya CUPSA-Planeta, Madrid, 1983, etc., así como estudios preliminares, introducciones, prólogos, artículos de revistas científicas, etc., sobre Pere Corominas (Homenaje Maravall), Rovira y Virgili, Serra y Moret, Dr. Felip Monlau, Dr. Joaquín Salarich, Almirall, Pi y Margall, Puig y Savall, I. M. Ferrán, etc...
- (2bis).- Véase a este respecto Consideracions sobre la crisi actual de la Sociologia, de Joan Estruch y Salvador Cardús, publicado en el "Butlletí Informatiu" de la Fundació Jaume Bofill, Barcelona, 1984. Existe también como separata.
- (3).- Cabe añadir en honor a la verdad que el próximo curso 1986-87 comenzará a funcionar una nueva Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, (tan sólo de segundo ciclo), en la Universidad Autónoma de Bellaterra.
- (4).- Giralt, E.- Balcells, A.- Termes, J.- Bibliografia dels moviments socials a Catalunya, País Valencià i les Illes, Barcelona, Laia, 1972; ICTINEU. Diccionari de les Ciències de la Societat als Països Catalans, Barcelona, 1979.
- (5).- Textos y referencias debidas a autores tales como A. Jutglar, C. Martí, J. Termes, J. Alvarez Junco, R. Pérez de la Dehesa, entre otros. O documentos de la época

como las revistas anarquistas "Acracia", "Ciencia Social", "Natura", los escritos de I. M. de Ferrán, el Padre Vicent, Pérez Pujol y Valentí Camp, por sólo citar algunos, sin ánimo de exhaustividad. Documentos y textos que serán convenientemente referenciados en sus apartados correspondientes.

1. LOS ORIGENES DE LA SOCIOLOGIA EN CATALUNYA

1. LOS ORIGENES DE LA SOCIOLOGIA EN CATALUNYA

Tal como ya se ha comentado en las notas introductorias, una primera reflexión sobre la presencia de un cierto conocimiento de la Sociología, en el anarquismo catalán, derivó hacia el enfoque de una línea no tan histórica y sí más sociológica de la investigación. Línea que se concretó, en unos primeros momentos, en la búsqueda de cuáles habían sido los principales estudios realizados hasta el momento sobre los orígenes de esta ciencia, en este país. El entroncar ambas cuestiones, desde un principio, parecía lógico y era cuando menos interesante y razonable. Tal argumentación iba ciertamente acompañada de la curiosidad por conocer los motivos y la trayectoria, por los que unos grupos de obreros y por lo tanto, según la óptica que domina habitualmente en el discurso cultural, "un grupo de hombres y mujeres no cultos" llegaron a conocer una disciplina considerada "culta". Fenómeno que a no dudarlo requería investigar, además del hecho en sí, el marco de referencia que hizo posible la aparición de esta ciencia social.

En la búsqueda de tales estudios, no hace falta insistir en que más allá del interés por conocer quienes habían sido los sociólogos ancestros, la razón fundamental provino, en primer lugar, de la curiosidad por descubrir como apareció, en un espacio y en un tiempo determinados, el conocimiento sobre "lo social". Y en segundo lugar, surgió, de la necesidad de saber cuales fueron los condicionamientos socio-históricos que han hecho posible todo lo apuntado. De este modo, al tiempo que se encontraba una posible explicación para la hipótesis principal, se podía conseguir, alguna idea que ayu-

dase a interpretar el porqué de la situación actual de la Sociología en Catalunya. Interés y curiosidad que en definitiva derivaban, de un móvil tan antiguo como la existencia de las propias ciencias sociales: tratar de definir y acotar cual es su verdadero objeto de estudio. Callejón sin salida al que suelen acudir los sociólogos cuando no encuentran otros caminos en los que perderse.

Pero en esta ocasión, si parecía existir un camino, cuya guía podría ser el siguiente razonamiento: si se acepta que los primeros anarquistas catalanes jugaron algún papel en los orígenes de la Sociología en Catalunya, se trataría de averiguar cuál fue ese papel y porqué surgió. Para recorrer tal camino era prudente comprobar, en primer lugar, qué bibliografía existía sobre el tema de los orígenes de esta materia en el área catalana. Comprobación que una vez efectuada, no resultó ser muy alentadora, pues el fruto de lo obtenido mostraba un gran desacuerdo con la opinión de Comte, según la cual: "...no se conoce completamente una ciencia mientras no se conoce su historia" (1). Ya que efectivamente, las únicas aportaciones a la cuestión son al parecer: ICTINEU. Diccionari de les Ciències de la Societat als Països Catalans; algunos estudios sobre la obra sociológica de Balles, Llovera, Torras y Bages; unas breves e interesantes referencias, en el apartado sobre España, escrito por E. Boix Selva para la Enciclopedia Universal Ilustrada de Espasa-Calpe, y un pequeño artículo de F. Mercadé sobre la enseñanza de las ciencias sociales en la primera Universidad Autónoma de Barcelona, durante la Segunda República (2). A partir de ahí, las posibles explicaciones, que satisfagan el menguado interés de los sociólogos catalanes por conocer su propia historia, escapan evidentemente a los objetivos del

presente estudio. Contexto, en el que simplemente se apunta como posible hipótesis, la idea de que tal fenómeno pueda deberse, entre otras razones, a las dificultades y a la falta de consolidación que ha padecido la Sociología en Catalunya desde sus comienzos, tanto a nivel de reconocimiento científico como académico. Inconvenientes que, sin lugar a dudas, han afectado a sus profesionales y a la disciplina que cultivan de tal manera, que, los esfuerzos que han debido realizar para poder sobrevivir, no les han permitido posiblemente mirar atrás y dirigir sus reflexiones y análisis hacia quienes fueron y que obras elaboraron sus antecesores.

En cualquier caso, cabe decir que para iniciar el conocimiento de cuales fueron los orígenes de la Sociología en Catalunya, no sirve ceñirse simplemente al marco catalán como único punto de partida. Sino que parece, por el contrario razonable tratar de ampliar ese marco a todo el contexto español. Pues ese contexto, posiblemente facilite, dada su mayor amplitud, un panorama referencial con un mayor bagaje informativo. Bagaje que ha de servir además para poner en evidencia, si es que existen, las desigualdades territoriales entre los ritmos e intensidades de aparición del conocimiento en cuestión. Y efectivamente, sobre los orígenes de la Sociología referidos a toda España, si pueden encontrarse un mayor número de estudios e intereses dedicados al tema. Estudios de los que, a continuación y sin pretender ningún tipo de exhaustividad, se citarán algunos de los más destacables, clasificados para esta ocasión de la siguiente manera:

En primer lugar, los estudios que pueden ser considerados como visiones globales o panorámicas sobre

la aparición de la Sociología en España. Para este caso, el punto de referencia, como primera consulta obligada, es el artículo de E. Gómez Arboleya - Sociología en España - (3), del que todos los demás trabajos son deudores en alguna medida. Deuda de la que sin embargo debe exceptuarse el artículo que Fernando de los Ríos escribió en 1930 para la Encyclopedia of Social Sciences, lógicamente sobre la Sociología en España, así como el capítulo que sobre ese mismo tema apareció en la Historia del Pensamiento Social de H. E. Barnes y H. Becker (4). En este primer apartado, también puede incluirse el capítulo de A. Mendizábal titulado La Sociología Española en el libro compilado por G. Gurvitch y W. Moore, Sociología del Siglo XX (5); el artículo ya citado de Boix Selva de la Enciclopedia Universal de Espasa Calpe (5bis); el apéndice escrito por J.L. Iturrate para el diccionario La Sociología (6), y, en cierto modo, el estudio realizado al respecto por Amando de Miguel en 1972 (7).

. En segundo lugar, cabría considerar las investigaciones realizadas en torno a figuras relevantes de los primeros momentos de la Sociología española. Véase como ejemplos los estudios sobre La Sagra, Balmes, Sales i Ferré, Posada, Costa (8), o lo escrito por Martín-Granizo, sobre algunos pro-hombres de la reforma social conservadora de la época de la Restauración (9).

. En tercer lugar, podrían clasificarse los trabajos sobre algunas de las corrientes de pensamiento que posibilitaron el surgimiento de la Sociología en España. Sería el caso, por sólo citar algunos ejemplos, del análisis de Elías Díaz sobre el krausismo (10) y del de Núñez Ruiz sobre el positivismo (11). Tema este último en el que tam-

bién podría quizás citarse, a pesar de no estar referido concretamente a España, el capítulo escrito por C. Moya en Sociólogos y Sociología (12).

. En cuarto lugar, habría que añadir los estudios que se basan en relaciones bibliográficas, más o menos extensas, sobre la producción sociológica española. Sería el caso, entre otras, de las realizadas por J. Díez Nicolás (13), por Jesús de Miguel (14), e incluso del artículo de J. Cazorla, sobre los estudios empíricos (15), publicado en la desaparecida "Anales de Sociología".

. Por último, para completar esta lista de referencias generales, podrían citarse, como ilustración de la heterogeneidad de enfoques con que han sido abordados los estudios sobre los orígenes de la Sociología en España, el artículo de Perpiñá Rodríguez sobre la enseñanza universitaria de esta ciencia (16) y el apéndice de J. Castillo, dedicado a los inicios de la Sociología industrial española en Historia de la Sociología de G.D. Mitchell (17).

Una vez enumerados y clasificados tales estudios, parece oportuno tratar de analizar qué características tienen en común todos los componentes de este conjunto de materiales y cuales son las lagunas que presentan, con el fin de encontrar algunos datos que continuen orientando el camino marcado. Pero es obvio que antes de llevar a cabo tal análisis, resulta previo tratar de definir qué se entiende, en la presente investigación, por Sociología o cuando menos qué se entiende por sociólogo. Ya que tal empeño, además de proporcionar la necesaria clarificación conceptual, obligatoria en

cualquier trabajo, puede servir también, para mostrar la existencia de unas primeras pistas que inicien la comprobación de la hipótesis planteada. Hipótesis que como se recordará pretende evidenciar la presencia de la Sociología, en el pensamiento de los anarquistas catalanes del último cuarto del siglo XIX. En este punto, parece innecesario añadir que los dos conceptos - Sociología y sociólogo - han sido utilizados en función de los objetivos concretos de esta investigación y que precisamente por ello, las definiciones utilizadas no desean mantener una validez que supere tales objetivos. Premisa redundante que sólo pretende, en definitiva, justificar la evidente laxitud de las definiciones propuestas. Pues aun a riesgo de reivindicar en demasía la arbitrariedad, debe añadirse que el criterio de ambigüedad ha resultado ser, en este estudio, un instrumento imprescindible para la definición de dos de sus conceptos claves.

La mencionada ambigüedad surge de reconocer lo que sigue: La crítica que en su día - 1941 - realizara Medina Echavarría sobre la situación de la Sociología española, sirve paradójicamente en esta ocasión y además a la perfección, para cumplir los objetivos de definición que aquí se mencionan. En otros términos, el argumento central de esa crítica proporciona, precisamente, la amplitud conceptual requerida para calificar como sociólogos a cuantos se dedicaron con especial atención al estudio de "lo social", en el último periodo de cambio de siglo. Las palabras de queja de Medina Echavarría hacían referencia a que tanto en el mundo científico como en el mundo académico, se había otorgado el título de sociólogo "con ilimitada generosidad y por falta de otro mejor, a cualquiera que en forma teórica o práctica tenía algo que ver, de lejos o de cerca, con cualquier aspecto de

la realidad social" (18). Párrafo, que esta investigación se propone leer con la connotación positiva adecuada, con el fin de poder usarlo para señalar que bajo esa "ilimitada generosidad" también es posible incluir a los anarquistas protagonistas del presente trabajo. Pues también ellos se interesaron por "lo social", como tantos otros juristas, filósofos e ideólogos y por lo tanto también a ellos cabe otorgarles el "título" de sociólogo.

Es decir, el reproche de Medina Echavarría, podría ser leído del modo siguiente: cualquier persona interesada en "lo social" - y éste fue un tema candente en la época de estos pioneros del anarquismo - movida bien por el afán de reforma del orden social vigente, bien por el deseo de cambio radical, puede ser considerada como sociólogo. Por lo que la pretendida lectura "positiva" de la mencionada argumentación no parece tan disparatada aunque se sea consciente de que tal laxitud conceptual apenas resulta admisible en el contexto del conocimiento sociológico actual. No obstante, como desagravio, se pretende lograr el perdón de tal inconveniente, reivindicando unas palabras que desde que Destutt de Tracy las escribiera no han dejado de mantener su vigencia: "las ciencias ideológicas, morales y políticas, son después de todo, ciencias como las otras, con la pequeña diferencia de que aquellos que nunca las han estudiado están de tan buena fe persuadidos de saberlas que se creen en estado de pronunciarse sobre ellas" (19).

Con tales palabras, el impulsor de "les idéologues" planteaba, en el lejano 1801, uno de los problemas de fondo que en el futuro habrían de marcar el complejo mundo de las ciencias sociales en general y de la Sociología en particular.

Problema que por otra parte nunca las ha abandonado y que remite de nuevo a la dificultad ya citada de delimitación de su verdadero objeto de estudio. El presente estudio no puede ni pretende obviar tal problema y de lo que ha tratado hasta el momento es de establecer unas mínimas precisiones conceptuales que en este punto se dan por concluidas.

1.1. PERSPECTIVA DE SU INTRODUCCION EN EL MUNDO ACADEMICO

Cumplimentadas las propuestas de definición, de qué se entiende por Sociología y de quienes son considerados sociólogos, parece posible reemprender el análisis de los diversos estudios clasificados y enumerados, en el anterior apartado. De la lectura detenida de los mismos se desprenden efectivamente tanto una serie de ideas comunes como algunas interesantes omisiones. Coincidencias y omisiones que convierten en necesario el llevar a cabo algunas matizaciones sobre la cuestión que aquí se trata. Entre las coincidencias, quizás las más sobresaliente sea la que hace referencia al acuerdo - casi general en todos los estudios - sobre el hecho de que la Sociología nace en España de la mano de la burguesía. Clase social que, como es ampliamente sabido, culmina la imposición de su poder político y económico en la etapa de la Restauración borbónica. Este acuerdo como es lógico suponer, tiene su expresión en la cita, por parte de los autores de esos estudios, de toda una serie de pensadores y hombres de acción política, que en el último cuarto del siglo XIX, dedicaron sus esfuerzos a lograr un cierto número de reformas sociales.

Pero para lograr una mayor profundización en las matizaciones antes anunciadas no cabe duda que es mejor aprovechar un argumento que se deriva de una afirmación del propio Gómez Arboleya, en su artículo reseñado. Según ese argumento para realizar un estudio de la historia de la Sociología, tanta importancia tienen las ausencias como las presencias, o según lo dicho, las coincidencias y las omisiones (20). Siendo

en esta ocasión, las ausencias u omisiones detectadas altamente significativas para la comprobación de la hipótesis de trabajo planteada. En efecto, salvo pocas excepciones, en concreto el apéndice de Iturrate y de algún modo el estudio sobre el positivismo de Núñez Ruiz y el capítulo escrito por Mendizábal, de las demás referencias puede afirmarse que en ningún momento consideran la posibilidad de otros pensadores - no cultos - u otras acciones - no académicas - viabilizadoras de la Sociología en España. Y por lo tanto puede ya apuntarse un doble hecho: en primer lugar, que la mayor parte de estudios sobre los orígenes de la Sociología en España coinciden en afirmar el origen burgués de esa ciencia, y en segundo lugar, que precisamente por ello, casi todos - las excepciones son las ya mencionadas - omiten la presencia de los anarquistas en esos orígenes.

Una posible argumentación válida para explicar esas ausencias puede encontrarse en la introducción que Carlos Moya escribió para su Sociólogos y Sociología. En esas páginas, al hablar de qué es la Sociología apunta: "La Universidad, como sistema institucional que controla el desarrollo y transmisión de la Ciencia, funcionando en el marco global de una cierta estructura social, constituye a la par la máxima posibilidad inmediata y el máximo obstáculo inmediato al proceso de racionalización científica de una sociedad" (21). Proceso de racionalización que incluye evidentemente el conocimiento de la génesis de la Ciencia. Por lo que de algún modo esa argumentación sirve para explicar la omisión de unos "protagonistas" que a pesar de estar presentes, tuvieron que contar con el "obstáculo" de quedar ausentes del "sistema institucional que controla el desarrollo y la transmisión" del conocimiento científico. Ausencia que con

posterioridad, al parecer se hizo extensiva además a cuantos historiadores y estudiosos de esa ciencia se mostraron interesados por analizar sus orígenes.

Tal fenómeno de omisión, si se continua matizando, da como resultado, asimismo, la constatación de que las ausencias existentes en los estudios reseñados, van ligadas a una serie de factores que pueden resultar suficientemente significativos: la clase social de los que han sido olvidados y su filiación ideológica. O dicho de otro modo, los protagonistas de la ausencia eran obreros y artesanos en su mayoría, teniendo en cuenta la composición de la estructura social de la época y eran además anarquistas. Cuestión que aun a riesgo de parecer simplista pone de manifiesto, una vez más, otra de las problemáticas más interesantes a tener en cuenta en el análisis del contenido y del origen del conocimiento científico y académico: los criterios de pertinencia y las distintas dinámicas que se generan en torno a esos dos tipos de conocimiento. Pero esta problemática que como es obvio, si puede interesar a la hora de hacer la historia de la Ciencia en general y de la Sociología en particular, tanto en España como en Cataluña, en esta investigación se pretende únicamente dejarla apuntada, dada su complejidad.

Sin embargo, con el fin de continuar aseverando las ideas mantenidas hasta ahora, quizás convenga examinar más detenidamente el contenido concreto de los estudios en cuestión. Para ello, parece correcto comenzar por analizar los trabajos, que en la anterior tipología establecida, hacen referencia al marco español. Y de entre ellos, limitar además el detalle a los estudios clasificados en primer lugar, que como se recordará dan, por encima de todo, una visión panorá-

mica o global. Gómez Arboleya, como ya ha quedado dicho, marcó escuela con su artículo. En ese texto fijó, en concreto, el esquema de ideas-base sobre lo que fueron los orígenes de la Sociología en España. A saber: la aparición de esta ciencia social fue ligada, a su criterio, a la eclosión de la sociedad moderna, que surge tras la Revolución burguesa. En España, a pesar de las debilidades de esta clase social, derivadas del fracaso de su Revolución, los pensadores que mejor conectaron con el hálito renovador del nuevo orden social fueron lógicamente los primeros sociólogos. De entre ellos, destacaron los procedentes del krausismo, y posteriormente, los deudores del catolicismo social, junto a aquellos que desde diversas disciplinas introdujeron el positivismo, en la manera de hacer ciencia. Como es de suponer, los nombres de Francisco Giner, de Gumersindo de Azcárate, de Severino Aznar, de Sales i Ferré e incluso Posada, de Unamuno y Dorado Montero son correcta y profusamente estudiados. Salvo que en el caso de estos tres últimos, el autor no consideró pertinente citar sus obras sobre o en colaboración con los anarquistas (22).

Continuando las matizaciones, puede verse como en el capítulo escrito por Mendizábal, son calificados de "meros aficionados a los temas sociales" quienes se dedicaron a esos temas, con anterioridad a 1918. Para este autor, la Sociología científica española no aparece hasta después de la primera guerra mundial. Criterio que puede discutirse e incluso compartirse, pero que aquí interesa destacar porque pese a esos reparos, Mendizábal enumera a Joaquín Costa, Ortega y Gasset, Angel Ganivet y Unamuno, como cuatro nombres a destacar de entre esos primeros "aficionados". Enumeración a la que añade además, su opinión sobre el porqué de tal tardanza: la

"raíz deontológica de la psique hispánica". Cuestión que a su criterio es una de las dificultades esenciales que impidieron el desarrollo posterior de la Sociología en este país. Tan metafísica afirmación, sin embargo no le impide destacar la importancia que tuvo la creación del "Instituto de Reformas Sociales", para contrarrestar ese tipo de dificultades. Pues Mendizábal no deja de reconocer como cierto el que esta entidad actuó como impulsora de la corriente práctica del incipiente pensamiento sociológico, en el último cuarto del siglo XIX. E incluso añade a ese primer pensamiento tanto la corriente procedente del socialismo, como la derivada del catolicismo social, ya que en ambas reconoce la virtud de ser asimismo contribuyentes a la realización de los primeros estudios sociológicos. Y es precisamente en este punto, donde en una nota a pie de página, cabe reconocerle que resalta la contribución del movimiento proletario, aunque lo reduzca a la cita de una única referencia. En concreto, El Proletariado Militante del anarquista Anselmo Lorenzo (23).

El artículo de Boix Selva, escrito para la Enciclopedia Universal Ilustrada, analiza el panorama español de la Sociología a lo largo de un recorrido que recoge y resume las principales tendencias de la Sociología en los países occidentales, a finales de la década de los años 50. Como es lógico suponer, incluye unas breves referencias a los orígenes españoles de esa ciencia. Pudiendo decirse que su visión de esos orígenes es una síntesis de las posiciones de Gómez Arboleya y Mendizábal, aunque quizás con una ligera inclinación a destacar el papel de la corriente católica. La ausencia de los anarquistas es también notoria aunque cabe matizar que cita erróneamente a P. Gori (en realidad se trata

del italiano Pietro Gori) como uno de los autores españoles "entre los seguidores de las doctrinas socialistas y anarquistas cultivadores de la sociología (...) que se dedicaron al estudio de estas materias, aunque con cierta imprecisión y con una extraordinaria confusión con las cuestiones meramente políticas" (23bis).

Amando de Miguel, en su prolífica carrera de publicista, escribió en 1972, como ya ha quedado dicho, Sociología o Subversión. El interés de este libro, en el presente contexto matizador, radica en que en él aparecen unos capítulos que tratan de ampliar la información aportada por el artículo de Gómez Arboleya. En el capítulo titulado Las tribulaciones de una nueva ciencia, o la historia de una frustración, tras mostrar su acuerdo básico con las líneas generales de lo expuesto por su predecesor, anota dos olvidos. El primero, el de la figura del catedrático de Derecho Penal, Quintiliano Saldaña, y el segundo, mucho más significativo para los intereses de esta investigación, el del catalán Santiago Valentí Camp, (sociólogo catalán, prácticamente desconocido y cuya obra y personalidad serán referenciadas más detalladamente en el capítulo dedicado a la Sociología en Catalunya). Pero es precisamente en el capítulo titulado Algunas Frustraciones de los llamados sociólogos, donde de Miguel expresa sus propios criterios sobre los orígenes de la Sociología española, y por lo tanto el que resulta más interesante destacar en relación a los objetivos de este análisis. Según las propias palabras del autor, "La discusión sobre si hubo o no Sociología en la España de la Restauración es bastante huera: no podía haberla" (24). Ello debido a que "la Sociología nace de una élite intelectual en un medio burgués (y...) es la ausencia de una burguesía secularizada y pode-

rosa lo que incapacita la penetración de la Sociología en la España de comienzos de este siglo" (25). Argumento fundamentado en la opinión que de Miguel tiene, en 1972, sobre esta ciencia social: el conocimiento sociológico para poder ser considerado como tal, ha de ser seguidor de "... la gran Sociología empírica norteamericana" (26). Siendo por lo tanto cierto, a partir de tal supuesto, que una disciplina de tales características sólo se dio en España a partir de la década de los años 50' de este siglo. Otra cosa es, que tal como él mismo debe reconocer, su hipótesis sobre el origen burgués de la Sociología española parece contradecirse con sus posibles constataciones empíricas. Ya que, efectivamente, los datos no parecen favorecer a Barcelona y a Bilbao, dado que tales ciudades fueron los primeros y únicos centros en tener una nueva clase burguesa industrializada, como cunas reales de esta ciencia social. Muy al contrario la empiria parece conducir a Madrid, "gran centro de clase media tradicional", en palabras del autor, y a Granada, "lugar aún más destacado por la estructura pre-industrial". Contradicción que el seguimiento de la corriente empírica norteamericana, no parece, una vez más, resolver con claridad.

El apéndice escrito por Iturrate para el diccionario La Sociología es uno de los documentos menos conocidos y de más completa información de todos los aquí citados. Es además, como ya se ha dicho, el único que al hacer un largo recorrido histórico por los posibles orígenes de esta disciplina, cita explícitamente a los anarquistas (27). Los sitúa, en concreto, tras haber hablado de Balmes, La Sagra y Cerdà en la protohistoria. Según el criterio de Iturrate, existieron tres fases iniciadoras de la Sociología como ciencia que se sucedieron a partir de 1870. Siendo el krausismo, el positi-

vismo y el regeneracionismo, las principales orientaciones del pensamiento que hicieron viables tales fases. A todo ello, cabría añadir además, según este autor, otras tres líneas del pensamiento social y político de la época, para poder completar la panorámica histórica de estos orígenes: la línea católica, la anarquista y la socialista. Acerca de la línea anarquista, que es la que aquí interesa, cita la ya mencionada obra de Anselmo Lorenzo, la Sociología anarquista de Federico Urales y los Problemas trascendentales: estudios de sociología y ciencia moderna de Fernando Tarrida del Marmol, entre otras.

Este apéndice es asimismo un texto de gran interés para delimitar las diversas y posibles vías de aparición de la Sociología en Catalunya, (propósito que a nivel general se plantea esta investigación). Así, al citar los antecedentes de esta disciplina como ciencia, da noticia de la conferencia que en el Ateneo Barcelonés pronunciara Ignacio M. de Ferran, titulada Principios de Ciencia Social, que será convenientemente referenciada en el ya citado capítulo sobre la Sociología en Catalunya. Del mismo modo, da cuenta, al tratar de la corriente regeneracionista de la figura y la obra de Torras i Bages y de Valentí Almirall. Completando este bosquejo de los primeros pasos de la ciencia social catalana, con una breve nota sobre el ya citado Valentí Camp. Nota en la que añade una breve información sobre la figura de Ignacio Valentí Vivó - padre del anterior - que fue un buen continuador de la tradición de médicos higienistas que en Catalunya, iniciaron nombres como el Dr. Felip Monlau y el Dr. Salarich (28).

No sería correcto, terminar este apartado sobre cuales son las principales presencias y ausencias que contienen los estudios sobre los orígenes de la Sociología en España, de carácter panorámico, sin aplicar el mismo análisis a los textos producidos, con esa misma óptica, en el ámbito catalán. Pese a la comentada escasez, cabe resaltar que en el de mayor importancia - el ICTINEU - pueden leerse algunos datos de interés. Así, en la primera parte del apartado "Sociología" se menciona que la sociedad filosófica catalana del siglo XIX era antiescolástica. A continuación, Salvador Salcedo - autor de esta primera parte - cita breve y sucintamente las figuras de Balmes, Torras i Bages, Sales i Ferré, Gabriel Palau y José M. Llovera como las más relevantes de la etapa de los orígenes de esa ciencia en Catalunya. Brevedad que en cierto modo es paliada, en el apartado sobre "Trabajo", escrito por Jordi Estivill. En él, este sociólogo catalán, apunta la posible existencia de cinco grandes corrientes originadoras de la Sociología del trabajo, en Catalunya. De entre las cinco, la primera hace referencia al movimiento obrero y en ella destaca las aportaciones de los socialistas utópicos y de los anarquistas, citando concretamente a F. Tarrida del Marmol. No existen más estudios panorámicos sobre la génesis de esta ciencia, dedicados exclusivamente al ámbito catalán que se remonten al siglo XIX, salvo si se consideran las breves referencias del artículo de Boix Selva. Artículo que, en general, proporciona abundante información sobre el desarrollo posterior de la Sociología catalana, española y occidental. Boix destaca la existencia en esos orígenes de una "...escuela sociológica catalana", de honda raigambre balmesiana, que tiene la personalidad de mayor relieve en el obispo de Vich, Torras y Bages (1846-1916)" (28bis). Esta escuela tendrá continuación con Gabriel

Palau, S.I. y José M. Llovera, con lo cual los nombres de estos destacados representantes de la corriente católica quedan como únicos protagonistas de los primeros pasos de la ciencia social en Cataluña.

El capítulo que Salvador Giner escribió sobre la posible historia de la Sociología (29) está dedicado concretamente al desarrollo de esa ciencia en España durante el franquismo. En esas páginas, Giner tan sólo hace referencia a los orígenes para hacerlos emanar exclusivamente del krausismo y de los krausistas, pareciéndole Posada el sociólogo de mayor valía. No hay ninguna referencia dedicada explícitamente a los orígenes en Catalunya, salvo la cita del "krausista catalán Manuel Sales i Ferré" como uno de los pioneros. Los restantes estudios referenciados sobre los orígenes de la Sociología en Catalunya, pertenecen a otros grupos de la clasificación establecida, que no van a ser considerados.

En cualquier caso, en la lista de presencias y en especial, de las ausencias detectables en los trabajos reseñados, tanto en el marco español como en el catalán, parecen confirmarse, a grandes rasgos, las dos ideas básicas, apuntadas al comienzo de este apartado. Es decir, por una parte todos coinciden en afirmar el origen burgués de la Sociología. Podría incluso concretarse que tal coincidencia se pone de manifiesto también en el acuerdo mostrado en torno a las corrientes de pensamiento que delimitaron tal origen. A saber: krausismo y regeneracionismo, positivismo y catolicismo social. Mientras que por otra, salvo los casos ya contabilizados como excepciones, todos se muestran como firmes seguidores de la dinámica engendrada por el conocimiento académico e ignoran la presencia de los anarquistas. Parece haber

por lo tanto un matiz destacable en los criterios de pertinencia utilizados en el análisis de tales orígenes, al que habría que añadir además el simple desconocimiento de la propia Historia, si el análisis se concreta al ámbito catalán.

De la constatación de ambas cuestiones arranca, en primer lugar el posible interés de la presente investigación. Interés basado, esencialmente, en resaltar la anécdota histórica de la presencia de los anarquistas en los orígenes de la Sociología. Anécdota que de resultar cierta ha de servir para matizar los criterios de pertinencia citados y para ampliar los conocimientos históricos sobre la ciencia social catalana. Pero, que en segundo lugar, también se mantiene por el deseo de poner de manifiesto la aparente contradicción que encierra el planteamiento dominante en la mayor parte de los estudios publicados sobre los orígenes de la Sociología en España. Es decir, si la Sociología, lógicamente nace de la mano de la burguesía, como es que en Catalunya, esta ciencia - si como es de esperar se cumple la hipótesis principal de esta investigación - puede decirse que aparece por primera vez, de manera más clara, en las filas obreras que en las burguesas. A lo que debe añadirse que si el mencionado planteamiento de esos estudios se cumpliera, Catalunya debería haber sido la cuna, por excelencia, de esta disciplina en España y todo parece indicar que no fue así. Quizás alguno de los motivos de que tal planteamiento dominante sea en el fondo contradictorio pueda salir a la luz, cuando se examinen las corrientes de pensamiento que mayoritariamente hicieron posible la Sociología en España, así como su desigual incidencia en la sociedad catalana. Desigualdad que posiblemente sea la clave para tratar de explicar los distintos ca-

minos por los que surgió la Sociología catalana. Pero de todo ello se tratará más adelante.

Como último punto de este capítulo, sólo cabe precisar, que la idea del origen exclusivamente burgués de la Sociología española, preconizada académica y centralizadamente, si resulta cierta si se plantea en términos de la consolidación de esa ciencia y no sólo de su estricta aparición. Pues es a todas luces cierto, que la Sociología se ha consolidado en España, y lógicamente en Catalunya, sólo cuando ha existido una sociedad predominantemente industrializada y gracias a las demandas de la clase burguesa, fuese cual fuese su grado de fortaleza o debilidad. Siendo asimismo cierto que es en torno a esa clase social que ha girado su posterior desarrollo, sea cual sea su grado de intensidad. Por lo que a todo lo dicho puede añadirse lo siguiente: si la hipótesis principal de esta investigación se resuelve satisfactoriamente habrá que matizar las ideas en torno a ese origen burgués antes comentado. Pues podrá decirse que en Catalunya, las cosas sucedieron de distinto modo. Ya que será cierto que, en el momento de la aparición de la Sociología, los anarquistas - movimiento e ideología eminentemente obreros y artesanos - contribuyeron a hacerla nacer, pero resulta evidente que no ayudaron a consolidarla. El porqué de tal situación también tratará de analizarse más adelante. Pues, como ya ha quedado dicho, y aquí vuelve a repetirse, en este estudio los posibles matices de interés histórico corren paralelos al afán por poner además de relieve la pertinencia de figuras y obras, no consideradas, con anterioridad, suficientemente relevantes y/o válidas.

NOTAS DEL CAPITULO 1

- (1).- Comte, A.- Curso de Filosofía Positiva, (Lecciones 1 y 2), Barcelona, 1984, pág.62.
- (2).- En el ICTINEU, ob. cit., véase la entrada "Sociología" firmada conjuntamente por Salvador Salcedo, Joan Estruch y Salvador Giner. Véase asimismo el apartado "Trabajo", firmado por Jordi Estivill.- Sobre Balmes, puede verse, entre otros estudios, el número monográfico Balmes y los social de la "Revista Internacional de Sociología", n.22- 23, que en 1948 se publicó, con motivo del primer centenario de su muerte. Asimismo, el estudio de Auhofer, H. - La Sociología de J. Balmes, Madrid, 1959 y el artículo de M. Fraga - Balmes, fundador de la sociología positiva en España, Vic, 1955.- Sobre J.M. Llovera, véase especialmente el prólogo de E. Boix Selva a la octava edición de su Tratado de Sociología Cristiana, Barcelona, 1953.- Sobre Torras y Bages, puede verse Martín Brugarola - Sociología cristiana del Dr. Torras y Bages (En el centenario de su nacimiento), Barcelona, 1947.- El artículo de Boix Selva está publicado en el Suplemento 1957-58 de la Enciclopedia Universal Ilustrada de Espasa-Calpe con el encabezamiento "Sociología", Madrid, 1961; existe también como separata titulada Tendencias actuales de la Sociología.- El artículo de F. Mercadé se titula Les ciències socials a la Universitat Autònoma de Barcelona en "Papers", n.6, Barcelona, 1977.
- (3).- En "Revista de Estudios Políticos", n.98, Madrid, 1958, pág.47-83.
- (4).- Barnes, H.-Becker, H. - Historia del Pensamiento Social, México, 1945.
- (5).- Mendizábal, E. - Sociología del Siglo XX, Barcelona, 1965 (2a ed), pág.343-357.
- (5bis).- Véase la referencia en nota n.2 del presente apartado.
- (6).- Iturrate, J.L. - Sociología en España. Notas para su Historia en el diccionario de Cazeneuve, J.-Victorofe, D. - La Sociología, Bilbao, 1975, pág.548- 618.
- (7).- Miguel, A. de - Sociología o Subversión, Esplugues Llobregat, 1972.
- (8).- Sobre La Sagra, véase, entre otros, los siete artículos de Carmelo Viñas en la "Revista Internacional de

Sociología", n.14, 15-16, 17, 20, 21, 22, 23, titulados, Las doctrinas sociales de Ramón de La Sagra, publicados desde 1946 a 1949; el artículo de Legaz Lacambra - Ramón de La Sagra, sociólogo español - en esa misma revista, n.14, 1946, y el clásico estudio de M. Núñez Arenas, Don Ramón de La Sagra, reformador social, Madrid, 1924.- Sobre Balmes, véase lo dicho anteriormente en la nota n.2.- Sobre Sales i Ferré, el estudio de Manuel Núñez Encabo, Los orígenes de la Sociología en España, Madrid, 1976 y el posterior de R. Jerez Mir, La Introducción de la Sociología en España, Madrid, 1980.- Sobre Posada, el estudio de F. Laporta, Adolfo Posada. Política y Sociología en la crisis del liberalismo español, Madrid, 1974.- Sobre la vertiente sociológica de la obra de Costa, entre otros, los artículos de Legaz Lacambra, titulados, El pensamiento social de Joaquín Costa, en "Revista Internacional de Sociología", n.18, 19, 1947.

- (9).- Martín-Granizo, León, Biografía de Sociólogos Españoles, Madrid, 1963.
- (10).- Díaz, Elías, La Filosofía social del krausismo español, Madrid, 1973.
- (11).- Núñez Ruiz, Diego, La mentalidad positiva en España: Desarrollo y Crisis, Madrid, 1975.
- (12).- C. Moya, El positivismo y los orígenes de la Sociología, en Sociólogos y Sociología, Madrid, 1970, pág.13-47.
- (13).- Díez Nicolás, J. - Bibliografía de Sociología en lengua castellana, Granada, 1973 y Díez Nicolás, J - Pino Artacho, J. del - Gobernado Arribas, R., Cincuenta años de Sociología en España. Bibliografía de Sociología en lengua castellana, Málaga, 1984.
- (14).- Miguel, J. de - Moyer, Melissa, G., Sociology in Spain, en "Current Sociology", vol.27, n.1, 1979 y Una Bibliografía de los orígenes de la investigación social en España (hasta 1956) en Sociología española de los años setenta, Madrid, 1971, artículo con el que el autor pretende poner al día el trabajo de Gómez Arboleya, antes citado.
- (15).- Cazorla, J.- Estudios empiricos de Sociología Española en "Anales de Sociología", n.3, 1967.
- (16).- Perpiñá Rodríguez, A.- La enseñanza de la Sociología y la Universidad Española en "Revista Internacional de Sociología", n.8, 1944.

- (17).- Castillo, J. - Apuntes para una historia de la Sociología Española, apéndice en Historia de la Sociología de G. D. Mitchell, Madrid, 1973, vol.2, pág.109-144.
- (18).- Citado por Mendizábal, A., ob. cit., pág.344 de Medina Echavarría, J. - Sociología: teoría y técnica, México, 1941, pág.151.
- (19).- Citado por Duverger, M. - Métodos de las Ciencias Sociales, Barcelona, 1962, pág.13, de Destutt de Tracy - Elemente d'Idéologie, 1a. parte, 1801. Véase asimismo A. Naess, Historia del Término "Ideología", desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx" en I. L. Horowitz, Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento, vol.I, Buenos Aires, 1968 (2a ed), pág.23-37.
- (20).- Gómez Arboleya, E., ob. cit., pág.48.
- (21).- Moya, C., ob.cit., pág.4.
- (22).- A. Posada estuvo interesado en el estudio del anarquismo español. Ya que como más adelante se analizará más detenidamente, la atmósfera intelectual de finales del siglo XIX, no permaneció indiferente ante tal ideología. Una muestra del interés de Posada por el anarquismo es el artículo titulado Sociología y Anarquismo, escrito para la "Revista General de Legislación y Jurisprudencia", n.84, 1894. Tema que al parecer también fue motivo del estudio que presentó en el primer Congreso Internacional de Sociología, según puede leerse en G. La Iglesia, Caracteres del Anarquismo en la Actualidad, Barcelona, 1907 (2a ed), pág.10. Para mostrar las relaciones de Unamuno o de P. Dorado Montero, véase más adelante el capítulo sobre la Sociología de los Anarquistas y concretamente el apartado dedicado a la revista "Ciencia Social".
- (23).- Mendizábal, A., ob. cit. pág.353.
- (23bis).- Boix Selva, ob. cit. pág.1383.
- (24).- Miguel, A. de, ob.cit., pág.69.
- (25).- id., pág.69.
- (26).- id., pág.42.
- (27).- Iturrate, J.L., ob. cit., pág.572.
- (28).- Tradición que como se verá más detenidamente, en el próximo capítulo, puede ser considerada como uno de los elementos impulsores de los primeros estudios sociológicos en Catalunya.

(28bis).- Boix Selva, ob. cit. pág., pág.1382.

(29).- Giner, S., Vicisitudes e indigencias de la sociología española en Varios autores, La cultura bajo el franquismo, Barcelona, 1977.

2. EL CONTEXTO HISTORICO DEL ANARQUISMO EN CATALUNYA

2. EL CONTEXTO HISTORICO DEL ANARQUISMO EN CATALUNYA

Para tratar de comprender el porqué de la utilización de un posible conocimiento sociológico por parte de los anarquistas catalanes, objetivo central de la presente investigación, se hace preciso examinar las raíces de la aparición del anarquismo en Catalunya. Ideología que tiene su raíz en el pensamiento de los socialistas utópicos y que según C. Martí (1959), queda plenamente definida en la década iniciada en 1870 y se consolida en el período posterior, coincidiendo con el final del siglo XIX.

Pero para llevar a cabo tal examen, resulta inevitable plantear un estudio de tipo histórico, concretamente de Historia Social, que tal como aquí se define, corre el peligro de no quedar bien resuelto. Ya que, a pesar de no se olvidan las recomendaciones hechas por Pierre Vilar (1964) y por lo tanto se intente abordar el tema desde una triple visión - económica, histórica y sociológica - se es también consciente, tal como ya se ha mencionado en las notas introductorias, de las ingratitudes que conlleva todo trabajo de tipo interdisciplinar. Sirvan, pues, estos primeros recelos como excusas pedidas, nuevamente, a cuantos historiadores hayan estudiado con detalle las etapas que aquí se van a tratar. Excusas que, lógicamente, también han de hacerse extensivas a cuantos sociólogos, interesados por el tema de los orígenes en Catalunya, puedan considerar que tales prolegómenos históricos son demasiado extensos.

Hecha esta salvedad, el planteamiento inicial puede quedar concretado bajo los siguientes términos: es un hecho sufi-

cientemente probado que la ideología anarquista arraigó claramente, entre los obreros y artesanos catalanes, en la etapa marcada políticamente por la Restauración Borbónica. Del mismo modo puede decirse que el movimiento obrero, en su vertiente industrial, residió mayoritariamente en el área geográfica catalana, dado que esta zona fue la pionera en el proceso de industrialización del Estado español. Así pues, en este estudio, no se considerará, en principio, al anarquismo de raíz campesina, que se desarrolló paralelamente en Andalucía. Ya que ese proceso industrial es uno de los elementos claves de la presente investigación.

Se trata, en definitiva, de contemplar como a lo largo del siglo XIX se configura, especialmente en Catalunya, la ya citada industrialización y sus secuelas. Como todo ello va acompañado por el surgimiento de un nuevo orden social, que implícitamente marca la aparición de una nueva clase - los obreros industriales. Y como, asimismo, la ideología anarquista toma cuerpo entre proletarios y artesanos, que muestran su desacuerdo ante una organización social que no es capaz de solucionar los graves problemas que genera. Panorámica que se completa, además, con una visión paralela de como esos protagonistas no conscientes de la llamada "cuestión social", en los primeros momentos, se convierten en líderes e ideólogos de un movimiento de resonancia internacional. Movimiento e ideólogos que, ya desde los comienzos, confían en la ayuda que la nueva ciencia de la sociedad - la "Ciencia Social" o "Sociología" - les pueda proporcionar en su camino emancipador.

Tres son los ejes que delimitan histórica y cronológicamente los procesos antes mencionados: en primer lugar, el análisis

de la década 1840-1850, como etapa en la que comienzan a consolidarse claramente las bases de la industrialización catalana, iniciada ya a finales del siglo XVIII; en segundo lugar, la comprobación, desde el punto de vista ideológico, de como ésta es también la etapa en la que llegan a Catalunya las influencias del pensamiento de los socialistas utópicos, que a modo de precursores y de señuelo irán configurando la aparición de la futura ideología anarquista, y por último, la constatación, desde una óptica social, del surgimiento de las primeras luchas obreras por el derecho a la asociación, porque con ellas se va a constituir el embrión del futuro movimiento obrero.

Tal como ya han señalado diversos autores, (Maluquer, 1977), (Jutglar, 1968-1969), el proceso industrializador marca, en esos años, el nacimiento de una nueva sociedad impulsada por una naciente burguesía industrial. Sin que ese fenómeno implique la total desaparición del poder político y económico de las fuerzas dominantes del Antiguo Régimen. Pero con todo, los cambios operados, a pesar de los resabios de Ancien Régime, si suponen la recomposición de unas nuevas bases sociales adictas ya a nuevas tendencias ideológicas. Por otra parte, un fenómeno político va a acompañar, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, la configuración del nuevo orden social: la constitución de "Juntas" que surgen casi espontáneamente como respuesta de gobierno en los momentos de vacío político. Juntas que son asimismo la expresión de un profundo y espontáneo anhelo de poder popular y de descentralización. Esta tradición juntista continúa, en cierta manera, la herencia de los movimientos populares nacidos con el derrumbamiento del Estado del Antiguo Régimen, a causa de la invasión napoleónica. Posibilitando, de algún modo, desde

el nivel local al estatal, el arraigamiento posterior del ideal federal, tan vinculado a lo ácrata. Y originando, conjuntamente con otras razones, el alejamiento de la nueva clase obrera industrial de cualquier manifestación de poder político.

2.1. LA DÉCADA 1840-1850 Y EL IMPACTO DEL PENSAMIENTO DEL SOCIALISMO UTOPICO

Para analizar en toda su extensión los fenómenos antes enunciados, resulta indispensable comprender las especiales características del proceso industrializador en Catalunya. Características que también pueden hacerse extensivas al sufrido por la zona del norte peninsular. Ese proceso nace y se consolida padeciendo el enorme peso del inmovilismo de unas estructuras agrarias propias del Antiguo Régimen, que es preciso destacar para llegar a entender muchas de las contradicciones de la nueva sociedad. Sociedad que, desde un principio, se encuentra atrapada entre el empuje progresista y modernizador de la burguesía, incapaz de elaborar e imponer su propio poder político, y el incipiente impulso revolucionario de la nueva clase obrera, que el nuevo orden social genera, lenta pero irremediabilmente. Cabe recordar aquí, que en 1864, la población activa española se caracteriza por un fundamental y mayoritario predominio del campesinado (2.370.000), seguidos de 612.000 artesanos, 26.000 mineros y solamente 150.000 obreros industriales.

Tal como se ha dicho, la década de 1840, es la que marca cronológicamente la raigambre de la sociedad industrial, en Catalunya y zona norte peninsular. Por lo que es también la etapa de la aparición de las primeras luchas obreras por el derecho a la libre asociación, una vez abolidos los gremios con la Constitución liberal. Para mayor exactitud, es preciso concretar esa fecha a los años 1834-1835, bienio en el que aún pesa la sombra de la Constitución de Cádiz de 1812 y en el que surgen los primeros conflictos de índole estricta-

mente laboral entre empresarios industriales y trabajadores. La Historia posterior, ha resumido tales conflictos en la quema de conventos y de la primera fábrica moderna: la fábrica "El Vapor" de Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cia. Pero es indudable que laboralmente expresan ya, aunque todavía de manera espontánea, la reivindicación de unos obreros en lucha por mantener sus salarios y reducir su jornada de trabajo. Sin embargo, efectivamente, no es hasta el año 1840, cuando surge la primera asociación obrera - la "Sociedad Mutua de Obreros de Fábricas de Algodón" -, coincidiendo con el final de la primera guerra carlista en Catalunya. Asociación en la que se unirán los tejedores catalanes de todas las comarcas industrializadas. Tal unión responde a la necesidad sentida por los obreros de resistir y ayudarse mutuamente ante las paupérrimas condiciones de vida, que la incipiente industrialización les obliga ya a soportar (1).

Esas luchas obreras por el derecho a la asociación coinciden, asimismo en el tiempo, con la llegada de las primeras ideas de los socialistas utópicos. Ideas que cuajan mayoritariamente entre los representantes de la pequeña y mediana burguesía catalana, que son además quienes se dedicarán a su estudio y difusión. Del conjunto de ambos factores surge la primera posibilidad de contactos entre los incipientes conocedores del socialismo francés en Catalunya - Abdó Terrades, Narciso Monturiol, los hermanos Clavé... - y un grupo minoritario pero consciente de la clase obrera industrial y artesanal, léase Joan Munté y sus compañeros de asociación. Las ideas, que, bajo el lema de socialismo utópico, manejan esos pioneros son el fruto del pensamiento de hombres como Babeuf, Saint-Simon, Fourier y Cabet, por citar sólo a los que fueron más conocidos en Catalunya. La creencia en un

cierto utopismo social, que, en los casos de Fourier o Cabet, llegará a elaboraciones más complejas (falansterios, viaje a Icaria); la prédica de una fraternidad que solucionará las nuevas dificultades que el orden social y económico industrial produce; etc., son acogidas, en los núcleos citados, con fervores y adhesiones entusiastas. Por otra parte, el espíritu romántico de las sociedades secretas, corre paralelo. Citando a J. Maluquer puede decirse que: "El primer socialismo constituyó, en resumen, una de las tendencias alternativas más importantes para la sociedad europea durante cerca de cincuenta años. Se trata de un período de renovado desarrollo de las fuerzas productivas y de un impulso generalizado de la industrialización, rápida proletarización y creación del moderno movimiento obrero. Es evidente que la penetración de las nuevas concepciones en el interior de amplios sectores sociales contribuyó a la comprensión de algunos de los mecanismos básicos de la sociedad capitalista, a la gestación de la nueva conciencia de clase y a la cristalización de voluntades políticas hasta entonces inexistentes" (2).

Resulta, pues, casi ineludible poner de manifiesto por un lado, el interés y la importancia que tiene delimitar la llegada de tales ideas al seno de esos pequeños núcleos de comerciantes y profesionales. Así como, por otro, captar su influencia en el mundo de los artesanos y de la amalgama que se podría denominar ya "vanguardia obrera". Ideario que es menester no confundir con postulados contrarios a la nueva organización social definida por Saint-Simon. Pues, como resulta evidente, tales grupos estuvieron en todo momento, a favor de difundir y consolidar la industrialización como proceso totalmente positivo. Proceso que, teóricamente, ha-

bría de permitir la construcción de un nuevo orden social armónico, impulsado por la burguesía industrial. Y al que tratarían de perfeccionar, integrando toda la sociedad, mediante una buena organización del trabajo productivo. Una tal racionalización lograría el máximo beneficio y la máxima satisfacción a todos los grupos que se encontraban directamente implicados en ella.

Uno de los reflejos concretos de la llegada y difusión de este tipo de utopismo social se evidencia en diversas publicaciones de la época. Entre ellas, el periódico "El Vapor", que se imprimió en Barcelona, de orientación fourierista y auspiciado políticamente por el partido progresista. En casi los mismos términos pueden mencionarse "El Republicano", "La Fraternidad", "El Padre de Familia", de orientación cabetiana, etc... La mayoría de tales publicaciones estuvieron propiciadas por miembros del futuro partido demócrata, como el malogrado Francisco de Paula Coello, y los ya citados Narcís Monturiol, que años más tarde sería el inventor del "Ictineo" y el ampurdanés Abdó Terrades, figura clave para comprender los acontecimientos políticos de corte popular y masivo de aquella época.

Es precisamente en la primera de las publicaciones mencionadas - "El Vapor" - donde tal como dice Elorza: "... la historia del socialismo utópico español se abre con cinco artículos de un escritor que utiliza el pseudónimo de "El Proletario" y que un diario barcelonés El Vapor, publica entre el 19 de noviembre de 1835 y el 27 de enero del siguiente año" (3). Ese pseudónimo corresponde, según Maluquer (4), al gaditano Joaquín Abreu, impulsor de las ideas de Fourier en España. Personaje, a quien Soler Vidal, en su estudio sobre

Abdó Terrades califica de sociólogo (5), expresa en esos cinco artículos una doctrina de clara inspiración fourrierista, consiguiendo que, por primera vez en Catalunya, alguien hable de remediar los males que provoca el nuevo orden social. Orden que, según las nuevas ideas, ha dejado de ser de inspiración divina para ser impulsado únicamente por el hombre. Motivo por el cual, se ha vuelto susceptible de ser mejorado, a partir de que los tres elementos fundamentales para la producción - trabajo, ciencia y capital - sean repartidos y distribuidos de manera equitativa. Ese reparto y distribución no tienen porque perjudicar de manera especial a los trabajadores. Por lo que, la solución a los problemas del nuevo orden, aún antes de la que Balmes brindara en la década posterior (6), pasa por remodelar la organización del trabajo. Organización que mediante este criterio de racionalidad queda constituida como la base de la nueva sociedad industrial. Según tal criterio: "Los cálculos que con los tres elementos indicados se pueden formar sobre cualquier establecimiento dejarán conocer que la parte del fruto retirada por el capital es muy superior a la que le corresponde; del resto saca ventaja también la ciencia y el misero trabajo experimenta la injusticia de los dos" (7).

La denuncia de una ciencia - elemento clave en todas las ideologías progresistas del siglo XIX - al servicio de los intereses del capital es, para estos pioneros del socialismo utópico, otra cuestión fundamental. Abreu dice al respecto: "Apliquense ellos (los científicos) a presentarnos un modo de hacer la justa distribución de la producción, dejen de quemar incienso al capital, considerándolo como único capaz de dar ley, líguense con nosotros los pobres y entonces vendrá el desengaño de que las fuentes de la riqueza pública no

están donde nos las tienen indicadas, sino en que cada uno consume lo que es suyo" (8). Resultando evidente que esa herramienta que ha de servir para mejorar la vida de los hombres es la ciencia, considerada todavía en abstracto. Faltaban aún unos pocos años para que ese conocimiento fuera reclamado bajo el nombre de "ciencia social" y todavía muchos más para que los obreros y gentes de progreso hablaran de "Sociología". Pero queda claro que ese conocimiento fue reivindicado ya desde los albores del nuevo orden industrial por los obreros de las fábricas y por quienes habían recibido directamente las ideas de los pensadores franceses mencionados. Es asimismo interesante destacar como en este mismo artículo de "El Vapor", "El Proletario" formula una advertencia que podría decirse posee una raíz claramente socialista, aunque en un sentido todavía muy restringido del término. Advertencia destinada a poner sobre aviso a los obreros que, en su afán por asociarse, no siempre vislumbran la necesidad de cuestionar la propiedad del capital. Puede decirse que tal cuestionamiento trascendía con mucho el alcance y significación de las propias ideas de Fourier que lo habían inspirado. Según esta idea, el mencionado autor gaditano recomienda a los obreros el no caer en el error de sus antecesores - los antiguos "proletarios" romanos del Monte Sacro - que en su día fiaron en unas promesas que se materializaron tan sólo en una simple declaración a favor de sus derechos. Abreu resalta tal error, advirtiendo como aquellos antecesores no habrían sido defraudados si hubiesen reclamado "... la organización de un orden que les asegurase de hecho el fruto entero de su trabajo" (9).

Es también en esa misma publicación donde se da noticia de la primera aparición de un grupo de seguidores de Saint-Si-

mon en Barcelona, que al parecer se distinguían incluso por llevar una vestimenta un tanto especial. Grupo del que sobresalía un tal José Andrés de Fontcuberta, denominación de uno de los pseudónimos que, en su juventud, utilizó el más tarde reputado médico higienista y catedrático Pere Felip Monlau. Según Maluquer explica (10), José Andrés de Covert-Spring, como también gustaba de firmar Felip Monlau sus escritos en el periódico "El Propagador de la Libertad" en 1836, era partidario de un cierto saint-simonismo. Ideario que le convertía en defensor de una nueva sociedad, basada en la obligación del trabajo para todos y en la consabida condena de toda ociosidad. Cualidad, esta última, que se hacía extensiva a cuantos no trabajaban, que eran calificados como "parásitos". El trabajo era, en este planteamiento, el elemento fundamental para conseguir el progreso material y social. Progreso que resultaba a su vez esencial para lograr la libertad y felicidad humanas, haciendo así su aparición otro de los elementos básicos de todas las ideologías progresistas del siglo XIX. Pues, junto al progreso, los avances técnicos y científicos completaban el esquema configurador de la nueva organización social. De este modo se iniciaba, ya, la paradoja de que ambos elementos - ciencia y progreso - se vieran reivindicados, desde el socialismo utópico hasta los últimos años del anarquismo, y desde los primeros burgueses industriales hasta el último de los obreros que iban a hacer posible, muchos años después, la CNT.

Además si se continua analizando el ideario de los años juveniles del Dr. Pere Felip Monlau, puede apreciarse como los partidarios del ala radical del partido de la burguesía en aquellos momentos, el partido progresista, eran también buenos seguidores de Saint-Simon. Socialista utópico que como

es sobradamente conocido no daba cabida al igualitarismo en su pensamiento. Ya que en efecto, el por muchos considerado como padre de la nueva ciencia social creía en la necesidad de propiciar una élite dirigente, fuerte y bien preparada, que substituyera, como una nueva "aristocracia de la inteligencia", a la antigua aristocracia detentadora del poder en el Antiguo Régimen, a modo de los "sabios" a lo platónico, en la cúspide de la nueva pirámide social. "Sabios" que habían de hacer factible, de esta manera, la buena marcha de la nueva sociedad.

Puede decirse que tal argumento también fue compartido, en cierto modo, por uno de los principales ideólogos del anarquismo español - Ricardo Mella - quien siempre defendió la formación de una élite "bien preparada", menospreciando las posibilidades de una masa ignorante. No obstante, como también es notorio, no todos los anarquistas pensaron como él. Pero, aquí es interesante resaltar, que de este mismo planteamiento surgió posiblemente la necesidad anarquista de defender a ultranza la educación, o si se prefiere la pedagogía, como arma revolucionaria para construir el futuro. Idea que, procedente de la Ilustración, trajeron a España los socialistas utópicos, y que en Catalunya, muchos años después, compartieron desde los primeros obreros en lucha por el derecho de asociación, hasta los epígonos de Ferrer i Guardia, en pleno siglo XX. Los pioneros de la idea pedagógica como arma revolucionaria, fueron en su mayoría hombres que, en su día, contribuyeron a la formación del partido demócrata, antecesor del futuro partido republicano federal. Formación de la cual surgieron los anarquistas, protagonistas del presente estudio. Los frutos de esa labor pueden seguirse desde las noticias acerca de la existencia de unos "gabinetes" o

"circulos de lectura" a las publicaciones como "El Padre de Familia", dirigida por Monturiol en los inicios de la industrialización, hasta llegar a las experiencias de la "Escuela Moderna" y similares, a finales del siglo XIX y comienzos del actual. Publicaciones a las que pueden sumarse las que asimismo sirvieron para impulsar la Primera Internacional en Catalunya.

2.1.1. La influencia de Cabet en Catalunya

No obstante, las consecuencias revolucionarias del socialismo utópico quedaban, todavía lejos, en los años en que saint-simonianos y fourieristas trataban de lograr que sus ideas prosperaran entre los núcleos fabriles y artesanos. Por otra parte en Catalunya, el ideario cabetiano fue el que, sin lugar a dudas, tuvo una mayor resonancia. La utopía de una huida hacia Icaria tuvo buen éxito entre las masas de proletarios descontentos por las aglomeraciones y amontonamiento que los medios fabriles producían. Nombres como los de Francisco de Paula Coello, o los también citados hermanos Clavé, Monturiol y el revolucionario demócrata más conocido del momento - Abdó Terrades - fueron sus valedores. Tanto es así que, de hecho, el prospecto de una obra de Cabet que aunque se tradujo no parece que llegara a publicarse - Doce cartas de un comunista a un reformista sobre la comunidad, o común participación de los trabajos y los goces - parece coincidir en líneas generales con un opúsculo del republicano ampurdanés Terrades, titulado: Lo que eran y lo que son. Obsequios y agasajos hechos por los tejedores de Vich a unos hombres del pueblo, publicado en Barcelona en 1841. Maluquer de Motes apunta (11) que es tanta la similitud entre ambos escritos que bien pudieran ser debidos a una misma pluma, la

de Abdó Terrades. Dicho opúsculo tiene además una significación especial al ser el primero, del cual se tiene noticia, en estar dedicado expresamente a un obrero: Joan Munté. Con él, parecen quedar manifiestos los contactos entre los modernos proletarios de las luchas asociacionistas y los partidarios de las modernas ideas socialistas. Ideas que en el fondo contienen el embrión de una futura Sociología, entendida como ciencia social que ha de aparejar la Fraternidad y la Armonía Industrial. Las palabras a favor del asociacionismo obrero y "... de confianza en el progreso del espíritu salvador de asociación de la clase jornalera", así parecen corroborarlo (12).

Eran además los comienzos de la colaboración entre la "gente de progreso" y los obreros. Por lo que el impacto del comunismo utópico de corte cabetano resultaría fácil de explicar "... cuando se advierte que Cabet proporcionaba respuestas alternativas muy claras a cada uno de los resortes de la sociedad burguesa en gestación; frente a la propiedad privada y a los privilegios de clase, el más extremado igualitarismo, frente a la democracia censitaria o mediatizada por los partidos políticos, la democracia directa ejercida de forma inmediata desde la base y un decidido apoliticismo; frente a la violencia, un completo pacifismo; frente a las "modas" burguesas, una indumentaria absolutamente uniforme..." (13). De todos modos, sería erróneo y simplista pensar que el proceso de concienciación de la nueva clase obrera industrial se llevó a cabo tan sólo a través de una cierta sensibilización ideológica. Sensibilización basada en los conceptos de fraternidad y solidaridad, derivados del pensamiento de los utópicos y en franca oposición al concepto mítico de "libertad" preconizado por sus antagonistas: la bur-

guesía liberal. Lo que sí es cierto es que en aquellos años se hizo presente el concepto de "solidaridad", en su acepción de valor colectivo, ante el mito de las expresiones liberales de "justicia" y "libertad". Proceso sensibilizador que, por otra parte, a partir de aquellos primeros contactos, permitió a los obreros y artesanos catalanes tomar conciencia de que para triunfar en su lucha les era necesario defender unos intereses distintos a los de la burguesía. Y que además fue posible porque tuvo a lo largo de aquellos años unas bases sociales lo suficientemente clarificadas como para posibilitar el diseño posterior de la necesaria diferenciación.

Con el fin de remarcar las peculiares características que ha tenido la evolución histórica de la clase obrera en este país, Jutglar apunta lo siguiente: "Alejados del juego político - (debe recordarse que el voto era censitario) - y no pudiendo manifestar por esta vía sus aspiraciones, era lógico que buscaran otros caminos. Tal circunstancia, más que otras explicaciones más o menos "ontológicas" y "metafísicas", ayuda a situar la clave del apoliticismo y antiautoritarismo que, en general, ha caracterizado a gran parte del movimiento obrero hispano, coincidiendo al propio tiempo, con las dificultades encontradas para una acción asociativa o sindical" (14). A lo que debe añadirse que el mencionado proceso dibujador de la diferenciación entre obreros y burgueses, e incluso entre fracciones de la propia burguesía, empieza a definirse con los intentos más o menos fracasados por parte de la burguesía liberal, adscrita al partido progresista, para construir un poder político que sirviera de soporte a una sociedad moderna e industrial como convenía a sus intereses. Los intentos de construcción de un Estado mo-

dermo y neceserariamente descentralizado, necesidad que por parte catalana era indiscutible, no terminarán (y terminarán con el fracaso final de la Revolución burguesa) en el llamado sexenio revolucionario (1868-1874).

2.1.2. Las revueltas populares de la época

Siguiendo a Jutglar (15), puede decirse que los trazos del proceso diferenciador entre burgueses y proletarios catalanes queda cronológicamente configurado en las décadas de 1840 y 1850. Pudiendo resumirse sus características políticas e ideológicas de la siguiente manera: los enfrentamientos que tuvieron lugar en este período, con motivo del rechazo de la política inspirada desde el Estado central, toman desde buen comienzo un cariz popular, expresado en revueltas callejeras, que las más de las veces sobrepasa los intereses de la propia burguesía que los promueve. Este fenómeno se pone de manifiesto, en primer lugar, en la composición de las gentes que salen a la calle, para defender el poder de las Juntas que van sucediéndose en todos los conflictos surgidos, a lo largo de la primera década. Y en segundo lugar, en la propia composición de las mencionadas Juntas, que han de volver a constituirse, a mediados de la década posterior. Así, en las primeras revueltas puede verse como en el año 1842, la "patuleia", compuesta por miembros de las antiguas milicias de la guerra carlista entre los que sobresalen el significativo batallón de la Brusa, sale a la calle para defender a la Junta, frente a Espartero. Y en la calle luchan junto a obreros, que han visto defraudadas sus esperanzas asociacionistas y además han de luchar por su supervivencia, (las revueltas que se suceden desde 1842 a 1843 son también conocidas como "la revolta del pa"), junto a

demócratas pequeño-burgueses, con aspiraciones republicanas. Juntos entonan canciones como "La Campana" (16), escrita por Abdó Terrades y musicada por J. Anselm Clavé, que posteriormente se convertirá en el himno del futuro partido demócrata-republicano. En ese himno se alude claramente contra el poder constituido, (representado por el rey, la Iglesia y el ejército), como muestra inequívoca de la incipiente aspiración republicana, que aquel movimiento popular encierra. Sin embargo, como ya es sabido, el bombardeo de la ciudad de Barcelona por orden de Espartero y la consiguiente represión efectuada entre los miembros más prominentes de la revuelta acaban momentáneamente con tales aspiraciones revolucionarias.

Esas aspiraciones volvían a hacer de nuevo su aparición, cuando sólo un año después, a la vista del fracaso de las promesas descentralizadoras del gobierno central a los burgueses catalanes, vuelve a constituirse una nueva Junta: la Junta Suprema de Gobierno de la provincia de Barcelona. Entidad que se ve respaldada en las calles por un nuevo movimiento popular, conocido con el nombre de "la Jamancia", que esta vez expresa sus ideales a través de himnos como la "Cançó de la Paella" o el "Xirivit", de fuerte contenido revolucionario. Los "jamancios" expresaran así su rechazo del sistema vigente en el orden político y su firme voluntad por acabar con el dominio de los "ricos" en el orden social y económico. Categoría esta última en la que, fácilmente, son incluidos tanto los antiguos propietarios del Antiguo Régimen, como los nuevos burgueses industriales. Ya que a pesar de haber salido a la calle para defender unos intereses políticos y económicos, favorables a los propietarios de las nuevas máquinas textiles, las paupérrimas condiciones de vi-

da que sufren los proletarios urbanos posibilitan el triunfo de las ideas predicadas por los núcleos demócratas más radicales. Ideas basadas, tal como se ha comentado, en una mítica "libertad" y un mítico "progreso", que encierran ya un contenido más solidario, que las preconizadas por el pensamiento liberal, tan caro a los burgueses del partido progresista.

El movimiento de la "Jamancia" representó asimismo la oportunidad de volver a plantear el derecho a la asociación obrera. Consiguió además que la Administración Pública proporcionara momentáneamente el soporte económico necesario para ayudar a los que estaban sin trabajo. Pero debido al impacto de los sucesivos progresos tecnológicos en la producción textil y a los movimientos migratorios que la propia industrialización producía. De manera parecida, logró el apoyo material suficiente para la creación de cooperativas, formadas por oficiales y obreros dispuestos a trabajar por cuenta propia, ante la crisis económica que el crecimiento del nuevo sistema capitalista comportaba. Las revueltas que se sucedieron a continuación culminaron, en esta primera etapa de luchas del movimiento obrero, con la primera huelga general de la Historia de España. Huelga que tuvo lugar en la ciudad de Barcelona y sus alrededores, en 1855, en pleno Bienio Progresista (1854-1856).

Todos aquellos movimientos de protesta, estuvieron caracterizados, tal como ya se ha dicho, por la constitución de una Junta de Gobierno local que deseaba vincularse federalmente con el resto de Juntas formadas en el resto del Estado, y por las bullangas populares. Fueron por encima de todo, la expresión del afán de los burgueses industriales por conso-

lizar un poder político más acorde con sus intereses socio-económicos. Pero, pueden ser considerados también como la expresión de las primeras luchas obreras, en las que los nuevos proletarios fabriles hicieron sentir su parecer sobre el infortunio que padecían en su vida cotidiana y laboral. Parecer que se vio ayudado por los ideales de los primeros demócratas catalanes que habían podido beber en las fuentes del socialismo utópico.

Sin embargo, el marco político resultante de la correlación de fuerzas existentes en el momento, hizo que las mencionadas revueltas fracasaran y que el fracaso y la represión consiguiente afectaran muy especialmente a los líderes del incipiente movimiento obrero y a los del pequeño núcleo de demócratas. Una de las muchas noticias existentes sobre la citada represión puede observarse en la orden de disolución, decretada por la Regencia provisional en el mismo 1840, en torno a la ya citada "Sociedad Obrera". Dicha orden comportó asimismo la desaparición de la vida pública de una serie de asociaciones y tertulias patrióticas, impulsadas por los núcleos demócratas. Tales acontecimientos no obstante no impidieron el avance del asociacionismo obrero (16bis), que años más tarde había de convertirse, en buena medida bajo el impulso de la ideología anarquista, en un movimiento reputado como uno de los más importantes del mundo occidental.

2.1.3. Las primeras noticias sobre la ciencia social en Catalunya

Se tiene noticia de que los principales seguidores del pensamiento de los socialistas utópicos franceses propiciaron la existencia de unos denominados "gabinetes de lectura".

Gabinetes que al parecer contaron con una gran audiencia, y en los que se llevó a cabo una interesante tarea pedagógica entre los obreros más conscientes. Siendo concretamente la noticia sobre la disolución de uno de esos cenáculos, la "Sociedad Patriótica Constitucional", la que proporciona más información sobre las actividades que tales entidades desarrollaban. Según apunta Soler Vidal, en su estudio biográfico sobre Abdó Terrades (17), era tal la preocupación que sentían las autoridades locales barcelonesas al tener que aplicar la citada orden de disolución, que creyeron más conveniente sustituirla por una recomendación que de hecho convertía a la citada tertulia patriótica en una entidad cultural capaz de establecer "... cátedras de Constitución, francés, agricultura y otras disciplinas, lo que aumentaría el prestigio de los liberales y el aprecio de todos los hombres ilustrados" (18).

El dato que, en el contexto de esta investigación, mayor interés presenta sobre el grupo de demócratas, que encabezado por Abdó Terrades, impulsó los diversos "gabinetes de lectura" es el que hace referencia al contenido de sus cursos. Según comenta Maluquer en la mencionada sociedad patriótica fue en uno de los primeros lugares donde "... se organizaron con algún éxito al parecer, cursos de "ciencia social" para obreros en Barcelona. A ellos asistió por ejemplo el que sería el primer diputado obrero de España, Pau Alsina...", (19). Dato sobre el cual, ésta es la única información existente al respecto. Información que no ha podido ser ampliada, a pesar de la importancia que puede tener en un estudio de los orígenes de la Sociología en Catalunya, dada la imposibilidad de recuperar su fuente original.

El ideario que imperaba en aquel núcleo de demócratas, era, tal como ya se ha comentado, mayoritariamente cabetiano. El éxito que, en Catalunya y más concretamente en Barcelona, tuvo el proyecto del "Viaje a Icaria" encontró posiblemente su caldo de cultivo en las pésimas condiciones de vida del proletariado industrial. Así como en el acendrado utopismo social de hombres como Monturiol o los hermanos Clavé, que confiaron en la posibilidad de construir en el Nuevo Mundo una nueva organización social comunitaria. Sin embargo, aunque cabetianos en el fondo, no todos los miembros del grupo mostraron su acuerdo con la utopía viajera. Ya que el propio Abdó Terrades dedicó fuertes críticas al proyecto, al que consideraba una huida utópica de la realidad. Por el contrario, el padre del "Ictineo", predicaba, desde las páginas de la publicación periódica "La Fraternidad", en 1847, la necesidad de partir hacia Icaria, siguiendo a Cabet. Como muestra del éxito de tales prédicas, existen noticias (20) de la participación directa de un catalán - Joan Rovira - en la primera expedición cabetiana por tierras de América, que fracasó en su intento de construir Icaria. Noticias que también dan cuenta de la participación de otros miembros del mismo núcleo demócrata en posteriores intentos. Asimismo se tiene conocimiento, aunque de menor fiabilidad (21), de la existencia de una especie de comuna cabetiana en los por aquel entonces alrededores de la ciudad condal. Zona que en la actualidad coincide con el barrio de "Poble Nou", en el que tales hechos son recordados con el nombre de la Avenida Icaria, que atraviesa sus calles.

Monturiol, fue, no obstante, uno de los que desengañados por el mal final de los viajes a Icaria, se decidió a publicar el periódico titulado "El Padre de Familia" en 1849, con un

objetivo menos utópico y más pedagógico - "moralizar e instruir" - ya que en su criterio "según la educación que han recibido los hombres, tienen las ideas" (22). Ante tales sucesos, no parece demasiado aventurado apuntar que la utopía cabetiana, a través de su ideal por construir un mundo comunista, (igualitario, solidario y libre), a pesar de tener evidentes connotaciones escapistas, pudo permanecer en la memoria colectiva de unos cuantos obreros y demócratas. Núcleo que aunque reducido pudo y supo transmitirla hasta que llegó el momento de configurar otro proyecto utópico, de distinta filiación: el anarquismo.

2.1.4. J. Balmes y R. de La Sagra

Pero sería demasiado simplista considerar que únicamente los obreros y burgueses más o menos sensibilizados se preocuparon por las consecuencias poco gratas de la industrialización. El pauperismo creciente de la vida de los nuevos proletarios, la injusta redistribución de la riqueza, e incluso la desigual participación en la libertad y la igualdad de los ciudadanos globalizaban de algún modo una serie de problemas, que ya en aquel tiempo, fueron conocidos bajo el lema de "cuestión social". Cuestión por la que comenzaron a preocuparse muy diversas personalidades y estamentos de la sociedad con la pretensión de encontrar soluciones enmarcadas en las nuevas corrientes de pensamiento, que también procedentes de Francia, hablaban ya explícitamente de ciencia social. Saint-Simon, ya había formulado su propuesta de "Fisiología Social". Comte anunciaba en su positivismo la necesidad de una nueva ciencia de la sociedad - la Sociología -, y Proudhon parecía sentir parecidas inquietudes por el mismo tema. En Catalunya, la figura correspondiente a las

aquí citadas es posiblemente Jaime Balmes (23), que actuará como pionero de una ciencia social fuertemente inspirada en la doctrina de la Iglesia Católica. Conocimiento precursor de la Sociología que, de algún modo, dominará en la Catalunya contemporánea, hasta bien entrada la década de los años 50' del presente siglo. Balmes, convencido de la bondad del derecho a la propiedad tanto como de las infaustas consecuencias del proceso industrializador, clamará por solucionar la cuestión social desde una óptica de corte liberal conservador. Solución que en su moderación satisfacerá por completo a los sectores de una burguesía industrial catalana cada vez menos progresista. Burguesía, que debido a Balmes, creará en las posibilidades de una ciencia social sin implicaciones revolucionarias, quizás más cercana a Comte que a Saint-Simon. Ciencia que, años más tarde, los anarquistas bajo una óptica más progresista, puede que más fieles seguidores de Saint-Simon que de Comte, creerán poder utilizar como conocimiento útil para construir la sociedad futura.

En aquella época, también otros, como Ramón de la Sagra (24), se interesarán por la llamada "cuestión social". La Sagra, que puede ser considerado por ello, también, como uno de los pioneros de la nueva ciencia social en este país, fue un buen estudioso de los diversos procesos de industrialización que se sucedían en los países del mundo occidental. Así, con un encargo del gobierno central de Madrid, y al igual que había viajado a Cuba, Bélgica y otros países, vino a Catalunya como un experto reconocido para emitir un informe sobre el fenómeno de la producción textil catalana. De esta visita queda constancia escrita en una serie de artículos publicados en los periódicos de Madrid en "El Constitucional" y "El Corresponsal" (25), fundado por Buenaventura

Carlos Aribau y que servía como órgano de propaganda contra la "Sociedad Obrera" creada en 1840. Del informe concreto sobre los obreros e industria algodonera de Catalunya, que algunos historiadores referencian, no se tiene noticia exacta de su existencia (26). Pero del contenido de los citados artículos, puede deducirse que éste fue, en cierta manera, uno de los primeros trabajos de interés sociológico, si se quiere sólo a nivel descriptivo, que existen sobre las condiciones de trabajo de los obreros catalanes. De ahí que pueda decirse que las primeras aportaciones a una posible proto-historia de la Sociología en Catalunya son esos artículos de La Sagra, la mencionada obra de Balmes y los datos que posteriormente se referenciarán acerca de Ildefons Cerdà.

En el mencionado informe sobre los tejedores del algodón, según relata Soler Vidal, el sociólogo coruñés afirma que en 1841 la mencionada "Sociedad Mutua de Obreros" contaba con 18.000 afiliados. Cifra que refleja un fuerte incremento sobre los 3.000 asociados de todas las secciones filiales existentes en el principado, según informaba el propio Joan Munts, un año antes, al solicitar su legalización. Otro rasgo característico del comportamiento de los tejedores catalanes de la época, recogido por La Sagra, es el espíritu proteccionista de estos obreros ante la producción industrial catalana. Espíritu coincidente con el de los empresarios, junto a los que no dudan en alinearse para hacer frente a las tendencias libre-cambistas, propugnadas por el gobierno central de Madrid. Pugna, que a nivel teórico, encontró su expresión en las voces de Flórez Estrada y Eudald Jaumandreu. La citada actitud proteccionista de los obreros llegaba, según La Sagra, hasta el punto de comprometerse a

quemar piezas de algodón importadas. E incluso a publicar reglamentos de orden interno para sus asociaciones, en los que se prohibían el uso de las piezas de algodón importadas, o bien se obligaban a consumirlas en el plazo de tres años, si ya las habían comprado. De la mencionada coincidencia en los intereses proteccionistas entre patronos y obreros, da fe el hecho de que algunos empresarios contribuyeran, asimismo, a sufragar los gastos de los actos conmemorativos del primer aniversario de la constitución de la "Sociedad Obrera", pocos días antes de que apareciera la orden de su disolución.

Los escritos de Ramón de La Sagra representaron una primera e incipiente crítica a la organización social surgida merced a la industrialización. Pero hombre de talante moderado, aunque en un primer momento, propició una serie de reformas para aliviar la explotación y las miserables condiciones de vida y trabajo de los obreros fabriles, posteriormente derivó hacia posiciones políticas mucho más conservadoras. Colaborador personal, aunque esporádico de Proudhon, con el que coincidió en su proyecto de creación del Banco del Pueblo, en 1848, no llegó a profundizar en tal colaboración, debido probablemente al apresamiento que el pensador francés sufrió aquel mismo año. Sin embargo, lo que aquí interesa destacar de su obra es que al igual que algunos de sus contemporáneos, La Sagra, creyó que las diferencias conflictivas entre burgueses y proletarios, (origen de "la cuestión social"), podían solucionarse mediante pequeñas entidades de producción autónomas. Por ello, podría ser considerado también como pionero de un cierto colectivismo, aunque tal categoría sólo pudiera aplicarse, en su criterio, a pequeños empresarios. Pero su importancia e interés para el mundo de los

obreros, fue tal, que sobrepasó tal limitación. De tal manera que el colectivismo perduró como uno de los elementos primordiales del ideario básico del primer anarquismo catalán. Relevancia que se mantuvo en el fondo de muchas de las discusiones que muchos años después - los últimos quince del siglo XIX - sostuvieron los partidarios de una Acracia colectivista y los de una Acracia comunista. A pesar de ello, es preciso constatar que el contacto entre Proudhon y La Sagra fue lo suficientemente efímero y superficial como para que no pueda hablarse del español como de uno de los padres del anarquismo. Reivindicación que si sería posible aplicar pocos años después a Pi y Margall.

2.1.5. Unos primeros estudios sobre la clase obrera en Catalunya

La década que comienza en 1850 marca la época en la que se realizan los primeros estudios de ciencia social en Catalunya, algunos de los cuales han sido ya comentados. Tienen en común el estar motivados por los conflictos, que en un sentido estricto del lema "cuestión social", generaban los enfrentamientos entre las clases protagonistas del proceso productivo. Las luchas políticas y sociales que configuran el Bienio Progresista (1854-1856) son el marco de referencia político que sirve para situar tales estudios (27). La huelga de 1854 impulsada por los obreros del textil catalán, (protesta contra las selfactinas), significó el renacimiento de las luchas obreras y populares de la década anterior. Josep Barceló, que resultaría ajusticiado como cabeza de turco de la huelga general de 1855, era el sucesor de Joan Munts en el liderazgo de las luchas por lograr la legalización de las asociaciones obreras. Asociaciones, que con igual es-

estructura que las anteriores, llegarían a gozar de una cierta tolerancia pública durante el Bienio. Actitud de tolerancia que en parte explicaría los nuevos intentos de los obreros, por lograr un derecho que afectaba a una situación existente a nivel de hecho.

Puede decirse que paralelamente a los esfuerzos de los obreros por mejorar su suerte, existía una preocupación similar entre algunos miembros de la burguesía moderada, concretamente médicos ligados a la "Academia de Medicina y Cirujía". La mencionada preocupación hizo surgir una serie de estudios en torno al tema de la higiene en el trabajo, como resultado de unos premios promovidos por la mencionada Academia. Tales premios se crearon a raíz de la labor efectuada por el introductor de la Higiene como disciplina autónoma, el Dr. Pere Felip Monlau. Su propuesta tenía además como fin recoger información sobre las verdaderas condiciones de trabajo de los obreros industriales y tratar asimismo de remediarlas. En 1855, el premio fue ganado por el citado Dr. Pere Felip Monlau, cuyas aficiones saint-simonianas de juventud también han sido comentadas. Felip Monlau, fuertemente preocupado por la falta de información sobre los nuevos fenómenos sociales que comportaba la aparición del proletariado, escribió un informe titulado: Higiene Industrial. ¿Qué medidas higiénicas puede dictar el gobierno a favor de las clases obreras? Memoria para optar al premio ofrecido acerca de esta cuestión por la Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona en su programa de 24 de enero de 1855 (27bis).

Dos años después, el premio sería para otro médico higienista, también catalán, el Dr. Joaquín Salarich, por un estudio sobre la higiene del tejedor, de índole muy distinta al tra-

bajo de Felip Monlau (28). Pues era, al parecer, menos científico, más paternalista y moralizante, al tiempo que defensor acérrimo del liberalismo económico y del papel "providencial" de los propietarios. No obstante, en ambos casos se daba además abundante bibliografía extranjera, demostrativa del espíritu cientifista imperante en la época (29). A estos estudios cabría añadir, en otro campo muy distinto, la Mono-grafía Estadística de la clase obrera en Barcelona que el urbanista Ildefons Cerdà publicó como anexo de su Teoría General de la Urbanización. Informe que con datos obtenidos en 1856 constituye todavía, en la actualidad, una de las fuentes de datos más interesantes sobre las condiciones de vida de los obreros de la época (30). La suma de estos trabajos de Monlau, Salarich y Cerdà vendrían a sumar una información de indole similar a la recogida por F. Engels sobre Manchester, tal como señala Jutglar (30bis).

Según parece, I. Cerdà se decidió a escribir la mencionada monografía al darse cuenta, en sus contactos con los obreros barceloneses, contactos establecidos en Madrid con motivo de formar parte de la comisión mixta creada para solucionar la huelga general de julio de 1855, de que si bien los proletarios tenían talento suficiente como para saber defender sus derechos, les faltaban los conocimientos concretos para definir su situación. A partir de ahí, decidió poner sus propios conocimientos sobre estadística urbana al servicio de "... la clase obrera, que ha formado siempre un grupo muy digno de la mayor atención en todo organismo social" (31). Por último sólo cabe recordar que este ingeniero militar y urbanista, auténtico pionero de la investigación social aplicada, publicaba sus datos contemporáneamente al trabajo

de Le Play, cuyos estudios sobre Les ouvriers européens vieron la luz, en París, en 1855.

Por aquella misma época, otra de las preocupaciones primordiales de los obreros catalanes se centraba en conseguir la legalización, o cuando menos la actuación pública y efectiva de unos jurados mixtos que arbitraran soluciones consensuadas en los conflictos laborales que se les planteaban. El tema tenía especial importancia desde que, a finales de 1854, según recogen J. Benet y C. Martí, se había logrado uno de los primeros acuerdos o convenios colectivos entre obreros y empresarios (32). Este acuerdo se había hecho posible merced a la fuerte sensibilización que ambas partes había alcanzado, en este terreno, tras el conflicto de las selfactinas. El hecho pronto se vio acompañado por la significativa constitución en 1855 de una Junta Central de Directores de la Clase Obrera. Entidad que reunía los esfuerzos de más de 30 sociedades obreras y representaba una nueva revitalización de la ininterrumpida lucha asociacionista obrera. Unos meses después de su creación tomaría el nombre, todavía más directo, de Comisión Céntrica de Directores de las Clases Obreras. De ella surgirían las comisiones de obreros que llevaron a Madrid, por aquel entonces, sus reivindicaciones sobre libertad de asociación, prohibición del trabajo a menores de 12 años, mejores condiciones de higiene en el trabajo y establecimiento legal de jurados mixtos.

Sin embargo, aquellas peticiones obreras, a pesar de que lograron que por primera vez en las Cortes españolas se realizara un debate sobre la problemática de la industrialización, fueron desoídas una vez más. Aún en junio de aquel mismo año volvían a prohibirse las asociaciones obreras. Sin

embargo, la fuerza organizativa de los obreros y artesanos catalanes daba como respuesta la primera huelga general de la Historia de España. Tres obreros de la Comisión Obrera, antes mencionada, I. Cerdà y Estanislao Figueres, compañero de Pi y Margall formaron parte de la comisión mixta que partió hacia Madrid para negociar la huelga. De la negociación con Espartero se logró la promesa de un proyecto de ley sobre la cuestión industrial que, junto a la autorización por derribar las murallas de Barcelona - lo que proporcionó trabajo a más de 6.000 hombres -, puso fin a la huelga.

Los obreros de esa comisión fueron los primeros en tomar contacto directo con Pi y Margall, miembro del partido democrata en aquella ciudad y que había ya expresado sus ideas en torno al tema de "lo social" en primer lugar en un folleto clandestino titulado El eco de la Revolución y posteriormente en su libro La Reacción y la Revolución (33). Tales contactos significaron para Pi la prohibición, por parte del gobernador de Madrid, de continuar las clases de "Economía Política" que gratuitamente daba en su casa. Pero para los obreros catalanes representó la ayuda necesaria en la redacción de los documentos que debían presentar a las Cortes. Ya que no cabe olvidar que a la alta tasa de analfabetos se unía el desconocimiento del castellano por quienes eran catalano-parlantes. Pi fue además, una vez terminada la huelga general, el redactor de un folleto contrario al proyecto de organización industrial elaborado por L. Figuerola. El folleto fue publicado en Madrid, en el nº 6 de "El Eco de la Clase Obrera", el 9 de septiembre de 1855 (33bis). Pi también escribió una "Exposición" en la que el conjunto de las reivindicaciones obreras se veía de nuevo limitado a la demanda del derecho a la asociación. Tal escrito fue entregado

a las Cortes con las firmas de más de 30.000 obreros de toda España, en su mayoría catalanes. "El Eco de la Clase Obrera" fue el primer semanario obrero publicado en España, también bajo iniciativa de Pi, que estuvo dirigido por el impresor catalán Ramón Simó Badia. El semanario contó desde el comienzo con las asiduas colaboraciones de Pi y Margall y sirvió para continuar el viejo afán que los proletarios más conscientes no habían dejado de sentir por el tema de la pedagogía y la educación. Como ejemplo de ello puede leerse en el nº 10, (del 7 de octubre de 1855), que a partir de aquel día se abrirá "una sección científica donde iremos dando los elementos de todas las ciencias que componen hoy la segunda enseñanza y la instrucción primaria" (34). A pesar de ello, tan magnos planteamientos se vieron reducidos, en la realidad cotidiana, a unas nociones rudimentarias de geografía y gramática española, sin que otros saberes más acordes con las utopías de las "ciencias sociales" de la década anterior tuvieran acogida. Habría que esperar unos años más, hasta 1869, para que el impacto de la Primera Internacional hiciera resurgir la necesidad emancipadora de conocer la nueva ciencia social.

No obstante, fuese cual fuese el contenido concreto de la sección didáctica mencionada, lo que sí parece fuera de duda es el gran afán de saber que tenían obreros y artesanos. En este sentido, algunos años más tarde, Juan Mañé y Flaquer, director de "El Brusi" o "Diario de Barcelona", en el prólogo que escribió para la segunda edición de la obra de Sudre - Historia del Comunismo -, publicado en Barcelona en 1860, se quejaba amargamente y señalaba: "Es una verdad innegable que entre nosotros las clases proletarias son las que más leen, o quizás las únicas que leen" (35). Como resulta evi-

dente, la queja de Mañé y Flaquer iba dirigida a los nuevos burgueses, que parecían menospreciar con sus actitudes tales aficiones, y que, en opinión del director de "El Brusi", no combatían suficientemente las utopías comunistas de los proletarios. Más allá de la anécdota, cabe reseñar el hecho por el cual, la tan manifestada afición a la lectura, fue expresamente prohibida, gubernamentalmente, si tal lectura era realizada en el interior de la fábrica. Fenómeno que, si se tiene en cuenta además los ya comentados elevados índices de analfabetismo de la época y el desconocimiento general de la lengua castellana por parte de los sectores populares catalanes, no deja de tener su relevancia y particular significación.

2.1.6. Los primeros balbuceos del socialismo español

Puede decirse que la situación del proletariado, una vez terminada la huelga general de 1855 y las fallidas esperanzas del Bienio Progresista, empeoró. La implantación del moderantismo, a través de los once años de gobierno moderado que se sucedieron a continuación, antes de la Revolución de Septiembre de 1868, fueron un período de renovada represión contra los obreros, así como contra los miembros del partido demócrata, en general. Varios de los cuales, como fue el caso de Pi y Margall, se vieron obligados a exiliarse.

Los años entre 1856 y 1868 fueron años particularmente difíciles para el proletariado español. El análisis de la lucha de estos sectores sociales, durante ese período, puede ser resumida a través de los conflictos laborales. Y a nivel ideológico, a partir de los enfrentamientos entre los seguidores de la tendencia "individualista" y los de la tendencia

"socialista" del partido demócrata. Ambas corrientes estaban representadas respectivamente por dos figuras claves en la Historia posterior del siglo XIX: Castelar, firme defensor de los presupuestos de la escuela liberal y Pi y Margall, claramente definido a favor de "la sustantividad de los seres colectivos" (35bis). La polémica tuvo lugar en 1864 y al periódico "La Discusión" como plataforma pimargalliana. Publicación enfrentada a la titulada "La Democracia" que publicó los escritos de Castelar, entre otros líderes republicanos individualistas. El triunfo de la corriente "socialista" fue evidente tanto en las filas del partido demócrata en Madrid como en las de Barcelona. E incluso, en esta última ciudad, un año después (1865), eran elegidos los comités local y provincial del partido, exclusivamente entre los miembros catalanes de la tendencia ganadora. La mencionada polémica facilitó asimismo el que, algunos años después, el mensaje internacionalista de Fanelli, en su vertiente bakunista, fuese bien recibido por los obreros y artesanos demócratas. Sectores que en 1869 aparecieron ya vinculados al movimiento de masas de "La Federal", según reconoció posteriormente Anselmo Lorenzo en El Proletariado Militante.

La década posterior - 1860-1870 - llena de ambigüedades y contradicciones significó un cambio importante en la situación y el papel que jugarán los grupos sociales, partidarios del cambio. Sirva como ejemplo la creación en Barcelona del "Ateneo Catalán de la Clase Obrera", en 1861, cuya actuación política a favor de los intereses de la clase que decía representar no quedó nunca demasiado clara. Al parecer, su directiva perteneció, en los primeros momentos, al partido progresista y las primeras noticias de su existencia salieron impresas en el periódico "El Obrero", fundado en 1864

por Antoni Gusart. Esta publicación junto a "La Asociación" de Roca y Galés eran los más claros representantes de la prensa obrera de la época. Roca y Galés era además de un fiel seguidor de la línea individualista, dentro del partido demócrata, un eminente representante de la corriente cooperativista, dentro del movimiento obrero. Ambas publicaciones se caracterizaban por propugnar el cooperativismo y defender la libertad de asociación, siempre que con ello no se ultrapasaran los límites de la moderación (36). Por lo que puede decirse que su postura quedaba planteada como una defensa un tanto "corporativa" de la identidad de los obreros y artesanos. Grupo social que según tales planteamientos debía permanecer siempre en equilibrio armónico con el grupo detentador del capital y por lo tanto lo suficientemente alejado de idearios más proclives a una lucha por la emancipación social (36bis).

Y es que efectivamente, el verdadero cambio hacia posiciones más acordes con las nuevas teoría del socialismo, por parte de la mayoría de trabajadores de Catalunya, no se dio hasta algún tiempo después. Tiempo en el que hombres como Farga Pellicer, Balasch y otros líderes del movimiento obrero, miembros a su vez del partido demócrata - convertido ya en el partido republicano federal - tomaron contacto con las ideas de la Primera Internacional. Pero lo que aquí debe destacarse es que el contacto con las nuevas ideas socialistas llegó en el mismo momento en que se ponía de manifiesto el fracaso de la Revolución Septembrina. Revolución en la que se impuso la línea de moderación auspiciada por la burguesía industrial que contaba como líder principal y animador al catalán, general Juan Prim y Prats. La línea avanzada, radicalmente revolucionaria, estaba constituida por el

movimiento de masas de "La Federal", formado por campesinos, obreros industriales, clases populares en general (artesanos, pequeños comerciantes, etc.) y las pequeñas burguesías del mosaico español. Grupos todos ellos que propugnaron un cambio radical de la organización de la sociedad española, contando como instrumento político al partido republicano federal. Partido que tenía como líder indiscutible, también a un catalán, en este caso al abogado Pi y Margall, afincado en Madrid desde 1842.

Es suficientemente conocido que el fracaso de la línea de moderación, impuesta por la burguesía, abriría de hecho un camino cuajado de obstáculos. Y significaría, por encima de todo, el fin de las esperanzas de unos obreros en la defensa de sus intereses por parte de la pequeña burguesía republicana federal. Siendo "La Federal" el último mito de origen burgués aceptado por el proletariado español. Un mito y un movimiento, empero, que dejaron las puertas abiertas para una nueva ideología: el socialismo bajo su acepción anarquista. Ideología que, a lo largo de las décadas siguientes, sería sin duda de ninguna clase, la ideología mayoritaria en el seno de los núcleos obreros y artesanos, en búsqueda del ideal emancipador.

2.2. PI Y MARGALL Y EL ANARQUISMO

Francisco Pi y Margall, a quien se ha mencionado en numerosas ocasiones en el apartado precedente, ha sido reconocido, casi generalmente, como padre del anarquismo español y más concretamente, del que se desarrolló en el área catalana. Así Federica Montseny, al exponer la biografía de Anselmo Lorenzo escribió: "Como casi todos - por no decir todos - los anarquistas españoles, Anselmo Lorenzo fue federal, democrata, pimargalliano mejor, quizá, ya que Pi y Margall era el que daba al federalismo su profundidad filosófica y su inquietud revolucionaria. Y fue el propio Pi y Margall el que proyectó la atención del joven tipógrafo hacia el estudio de problemas económicos, a donde lleva, fatalmente, toda crítica a fondo del sistema social reinante y toda política analizada hasta sus últimas consecuencias. Y fue el propio Pi, con la traducción de las obras de Proudhon, el que preparó el terreno que habían de pisar, mañana, las ideas de Bakunin y la Internacional, el que preparó el hogar donde se hicieron populares y grandes, con fuerte arraigo en la conciencia española, vinculándose por siempre más al porvenir de la raza (37). Asimismo, el propio Anselmo Lorenzo reconoció repetidas veces tal paternidad, al igual que hicieron sus compañeros de luchas e ideología. Posiblemente, son las páginas que Federico Urales escribió sobre La Evolución de la Filosofía en España (38), el ejemplo que mejor resume este punto. Así al hablar de cuáles fueron los orígenes de la filosofía social en España, Urales comenta: «Es indudable que en el idealismo filosófico de Hegel y en el positivismo social de Comte dominaba el elemento sociológico reformador, (...) y que de aquellos dos colosos del pensamiento a quienes servía de adorno y ayuda los humanistas de las es-

cuelas de Fourier y Saint-Simon, salieron primero Proudhon, luego Bakunin y Carlos Marx y más tarde nuestro gran Pi y Margall, superior a los otros en conjunto e inferior a Proudhon en la lucha por la idea y a Bakunin en la acción revolucionaria» (39).

A este testimonio cabe añadir los que el mismo Urales recogió, en la misma obra, de puño y letra de sus contemporáneos. Así en el caso del ya citado Anselmo Lorenzo puede leerse: "Tuve ocasión de leer a Pi y Margall en sus buenos tiempos, cuando era un pensador revolucionario y no había descendido a jefe de partido. Leí "La Razón", revista revolucionaria, La Reacción y La Revolución, y devoré con ansia su campaña socialista en "La Discusión" y el Homo sibi Deus de Hegel tan magistralmente expuesto por Pi, se me metió en la cabeza de modo tan fuerte y arraigado, que no lo sacaría ni el casco de hierro que empleaba Portas en el castillo maldito. Proudhon acabó de remachar el clavo: leí casi todo lo que de él tradujo Pi (...) Así se hizo mi iniciación y mi educación revolucionaria" (40). Fernando Tarrida del Mármol se expresó sobre el particular del modo siguiente: "Los escritos de Bakunin, Kropotkin, Proudhon, Tchernicheusky y Pi y Margall hicieron de mí un anarquista cuando sólo contaba dieciocho años" (41), y el ya citado como uno de los ideólogos anarquistas de mayor valía, Ricardo Mella, a la pregunta de Urales sobre cuáles eran sus padres espirituales contestaba: "Respecto de este particular te diré brevemente: era federal a los veintiún años; La Revista Social me decidió por el anarquismo, y el 82 fui a Sevilla como tal. Proudhon influyó entonces agradablemente sobre mis ideas. Más tarde Spencer. Conservo siempre cariño a los escritos de Pi y Margall..." (42).

Este era el sentir de los primeros pensadores y hombres de acción de los primeros tiempos del anarquismo en Catalunya y ésta es la opinión más comúnmente aceptada entre los historiadores que han profundizado en el tema. Opinión que será ejemplarizada mediante la de A. Jutglar (43), reconocido especialista en la vida y obra de Pi y Margall. Este historiador, aún habiendo escrito un artículo dedicado exclusivamente al tema (44), expone, en otra de sus publicaciones dedicadas al federalista catalán, lo siguiente: "Algún comentarista o historiador mal informado (...) (dice que Pi) es el padre del anarquismo. Ello es erróneo. Sin embargo, ¡Cuándo el río suena! Pi y Margall pasó en efecto por un sarampión profundamente anarquizante, definido por textos como el siguiente: «La democracia ¡cosa rara! empieza a admitir la soberanía absoluta del hombre, su única base posible; más rechaza aún esa anarquía; que es una consecuencia indeclinable. Sacrifica la lógica, como los demás partidos ante los intereses del momento, o cuando no, considera ilegítima la consecuencia por no comprender la conservación de la sociedad sin un poder que la gobierne. Ese hecho es sumamente doloroso»" (45). Reforzando de nuevo, Jutglar, su idea de la relación entre Pi y Margall y el anarquismo en su extenso "Estudio Preliminar" de la reciente reedición de La Reacción y La Revolución (45bis).

2.2.1. El ideario anarquista de Pi i Margall

Aceptados los considerandos y la matización, lo que sí resulta cierto es que un texto como el ya citado, La Reacción y La Revolución, publicado en el año 1854 (46), se convierte en un punto de referencia fundamental para comprender las

ideas de los anarquistas catalanes. Ideas sobre los conceptos de pacto, asociación y federación que los Farga Pelli- cer, LLunas, Prat, Tarrida, Urales, etc... conocieron, en perfecta homogeneización con las que al respecto tenían sus contemporáneos franceses, belgas, italianos, etc... Contemporáneos que habían podido leer y escuchar directamente a Proudhon, Bakunin o Kropotkin, pero no a Pi. El hecho del padrinazgo de Pi y Margall sobre los futuros bakuninistas españoles era algo ya reconocido en aquella misma época, como parece demostrar la publicación de Ceferino Tresserra. Este miembro de los núcleos demócratas catalanes desde los primeros días de Abdó Terrades publicaba en 1861, Los anarquistas, los socialistas y los comunistas ¿son demócratas?. Tresserra desde una óptica individualista, y por lo tanto moderada, pretendía contrarrestar con aquel escrito la influencia pimargalliana en el creciente movimiento obrero de aquellos años. Asimismo, según Jutglar, debe tomarse en consideración el dato de que la obra de Pi - La Reacción y La Revolución - se publica nueve años antes que Du Principe Fédératif de Proudhon (1863). Texto este último que acostumbra a constituir el marco teórico de referencia obligada para las ideas anarquistas básicas. Constatación que según el citado historiador catalán, sirve para desestimar definitivamente la tan aceptada opinión, de que Pi y Margall se convierte al federalismo gracias a su contacto con el pensador francés, cuando de acuerdo con esa opinión, está fuera de duda que Pi era hegeliano (47).

Las frases, "Tomo la pluma para demostrar que la revolución es la paz, la reacción la guerra" y "Nuestra revolución no es puramente política; es social", escritas en las primeras páginas de La Reacción y La Revolución pronto se convirtie-

ron en lemas fundamentales para quienes, en aquellos años, esperaban todavía que la solución a los problemas sociales, políticos y económicos, les llegara de la República Federal. El esquema básico de tales esperanzas se justificaba de manera muy sencilla: desde los días de las primeras luchas, los obreros y artesanos sabían que el ser humano necesita de la asociación y ello se hace fácilmente extensible a la necesidad de asociarse para vivir en sociedad. Necesidad asociativa, que, según la visión pimargalliana, sólo podía estar basado en el pacto. Pacto que, dadas sus características, demandaba a su vez ineludiblemente la federación como única solución posible a la organización entre iguales. Esta organización era la que, en último término, había de conducir a la Revolución, que ya no sería de carácter político sino social, porque ésa era la única manera de conseguir el objetivo final : La Paz. Los conceptos de pacto y federación surgían además de la vocación humana por la libertad y llevaban implícitos una fe ciega pero racional en las ideas de ciencia, técnica y progreso. Ideas que actuaron de señuelo en todas las ideologías progresistas de la época y muy especialmente en la anarquista.

Las palabras del que fue uno de los presidentes de la Primera República a este respecto, resultaban proféticas y alentadoras: "¡Pueblos, pueblos! no habrá esa providencia pueril que os han pintado dirigiendo uno por uno los actos de toda vuestra vida; más, no lo dudéis, hay una ley social a que obedecéis vosotros, y con vosotros la humanidad entera. Esta ley social es la que os han hundido ahora en la oscuridad, la que os pondrá mañana bajo el sol de un claro día. La luz está ya aquí, y sólo falta que la juventud rompa con la varita mágica de la ciencia las nubes que la impiden llegar a

vuestros ojos, y que vosotros os empeñéis en cerrarlos por no recibirla" (48).

Por otra parte, no debe pensarse que tales argumentos sólo fueron transmitidos mediante la lectura del texto aquí comentado, puesto que tal como ya se ha mencionado en el apartado anterior, Pi y Margall mantuvo siempre numerosos contactos con los obreros. Como ejemplo, puede citarse la labor que desarrolló en el "Fomento de las Artes", entidad fundada en Madrid en 1847, que fue pionera de este tipo de asociaciones propiciadoras del contacto entre obreros y por lo general, miembros del partido demócrata. Así, en esa entidad, sucesora de "La Velada de las Artes", Pi llegó a explicar cursos periódicos en los que habló de los conceptos de pacto y federación a la juventud obrera, que años más tarde recibiría a Fanelli en Madrid, con sus noticias sobre Bakunin y la Primera Internacional. Tales contactos, a los que deberían añadirse los mantenidos con los obreros catalanes, se sucedieron a lo largo de toda su vida. Actuación que le supuso afrontar las innumerables contradicciones que la praxis anarquista le planteaba, pero que le ganaron el reconocimiento de cuantos se sintieron identificados con el ideal ácrata. Según Jutglar cita, siguiendo a Vallina, el día de su entierro, (Pi murió en 1901), el homenaje postrero reunió a numerosos partidarios de la llamada ideología libertaria. Acompañantes que si bien no lograron conducir el féretro a hombros, hacia los barrios obreros de Madrid, como era su intención, (por haber sido cerrados por las autoridades), le acompañaron hasta el momento de su introducción en la fosa, despidiéndole con gritos de "Viva la anarquía" (49).

Las contradicciones de este padre del anarquismo catalán constituyen, en parte, "... un caso clásico del utopismo pequeño-burgués en España" (50). Crítica que, por otro lado, ha sido también aplicada en repetidas ocasiones, y especialmente a partir del momento en que Marx escribe su Miseria de la Filosofía, a Proudhon. Autor que si está reconocido, de manera unánime, como padre del anarquismo. En cualquier caso, lo que aquí merece resaltarse es el hecho de que a ambos pensadores, (Pi y Proudhon), les corresponde un papel decisivo en un mismo magisterio y en una misma predicación: el anarquismo. Aunque sea también cierto que les separan algunas diferencias, especialmente todo lo que hace referencia al papel que ha de jugar lo político y más concretamente el Estado. etc... Asimismo, no puede dejar de señalarse su común defensa de la felicidad efectiva de las clases jornaleras, para utilizar el término de una de las obras proudhonianas traducidas por Pi. Felicidad que partía de la creencia en que el ser humano tenía derecho a la Naturaleza, por el simple hecho de existir. Pero en la que, superando a Rousseau, ambos afirmaban, se necesitaba ir más allá del individualismo, así planteado, para llegar a la que en su criterio era la dimensión realmente válida de lo social, único antídoto contra el egoísmo, orgullo y avaricia. Este ideario, constituía un enlace perfecto con el comunismo icariano de Cabet, trascendiéndolo y utilizándolo en la vertiente que lo convertía en algo capaz de resolver las contradicciones propias de toda sociedad. Este fue, en resumen, el modo en el que el posible anarquismo de Pi y Margall sirvió para preparar el camino bakuninista predominante en la Catalunya de los primeros años 70' del pasado siglo.

2.2.2. El camino hacia el anarquismo

La necesidad de llevar a cabo la Revolución Social, que había quedado clara, desde la óptica pimargalliana e imperaba en ciertos núcleos de obreros y artesanos, no parecía, empero, demandar excesivas violencias. Por el contrario, la labor pedagógica, el dominio de la ciencia y de la técnica, unidos a la inevitabilidad del progreso, que a modo de ley social había de gobernar el devenir de la Humanidad, parecían ser suficientes para lograrla. Merced a esos razonamientos, el futuro podía ser contemplado por los sectores sociales menos privilegiados con optimismo, ya que era "... inútil empeñarse en detener el progreso. La guerra misma difunde las ideas; brotan éstas del pie del cadalso y de la hoguera. En vano el sacerdote pretende hacer de la ciencia un misterio para el pueblo; la ciencia salta los muros del templo, y halla siempre un Sócrates que la presente llene de pureza y majestad a los ojos de la profana muchedumbre..." (52).

Durante el período 1860-1868 y posteriormente durante el Sexenio Revolucionario, la corriente socialista del futuro partido republicano federal, cobró gran relieve en la vida política y social del país. Siendo grande el esfuerzo realizado por los hombres de esta corriente, con el fin de constituir a lo largo y ancho del Estado una serie de ateneos obreros, que junto a liceos artesanos, centros federales, casinos, etc... sirvieron para articular las bases sociales que el triunfo de la idea republicana y federal precisaba. En Catalunya principalmente, éstas serían las bases, que, una vez fracasada la experiencia republicana, buscarían las soluciones a la "cuestión social", exclusivamente en líderes

y esfuerzos salidos de su propio entorno, tratando de obviar cualquier dimensión política del tema. Ya que Pi y Margall les había ya abierto los ojos hacia tiempo: "Se espera generalmente mucho de gobiernos fuertes; se debe esperar muy poco. Los gobiernos apenas saben hacer más que vivir sobre el día de mañana, cubrir sus déficits enormes con empréstitos ruinosos, gravar cada día más las generaciones venideras. Todo poder, he dicho, es tiranía, y toda tiranía engendra la pobreza: no en vano ni por una sola razón aspiramos a la destrucción del poder mismo" (53). Tal como ya se ha comentado, la contradicción práctica que tales ideas teóricas engendraban en un hombre de acción política como Pi y Margall, habían de ser superadas en la "praxis" anarquista. Muy especialmente al desentenderse éstos de cualquier actividad política, si exceptuamos la difícil paradoja de los ministros anarquistas, en la España de 1937, en plena guerra civil. Sin embargo, de todos es sabido que la superación de esa contradicción no exigió una decisión final y asimismo no significó el triunfo definitivo de los anarquistas.

2.3. ANARQUISMO Y MOVIMIENTO OBRERO

Los años del Sexenio Revolucionario fueron, tal como ya se ha comentado, los que vieron surgir, finalmente, el movimiento obrero español. Movimiento que acunó los primeros brotes de la ideología que iba a ser mayoritaria en su seno, a lo largo de las décadas siguientes en el conjunto del Estado: el anarquismo. El fenómeno puede ser explicado, en parte, a partir del hecho de que un buen número de los líderes que impulsaron tal ideología eran, o habían sido hasta 1874, militantes o miembros activos del movimiento de masas de "La Federal". Militantes que desencantados por la actuación de los políticos de su partido - y habiendo tenido noticia de las ideas internacionalistas, en su versión bakunista - optaron por las más parecidas al bakuninismo con la esperanza de poder solucionar sus problemas (53bis). El proceso, como todo proceso social, no fue ni mucho menos lineal y para confirmarlo basta con seguir el desarrollo y las votaciones del Congreso Obrero celebrado en Barcelona, en 1870, tal como se comentará más adelante. En este Congreso se pusieron por primera vez de manifiesto las ideas, que posteriormente iban a consolidar la ideología y el movimiento ácrata en toda la península, tal como se verá en el apartado siguiente.

La gran mayoría del movimiento obrero, existente hasta el momento, estaba fuertemente convencido de que la defensa de sus intereses dependía del triunfo de la República. Triunfo que había de ser posible por la alianza entre el conjunto de las "clases populares", (formado por obreros y campesinos), y las pequeñas burguesías, sustentadoras de la idea que defendía tal solución. Tal idea convertía en ineludible la

proclamación de la "República Federal", tal como muy bien supieron ver y entender los reaccionarios y conservadores del momento. Sectores para quienes "La Federal" significaba la destrucción del poder, y por tanto, la Anarquía. Temían además que una sociedad española "organizada" de manera "federal", representara el dominio de un colectivismo libertario, destructor de los sacrosantos derechos de la propiedad privada. Derecho indispensable, para que los ricos, minoría selecta, minoría inteligente según Cánovas, pudiesen desempeñar su gran misión y elevado destino de regir la sociedad (54).

En suma, los mencionados reaccionarios y conservadores, temían que el triunfo de "La Federal" significara, el apocalipsis, al hacer desaparecer el papel del arbitrio divino, libre y capaz de mantener un Orden Permanente e Inmutable. Un orden que siguiendo las líneas de los grandes teóricos liberales como Locke era permanente e inmutable porque se mantenía sobre la piedra angular de la propiedad privada. Tal era la perspectiva que defendió el citado Antonio Cánovas del Castillo, político que en sus discursos llegó a decir que en el futuro, en España, lo que mayormente iba a separar a los hombres no eran problemas dinásticos ni políticos sino el gran problema de la propiedad.

Sin embargo, aun antes de que ocurrieran los sucesos del Sexenio Revolucionario, lo cierto era que los últimos años de gobierno moderado habían supuesto una cierta tolerancia, que permitió una relativa actuación pública de los líderes y las asociaciones obreras. C. Martí (55), cita la existencia, en aquellos años, de dieciséis entidades obreras sólo en Barcelona ciudad y de alguna más en Terrassa, que llevaban a

cabo, por lo menos, una mínima actividad pública. Asimismo, en 1861, tuvo lugar en Barcelona la creación del ya citado "Ateneo Catalán de la Clase Obrera". Entidad que, aun sin haber actuado claramente al servicio de los intereses de la clase que decía representar, pudo servir de aglutinante del núcleo de líderes obreros existentes en aquel momento en Catalunya. Tarea que ya había cumplido el "Fomento de las Artes" madrileño, centro que si sirvió de verdadera cuna del movimiento obrero desarrollado en la capital del reino.

También los años que precedieron al mencionado Sexenio fueron los que presenciaron la mencionada polémica; (concretamente 1864), entre la corriente socialista e individualista del partido republicano federal, que tanto había de aleccionar a los futuros anarquistas. Polémica que, como ya se ha comentado, tuvo como protagonistas a Pi y Margall desde las páginas del periódico "La Discusión", en representación de los socialistas y a Emilio Castelar, desde las páginas de "La Democracia", a cuenta de los individualistas. En Barcelona, tal acontecimiento supuso además, que a pesar de que el propio Roca y Galés y todos sus seguidores se mostraron de acuerdo con Castelar, aquel mismo año, los demócratas catalanes se declararon públicamente pro-socialistas en un "Manifiesto a los demócratas españoles" (55bis).

Con todo, la realidad asociativa del movimiento obrero catalán de aquel período pre-revolucionario era todavía débil, debido especialmente a la poca claridad de sus objetivos finales. Por otra parte, aunque los años del bienio progresista habían significado un fuerte impulso en el estudio de algunos de los aspectos que sustentaban la "cuestión social" (56). E incluso un ministro de Fomento, Francisco de Luxán,

tuvo a bien promover una comisión, cuyo objeto de estudio había de ser el de "reunir todos los datos y antecedentes relativos al estado y condición de las clases obreras e industriales" (57). Tal comisión sólo existió en el papel y tales estudios sólo cumplieron el papel de declaraciones de buenas intenciones. Quedando los intereses del gobierno respecto a la citada cuestión, todavía muy lejos de los que treinta años después sirvieron para impulsar, con parecidos propósitos, la "Comisión de Reformas Sociales". No obstante, sí puede decirse que tales prolegómenos favorecieron el que algunos políticos con sus preocupaciones e inquietudes ante tal "cuestión" jugaran el papel de pioneros de los Moret, Balaciart, Pérez-Pujol, etc...

Un análisis detallado de aquella coyuntura histórica, hace que uno de los principales estudiosos del tema (58), diga que los ecos de la herencia de los socialistas utópicos parecían estar apagados casi por completo. En su opinión, los obreros sólo parecían luchar, en aquel período, por la todavía no conseguida asociación. Creyendo al mismo tiempo que el cooperativismo solucionaría los problemas económicos y que de los de tipo político se haría cargo el partido de los antiguos demócratas. En general, del análisis de los papeles, que aquellos grupos de obreros produjeron en esa época, no parece desprenderse el logro de una mayor profundización en la problemática en la que se veían envueltos. Lejos quedaban, al parecer, las reivindicaciones de una nueva organización social, tal como la habían demandado sus antecesores en los himnos y revueltas populares de décadas anteriores. Las luchas y anhelos de aquel momento parecían tener un claro tinte moderado.

Pero algún rescoldo debió quedar no muy bien apagado, ya que de otro modo, no parece posible explicar la súbita radicalización que, si bien es cierto no afectó a la gran mayoría del movimiento obrero, tuvo lugar en tan poco lapso de tiempo: los dos años que hay entre la Revolución de 1868 y el Congreso Obrero de Barcelona de 1870. En este contexto, la llegada de Fanelli con el mensaje de Bakunin, no hizo más que reafirmar las intuiciones que algunos de los jóvenes obreros tenían ya en torno a su situación. Farga Pellicer puede ser quizá el más genuino representante de esas intuiciones. Los Congresos Obreros que tuvieron lugar, en 1865 y 1868, son perfectamente representativos de las características moderadas ya comentadas. El primero de ellos (1865) fue convocado a instancias de Gusart y según Martí (59) describe, participaron cuarenta sociedades obreras que se mostraron a favor del derecho a la libre asociación. Pero que al mismo tiempo, al igual que La Sagra encontró veinticinco años antes, se declararon fervientes defensores de la política proteccionista que los burgueses catalanes del sector textil reclamaban del Gobierno Central. El resultado de este Congreso, según el análisis de prensa llevado a cabo por el citado historiador, puede resumirse por su disposición totalmente favorable "a la libertad de asociación, por el principio de cooperación y por la federación de las asociaciones obreras, respetando con todo su autonomía" (60).

El Congreso del año 1868 surgió como consecuencia lógica a la convulsión producida por la Revolución de Septiembre. El retorno a la vida pública de las asociaciones obreras demandó legitimar el fin de la tolerancia, en la que hasta entonces habían vivido. Esta vez la convocatoria del Congreso fue realizada por la "Dirección Central de las Sociedades Obre-

ras" de Barcelona, entidad que a modo de federación agrupaba a las sociedades obreras existentes en el momento. Participaron sesenta y una de ellas, que una vez más reclamaron el todavía no legalizado derecho de asociación, al tiempo que acordaban publicar un periódico que había de ser el "órgano de la clase obrera". Además, tal como se podía leer en la petición de convocatoria congresual, los miembros de las citadas sociedades se creían en la necesidad de tratar otras cuestiones que también les afectaban. Este era el caso de la discusión en torno a la forma de gobierno que mejor convenía a la nación, dada la interinidad producida por la caída de la monarquía borbónica. Tal cuestión se resolvió con la petición favorable de todos los asistentes al Congreso de una República Federal. La petición fue proclamada desde las páginas del primer número de "La Federación", nombre que recibió "el órgano de la clase obrera", mayoritariamente impulsado por los obreros y artesanos aquí considerados. Tal publicación estuvo dirigida desde un comienzo por Rafael Farga Pellicer, miembro de una familia, que dio algunos de los mejores elementos del movimiento obrero y anarquista catalán. Poco tiempo después "La Federación" se convertiría en el órgano de expresión de la Primera Internacional en Catalunya, y por extensión en toda España.

En las elecciones a diputados a las Cortes Constituyentes que se celebraron poco después (1869) tanto la "Dirección Central de las Sociedades Obreras", como los "Centros Federales" de Barcelona y del resto del principado apoyaron las candidaturas republicanas federales. Termes confirma a este respecto que: "entre los firmantes de estos sueltos obreros en los que se pedía el voto para los republicanos federales aparecen los dirigentes obreros Farga Pellicer, Juan Fargas,

Jaime Balasch, Juan Nuet, Tomás Valls, Joaquín Riera, Francisco Amorós y Antonio Albert, algunos de los cuales serán, meses más tarde, portavoces del apoliticismo anarquista" (61). Reconociendo además que en esa lista junto a los nombres de los jóvenes miembros del federalismo estaban otros, que ya se habían iniciado en la lucha en la década de 1840. Pau Alsina, antes mencionado como uno de los asistentes a las primeras clases de ciencia social, resultó elegido en aquellas elecciones, convirtiéndose de este modo en el primer diputado de procedencia obrera, en las Cortes de Madrid. También Josep Anselm Clavé jugó un papel destacado en el poder político del momento, formando parte del consistorio barcelonés, en nombre de los antiguos demócratas, convertidos ya en republicanos federales, momentáneamente triunfadores. La Revolución Social predicada por Pi y Margall parecía estar al alcance de todos los que por ella habían luchado. Pero tan sólo un año después del levantamiento del general Prim, la separación entre federales y obreros era ya casi un hecho. 1870 fue el año de la consolidación de tal diferencia, que aunque minoritaria en unos primeros momentos, marcó un cambio substancial en el movimiento obrero catalán y en el del resto de España.

2.3.1. La Primera Internacional

Las primeras noticias que se tienen en Catalunya sobre la Conferencia que tuvo lugar en Londres, en 1864, para la creación de la "Asociación Internacional de Trabajadores" (AIT) vieron la luz en "El Obrero" de Antoni Gusart, el 1 de noviembre de 1865. En otra de las publicaciones obreras del momento, "La Asociación", la reseña iba firmada por J. Güell y Mercader (62). Según Martí, las interpretaciones que los

obreros catalanes de la época hicieron sobre la existencia de la conocida popularmente como "Primera Internacional" no iban más allá de considerar que era una ampliación, en el campo internacional, de los principios de asociación, cooperación, crédito y socorros mutuos, que ellos también defendían. Los contactos directos no existieron hasta que un tal Antonio Marsal Anglora, barcelonés y maquinista de profesión, acudió a la Conferencia de la AIT, celebrada en Bruselas. Allí y bajo el pseudónimo de "Sarro Magallán" había de presentar un informe sobre las "Asociaciones Obreras en Cataluña" como delegado del movimiento obrero español (63).

Por otra parte, existen referencias de que durante los primeros años de su existencia, la Primera Internacional demostró una cierta preocupación por lo que sucedía en este país (64) y resulta innegable que tal como dice Martí: "... la primera iniciativa seria en orden a la propaganda de la Internacional en España la tomó Bakunín" (65). Al parecer, el revolucionario ruso tuvo conocimiento de la explosión revolucionaria, iniciada en España en septiembre de 1868, gracias a sus contactos con Fernando Garrido, al cual conocía desde 1864. Sea cual sea la exactitud del dato, lo que es evidente es que Bakunin supo aprovechar de algún modo el contexto surgido de "La Gloriosa", al tratar de enviar un emisario portador de sus doctrinas. Elisée Reclus, que fue el hombre que inicialmente recibió el encargo, no pudo cumplir con él y fue su hermano - Elie Reclus - quien lo hizo, aprovechando un viaje ya proyectado a España. La realidad histórica, sin embargo, ha impuesto el nombre de Giuseppe Fanelli como verdadero introductor de las ideas internacionalistas en España. El diputado italiano llegó a este país a

finales del año de la revolución (1868), siendo portador de un mensaje del comité ginebrino de la AIT.

Del debate entre los historiadores especialistas en el tema, acerca de si Fanelli llegó realmente primero a Barcelona o a Madrid, aquí interesa tan sólo reseñar que en Madrid contactó con los miembros del "Fomento de las Artes", tal como puede fácilmente comprobarse en las páginas que Anselmo Lorenzo dejó escritas en El Proletariado Militante. Siendo en esa misma entidad donde se creó un primer núcleo de internacionalistas españoles. Al mismo tiempo, en Barcelona, el bakuninista italiano conoció a Farga Pellicer y a sus compañeros, quienes a su vez también constituyeron un grupo de simpatizantes de la Primera Internacional. Lo que sucedió a continuación al parecer, es que Fanelli, por un error que después reconoció, tal como los historiadores han comprobado (66), no informó con la suficiente claridad de las diferencias existentes entre la AIT y la "Alianza Democrática Socialista". Organización esta última que Bakunin y sus correligionarios trataban de impulsar en Ginebra, una vez fracasados sus intentos por hacer prevalecer sus ideas socialistas en "La Liga para la Paz y la Libertad". Así pues, aquellos primeros contactos de Fanelli supusieron, en realidad, que la propaganda de las ideas bakuninistas estuvieran soportadas de manera confusa por ambas organizaciones y que los internacionalistas españoles, casi por azar, se vieran abocados a la versión que de la Primera Internacional tenía el revolucionario ruso.

Acontecimientos posteriores, como la no admisión en la AIT de la asociación ginebrina, en diciembre de aquel mismo año, por no aceptar la entidad londinense la presencia en su seno

de socios colectivos. Y la consiguiente actuación de los partidarios de Bakunin al constituirse en sociedad secreta, marcaron decisivamente las actividades de los internacionalistas españoles y en especial las de los catalanes. Hecho que en consecuencia, marcó también la futura actuación del movimiento obrero desarrollado a partir de entonces en España. Cuando Paul Lafargue llegó a Madrid pocos años después, enviado especialmente por Marx y Engels, su presencia no sirvió para que los "karlistas" españoles (67) pudieran imponer sus criterios al conjunto de obreros y artesanos partidarios de las ideas socialistas. Ya que la gran mayoría de los mismos, se habían mostrado partidarios de asociarse para impulsar la Revolución Social con un manifestado apoliticismo. Actitud que ya habían también expresado, con anterioridad, sus antecesores en la lucha obrera.

El desarrollo del primer núcleo de internacionalistas catalanes se llevó a cabo bajo el impulso de hombres como el ya citado Farga Pellicer, Gaspar de Sentiñón, Soriano, LLunas..., quienes consiguieron que el "Centro Federal de las Sociedades Obreras", nombre que más tarde tomó la ya citada "Dirección Central de las Sociedades Obreras" diera soporte a la primera sección formalizada de la AIT en Barcelona. Ambas entidades aprovechaban el mismo local - sito en la calle de Mercaders, n.42, sede a su vez del "Ateneo Catalán de la Clase Obrera" - los mismos recursos y los esfuerzos humanos ya existentes. Este primer grupo de obreros republicanos, en su mayoría partidarios de las cooperativas y aclamadores de la República Federal, fueron los mismos que protagonizaron el viraje realmente revolucionario de la lucha obrera. Convirtiendo las reivindicaciones moderadas de pocos años antes en las demandas de emancipación social, que pueden extraerse

de los resultados del Congreso Obrero celebrado en Barcelona en 1870.

Rafael Farga Pellicer fue uno de los principales artífices de ese cambio. En 1869 participó personalmente en el Congreso de La AIT, celebrado en Basilea, como representante del mencionado "Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona", del cual era secretario. En aquella ocasión conoció personalmente a Bakunin, y tanto sus contactos directos con el revolucionario ruso como su propia participación en el Congreso le convirtieron en uno de los pioneros de la defensa del socialismo libertario, (tal como se denominó al anarquismo, años después), en Catalunya y en toda España. El ideario bakuninista constituía ya para Farga Pellicer una respuesta precisa a sus inquietudes revolucionarias, antes incluso de su encuentro en Basilea con Bakunin. Tal como puede comprobarse en la lectura de algunos de los documentos que han permanecido como expresión de los contactos epistolares entre ambos personajes, el anarquista catalán confesaba al revolucionario ruso sus dudas y esperanzas sobre el momento por el que atravesaba el asociacionismo obrero español, del cual era contemporáneo. Sus palabras al respecto eran las siguientes: "Aquí el socialismo no está tan desarrollado como fuera de desear; así es que el Centro Federal no ha decidido nada clara y terminantemente respecto a este punto tan interesante. Hasta ahora sólo se ha ocupado de organizar asociaciones obreras de todos los oficios y artes y propagar para que la federación entre todas se haya efectuado, y para que la república federal triunfe en la gran lucha que sostenemos con los monárquicos (...) NO obstante, he de participaros con placer, que la gran mayoría de los obreros son susceptibles de ser decididamente socialistas; puesto

que van ya comprendiendo esas grandes ideas que llevan en sí nuestra inmediata y radical emancipación" (68).

Del conjunto de aquellas grandes ideas, que según Farga y Pellicer mencionaba como portadoras de la emancipación, sobresalía, según el interés central de esta investigación, la noción de ciencia social o Sociología. Por mor de ese interés, se reproducen aquí unos párrafos del prospecto del primer número de "La Federación", - Martí (69) -, en los que puede leerse una explícita referencia a este tema. Las palabras exactas son: "La Federación, periódico eminentemente obrero tiene por objeto.

"1. La defensa de los intereses del trabajo contra el capital monopolizado.

"2. El estudio de los conocimientos humanos que se relacionan con la ciencia social (...) La ciencia social, la sociología, con su contundente e irrefutable lógica, resolverá esos problemas que tienden a alcanzar la emancipación completa de las clases trabajadoras. Y, lo que es muy notable, esta grandiosa revolución social, por la ciencia misma, puede efectuarse sin trastornos ni convulsiones, si a su inevitable curso no oponen menguados tiranos su irritante despotismo" (70).

La idea de una ciencia social que sirviera para facilitar la emancipación social, a pesar de ser la primera vez que se expresaba por escrito, en un contexto obrero favorable a la revolución, no era del todo nueva. Tal como ya se ha recordado, los obreros y republicanos catalanes habían oído hablar de ciencia social, y parece que incluso habían dedicado horas a su estudio (71). Tal fenómeno venía sucediendo desde los primeros tiempos de la lucha por los derechos a la aso-

ciación, cuando la influencia del pensamiento de los socialistas utópicos se hacía sentir a través de nombres como el de Abdó Terrades, Narcís Monturiol, los hermanos Clavé, etc... y sus gabinetes de lectura. Posteriormente tal creencia se habría mantenido quizá gracias a las ideas de Pi y Margall y a sus traducciones de Proudhon. Por último Bakunin habría servido para reforzar tal creencia, desde las propias páginas de "La Federación, en las que incluso había ido escribiendo sus ideas. Escritos que aun sin aparecer con la firma de sus autor, sirvieron, posiblemente, para consolidar la esperanza revolucionaria, avalada científicamente por la Sociología, de quienes poco después iban a protagonizar la corriente anarquista en Catalunya. A partir de entonces, la solución política fue abandonada por buena parte de los obreros y artesanos catalanes, sin que ello significara que la mayoría de ellos mostrara su total acuerdo con la ideología libertaria. Pero, lo que es cierto es que entre los que sí la aceptaron e impulsaron, la preocupación por organizar la sociedad futura hizo acrecentar las citas sobre la denominada ciencia social. Ciencia que llegó a convertirse en un elemento esencial de su ideario.

Un ejemplo similar de la existencia, en el seno de las inquietudes obreras, de una gran preocupación por tener un conocimiento sociológico del mundo. Conocimiento que les proporcionara la solución a los problemas que tenían planteados, puede encontrarse en las páginas dedicadas a explicar unos "Rudimentos de Ciencia Social". Páginas de una publicación que circuló por aquellos años con el título de Catecismo Internacional (72). Tal publicación está dividida en diversos capítulos, estando el primero de ellos dedicado a explicar qué es la sociedad. La respuesta consiste en la enu-

meración de las clases sociales que la componen. Más adelante, puede leerse también como contestación a la pregunta de cuántas son esas clases sociales, lo siguiente: "... dos clases principales: la clase obrera y la clase burguesa. Estas dos clases se subdividen a su vez en subclases.

"1. Clase Obrera.- Forman parte de la clase obrera todas las personas que, trabajando, crean un producto cambiabile; para que un producto sea cambiabile debe tener el carácter de utilidad social. El zapatero que, por ejemplo, hiciese zapatos de una vara de largo, aunque trabajase no crearía un producto cambiabile, porque semejantes zapatos no tendrían utilidad social (...) La clase obrera se divide en dos subclases: a) la subclase artesana y b) la subclase proletaria" (73).

Al hablar acerca de la clase burguesa, se dice que igualmente está dividida en una "subclase aristocrática", una "subclase propiamente dicha o clase media" y una "subclase doméstica". Subclase esta última que se acompaña en el texto de una cita de El Capital de Marx, para reafirmar su creciente importancia en la época. Asimismo se dice que forman parte del conjunto de toda la clase burguesa "... todos los que, poseyendo instrumentos de trabajo, y se entiende por instrumentos de trabajo la tierra, los buques, el capital monetario, etc., los hacen producir por otros y retiran un beneficio de este trabajo. Forman también parte de esta clase los que trabajan para mantener los privilegios y entrete-
ner los vicios de los detentadores de los instrumentos de trabajo" (74).

En los capítulos que siguen se dan definiciones sobre lo que es la propiedad, definiendo una cierta organización cooperativista de la producción, tal como la mayoría de los trabajadores de la época defendía. E incluso se denuncia el "acaparamiento" que los burgueses llevan a cabo con los resultados del trabajo de los obreros. Se aprovecha también la ocasión para defender la fuerza de la unión entre proletarios, hecho que habrá de conducir a una organización de similares características a la impulsada en Londres (75). Del texto que aquí se comenta, no se conocen ni la amplitud de su tirada ni las circunstancias de su difusión. Pero del contexto general de los círculos obreros de aquellos años parece poder deducirse una repercusión notable de su contenido. Contenido que asimilado a las ideas de Revolución Social, asociación, pacto y federación conducían, por primera vez en mucho tiempo, a la noción de cambio del orden social existente. Cambio que según esos criterios había de propiciar la creación de un orden nuevo, favorecedor de los verdaderos intereses de las clases proletarias, en particular y de toda la sociedad, en general. A lo que debe añadirse la disminución de la esperanza por ir conquistando algunas mejoras de manera paulatina. Actitud, desde siempre defendida por los cooperativistas y republicanos de tendencia individualista, que fue cediendo terreno gradualmente.

Las publicaciones que circularon y produjeron, a partir de entonces, los círculos obreros internacionalistas, así como las actas y ponencias presentadas en los Congresos celebrados posteriormente, así lo evidencian. Todo parecía indicar que el primer paso hacia el triunfo de la ideología anarquista, o para expresarlo en los términos de la época, hacia el socialismo, estaba dado. Los hombres y mujeres que lo hi-

cieron posible, en el contexto que interesa en esta investigación, o bien surgieron de aquel primer núcleo que Farga Pellicer y sus compañeros aglutinaron en Catalunya, o bien fueron, en buena medida, sus más directos herederos en las generaciones que les sucedieron. Analizar la biografía de esos destacados ideólogos del anarquismo en Catalunya, así lo corrobora. De cómo además la Sociología formó parte del cuerpo de ideas, que configuró tal ideología, se dará cuenta en los apartados que siguen.

2.3.2. El Congreso Obrero de 1870 y los Congresos de la FRE y la FTRE

La primera organización formalizada de internacionalistas en España surgió, bajo el nombre de "Federación Regional Española" (FRE), como resultado del Congreso Obrero, celebrado en Barcelona en 1870 (76). El núcleo que impulsó tal encuentro se configuró, en un primer momento, a partir de los obreros y artesanos madrileños, que tras recibir el mensaje de Fanelli, publicaron las nuevas ideas en el periódico "La Solidaridad". Ellos fueron quienes desde el comienzo vieron la necesidad de convocar un Congreso, que fuera capaz de reunir a todas las asociaciones obreras existentes en el momento. Reunión que debía tener como objetivo dirigir tales asociaciones hacia la adhesión a los principios de la Primera Internacional. Sin embargo, la realidad del propio movimiento obrero impuso como sede la ciudad de Barcelona, y en ella se celebró el mencionado Congreso, presidido por Rafael Farga Pellicer.

El Congreso se presentó como adherido a la AIT y el núcleo de sus organizadores, internacionalistas catalanes y madri-

leños, preferentemente, se pronunció en todo momento como fiel seguidor del bakuninismo. Término que para ese núcleo suponía ser contrario a toda solución política y mostrarse partidario del socialismo, según los criterios y orientaciones emanados del Congreso de la AIT celebrado en Basilea. El programa, acuerdos y reglamentos de la primera reunión de obreros españoles fueron publicados en "La Federación". Documentos que conjuntamente con los dictámenes y resoluciones, además de los discursos de bienvenida y conclusiones, vieron la luz años más tarde en la obra del principal cronista del movimiento obrero español de aquellos años: el ya citado Anselmo Lorenzo autor de El Proletariado Militante.

Según Termes, en ese Congreso tomaron parte los tres sectores que representaban las principales tendencias del movimiento asociacionista de la época: "el bakuninista (antipolítico, antiestatista, colectivista y favorable, relativamente, al desarrollo del sindicalismo); el sindicalista (más o menos radical, más o menos ligado al grupo anterior), en el que se agrupaban apolíticos (no antipolíticos como eran los bakuninistas) y politicistas, el sector cooperativista, moderado, y poco favorable al desarrollo de la lucha sindical" (77). Cuatro fueron los temas que se trataron a lo largo de las sesiones: el tema de la resistencia frente al capital, el de la cooperación, el de cómo debía ser la futura organización social potenciada por los trabajadores y el de la actitud que debía adoptar la clase obrera ante la política.

Ante la primera cuestión planteada - la de la resistencia al capital - se aprobó una resolución favorable a la creación de cajas de resistencia, frente a la propuesta de los coope-

rativistas, que manifestaron su desacuerdo. Aquella resolución significaba el fin de una etapa de societarismo y su substitución por la de "resistencia solidaria", más acorde con los principios de la Internacional. Aquella nueva estructura organizativa estaba pensada para actuar, según los impulsores de aquella resolución, como entidad coordinadora de la acción estrictamente sindical de todas las asociaciones obreras. Las palabras del dictamen elaborado sobre este tema dicen: "Observando las bases fundamentales sobre que descansa la presente organización social, vemos que no son otras que la desigualdad, el privilegio, la usurpación; en una palabra, la injusticia (por lo que se imponía como único remedio el estudiar...) la presente organización social en sus instituciones, y al examinar la familia, la religión y el Estado, y las que de estas tres se derivan, nos explicaremos ese malestar continuo, esa inseguridad permanente del mañana (...) y por último la desigualdad más completa imperando por doquiera y siendo el principio que normaliza y regula la conducta de la sociedad en su organización de hoy" (78).

Este programa de actuación no por elemental deja de tener su significación, desde el punto de vista sociológico, dado que plantea el análisis de las bases institucionales de la sociedad, que cualquier alumno de "Introducción a la Sociología" conoce como fundamentales. Pero la lectura del mencionado dictamen continua presentando creciente interés. Ya que en el mismo se plantea el llevar a cabo el mencionado estudio de las instituciones mediante "...el rayo de luz que en nuestra mente empieza a brillar con la ciencia que la sociedad ha vinculado en esas clases (la burguesía) colocándola enfrente de nuestra forzada ignorancia; pero convencidos de

la existencia de esas intenciones, debemos examinar por nosotros mismos la cuestión y resolver sin tener en cuenta para nada los habilidosos sofistas que, vestidos con disfraz de razón, nos oponen sin cesar" (79).

Este afán de adquirir el conocimiento en general y el de la ciencia de la sociedad en particular, tenía ya sendos antecedentes históricos en el mundo obrero. Antecedentes que se veían ahora reforzados por la actuación del "Ateneo Catalán de la Clase Obrera". Ateneo convertido, a partir de aquellos años, en un centro de cultura obrera y en pionero de las escuelas que los anarquistas impulsaron décadas más tarde. Dos datos lo corroboran: el primero que al parecer las clases de "Estadística" y "Economía Positiva" ocupaban un lugar preferente en la enseñanza impartida en aquel ateneo. Y el segundo, que la "ciencia positiva" era una común preocupación, sentida por muchos de los ingenieros y profesores que impartían la docencia en ese centro.

En el Congreso del año 1870, por lo que respecta al tema de la cooperación, los partidarios del cooperativismo quedaron también, en minoría frente a bakuninistas y sindicalistas. Tendencias ambas que consideraban a la Revolución Social como la clave de la emancipación social y no confiaban en las cooperativas. Este fue uno de los puntos que mejor definió el carácter internacionalista de los obreros favorables a los principios de la AIT. Principios claramente superadores de las luchas de corte moderado, que el movimiento obrero catalán había protagonizado la década anterior. Talante similar presidió el dictamen sobre cómo debía ser la futura organización social de los trabajadores. La comisión encargada de plantear el tema proponía que "... siendo el trabajo

lo absolutamente necesario para la vida de la humanidad, él debe ser la fundamental base de la Constitución social, y que los trabajadores son los solos encargados de llevarla a término, para lo cual se hace necesario que los trabajadores se organicen universalmente" (80). Ante lo cual, los trabajadores debían organizarse para poder resistir frente al capital, luchar contra el orden social establecido y mejorar las condiciones de vida del obrero. Sirviendo además tal asociación para determinar la organización de la sociedad futura. Esta preocupación por organizar la sociedad futura resultó ser un elemento esencial para los anarquistas que protagonizaron el movimiento obrero de la época. Y de esa preocupación nacieron posiblemente las citas y publicaciones sobre Sociología que aparecieron en las filas obreras, con posterioridad a aquel primer encuentro auspiciado por la Primera Internacional. Presencia que podrá comprobarse en este mismo estudio (81).

En el dictamen planteado en aquel Congreso, los primeros pasos hacia la organización de la sociedad futura quedaron fundamentados en las condiciones que rodeaban al trabajo. Motivo por el cual lograr la estructuración de las "sociedades de oficio" resultaba algo obligado. A partir de ellas, se debían constituir las secciones de todos los oficios de una misma localidad, como base de la "federación" o "federaciones" a crear en todo el país. De esta manera se posibilitaba que los obreros y artesanos quedasen organizados a nivel local, regional y mundial. Cada una de aquellas "federaciones" había de tener un consejo o comité encargado de las tareas burocráticas, denominadas "correspondencia y estadística", reducidas a su mínima expresión. En esta cuestión, la alternativa de los cooperativistas, en su mayoría seguidores

de Roca y Galés, era la de crear cooperativas, bancos de crédito al trabajo, jurados mixtos, legislación social a cargo del Estado, etc..., siguiendo unos esquemas tradicionales, que como ya se ha comentado, no prosperaron.

En aquel Congreso, el dictamen del apoliticismo fue además del más controvertido, uno de los más fundamentales para el triunfo de las posiciones bakuninistas. Su contenido novedoso y revolucionario hizo ineludible la discusión entre las tendencias presentes, acerca de la participación o abstención de los obreros en la política. La polémica se convirtió en el nudo central del encuentro. El debate se centró en la conveniencia de dar o negar el soporte al partido republicano federal; de solicitar una legislación social a cargo del Estado, y de participar en las elecciones políticas. Sin embargo, en ningún momento se planteó el tema de la formación de un partido obrero, que iba a resultar factor fundamental para los partidarios del socialismo "autoritario". Calificación que los seguidores de Bakunin daban a los que se mostraban de acuerdo con las tesis defendidas por Marx, en el seno de la AIT.

Según resume Termes (82), tan sólo un 40% de los delegados congresuales se mostraron en desacuerdo con el apoliticismo, gracias a que los bakuninistas hicieron causa común con los de tendencia sindicalista. Tras conceder asimismo que si bien las organizaciones obreras no podían definirse políticamente, sí se podía aceptar la participación política de sus miembros con carácter individual. Cabe destacar que los delegados catalanes en el Congreso, tal como ya había puesto de manifiesto Farga Pellicer en su carta a Bakunin un año antes, se mostraron totalmente contrarios al apoliticismo.

Situación que reflejaba a la perfección la realidad del núcleo más numerosos del movimiento obrero catalán del momento, ligado en buena medida a reivindicaciones de tipo reformista. Y por lo tanto considerablemente alejado del pequeño y activo grupo de internacionalistas catalanes, impulsores de la ideología anarquista.

Del Congreso de 1870 salió un primer "Consejo Federal" de la FRE, integrado por delegados de la federación madrileña, (Anselmo Lorenzo era uno de sus miembros), y que había de tener su primera sede en Madrid. Acordándose asimismo la celebración en Valencia del segundo Congreso de la FRE para un año después. En cualquier caso, cabe recordar que lo que convierte a esta reunión en algo especial, por encima de todas las que la precedieron y siguieron, es el hecho de que por primera vez, un núcleo importante del movimiento obrero español aceptó que la idea de emancipación social había de ser sinónima de Revolución Social. Convencidos de que la Revolución Política no les era suficiente y de lo que parece más relevante, que la mencionada Revolución había de ser obra exclusiva de ellos mismos. Por lo que de tal convencimiento se derivaba además el no dar más apoyo a los partidos políticos, por muy republicanos y federales que fueran. Idea ésta última, que se vio reforzada por el fracaso de la Primera República Española, por la represión a que fueron sometidos los bakuninistas tras el levantamiento cantonal, y por la consiguiente clandestinidad a la que los primeros internacionalistas se vieron abocados, tras la "Paviada".

De cualquier modo, a pesar de que las circunstancias pudiesen parecer adversas, los primeros tres años de existencia de la FRE fueron años de continuo crecimiento de la organi-

zación, aun contando con las repercusiones que el fracaso de la Comuna de París (1871) supuso para los internacionalistas españoles (83). Dicho fracaso representó en el orden internacional, el comienzo de la decadencia de la propia AIT, pero no siguió iguales derroteros en el movimiento obrero español. Siendo, no obstante, la clandestinidad, forzada por el golpe de Estado del general Pavia que se prolongó a lo largo de los siete años siguientes (1874-1881), el factor que en realidad puso en peligro la supervivencia de la FRE. Organización que como es lógico suponer debía afrontar además graves problemas de funcionamiento interno, derivados de las necesidades de infraestructura que su propia supervivencia generaba. Problemas a los que no podía hacer frente por falta de medios materiales y humanos (84).

El segundo Congreso de la FRE se celebró de manera clandestina en Zaragoza, en 1872. Un año antes, se había llevado a cabo también una Conferencia de la organización en Valencia. Conferencia que merece destacarse porque en el acto de clausura tuvo lugar un encuentro entre los miembros de la universidad valenciana y los delegados obreros. Dicho encuentro se realizó en los claustros de la universidad y tal como relata Lorenzo: "Hablaron en nombre de la ciencia oficial el rector de la Universidad, doctor Pérez Pujol, y el catedrático de Economía Política señor Villena, y en nombre de la razón y el sentido común la mayoría de los delegados" (85). Pérez Pujol era el mismo personaje que años más tarde impulsaría el "Congreso de Sociología", celebrado en esa misma ciudad y que será comentado posteriormente con mayor detalle.

Tanto en Valencia como en Zaragoza, fueron evidentes las disidencias entre el sector de la FRE partidario de Marx, también llamados "karlistas", que habían ya recibido el mensaje directo de Paul Lafargue, y la gran mayoría de la organización, favorable a los planteamientos del anarquismo bakunista. Eran en el fondo las mismas disidencias que Anselmo Lorenzo tuvo ocasión de conocer personalmente, cuando asistió como delegado español a la Conferencia que la AIT celebró en Londres, en 1871. Conflicto, que como actualmente se sabe gracias a los historiadores especialistas en el tema, produjo poco después un rompimiento entre ambas posturas, cuando ya había tenido lugar el Congreso de la FRE en Zaragoza.

En ese segundo Congreso, las conclusiones doctrinales fueron bastante similares a las que habían sido aceptadas dos años antes en Barcelona. Mereciendo sin embargo ser destacada la resolución a favor de la "enseñanza integral", precursora e impulsora de las escuelas para obreros que los anarquistas trataron de poner en marcha, desde aquel momento, en las condiciones de precariedad y clandestinidad, ya reseñadas. Condiciones y proyecto que se convirtieron en un claro exponente de la continua preocupación que siempre tuvieron aquellos hijos espúreos de la Ilustración, por todo lo relacionado con la pedagogía y el afán de adquisición de nuevos conocimientos. Preocupación que constituye asimismo un claro antecedente del movimiento de "escuelas racionales" que tuvo lugar, años después, y del que Ferrer Guardia fue uno de los más conocidos representantes.

Cuando a finales de aquel mismo año (1872) se celebró un tercer Congreso de la FRE en Córdoba, la ruptura de las dos

tendencias señaladas - socialistas "autoritarios" y socialistas "bakuninistas" - era ya un hecho consumado en la realidad del movimiento obrero, tanto a nivel nacional como internacional. Los "autoritarios", madrileños en su mayoría, se habían agrupado en torno a la publicación titulada "La Emancipación" y mostraban su total acuerdo con la idea de Marx acerca de la conveniencia de la participación política de los obreros. Sus actuaciones, encaminadas en este sentido, les condujeron a ser marginados por el resto de participantes en la FRE. Como grupo mantuvieron una existencia precaria hasta el momento de su desaparición, en 1873, tras haber celebrado un Congreso de su tendencia en Toledo. Años después, de todos es sabido, que su reaparición en el seno del movimiento obrero español desembocó en la creación del PSOE y de la UGT. Sobre esta tendencia, cabe decir que la preocupación o existencia del uso y conocimiento de la ciencia de la sociedad o Sociología en el corpus teórico de su ideología, queda fuera del alcance de la presente investigación. Ello es así porque su posterior desarrollo queda fuera del ámbito geográfico estricto que ha sido fijado. Y también porque fue integrada, en su evolución posterior, en una de las corrientes teóricas de la citada ciencia, que mayor consistencia ha adquirido: el marxismo.

Por lo que al Congreso de la FRE celebrado en Córdoba se refiere, puede decirse que significó la consolidación de la ideología anarquista, de raíz bakuninsita, en el seno del movimiento obrero español, en general y catalán en particular. Siempre que se sea consciente de que tal matización debe entenderse a la luz de la precariedad en la que sobrevivían tal movimiento y su organización. Precariedad que motivó el que los mentores del mencionado Congreso acordaran di-

resolver el "Consejo Federal" para transformarlo tan sólo en una "Comisión Federal de «Estadística y Correspondencia»", con sede en Alicante. Pragmatismo que la realidad había impuesto ya, al convertir a los partidarios de la Primera Internacional en España en los únicos soportes fiables del peso organizativo de la FRE. Este proceso les convertía de hecho en los únicos representante formales del movimiento obrero organizado, que sin embargo, continuaba actuando en público de manera mayoritaria con talante moderado y reformista. Tal contradicción fue posible porque el colectivo de la FRE era el único que mantenía y ofrecía una cierta coherencia y consistencia ideológica.

Asimismo, la ya continuada clandestinidad provocó que el cuarto Congreso de la FRE se celebrara en Madrid, en junio de 1874. Las circunstancias del momento favorecieron el triunfo de la idea de mantener una organización asociativa de tipo comarcal, con el fin de asegurar una mínima supervivencia. Siendo también en aquel Congreso donde, tal como se comentará posteriormente con más detalle, se comenzaron a detectar los primeros síntomas de acuerdo con la utilización de la violencia, como método para conseguir los fines revolucionarios. Brotes que podrían ser considerados como el embrión de lo que más tarde se conoció popularmente con el lema de la "propaganda por el hecho" o la "propaganda por la acción". Actuaciones que como de todos es sabido tendrían su pleno apogeo en las décadas siguientes. Como posible explicación de tal proceso podría decirse que la esperanza de lograr el cambio social, a través de un acrecentamiento de la ciencia y del conocimiento no había desaparecido. Lo que sucedía es que la organización internacionalista se había visto obligada a ceder terreno ante las reales dificultades de

supervivencia cotidiana de la FRE y de sus miembros. Factores a los que debía añadirse la imposibilidad de obtener algún resultado satisfactorio, a corto plazo. Las contradicciones, que la defensa de tales posiciones supuso en interior de los internacionalistas catalanes y de todo el movimiento obrero español, serán examinadas con mayor detalle en el apartado dedicado a estudiar la figura de los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya.

Como resumen de todo lo dicho en este capítulo, desde las primeras luchas por la asociación hasta la irrupción de las ideas de la Primera Internacional, cabe recordar tan sólo aquellos fenómenos que enmarcaron el contexto viabilizador de la aparición y posterior consolidación de la ideología anarquista. Ideología cuyas líneas maestras, fe en la ciencia, en la razón y en un progreso ilimitado de la Humanidad, que serán analizadas en el capítulo siguiente, fueron compartidas con las restantes ideologías predominantes en el siglo XIX. La especificidad del anarquismo catalán, de existir, por lo que a esta investigación se refiere, radicó en el hecho de haber defendido la nueva ciencia social como parte integrante de los elementos necesarios para conseguir la Revolución Social. Del éxito y el fracaso de tal creencia se hablará también con mayor detalle, al tratar de explicar los distintos caminos que hicieron posible el nacimiento de la Sociología en Catalunya.

NOTAS DEL CAPITULO 2

- (1).- Véanse entre otros los siguientes estudios: Vila, J. Els primers moviments socials a Catalunya, Barcelona, 1935; Reventós, M.- Assaig sobre alguns episodis històrics dels moviments socials en el segle XIX, Barcelona, 1925; Oller, J.- Introducció del socialisme utòpic a Catalunya (1835-1837) Barcelona, 1969; Termes, J. - El movimiento obrero en España. La Primera Internacional, Barcelona, 1965, y Jutglar, A.- La era industrial en España, Barcelona, 1963.
- (2).- Maluquer de Motes, J. - El socialismo en España (1833-1868), Barcelona, 1977, pág.23.
- (3).- Elorza, A.- Socialismo utópico español, Madrid, 1970, pág.19.
- (4).- Maluquer, ob. cit., pág.135.
- (5).- Soler Vidal, J. - Abdó Terrades. Primer apòstol de la democràcia catalana (1812-1856), Barcelona, 1983, pág. 30.
- (6).- Véase especialmente Balmes, J. - "La Sociedad". Revista religiosa, filosófica, política y literaria, 2 vol., Barcelona, 1843-1844, así como sus Obras Completas. Asimismo, de entre los numerosos estudios de la obra balmesiana, puede verse el ya citado artículo de M. Fraga - Balmes, fundador de la sociología positiva en España y el de Oller, J. - Balmes i el moviment obrer a Catalunya del 1840 al 1843 en "Serra d'Or", Barclona, juliol, 1968, pág.599- 602.
- (7).- Citado por Elorza, ob. cit., pág.28 de "El Vapor", Barcelona, 19 de noviembre de 1835.
- (8).- Id. idem.
- (9).- Ibid. ibidem.
- (10).- Maluquer, ob. cit., pág.99.
- (11).- Id. idem, pág.241.
- (12).- Citado por Maluquer, ob. cit., pág.242 en la nota a pie de pág. n.18.
- (13).- Maluquer, ob. cit., pág.238.
- (14).- Jutglar, A.- Ideologías y Clases en la España Contemporánea, vol.I, 1968, pág.145.

- (15).- Jutglar, A.- Ideologías y Clases...
- (16).- Jutglar, ob. cit., vol I., pág.130-131.
- (17).- Soler Vidal, ob. cit.
- (18).- Id. idem., pág.65.
- (19).- Maluquer, ob., cit., pág.255.
- (20).- Véase Ventura, J.- Cabet en "Cuadernos de Historia Económica de Cataluña", vol.VIII, Barcelona, 1972 y Maluquer, ob. cit.
- (21).- Zavala, I.- Románticos y Socialistas. Prensa española del siglo XIX, Madrid, 1972, pág.142.
- (22).- Citado por Maluquer, ob., cit., pág. 272.
- (23).- Véase las referencias de Balmes, J., reseñadas en la nota n.6 de este mismo apartado.
- (24).- Véase sobre la obra de Ramón de La Sagra, los estudios ya reseñados en la nota n.8 del capítulo Los orígenes de la Sociología en Catalunya.
- (25).- Artículos reproducidos y seleccionados junto a otra serie de textos de La Sagra por Elorza, A. en "Revista de Trabajo", n.23, Madrid, 1973.
- (26).- Benet, J.- Martí, C.- Barcelona a mitjan del segle XIX, 2 vol., Barcelona, 1976, y Soler Vidal, J., ob. cit.
- (27).- Véase especialmente, Benet-Martí, ob.cit.
- (28).- Felip Monlau, P.- Higiene Industrial. ¿Qué medidas higiénicas puede dictar el gobierno a favor de las clases obreras?, Barcelona, 1856; Salarich, J.- Higiene del Tejedor, Barcelona, 1857, y la edición conjunta de los dos textos a cargo de Jutglar, A.- Introducción y notas... en Higiene Industrial..., Barcelona, 1984.
- (29).- Benet-Martí, ob.cit., vol.I, pág.116.
- (30).- Cerdà, I.- Monografía Estadística de la clase obrera en Barcelona, anexo al vol.II de Teoría General de la Urbanización, Madrid, 1867. En esta investigación se ha utilizado preferentemente el extracto publicado de dicha monografía en "Anales de Sociología", n.1, Barcelona, 1966.
- (31).- Cerdà, I.- Monografía..., pág.6.

- (32).- Benet-Martí, ob.cit., vol.I, pág.568.
- (33).- Pi y Margall, F.- La Reacción y La Revolución, Madrid, 1854 y la reedición del texto a cargo de Jutglar, A., que incluye además un "Estudio Preliminar" de este mismo autor, Barcelona, 1982.
- (34).- Benet-Martí, ob. cit., vol.I, pág.172.
- (35).- Id. Idem, pág.174.
- (35bis).- Martí, C.- Orígenes del Anarquismo en Barcelona, Barcelona, 1959, pág.25.
- (36).- Como ejemplo de que ese talante fundamentalmente cooperativista y moderado era el mayoritario en el seno del movimiento obrero catalán de aquellos años, puede verse el libro, Las sociedades cooperativas. Su organización, su progreso y su influencia en el porvenir de la clase obrera. Memoria presentada por la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia en el concurso público de 1867, Valencia, Imp. J. Rius, 1867. Su autor era Antonio Polo Bernabé, quien según constaba era "Individuo de las Sociedades económicas de Valencia, Zaragoza y Almería, de la Emulación y Fomento de Sevilla y del Ateneo Catalán de la Clase Obrera". Mezcla de entidades que de algún modo ponía también en evidencia la poca claridad del citado Ateneo Catalán de la Clase Obrera. Como dato significativo cabe resaltar no obstante, el lema impreso en la primera página del libro: "Nadie puede librar al obrero del pauperismo más que el mismo obrero".
- (36bis).- Martí, ob. cit. pág.32-35.
- (37).- Citado en el prólogo de Seco, C. a Jutglar, A. Federalismo y Revolución, Barcelona, 1966, pág.XV de Montseny, F. - Los precursores, A. Lorenzo. El hombre y la obra, (s.l.), 1938.
- (38).- Urales, F. - La Evolución de la Filosofía en España. (Con un estudio preliminar de R. Pérez de la Dehesa), Barcelona, 1977.
- (39).- Id. idem, pág.77-78.
- (40).- Ibid. ibidem, pág.97.
- (41).- Id. idem, pág.115.
- (42).- Ibid. ibidem, pág.115.
- (43).- Jutglar, Federalismo y ... y Pi y Margall y el Federalismo Español, 2 vol., Madrid, 1975-76.

- (44).- Pérez de la Dehesa en el excelente prólogo al ya citado libro de Urales, F.- La evolución... citaba la próxima publicación del artículo mencionado en la revista "Hispania", publicación que todavía no se ha producido.
- (45).- Citado por Jutglar, A. en Pi y Margall y..., vol.I, pág.257 de Pi y Margall, La Reacción y..., 1854.
- (45bis).- Jutglar, "Estudio Preliminar" en Pi y Margall La Reacción y..., 1982.
- (46).- Véase nota n.33 de este capítulo.
- (47).- Jutglar, Pi y Margall y....
- (48).- Pi y Margall, ob. cit., 1982, pág.112.
- (49).- Jutglar, Pi y Margall y..., vol.II, pág.829 cita la crónica que del del entierro de Pi realizó Vallina, P. en Crónicas de un revolucionario, París, 1958.
- (50).- Jutglar, "Estudio Preliminar", ob. cit., pág.61.
- (51).- Jutglar, Pi y Margall y..., vol.I, pág.260.
- (52).- Pi y Margall, ob. cit., 1982, pág.122.
- (53).- Id. idem, pág.273.
- (53bis).- Como puede verse con detalle en Jutglar, Federalismo y Revolución, vol.II, una doctrina tan compleja y complicada al mismo tiempo difícilmente podía ser entendida por un mundo proletario prácticamente analfabeto.
- (54).- Véase una mayor ampliación del tema en Jutglar Ideologías y Clases..., vol.II.
- (55).- Martí, Orígenes del Anarquismo...
- (55bis).- Véase Martí ob. cit., para una mayor ampliación del tema. Asimismo H. Arvon, ob. cit. y Jutglar, ob. cit.
- (56).- Véase notas n.28 y n.30 de este mismo capítulo.
- (57).- Citado por Benet-Martí, ob. cit, pág.116.
- (58).- El citado estudio de Martí, Orígenes del Anarquismo... continúa siendo a pesar de su antigüedad - 1959 - un clásico sobre el tema y uno de los pocos estudios realizados sobre los orígenes del anarquismo en Barcelona.

- (59).- Martí, ob. cit., pág.32.
- (60).- Id. idem, pág.35.
- (61).- Termes, J.- Anarquismo y Sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881), Barcelona, 1972, pág.76.
- (62).- Martí, ob. cit., pág.76.
- (63).- Para una mayor ampliación del tema de la Primera Internacional en Catalunya, véase las ya citadas obras de Termes, Anarquismo y Sindicalismo... y El movimiento obrero...; Martí, ob. cit.
- (64).- Véanse los estudios clásicos de Nettlau, M.- La Première Internationale en Espagne (1868-1888), Dordrecht, 1969; Guillaume, J.- L'Internationale, documents et souvenirs (1864-1878), 4 vol., Paris, 1905-10 y Cole, G.D.H. Historia del Pensamiento Socialista. Marxismo y Anarquismo (1850-1890), vol.II, 1964 (3a ed), entre otros.
- (65).- Martí, ob. cit., pág.77.
- (66).- Termes, Anarquismo y Sindicalismo... y Federalismo, Anarcosindicalismo y Catalanismo, Barcelona, 1976.
- (67).- Nombre con el que también se conocía a los seguidores en España de las posiciones de Marx en la AIT, tal como relata Lorenzo, A.- El Proletariado Militante, Madrid, 1976.
- (68).- Véase carta de Farga Pellicer a Bakunin fechada el 1 de agosto de 1969. Reproducida por Martí en ob. cit. y por Termes en Anarquismo y Sindicalismo..., a partir de Nettlau, M.- Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, Buenos Aires, 1925.
- (69).- Prospecto reproducido por Martí, ob. cit., pág.125-127. El prospecto de "La Federación" es del 1 de octubre de 1869. El texto aunque firmado por "La Redacción" parece posible atribuirlo, según el propio Martí, a Farga Pellicer.
- (70).- Prospecto citado de "La Federación" según nota anterior.
- (71).- Véase - supra - el apartado dedicado a las primeras noticias sobre la ciencia social en el que se habla de los gabinetes de lectura, propiciados por el grupo de demócratas encabezados por Abdó Terrades.

- (72).- Reproducido por Termes en el anexo n.28 de Anarquismo y Sindicalismo...
- (73).- Termes, ob. cit., pág.612.
- (74).- Id. idem, pág.612.
- (75).- Ibid. ibidem, pág.613-617.
- (76).- Véase Lorenzo, A.- ob. cit., y Termes, Anarquismo y Sindicalismo... y Federalismo... para una mayor ampliación del tema.
- (77).- Termes, Anarquismo y Sindicalismo..., pág.67.
- (78).- Lorenzo, ob. cit., pág.106-107.
- (79).- Id. idem, pág. 107.
- (80).- Ibid. ibidem, pág.107.
- (81).- Entre los numerosos ejemplos de esta permanente preocupación por la sociedad futura entre los anarquistas de Catalunya, pueden citarse los trabajos que sobre este tema escribieron A. Lorenzo y J. LLunas para el "Primer Certamen Socialista", celebrado en Reus en 1885. Asimismo, cabe citar a Soledad Gustavo quien escribió parte de sus ideas sobre el tema en una obra titulada La Sociedad Futura. Por otra parte, este tema será analizado con mayor detalle más adelante al tratar de la sociología que desarrollaron los anarquistas en Catalunya.
- (82).- Termes, ob. cit., pág.81 y ss.
- (83).- Alvarez Junco, J.- La Comuna en España, Madrid, 1971.
- (84).- Véase los comentarios que sobre el tema hace el propio Lorenzo en su ob. cit.
- (85).- Lorenzo, ob. cit., pág.76.

3. LAS BASES DE LA IDEOLOGIA ANARQUISTA

3. LAS BASES DE LA IDEOLOGIA ANARQUISTA

Una vez situado, a grandes rasgos, el contexto histórico que posibilitó el surgimiento del anarquismo en Catalunya parece necesario, siguiendo la lógica de la investigación, dedicar una parte de la misma a tratar de delimitar lo siguiente: cuales fueron las ideas y los criterios que configuraron la acción y el pensamiento del grupo de anarquistas que vivieron en la Catalunya de finales del siglo pasado.

De todos es sabido que un cuerpo de ideas, sea cual sea su filiación, no representa a un conjunto de entidades materiales separadas de los seres humanos que las sustentan. Sino que por el contrario, es preciso que existan unos grupos sociales o personas determinadas que tengan algún motivo para mantener tales ideas, ya sea explícita o implícitamente. Y esto sucede así porque la evidencia de los hechos suele demostrar una y otra vez que es del todo punto inviable disociar una determinada teoría de su práctica concreta. En palabras de Maluquer de Motes: "La forma en que la primera (teoría) toma cuerpo en la segunda (la praxis) depende de las condiciones concretas de cada caso, pero sólo cuando llega a hacerlo de alguna manera, la teoría se constituye en ideología política" (1).

Sin embargo, a pesar del interés que presenta la delimitación de los rasgos más característicos del anarquismo, según los criterios de clarificación conceptual hasta ahora observados, es imprescindible realizar, en este punto, algunas precisiones en torno al término ideología, que eviten posteriores errores de interpretación. La primera precisión gira

en torno a la acepción, profusamente utilizada aunque no siempre de manera correcta, que convierte a dicho término en sinónimo de "falsa conciencia", siguiendo la tradición iniciada por Marx. Al hilo de las matizaciones, que dentro de esa misma tradición se han producido (2), y tomando como punto de partida los planteamientos de Mannheim (2bis) parece pertinente remarcar aquí los estudios que Adam Schaff realizó (3), a modo de síntesis analítica, sobre el concepto de ideología.

En esa síntesis, el autor polaco constató que no siempre resultaba viable mantener la definición hecha por Marx, dado su carácter demasiado restrictivo. Y que por lo general, cuando en la actualidad se hace referencia al concepto de ideología, se utiliza en el sentido de evidenciar la existencia de ciertas opiniones y actitudes, que partiendo de un sistema de valores determinado, configuran el objetivo de la acción en el plano social. Así, mediante este significado, el mencionado término puede expresar tanto una determinada cosmovisión, como una manera de ver en que medida unas ideas concretas se corresponden con una acción social consciente de los hombres y las mujeres que las defienden. Y en este sentido, puede afirmarse que pocas veces una acción se ha incardinado de manera tan clara, según la ideología que la ha sustentado, como en el caso del anarquismo defendido por personas como Farga Pellicer, Lorenzo, Tarrida del Marmol, Urales, Gustavo, Claramunt, etc...

Fenómeno que por otra parte es relativamente fácil de detectar si se analiza, en concreto, el cambio de orientación que sufrió la acción de ese pequeño núcleo de líderes del movimiento obrero catalán, una vez que conocieron las directri-

ces de Bakunin. Tema que ya ha sido comentado al tratar de las actuaciones de los seguidores de la Primera Internacional en Catalunya. Por lo tanto, es a partir de ese planteamiento dialéctico, entre idea y acción, propuesto por Schaff, que se tratarán de reseñar aquí los rasgos primordiales de la ideología que sustentaron los anarquistas catalanes.

Así pues y en primer lugar, con el fin de situar la génesis de la ideología anarquista en cuanto tal, se analizará aunque brevemente el pensamiento de los considerados comúnmente como padres del anarquismo. Godwin, Proudhon, Bakunin y Kropotkin serán los nombres, que una vez más sin ánimo de exhaustividad, se detallarán, dado que fueron ellos, a no dudarlo, quienes más directamente influyeron en la conformación de las bases del anarquismo español. A continuación, se repasarán los caminos por los cuales la Utopía, iniciada por los socialistas utópicos franceses, de antes de 1848 y en los inicios de la industrialización, derivó hacia la Utopía de los hijos más radicales de aquella revolución truncada. Personajes que en su intento utópico trataron de encontrar una solución definitiva a la "cuestión social" que el nuevo orden social burgués había propiciado. Se analizará también la relevancia de los conceptos de progreso, ciencia y ciencia social o Sociología como componentes del contenido ideológico del anarquismo. Y por último se tratará de dar noticia concreta de los hombres y mujeres que en Catalunya mantuvieron las ideas y el movimiento ácrata, en la época ya delimitada.

Sin embargo, aun habiéndose precisado la delimitación conceptual del término ideología, no parece correcto iniciar el

recorrido anunciado, sin tener en cuenta también las últimas aportaciones que el debate sobre la denominada "Historia de las Mentalidades" ha planteado en el terreno de la Historia Social. Ya que éste es uno de los ámbitos, que tal como se ha planteado, sirven como marco de referencia en esta investigación. A este respecto, y sin entrar en mayor profundidad en una polémica que atañe muy directamente a los especialistas en Historia, parece conveniente referenciar algunas de las ideas planteadas por Vovelle (4). El prestigioso historiador francés, sin renunciar a la perspectiva metodológica marxista, trata de ampliar los criterios de una posible historia de las ideologías con la noción de mentalidad, en la línea de preocupación testimoniada por los estudios de Braudel, al afirmar la autonomía de lo mental.

Afirmación que resulta de gran pertinencia en el estudio que se trata aquí de llevar a cabo sobre las ideas que defendieron los principales líderes del anarquismo en Catalunya. Pues puede decirse que la ideología ácrata sí ha mantenido a lo largo del tiempo "la fuerza de la inercia de las estructuras mentales". Ya que en cierto modo, está aún presente, en la actualidad, en el seno de algunos de los movimientos sociales que han cobrado fuerza en las últimas décadas: ecologismo, feminismo, pacifismo, etc... Ante lo cual, considerar la importancia del armazón conceptual vigente en la historia de las mentalidades, en esta investigación, parece además de sugerente, necesario. En palabras de Vovelle, dicha historia pretende el : "estudio de las meditaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en la que cuentan y aun en la que viven" (5). Pero dada la novedad de tales planteamientos, las sugerencias que de ellos se derivan quedan aquí

sólo apuntadas, sin que su consecución pueda asegurarse de modo satisfactorio.

3.1. EL PENSAMIENTO DE LOS PADRES DEL ANARQUISMO

En Catalunya, puede afirmarse que la mayor parte de las ideas que fomentaron la llegada de la ideología anarquista llegaron a través de Francia, muy especialmente vía Proudhon, mediante su conocimiento directo, como es el caso de La Sagra o gracias a las traducciones, caso de Pi y Margall. Pero aunque ello sea cierto, la personalidad y la obra de Godwin, no pueden olvidarse en un apartado sobre los antepasados de la ideología ácrata. Este autor británico, si bien es verdad que no tuvo una influencia directa entre los anarquistas de este país, fue sin embargo largamente reivindicado, por los principales estudiosos de la Historia del anarquismo, como uno de los pioneros en rechazar toda idea de poder y autoridad, en el mundo contemporáneo.

La importancia de Proudhon ha sido ya comentada y será detallada con mayor precisión en páginas sucesivas, al igual que la obra y la personalidad de Bakunin. El revolucionario ruso fue, como ya es sabido, una figura de relevancia capital en el anarquismo catalán, desde los días de la creación de la sección española de la Primera Internacional, tal como ya se ha mencionado en el apartado que analizaba el contexto histórico. Kropotkin será el último en ser considerado, en este breve repaso de los padres del anarquismo, debido también a que cronológicamente fue el último en hacer llegar su influencia. Con sus ideas, la visión primera de un anarco-colectivismo de raíz bakuninista, dió paso a un anarco-comunismo que sirvió para mantener viva la esperanza de una sociedad futura en la que la Utopía icarlana era substituida por la Utopía ácrata. Otros autores, como Elisée Reclus, Sebastian Faure, Pietro Gori, Jean Grave, Auguste Hamon y tan-

tos otros no serán analizados en este apartado, a pesar de su indiscutible influencia entre los anarquistas catalanes, por ser en algunos casos contemporáneos cuya calidad de padres podría ser discutida. Y en otros, por ser personajes de relevancia menor y no tan consensuada como los cuatro anteriormente citados.

3.1.1. William Godwin

William Godwin nació en Wisbech, Cambridgeshire (Gran Bretaña) en 1756 y publicó su obra principal - Enquiry Concerning Political Justice - en 1793 (6). En ella, se expresaba abiertamente, por primera vez, el principio fundamental de la ideología anarquista: el rechazo a toda autoridad y a todo gobierno. Principio que ha sido desde entonces compartido por todas las diversas acepciones que del anarquismo ha habido. Según el mismo, la autoridad siempre existe contra la natural voluntad de los individuos que se ven sometidos a ella y por ello, todos los males existen porque los hombres y mujeres no son libres para actuar de acuerdo con los designios de la razón.

Godwin fuertemente influenciado por los enciclopedistas franceses y por el impacto de la Revolución Francesa, escribió su Political Justice como respuesta a los ideales aprendidos en plena época de fervor revolucionario. Educado en la tradición calvinista, sus planteamientos teóricos encierran un fuerte espíritu puritano y ascético, que años después se convirtieron en valores primordiales de la moral anarquista. Para este autor británico, la justicia y la felicidad eran dos valores ligados de manera ineludible, por lo que el camino hacia la felicidad individual estaba conformado por la

práctica de la virtud. Esta práctica no era posible alcanzarla en la sociedad vigente debido a la existencia de un gobierno, elemento institucionalizador de la autoridad y el poder, ajeno a la voluntad de los individuos. Ante tal situación, sólo cabía esperar el cambio, a partir de la existencia de una sociedad futura sin gobierno, tema asimismo primordial en todos los anarquismos existentes, en la que partiendo de una base de justicia, tal presupuesto obligado, proporcionaría la felicidad de todos los miembros.

Una visión tan optimista de la naturaleza humana tenía sus fundamentos en la creencia de que era posible perfeccionar al ser humano a través de la educación. Criterio que Godwin había heredado de los Ilustrados y que al igual que los anteriormente citados, formó parte del cuerpo principal de doctrina del anarquismo posterior. Según tal creencia, la educación era el arma que había de permitir combatir todos los errores, todos los hábitos perversos y de corrupción humanos, puesto que la explicación y la comprensión de las causas que los producían, habían de lograr automáticamente su total desaparición (6bis). El conocer para comprender y el comprender para cambiar era el lema que llevaba implícito tal planteamiento. Lema que en la Historia contemporánea, desde los tiempos de la Ilustración, ha presidido todos los programas más o menos regeneracionistas o revolucionarios que el pensamiento humano ha sido capaz de elaborar, incluido el proyecto positivista de Comte. Godwin y los anarquistas fueron unos de sus más fieles seguidores.

En el pensamiento godwiniano, el que los individuos no pudieran acceder a una buena educación era el motivo por el que la propiedad, que tenía una importancia capital en todas

las sociedades existentes hasta entonces, tuviera que ser abolida. Pues su desaparición supondría, según su criterio, el poder terminar con la causa más común de la mayoría de los delitos que los individuos cometían. Delitos que en su mayor parte se debían a la falta de medios para poder subsistir. Godwin, en su optimismo, creía que dado que las necesidades humanas de subsistencia son relativamente escasas y que el progreso de las máquinas, a sus ojos, era inagotable, la abolición de la propiedad por él propugnada, era una solución relativamente sencilla de abordar. Solución que por otra parte había de convertirse en la base del éxito de la construcción de la sociedad futura, pues con tales planteamientos, tal sociedad podría ser edificada mediante una nueva escala de valores.

Valores, que cerrando el círculo de sus presupuestos, habían de ser transmitidos por el nuevo sistema educativo. Sistema que, para llegar a alcanzar los niveles de corrección deseados, no podía dejarse en manos de las instituciones de gobierno existentes, ya que éstas, dada su procedencia, sólo habían de servir para corromper a las personas. El esquema conceptual expuesto hasta hora en breve síntesis, era según el pensador británico, la justificación que permitía defender la eliminación de todo gobierno, incluido el que en su opinión parecía más aceptable, el republicano. Porque también éste contenía suficientes elementos de tiranía, y al mismo tiempo lograba que desaparecieran las responsabilidades individuales a través de su falacia democrática. Según ese esquema, era además lógico, que en la sociedad futura quedaran abolidas las restantes instituciones coercitivas: el clero, la aristocracia y el cuerpo de legislatura. Abolición que había de permitir el restablecimiento de la benevo-

lencia humana, anteriormente destruida por los gobiernos y sus instituciones.

Para lograr ese fin, en el futuro, toda idea de gobierno había de ser necesariamente substituida por la de la edificación de una nueva sociedad distinta, sin gobierno, completamente igualitaria y en la que reinara la justicia. Godwin, en su obra, llegó a imaginar la existencia de una serie de pequeñas comunidades poco numerosas, como matriz organizativa de la sociedad futura. Idea que Proudhon y Kropotkin también compartieron al imaginar un mundo futuro, compuesto por pequeñas o medianas comunidades. Pues todos ellos pensaban que si tales comunidades eran demasiado grandes, harían necesaria la existencia de numerosas instituciones para gestionarlas, hecho que las corrompería.

Por el contrario, si se lograba organizar la vida humana en pequeñas comunidades, lo único que sería necesario para hacerlas viables, según la opinión de Godwin, sería una mínima administración común, lo menos centralizada posible, y una propiedad de bienes ni común, ni individualizada, ya que toda posesión implicaba, en ese esquema, idea de renuncia. Todo ello acompañado por una total libertad de opinión, de expresión y de pensamiento fundamentada en el hecho de que nadie podría ser obligado a decir o hacer lo que no quisiera. Pues una vez restablecida la benevolencia, estado natural de la persona, nadie volvería a hacer algo que no resultara provechoso para el resto de la comunidad.

Las ideas godwinianas expresadas en Political Justice tuvieron una gran popularidad e influencia en los círculos de los progresistas británicos contemporáneos y no se vieron nunca

acompañadas por ninguna voz a favor de un método violento para aplicarlas. Tema éste en el que como es fácil comprobar Godwin no coincidió con posteriores posiciones de algunos núcleos anarquistas, debido posiblemente a las distintas coyunturas históricas en que fueron desarrolladas. En el fondo el autor británico, como la casi totalidad de los correligionarios que le sucedieron, creía en el poder inestimable de los efectos de una buena pedagogía.

Su muerte producida en 1836, cuatro años antes de que Proudhon escribiera la célebre frase: "La propiedad es un robo", supuso el olvido de su obra, no conocida por sus contemporáneos del continente y sólo reivindicada años después por aquellos anarquistas que desarrollaron su actividad muy cerca de la reflexión teórica. En el interín, sólo Owen logró que Political Justice fuera ligeramente conocida por los impulsores del llamado socialismo utópico. En tiempos más recientes, al parecer la primera traducción castellana de su obra principal data de 1945, la recuperación de la obra y personalidad godwiniana ha sido también posible gracias a la reivindicación de la que fuera su esposa, Mary Wollstonecraft. Autora de A Vindication for the Rights of Women ha sido considerada como una de las pioneras de la lucha por la emancipación de la mujer. Por último, con el fin de completar estos recuerdos de familia, sólo queda añadir que los citados esposos fueron los padres de Mary Shelley, autora de Frankenstein y mujer del famoso poeta británico, que en su tiempo fue también uno de los más fervientes seguidores de Godwin.

3.1.2. Pierre Joseph Proudhon

El autor que es reconocido por la mayoría de estudiosos como el verdadero padre del anarquismo, si es que tal argumento tiene alguna significación que vaya más allá de la simple retórica, es Pierre Joseph Proudhon. Este autor elaboró a lo largo de su vida un cuerpo de pensamiento tan amplio y contradictorio que además de como anarquista, ha sido posible reivindicarlo como padre de la derecha en Francia, dada su defensa de la autoridad familiar. Y como no, acusado de ideólogo de la pequeña burguesía, por los seguidores de la ortodoxia marxista. Sin embargo, sea cual sea la opinión que se tenga sobre su obra, lo que merece pocas dudas es el hecho de que Proudhon fue el autor que más directamente influyó en los anarquistas catalanes, protagonistas de la presente investigación.

Fue además el primero en calificarse personalmente como anarquista y en utilizar el término anarquía en su connotación positiva y por lo tanto contraria a su uso habitual, que la convertía en sinónimo de caos. Fue asimismo el primero que elaboró sus ideas con la finalidad de elaborar un "socialismo científico", basándose en las posibilidades que ofrecía la nueva ciencia de la sociedad: la Sociología. Socialismo que había de traspasar los límites de las utopías configuradas por los pensadores socialistas que le precedieron: Fourier, Cabet, Saint-Simon, etc...

Otra de las innovaciones del autor de Besançon fue el haber elaborado su obra, tanto teórica como práctica, con la intencionalidad de ponerla al servicio de la nueva clase proletaria y de los pequeños propietarios del campo. A ello le

llevó, entre otras causas, su propia trayectoria de autodidacta, dados sus humildes orígenes, hecho del cual siempre se mostró orgulloso. A lo largo de dicha trayectoria hubo de combinar el ejercicio de diversos trabajos, de tipógrafo, de administrador de una empresa de transportes, etc., junto a otros con un contenido de mayor gradación intelectual. Este autodidactismo le valió, sin embargo, severas críticas de algunos de sus contemporáneos, especialmente de Marx, y de cuantos posteriormente se han visto obligados a leer sus textos, llenos de contradicciones y puntos oscuros.

Característica esta última, que no obstante, suele ser reivindicada por otros seguidores y defensores como prueba del valor y de la originalidad de la obra proudhoniana (7). De tal modo que las citadas contradicciones, que convierten a Proudhon en padre de hijos tan desiguales, son valoradas como el resultado de la utilización absolutamente original que este autor francés hace de la dialéctica hegeliana. En este sentido se ha escrito: "... Contrariamente a Marx y Hegel que definen la realidad de una forma triádica de una tesis y una antítesis que se resuelven siempre en una síntesis superior, Proudhon afirma que las opiniones y las antinomias son la estructura misma de "lo social" y que el problema no consiste en resolverlo en una síntesis, que acabaría con la realidad, sino en encontrar o construir un equilibrio funcional capaz de hacer convivir aquellas tendencias de por sí contradictorias" (8).

Si se acepta tal interpretación de la dialéctica hegeliana, puede afirmarse que la primera contradicción que Proudhon estudió fue la que existe entre el capital y el trabajo. En ese contexto, la célebre frase - "La propiedad es un robo" -

que escribió en 1840, en su Memoria ¿Qué es la Propiedad?, aparece en realidad como la denuncia de la injusticia social que según Proudhon llevaba implícito todo contrato individualizado entre un obrero y su capitalista. Ya que este contrato, en su opinión, escondía, a manera de falacia jurídica, la relación de explotación económica que el capitalista realizaba al gozar del beneficio de la utilización de las fuerzas colectivas del trabajo. Fuerzas que, según el mismo explicaba en la citada Memoria, eran el resultado de la convergencia del trabajo producido conjuntamente por todos los proletarios de una empresa. Trabajo que a su vez, al poder ser remunerado de manera individual, permitía la apropiación del excedente generado por el colectivo.

Tal explicación servía para evidenciar el mecanismo por el cual el régimen de propiedad, pilar fundamental del sistema de producción capitalista, provocaba el enfrentamiento entre las dos clases directamente implicadas: los proletarios y la clase burguesa. Enfrentamiento que, en su opinión, exigía la abolición de tal situación, dada su evidente injusticia. El impacto de tales presupuestos proudhonianos entre sus contemporáneos fue notable. Como es suficientemente conocido, Marx, en su obra de juventud, siempre reconoció que este texto era la fiel expresión del pensamiento proletario. E incluso afirmó que tal declaración de guerra al régimen capitalista resultaba tan decisiva para el movimiento obrero como en su día fue la proclamación de Sièyes para el tercer estado. Pero, como de todos es también sobradamente conocido, con posterioridad, cuando en 1846, Proudhon escribió su Sistema de Contradicciones Económicas, obra en la que proseguía su análisis de la contradicción entre capital y trabajo, Marx le atacó con dureza en su célebre Miseria de la Fi-

lososía, que vio la luz en 1847. Título con el que aludía al subtítulo de la mencionada obra proudhoniana: Filosofía de la Miseria.

Sin ánimo de resumir tan famosa polémica, sólo cabe recordar aquí, muy sucintamente, que la postura de Marx se basaba en acusar al autor francés de defender con sus planteamientos unas ideas que representaban, en realidad, la máxima expresión de la ideología pequeño-burguesa, propia de los pequeños empresarios industriales y agrícolas. Y lo cierto es que no resultaba difícil que el león de Treveris realizase tal reproche, aun reconociendo que la lógica del análisis proudhoniano estaba únicamente presidida por el afán de mostrar el antagonismo existente entre los intereses del capital y del trabajo, a lo largo de las distintas y nuevas antinomias que el desarrollo del capitalismo iba configurando. Según esa lógica analítica, Proudhon definía unas etapas en dicho desarrollo: en primer lugar la denominada "anarquía industrial", a continuación, el "feudalismo industrial", una tercera llamada "imperio industrial" y por último, una etapa de "democracia industrial" que había de ser viable únicamente en la sociedad futura.

Esta visión económica del capitalismo iba además acompañada por una crítica de las relaciones sociales y políticas que el sistema de producción capitalista comportaba. Criterio éste profundamente innovador, para su época y que pretendía demostrar la relación existente entre "lo económico" y "lo social". Pues según puso de manifiesto Proudhon, la apropiación privada que los capitalistas llevaban a cabo en el proceso productivo engendraba necesariamente unas relaciones sociales fundamentadas en la autoridad y en la subordina-

ción, cuya culminación estaba representada por el poder político. Factores, que además eran el motivo por el cual Proudhon, contrariamente a la tradición y mitología democrática que imperaba en los círculos progresistas de su época, creía que el estado no era el representante de toda la sociedad. Y por consiguiente, no representaba los intereses de todos los ciudadanos, sino que por el contrario estaba monopolizado por los propietarios, del mismo modo que eran ellos los que monopolizaban el poder económico.

En esta tesitura, resultaba lógico, que Proudhon se mostrara en desacuerdo con sus contemporáneos socialistas, una vez que creía descubiertas las verdaderas causas de las injusticias sociales del orden social imperante. Su acusación a los socialistas utópicos se basaba precisamente en reprocharles el que tratasen de construir sociedades imaginarias (Icaria, falansterios, talleres nacionales, etc...) sin decir realmente como hacerlo. Cuando, en su opinión, lo importante era edificar otra sociedad, partiendo de la existente, basada en una nueva organización del trabajo que debía y podía ser definida de manera científica. Ya que los avances del conocimiento científico realizados hasta el momento así lo permitían. Su oposición a los utópicos se manifestaba de manera especial contra el comunismo de Cabet, cuyo pensamiento fue, por otra parte, el que mayor resonancia tuvo en el ámbito catalán, tal como ya se ha comentado. Sus ataques al comunismo cabetiano eran una denuncia del riesgo de concentración y reforzamiento de un poder, que a su juicio, tales ideas encerraban implícitamente. Concentración y reforzamiento que para Proudhon no podían conducir más que a una repetición de las rutinas de una sociedad opresora en la que no era posible evitar ni el despotismo ni la burocracia.

Elementos ambos a los que debía añadirse la multiplicación de unos poderes contrarios a los únicos, que en opinión proudhoniana, eran correctos: los poderes que surgían del proceso de producción científicamente organizado.

Para lograr que tal situación se alcanzara, debían utilizarse los conocimientos que la Sociología había hecho posible. Proudhon creía que la economía era tan sólo una parte de la nueva ciencia social. Nueva ciencia que tenía como objetivo central descubrir las leyes de la organización del trabajo y servir como teoría posibilitadora de la edificación de una sociedad futura, liberada de todas sus contradicciones anteriores. Visión, por la cual, la citada ciencia quedaba convertida en un instrumento de crítica de la sociedad existente y a la vez, en un arma positiva para la acción revolucionaria. Pues efectivamente, si esa última opción se llevaba al límite, era posible aceptar que la necesidad de llevar a cabo la revolución política desaparecía en aras de alcanzar la Revolución Social.

Esquema ideológico que recibieron plenamente los anarquistas que desarrollaron su pensamiento y su actuación en la Catalunya del último tercio de siglo XIX. Así como el resto de aportaciones contenidas en la obra posterior de Proudhon, principalmente: Confesiones de un Revolucionario (1849), Ideas Generales de la Revolución en el siglo XIX (1851) y muy especialmente, De la Capacidad Política de las clases jornaleras, publicada en 1865. Esta última obra supone la ulterior culminación del desarrollo de las ideas expuestas en el mencionado esquema y la primera reclamación de la posibilidad de que la clase obrera emprenda su propia actividad política, lejos de las opciones republicanas y pequeño-

burguesas. Factor que la convierte en obra fundamental para la lucha del movimiento obrero. El texto además incluye un estudio de qué y cuáles son las clases sociales que integran el sistema de producción capitalista y de cómo una clase no llega a asumir su propia identidad colectiva hasta no tener conciencia de su posible existencia, separada de todas las demás. La obra fue traducida al castellano por Pi y Margall, principal traductor de la obra proudhoniana, quien además también escribió el prólogo. Convirtiéndose en un punto de referencia obligado para todos cuantos, posteriormente, impulsaron la corriente anarquista en el seno del movimiento obrero catalán. Con el fin de reafirmar lo dicho, cabe reseñar aquí, una cita, bien conocida en la historiografía catalana, de unas palabras escritas por Pi en el mencionado prólogo, que fue publicado por primera vez en la edición de 1869 realizada por la "Librería Alfonso Durán".

En tal ocasión Pi escribió, al tratar de resaltar la importancia del movimiento obrero catalán, lo siguiente: "Parece verdaderamente imposible la facilidad con que se olvidan los más grandes sucesos. Antes de los del año 1854, la clase jornalera estaba organizada en Cataluña, como no lo había estado la de ningún otro pueblo de Europa. Las artes y los oficios todos, asociados cada uno de por sí, obedecían a un frente común, cuyas palabras bastaban para que, en un momento dado, los obreros de toda una provincia abandonasen los talleres, y derramándose por las calles, llevasen á todos los ánimos la consternación y la alarma" (9). Explicaba a continuación, cuales fueron los acontecimientos, ya comentados en el capítulo anterior, que acompañaron la creación de una comisión para solicitar de las Cortes Españolas el derecho a la libre asociación. Siendo éste su relato: "Aquellas

mismas Cortes recibieron en 1855 un memorial donde se les pedía la libertad de asociación en términos absolutos. Firmábanlo nada menos que 34.000 trabajadores de distintas provincias, entre ellas miles de jornaleros del campo. El bracero agrícola no manifiesta menos impaciencia que el fabril por sacudir el yugo del propietario" (10). Palabras que eran testimonio, de que el terreno para que fuera posible la irrupción del ideario anarquista en Catalunya, estaba convenientemente preparado.

Proudhon además de ser un intelectual que en todo momento dedicó sus esfuerzos a la reflexión teórica, fue asimismo un hombre que tuvo una activa participación política. Muestra de ello fue su elección como diputado en la Asamblea Nacional Francesa de 1848, en la que se comportó como el valedor de las posiciones de extrema izquierda, defendiendo en todo momento los intereses de los proletarios. Ya que según él mismo confesó: "soy del partido del trabajo contra el del capital" (11). Defensa de unos intereses que le llevaron, a lo largo de su vida, a tomar una serie de actitudes radicales que le supusieron incluso el ser encarcelado. Tal suceso ocurrió el mismo año de la revolución frustrada, (1848), y representó para su protagonista el fracaso añadido de su proyecto de creación de un Banco del Pueblo. Entidad que había de actuar como instrumento clave del sistema mutual que Proudhon había planeado como soporte básico de toda la actividad económica de la futura sociedad. En la creación del mencionado Banco había colaborado el coruñés Ramón de La Sagra, tal como se ha señalado en el apartado dedicado a este personaje.

Asimismo, los continuos enfrentamientos que este padre del anarquismo mantuvo con el poder y las instituciones de su época, le ocasionaron un período de exilio en Bélgica (1858-1862). Al retorno del cual, dedicó todos sus esfuerzos a desarrollar sus ideas sobre el federalismo, tema éste en el que también sentó las bases fundamentales del posterior pensamiento anarquista. En su esquema teórico, el federalismo surgía de manera lógica, a partir de su creencia en la existencia de unas contradicciones que a manera de matriz soportaban la complejidad de la organización social. Complejidad, que como ya ha quedado dicho en su heterodoxia hegeliana no podían ser resueltas con soluciones sintetizadoras. Sino que por el contrario requerían de una idea de federación, con una fuerte raíz pluralista, capaz de mantener los equilibrios necesarios entre la unidad de la sociedad global y la multiplicidad de las pequeñas comunidades agrícola-industriales, que mutuamente asociadas debían configurar la base de la sociedad futura.

Posiblemente, este tipo de articulación federalista de pequeños propietarios, que Proudhon defendía para poder mantener el valor de la autonomía y de la creatividad sobre el propio trabajo, constituyó, la base de las acusaciones que le convertían en un impulsor del reformismo pequeño-burgués. Lo cierto era, que para este autor, cuyo pensamiento fue uno de los primeros en ligar la "cuestión social" y las posibilidades de la Sociología, al igual que unos años antes había visto Pi y Margall (12), el federalismo era la única alternativa posible para poder organizar y coordinar un sistema social no capitalista. Sistema que, según el criterio federal, debía basarse en la libre asociación de sus miembros y en el que por lo tanto no tenía cabida la imposición autori-

taria que todo Estado representaba. "Todas mis ideas económicas elaboradas desde hace veinticinco años pueden resumirse en estas tres palabras: federación agrícola e industrial. Todos mis puntos de vista políticos se reducen a una fórmula semejante: federación política o descentralización. Y como corolario de ambas: «Federación Progresiva»" (13).

Así, de esta manera, el federalismo se convertía en el eje vertebrador de la futura organización social en la que había de reinar la ya citada "democracia industrial". Democracia que conduciría a una sociedad anarquista, merecedora de tal calificativo porque en ella no habría lugar para ningún tipo de gobierno. Fenómeno que sin embargo, no iba a suponer la existencia del desorden, pues el verdadero orden social no tenía porque proceder de una instancia externa e impuesta a la vida colectiva. Sino que por el contrario, debía de ser el resultado de la libre actividad y emanar directamente del ser colectivo. La anarquía, en este contexto, haría posible, en un estadio posterior, un régimen social basado en la práctica espontánea de la industria, en el que el pacto libre entre los productores, al establecer individual o colectivamente sus lazos de unión, harían inútil toda política y en definitiva toda idea de Estado (14).

A grandes rasgos, éste fue el ideario proudhoniano que recibieron los anarquistas catalanes. Los conceptos de asociación fundamentada en el libre pacto, el rechazo de lo político simbolizado por el Estado central, el federalismo, la nueva ciencia social - la Sociología - que había de servir para criticar la situación presente, pero muy especialmente como herramienta para construir la sociedad futura, etc... llegaron a España a través de las traducciones de Pi y Mar-

gall, aunque muchos de tales conceptos estuvieran ya comprendidos en la propia obra pimargalliana. Los testimonios de Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo y Tarrida del Marmol, antes reseñados (15), sobre la influencia recibida del pensamiento de Proudhon, así lo corroboran.

Ya que a pesar de las críticas que puedan hacerse a Proudhon, lo que no puede negársele es la autoría de un cuerpo de doctrina que posibilitó el que por primera vez, los proletarios más conscientes comprendieran que ellos también eran capaces de manejar sus propios intereses. E incluso, que el espontaneísmo que presidía las acciones, con las que en ocasiones manifestaban su descontento, podía ser tan valioso políticamente como la actividad representativa e institucionalizada de los partidos que representaban los intereses de la clase empresarial. Doctrina que hizo sentir su influencia más inmediata en la actuación de los primeros obreros internacionalistas franceses, escarmentados además por el fracaso de 1848. Obreros que, a consecuencia de lo dicho, decantaron sus posiciones hacia las ideas preconizadas por Bakunin y marcaron con ello, la pauta de la división de orientaciones y actitudes que dominaron el movimiento obrero posterior, en el ámbito internacional.

La influencia de su pensamiento en Catalunya llegó posiblemente a través de sus textos. La mayoría de los cuales, a pesar de no ver la luz hasta después de su muerte, fueron traducidos al castellano, tal como ya se ha comentado, por Pi y Margall. Así es en el caso del ya citado De la Capacidad Política de las Clases Jornaleras, que habiendo sido publicada en 1865, fue traducida tan sólo cuatro años después en Madrid. Un año antes, en 1868, el año de "La Gloriosa",

apareció también en Madrid y en la misma casa editora - Librería de Alfonso Durán - El Principio Federativo. Traducidos también por Pi y Margall, se publicaron: Sistema de las Contradicciones Económicas o Filosofía de la Miseria, en dos volúmenes, en los años 1870 y 1872; Filosofía del Progreso, en 1869; Filosofía Popular, en 1868, y Solución al Problema Social en 1869.

De entre las obras más significativas de Proudhon, tan sólo ¿Qué es la Propiedad? y Las Confesiones de un Revolucionario fueron traducidas por otros autores. En el primer caso, la edición de 1903 está firmada por Rafael García Ormaechea y en el segundo, la "Casa Editora Maucci", en su colección "Biblioteca Universal de Estudios Sociales" hace constar un prólogo, firmado por el lema "Guilda de Amigos del Libro", sin que se consigne el nombre del responsable de la traducción, ni el año de la edición. Otro tanto sucede en el caso de La Justicia en la Revolución y en la Iglesia, "vertida al español por una sociedad literaria", tal como consta en la edición de 1874 de "N. Ramírez y Cía" de Barcelona y en Teoría de la Propiedad y en Teoría del Movimiento Constitucional en el siglo XIX, ambas traducidas por Gavino Lizarraga, en 1873.

3.1.3. Mijail Bakunin

Puede decirse, sin temor a cometer grandes errores, que Mijail Bakunin fue el individuo que a través de su ideario y de su praxis influyó más directamente en los hombres y mujeres que impulsaron el anarquismo en Catalunya. Con él, las reflexiones teóricas sobre el uso y el abuso del poder político se convirtieron en teoría de la acción política, al

servicio de los intereses de los proletarios, artesanos, jornaleros y desposeídos en general. Aun a pesar de no haber dejado un cuerpo de doctrina elaborada y sistematizada, como sucede, por ejemplo en el caso de Marx, su pensamiento cuajó, posiblemente, porque giraba en torno a dos cuestiones tan simples y fácilmente comprensibles como eran la libertad y la violencia. Bakunin fue por encima de todo, como es generalmente conocido, un hombre de acción que desarrolló una actividad eminentemente revolucionaria. Actividad que lo acompañó hasta poco antes de su muerte, ocurrida en la ciudad de Berna en 1876, y le llevó a participar en los principales movimientos revolucionarios del siglo XIX.

Sus biógrafos (16) coinciden en afirmar que tales afanes revolucionarios datan de sus primeros contactos con los "jóvenes hegelianos" en Berlín, en el verano de 1840, ciudad a la que llegó procedente de Rusia, con el fin de estudiar el pensamiento de Fichte y Hegel. De esta etapa es su famosa frase: "La pasión por la destrucción es también una pasión creadora", que tantas veces fue rememorada y justificada con posterioridad, por todos aquellos que siguiendo sus doctrinas, trataron de ayudar a construir un mundo nuevo mediante las bombas. El período pre-revolucionario del 1848 parisino le proporcionó, asimismo, la posibilidad de conocer al que sería su gran antagonista, Marx, y lógicamente a Proudhon. De este último, captó la noción de federalismo y la de capacidad de acción política de los proletarios, que Bakunin hizo extensivas a todos los marginados del orden social establecido.

Pero el acuerdo con tales conceptos proudhonianos no impidió que el revolucionario ruso menospreciase profundamente todo

lo que hacía referencia al gradualismo legalista de los métodos de acción revolucionaria, propugnados por el autor de Besançon. A ello cabe añadir, su enfrentamiento con Marx, en el seno de la Primera Internacional, por otra parte profusamente estudiado, y que según el acuerdo de la mayoría de estudiosos del tema fue debido básicamente al rechazo que a Bakunin le merecía la línea autoritaria que el socialismo marxista llevaba implícito. Tales fueron, a grandes rasgos, las principales impresiones que Fanelli transmitió en sus contactos con Farga Pellicer y el resto de obreros y artesanos españoles, tal como ya ha sido comentado.

Pero, para captar los mecanismos por los que el ideario bakuninista llegó en su totalidad a los anarquistas catalanes, cabe tener en cuenta además una clara dificultad. Dificultad que se expresa en el hecho de que si bien Bakunin puede ser calificado de autor brillante, sus escritos nunca fueron realizados de manera organizada y sistemática. A pesar de que su deseo era el de llegar a exponer sus reflexiones teóricas y sus opiniones de forma fácilmente comprensible. Y a ello debe añadirse el que su obra estuvo siempre mediatizada por su participación activa en los principales sucesos revolucionarios de los que fue contemporáneo. Esta participación le llevó incluso, en múltiples ocasiones, a no poder completar y desarrollar convenientemente las reflexiones iniciadas sobre los puntos fundamentales de su ideario. Por citar un ejemplo, puede señalarse el caso del escrito titulado, La Cuestión Revolucionaria: Federalismo, Socialismo y Anti-teologismo, que el año 1867, presentó al comité de "La Liga por la Paz y la Libertad". Asociación impulsada por unos cuantos intelectuales pacifistas de su época: Stuart Mill, Víctor Hugo, Garibaldi, etc., que celebró su primer Congreso en

Ginebra. La intención de Bakunin y de sus colaboradores más próximos (socialistas napolitanos), en aquella circunstancia, era conseguir que la Liga hiciera suyas las convicciones revolucionarias que ellos propugnaban. Pero una vez que el citado informe fue rechazado, un año después, su autor dedicó todos sus esfuerzos a preparar la asociación "Alianza Democrática Socialista", conjuntamente con los hermanos Reclus, Guillaume y otros seguidores. Ya que en su opinión, ésta iba a ser la única herramienta capaz de llevar a cabo la acción revolucionaria deseada.

Aquel informe, conocido popularmente como Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, quedó como tantos otros inconcluso, pero a pesar de ello es una de las muestras más claras de cuales eran las opiniones de Bakunin sobre las cuestiones que ocupan centralmente su título. Sobre el federalismo, el autor, era fiel seguidor de los criterios de Proudhon. Por lo que tal concepto representaba el elemento coordinador indispensable en toda organización social compuesta por asociaciones libres. Organización que había de ser la base de la sociedad futura en la que, por lo tanto, no tendría cabida el Estado. El socialismo a su vez era, en su opinión, una tendencia imparable que iba a lograr dirigir el orden social establecido hacia la Revolución Social y el triunfo de las ideas colectivistas. Pues, por una parte, atrás quedaban los planteamientos propuestos por los socialistas utópicos de décadas anteriores, totalmente superados por el fracaso de la república de 1848 y, por otra, se iba a contar además con los avances de la nueva ciencia social. En este punto se hace necesario aclarar que, a pesar de la confusión y los múltiples usos del término colectivismo en el seno de la ideología anarquista, Bakunin en todo momento se mostró

partidario de la corriente que con este nombre defendieron los anarquistas catalanes de la primera generación, según la categorización utilizada en esta investigación (17).

Como podrá comprobarse, al parecer, los primeros tiempos de la Primera Internacional en España fueron los del triunfo del término colectivismo que servía para designar la tendencia favorable a una sociedad futura organizada socio-económicamente según la propiedad colectiva, sin mayores especificaciones. Con ello, dicha tendencia quedaba básicamente diferenciada de la que propugnaba, que en la futura sociedad la propiedad radicase en el Estado. Para Bakunin la cuestión quedaba zanjada del modo siguiente: "Yo quiero que la sociedad y la propiedad colectiva o social se organice de abajo a arriba por medio de asociaciones libres, y no de arriba a abajo por medio de una autoridad. En este sentido soy un colectivista" (18).

En ese mismo apartado sobre socialismo, del informe aquí comentado, Bakunin hacía referencia expresa a la llamada "cuestión social", dándose cuenta de que constituía el principal problema que debían afrontar todos los países en vías de industrialización. Según su criterio, todo lo que sucedía en aquellos momentos parecía probar que "... las asociaciones cooperativas de trabajadores, esos bancos de ayuda mutua, y los bancos de crédito laboral, esos sindicatos y esta liga internacional de trabajadores, todo este movimiento creciente de obreros en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, en Italia, en Suiza, ¿acaso no prueban que no han abandonado sus objetivos ni perdido la fe en su futura emancipación? ¿Acaso no prueban que ellos también han emprendido que, a fin de apresurar la hora de su reivindica-

ción, no deben confiar en el Estado, ni en la ayuda más o menos hipócrita de las clases privilegiadas, sino en sí mismos y en sus asociaciones independientes y completamente espontáneas?" (19).

Su optimismo de hombre del siglo XIX le llevaba a pensar que, dada una situación tan favorable a sus ojos como aquella que describía, era sólo menester trabajar para que el socialismo fuese una realidad y de este modo lograr la sociedad futura. Pues sólo había que "... organizar una sociedad de tal manera que cada individuo dotado de vida, hombre o mujer, pueda encontrar medios los más iguales posibles para el desarrollo de sus distintas capacidades y para su utilización en el trabajo; organizar una sociedad que, si bien hace imposible que cualquier individuo explote el trabajo de los demás, no permitirá que nadie comparta el disfrute de la riqueza social, siempre producida por el trabajo, a menos que haya contribuido a su creación con su propio trabajo" (20).

En el tercer y último apartado del informe en cuestión, al hablar del anti-teologismo, Bakunin realizaba una fuerte crítica contra la teoría del Estado, que según su opinión, podía deducirse de manera lógica de la idea de "contrato social" de Rousseau. Conviene sin embargo aclarar previamente, con el fin de evitar posibles malentendidos, que el concepto de Estado en aquel contexto iniciador del anarquismo, servía tanto para designar a la colectividad social u orden social establecido, como para nombrar el conjunto de instituciones represoras que la autoridad política correspondiente mantenía sobre la propia sociedad y sus individuos. En este sentido, Bakunin creía que Rousseau se había equivocado al su-

poner que la idea de contrato social paliaría el equilibrio entre la libertad individual y las necesidades de la sociedad. Pues según su entender, "... la sociedad es el modo natural de existencia de la colectividad humana, independientemente de cualquier contrato" (21). Y por lo tanto la sociedad nunca podía ser el producto de un contrato similar porque "... el hombre nace en sociedad como una hormiga en su hormiguero, o una abeja en su colmena; el hombre nace en sociedad desde el momento de convertirse en un ser humano, es decir, en un ser que posee en mayor o menor medida el poder del pensamiento y de la palabra. El hombre no elige la sociedad; al contrario es su producto, y se encuentra tan inevitablemente sometido a las leyes naturales que gobiernan su desarrollo esencial como a todas las demás leyes naturales que debe obedecer" (22).

El error de Rousseau nacía, por lo tanto, de la no comprensión de este hecho. Autor que, al haber potenciado además el contrato social, quedaba convertido en el culpable de haber originado la idea de Estado, en su acepción moderna, según la cual dicho organismo era un mal históricamente necesario. Acepción a la que Bakunin pretendía combatir mediante la siguiente argumentación: aunque se fuera consciente de que rebelarse contra la sociedad carecía de sentido, porque "... la sociedad precede y al mismo tiempo sobrevive a todo individuo humano, y es en este sentido igual a la misma Naturaleza" (23), dado que el Estado no era la sociedad, sí era posible la rebelión en contra de ese organismo. Rebelión que era precisamente posible porque el Estado era la suprema expresión del poder, de la fuerza y de la autoridad, elementos todos que provocaban claramente la rebelión.

Este informe contiene asimismo, además de lo dicho respecto al federalismo, al socialismo y al Estado, una serie de reflexiones teóricas, que en cierto modo ya habían sido planteadas previamente en un documento titulado, según el uso de la época, Catecismo Revolucionario. Documento que formaba parte, junto a los llamados Catecismo Nacional y Familia Internacional, de los textos que el autor ruso publicó en los años 1865-66, como resumen de los principios fundamentales de su pensamiento. Principios que si bien posteriormente amplió en otros escritos, siempre le sirvieron tanto a él mismo como a sus seguidores como puntos de referencia básicos. Algunos de ellos vieron la luz de manera regular y anónima en las páginas de "La Federación", una vez convertida esta publicación en el órgano oficial de los internacionalistas españoles.

En el primer texto citado - Catecismo Revolucionario - se puede encontrar un compendio de las principales ideas sobre la problemática derivada de la praxis revolucionaria, sobre la sociedad futura, la abolición de la herencia, el racionalismo, el ateísmo, la ciencia como suprema expresión de la liberación de la Humanidad, el derecho a la asociación, la abolición del Estado, de la religión, etc... Y entre esos principios generales, como uno más de ellos, Bakunin defendió la necesidad de creer y utilizar los conocimientos de una nueva ciencia de la sociedad. Fiel seguidor de Proudhon, también en este tema, creyó que la ciencia social era un instrumento imprescindible para poder organizar de manera racional la sociedad futura. E incluso aceptó las ideas de Comte relativas al positivismo y a la supremacía de la Sociología como expresión culminante de la jerarquía científica.

Sus palabras a este respecto no ofrecían ninguna duda: "Ya podemos prever la aparición de una nueva ciencia: la sociología, ciencia de las leyes generales que gobiernan todos los desarrollos de la sociedad humana. Esta ciencia será el último estadio y el pináculo glorioso de la filosofía positiva. La historia y la estadística nos prueban que el cuerpo social, como cualquier otro cuerpo natural, obedece en sus evoluciones y transformaciones a leyes generales que parecen ser tan necesarias como las leyes del mundo físico. La tarea de la sociología debe ser aislar esas leyes a partir de la masa de acontecimientos pasados y hechos actuales. Prescindiendo del inmenso interés que ya presenta para la mente, la sociología constituye una promesa de gran valor práctico de cara al futuro. Pues lo mismo que podemos dominar la Naturaleza y transformarla de acuerdo con nuestras necesidades progresivas, gracias a los conocimientos adquiridos sobre las leyes naturales, así también sólo seremos capaces de realizar la libertad y la prosperidad en el medio social cuando tengamos en cuenta las leyes naturales y permanentes que gobiernan ese medio" (24). Cita que se ha creído conveniente reproducir, a pesar de su extensión, porque resume a la perfección los conceptos básicos sobre Sociología, perfectamente enmarcados en el positivismo y organicismo vigentes en la época, que Bakunin traspasó, con toda seguridad, al ideario anarquista en general y a los primeros internacionalistas catalanes, en particular.

Pero cabe añadir que sobre tales conceptos, el revolucionario ruso pretendió ir más allá de los planteamientos de Comte, tratando de fijar y acotar, como también propios de aquella ciencia social, unos nuevos objetivos de carácter

revolucionario que el mencionado autor francés estuvo muy lejos de pretender. Como expresión de los verdaderos límites y de la misión que aquellos objetivos de la nueva ciencia comportaban, Bakunin escribió lo siguiente: "... todo cuanto tenemos derecho a exigir de ella es que nos indique veraz y definitivamente las causas generales del sufrimiento individual. Entre esas causas no olvidará, desde luego la inmola-ción y subordinación (demasiado común incluso en nuestros tiempos) de los individuos vivos a las generalizaciones abstractas; y al mismo tiempo tendrá que mostrarnos las condiciones generales necesarias para la emancipación real de los individuos que viven en la sociedad" (25). Opiniones ante las que resulta obvio decir que ni el autor ruso ni los anarquistas catalanes, que igualmente confiaron en una Sociología como portadora de las soluciones de cambio para su situación, vivieron lo suficiente como para comprobar que tales límites y tal misión no se ajustaban a las posibilidades puestas de manifiesto por el posterior desarrollo de aquella nueva ciencia.

Debe reconocerse, sin embargo, que a pesar de la relevancia de los textos bakuninistas mencionados, la obra que mayor popularidad alcanzó en el círculo de los primeros anarquistas en Catalunya fue un folleto titulado Dios y el Estado que Carlo Caffiero y Elisée Reclus publicaron en 1882. Panfleto que vio la luz en castellano en 1905, en la colección "Biblioteca El Productor" de Barcelona. Este texto sin lugar a dudas ha sido el que mayor difusión ha conocido de entre todo lo escrito por este revolucionario ruso, pues debe considerarse además que no fue hasta diecinueve años después de su muerte (1895) que se llevó a cabo la publicación de una selección escogida de sus obras. Diego Abad de Santillán

preparó esos textos seleccionados para su publicación en castellano, el año 1920, contando para ello con la supervisión del principal historiador del anarquismo Max Nettlau. Historiador que había preparado, para entonces, la selección de la edición francesa conjuntamente con el que fuera compañero de Bakunin, James Guillaume (26).

La única obra que además del folleto mencionado fue traducida al castellano antes de 1920 fue la extensamente comentada Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, de la cual se publicó una versión en 1900, en Madrid, en la "Biblioteca Vértice" (27). Según indica Alvarez Junco, se sabe que en un corto lapso de tiempo se llegaron a editar cerca de 5.000 ejemplares del citado título. Cabe considerar, también antes de esa fecha, la publicación de folletos y panfletos varios, como el Informe sobre la herencia, del cual se tiene noticia de una traducción castellana en 1869 o el que fuera muy popular, dada la vigencia del tema en aquellos años, titulado El Patriotismo. Este panfleto fue editado con posterioridad a esa fecha, sin que se pueda precisarla exactamente, en Barcelona, como el n.º 3 de la colección "Los pequeños grandes libros" (28).

3.1.4. Aleksey Petrovitch Kropotkin

Kropotkin, el hombre que nació hijo de príncipe en el Moscú de 1842, y que ha sido asimismo recordado por ser un científico de reconocido prestigio en el campo de la Geografía, puede ser considerado sin duda como el sucesor de Bakunin, en el liderazgo del movimiento anarquista internacional.

Como es generalmente sabido, Kropotkin afirmó las ideas que tenía sobre el anarquismo, con ocasión de una visita realizada a los montes del Jura, en 1872, en la que tuvo ocasión de admirar el asociacionismo voluntario de los trabajadores de la relojería. Previamente sólo había tomado contacto con tales ideas a través de los populistas rusos, quienes le habían permitido entreverlas de algún modo, durante su estancia en Siberia, cuando su servicio al zar le llevó a visitar ese territorio. Los trabajadores suizos, en su día habían recibido la influencia directa de las ideas de Bakunin y por lo tanto se situaban en la corriente federalista y anti-autoritaria de la Primera Internacional. Kropotkin, se convirtió a partir de aquel momento, en un seguidor de esa línea de pensamiento, preocupándose desde el comienzo por proporcionar un fundamento científico a la ideología anarquista.

Fruto de esas reflexiones surgió entre otras ideas el anarco-comunismo, lema con el que la tendencia por él propiciada se diferenciaba del anarco-colectivismo bakuninista y cuyas diferencias serán, como ya se ha indicado, desarrolladas con mayor detalle en el apartado sobre los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya. El anarco-comunismo estaba basado esencialmente en un concepto que resultaba fundamental para su argumentación: el apoyo mutuo, también llamado ayuda o soporte mutuo. Mutual Aid era el título de la obra, publicada originalmente en inglés en 1902, que resumía sus planteamientos sobre el tema, cuyo resumen podría ser el siguiente: la ayuda mutua era el criterio que determinaba de manera natural el desarrollo de la vida humana (29).

La para algunos sorprendente afirmación, recuérdese que Spencer ya había hablado para entonces de la supervivencia

del más fuerte, estaba basada en una interpretación de la teoría de la evolución de las especies de Darwin, contraria a la versión más comúnmente aceptada. Con aquella heterodoxa interpretación, Kropotkin pretendía aprovechar los avances de conocimiento realizados por el zoólogo Kessler, de la universidad de San Petersburgo. Según una comunicación presentada en 1880 por el citado zoólogo, la conocida ley darwiniana de la lucha por la supervivencia que daba al parecer como resultado el triunfo de los más aptos, podía ir perfectamente acompañada por la ley de ayuda mutua entre los miembros de una misma especie. El anarquista ruso, partiendo de tal razonamiento no dudó en asegurar que el principal motor o factor de la evolución humana era la cooperación. Razonamiento que le permitía configurar un marco teórico mucho más plausible a los intereses prácticos de la ideología libertaria. Con el fin de reafirmar tales argumentaciones, Kropotkin no dudaba en aportar numerosos ejemplos de la sociabilidad que el mismo había podido observar en la evolución vital de diversos animales, fuera cual fuese el estadio de tal evolución, durante sus expediciones a Siberia y a los Países Nórdicos con motivo de sus actuaciones como geógrafo (30).

Del mismo modo, trató de fundamentar tales razonamientos no sólo con datos extraídos del campo de las ciencias naturales, sino que como buen seguidor de la corriente positivista de la época que posibilitaba la creencia en la unidad de la ciencia, aportaba numerosas pruebas entresacadas de la propia Historia de la Humanidad. Contrariamente a las ideas de Spencer, creía que el propio acontecer de dicha Historia permitía decir que el progreso de la misma era en realidad un progreso de la ayuda mutua entre los seres humanos, quienes en razón de lo dicho, no iban a necesitar de la coacción

para avanzar en el futuro. El conflicto que evidentemente se había producido o se iba a producir en ocasiones, a pesar de la existencia de aquel mecanismo solidario, aparecía tan sólo cuando los individuos se dejaban llevar por sus impulsos básicos. Situación que únicamente surgía cuando el Estado u otras instituciones igualmente represoras hacían sentir su fuerza.

De acuerdo con este esquema básico, Kropotkin se dedicó al estudio de la Historia de los seres humanos siguiendo un enfoque privilegiador de las actuaciones motivadas por la voluntad de cooperación. De este modo destacó acontecimientos tales como los propios del tiempo de las tribus primitivas a los de las comunidades campesinas de la Edad Media y desde el nacimiento de las asociaciones obreras a las instituciones de carácter mutual², que se desarrollaron en su época con intención de sobrepasar los límites de las burocracias estatales. Este era el caso, por citar sólo unos ejemplos, de la Cruz Roja o de la compañía de Wagons-Lit que a su criterio cumplían a la perfección la bondad del ideario por él preconizado. Por otra parte, una visión tan optimista de los fenómenos históricos le permitía aseverar asimismo que existía en la vida moderna una creciente tendencia hacia la descentralización de las organizaciones socio-económicas. Hecho que según su opinión fácilmente podía comprobarse en la continua creación de cooperativas, en las que los obreros podían poner en práctica sus facultades creadoras sin la interferencia de los gobiernos, del ejército o de la Iglesia, instituciones todas ellas coercitivas por excelencia.

El anarco-comunismo pretendía que la futura organización de la sociedad futura contemplase tanto la colectivización de

la producción como la del posterior proceso de distribución. Según esa organización, cada miembro de la sociedad debería ser juez de sus propias necesidades. Lo que significaría que independientemente del volumen de su aportación a la comunidad, medida a través del proceso productivo, podría coger de la propiedad de los bienes comunitarios cuanto creyera necesario para subvenir a sus necesidades. La polémica que tales ideas causaron en el seno del movimiento anarquista en general y en el catalán en particular merece comentario aparte, tal como ya se ha indicado. Aquí sólo cabe añadir que tales teorías nunca pudieron ser llevadas a la práctica en su totalidad. Unicamente las colectivizaciones realizadas en el transcurso de la última guerra civil española guardaron una cierta similitud con la idea base del anarco-comunismo, si bien con una praxis más cercana al anarquismo de raíz bakuninista.

Otra de las preocupaciones centrales de Kropotkin fue, como ya ha quedado dicho, la de establecer las bases científicas de la sociedad futura. Tal preocupación quedó reflejada en una de los textos kropotkinianos que mayor celebridad alcanzó, por aquella época. Su título era La Conquista del Pan, publicado en 1892 y traducido al castellano en distintas ocasiones (1899, 1900, 1901...). El texto constituye un llamamiento a los desposeídos del mundo, invitándolos a que, dada su situación, den el paso hacia la expropiación violenta. Sobre el problemático tema de la utilización del método violento y sus múltiples implicaciones en el seno de la ideología y el movimiento libertarios, se ha de tener en cuenta que Kropotkin desarrolló su pensamiento en los años del pleno apogeo de la denominada "propaganda por la acción" o "propaganda por el hecho". Y que ante tal situación, siem-

pre se mostró partidario de las acciones violentas, que a su criterio sirvieran para dar testimonio de situaciones manifiestamente injustas, justificándolas moralmente por creer que servían de actos de protesta ejemplares.

Puede afirmarse que la primordial aportación kropotkiniana a la ideología y movimiento anarquistas fue el tratar de consolidarlos según unas bases científicas, que dado su carácter como tales, resultaran indiscutibles. Mediante esas bases, quedaba claro en su opinión que las teorías de Malthus, según las cuales la población crecía mucho más de prisa que la producción agrícola, carecían de sentido. La visión pesimista de un futuro, maniqueamente utilizada por la burguesía de los países industrializados, era rebatida por el anarquista ruso, quien confiaba plenamente en las posibilidades emancipadoras de la ciencia. Su optimismo "cientifista" le hacía confiar incluso en que la ciencia por sí sola sería capaz de aumentar los recursos necesarios para toda la población mundial de manera ilimitada. Solución con la cual, al ser posible, reduciría el problema fundamental del orden social surgido tras la industrialización, la famosa "cuestión social", a un problema de reparto que la previsible futura abundancia de bienes resolvería.

El anarco-comunismo se convertiría según esa óptica en la única solución viable para organizar la sociedad futura. Sociedad en la que los hombres y mujeres se regirían en función de sus necesidades y no de sus capacidades y en la que lógicamente el trabajo productivo se realizaría a través de cooperativas de libre asociación, unidas mediante un sistema federal. Al parecer, cuando Kropotkin pensaba en una sociedad futura ideal, tenía en mente conseguir el nivel de vida

que alcanzaron las primeras comunidades agro-urbanas de la Baja Edad Media. Opinión claramente proudhoniana que le llevó a recomendar que los huertos y los campos estuvieran situados lo más cerca posible de las fábricas y talleres, ya que en aquel futuro ideal que él imaginaba lleno de pequeñas comunidades, todos los miembros de la comunidad deberían llevar a cabo cualquier tipo de trabajo: manual, intelectual, creativo, repetitivo, pesado, etc... Sobre esta temática concreta escribió Campos, Fábricas y Talleres, donde explicaba además, como el hecho de que hasta el momento existieran trabajos desagradables se debía a que ningún científico había tratado de convertirlos en más leves. De esa creencia surgía su simpatía, al igual que la de los restantes anarquistas, como fácilmente puede comprobarse en la sección de noticias científicas de las publicaciones periódicas de aquella época, por todos los inventos de aparatos y mecanismos que sirviesen para aligerar los trabajos pesados.

Pero su confianza en una sociedad futura como la descrita, en la que sería posible que cada persona hiciese lo que voluntariamente quisiera hacer, sin que nadie le exigiera nada, no convertía a Kropotkin en un optimista ingenuo respecto a las verdaderas posibilidades del ser humano, por mucho que pudiera parecer lo contrario. La Revolución Social, era al igual que en sus predecesores, el paso previo e ineludible para llegar a alcanzar una organización social similar. Paso que sólo se haría viable mediante la educación, que de nuevo surgía como instrumento clave en el movimiento y la ideología anarquistas. El científico ruso argumentaba a favor de un sistema pedagógico diseñado con el fin de lograr los cambios capaces de configurar una nueva moral, basada en los instintos bondadosos de los seres humanos. Instintos que

eran los únicos que todavía poseían los seres humanos de acuerdo con su naturaleza y que habrían de conducir a la ayuda mutua entre los miembros de la sociedad. Ya que en su criterio, la educación se encargaría de conseguir que todo individuo, de manera natural, estuviera dispuesto a dar mucho más de lo que esperara recibir a cambio. De hecho, este voto a favor de un altruismo solidario era un razonamiento parecido al que Bakunin realizara, años antes, sobre la necesidad de ligar siempre de manera indisoluble la libertad con la solidaridad.

Ambos mensajes gozaron de gran influencia y popularidad en los principales núcleos de anarquistas españoles y por lo tanto catalanes. Concretamente Tarrida del Màrmol, llegó incluso a establecer una relación de amistad personal con Kropotkin, al igual que en la década anterior había sucedido con Farga Pellicer y Bakunin, merced a la coincidencia de ambos personajes en Londres. No fue éste el único nexo de unión entre ambos, pues Tarrida compartió siempre con el anarquista ruso el afán por dotar a la ideología libertaria de una base científica, tal como podrá comprobarse posteriormente en el análisis más pormenorizado de la obra de este anarquista catalán poco conocido. Existen asimismo noticias de que Kropotkin visitó España en diversas ocasiones (31) y de que por consiguiente trabó conocimiento con algunos de los protagonistas del movimiento que aquí se reseña. Pero más allá de la anécdota histórica de tales encuentros, merece resaltarse la amplia resonancia que conjuntamente con todas sus obras tuvo en la Acracia catalana la revista "La Revolte" (32) que Kropotkin fundara en Suiza en 1879.

La mayor parte de sus escritos fueron traducidos al castellano, casi en su totalidad, a medida que se publicaban. Según las citas ya mencionadas de Alvarez Junco, obras como la ya comentada La Conquista del Pan conocieron diversas ediciones en España y Sudamérica (Buenos Aires), llegando a alcanzar tiradas de 50.000 ejemplares, de los cuales 28.000 se habían vendido, en el año 1909, en la península ibérica (33). La repetidamente citada El apoyo mutuo fue traducida por el anarquista catalán José Prat y editada en Valencia, por la editorial de Francisco Sempere en 1906, alcanzando una tirada de 8.000 ejemplares (34). La también comentada Campos, Fábricas y Talleres conoció alcanzar en diversas ediciones la cifra de 6.000 ejemplares. La ciencia moderna y el anarquismo fue traducida por Ricardo Mella, para la mencionada editorial valenciana, sin que se conozca la fecha exacta de su aparición.

Por otra parte, la mayoría de sus textos aparecieron muy frecuentemente en las principales publicaciones y prensa anarquista de la época, en forma seriada. De este modo, una parte de La Conquista del Pan, bajo el título de La Expropiación fue editada en Cádiz en 1867, siendo reproducida años después, (1899), en "La Revista Blanca" de la primera época y en "La Revista Nueva". Azorín fue en su juventud, como ya es sabido, un admirador de las ideas kropotkinianas, traduciendo con prólogo y notas el texto titulado Las Prisiones, en 1897. En general, puede decirse que la obra de este padre del anarquismo fue una de las que mayor difusión tuvo entre los libertarios de España y Catalunya. Hecho que tiene una sencilla comprobación si además de los datos antes comentados se analiza el contenido de las revistas "Acra-

cia", "Ciencia Social" y "Natura", tarea que se realizará próximamente (35).

Sus biógrafos dicen que Kropotkin murió en Dmitrov, población cercana a Moscú, en el año 1921, cuando hacía tan sólo cuatro años que había abandonado su exilio en Londres con motivo del triunfo de la Revolución Soviética. Dejaba inacabada una Historia de la Etica y según se desprende de las impresiones recogidas por los historiadores que se han ocupado de su vida y de su obra, murió decepcionado por el camino que la Revolución Rusa había emprendido, bajo el liderazgo de los bolcheviques. Individuos éstos que fieles seguidores del socialismo de tendencia "autoritaria", según el calificativo utilizado de la etapa bakuninista, se comportaron como los anarquistas habían denunciado desde los tiempos de la Primera Internacional.

3.2. ELEMENTOS Y CONTEXTO CONFIGURADORES DE LA IDEOLOGIA ANARQUISTA

Según los análisis de los principales estudiosos del tema, puede decirse que el anarquismo es fruto de las contradicciones que la Revolución francesa generó (36). Los principios fundamentales de libertad, igualdad y fraternidad, que servían para proclamar la máxima soberanía individual, casaban mal con una organización económica y social basada en la explotación de aquellos que nada poseían: jornaleros del campo y proletarios urbanos.

No hay duda de que una primera reacción contra el poder del Estado, surgido de la Revolución Burguesa, estaba ya en Babeuf y la "Conspiration des Egaux" que él dirigió. Pudiendo decirse incluso que tal evento constituyó el primer movimiento socialista de la Historia Contemporánea. Pero lo que aquí interesa señalar es que en tanto que doctrina filosófica, la ideología anarquista nació de Hegel. Proudhon, Bakunin y el propio Pi y Margall fueron seguidores de una interpretación de Hegel, ciertamente heterodoxa. Interpretación que tenía interés en remarcar la absoluta soberanía del individuo enfrentado a una serie de alienaciones, básicamente de tipo religioso, político y económico, contra las cuales no le cabía más alternativa que lanzarse a una lucha revolucionaria. Alienaciones y lucha que evidentemente también denunciaron y plantearon otros insignes hegelianos como Marx y sus múltiples seguidores. Pero que muy pocas veces han sido reivindicadas como procedentes de un mismo origen hegeliano para los ya citados Proudhon y Bakunin.

Tal como ya se ha reseñado en la introducción de este capítulo, anarquía significa rechazo de toda autoridad y de todo poder ejercido por encima de la voluntad individual. Aunque se pueda admitir que su expresión práctica puede variar y de hecho ha admitido numerosas y diversas prácticas a lo largo de la Historia contemporánea. La palabra anarquía de raíz griega (sin gobierno) tuvo desde siempre connotaciones negativas hasta que Proudhon la utilizó en sentido positivo en su ya citado escrito ¿Qué es la propiedad?, en 1840. Pero si bien el autor francés fue el primero en reconocerse públicamente como anarquista, en los inicios del mundo contemporáneo, y no debe olvidarse a Godwin o a Stirner, la idea del rechazo de toda autoridad política existe desde que los seres humanos tratan de sobrevivir conviviendo.

Los estoicos y los cínicos de la antigua Grecia, los cátaros de la Edad Media o los anabaptistas de la época de la Reforma (36bis) son claros ejemplos de como la tendencia a rechazar todo poder que pueda coaccionar la libre voluntad del individuo viene de lejos. Tales creencias y movimientos comparten con el anarquismo unos rasgos que podrían sintetizarse de la siguiente manera: en primer lugar, una crítica del orden establecido en la sociedad en la que vivían; en segundo lugar, la creencia en una posible sociedad futura fundamentada en la cooperación y opuesta a todo poder coercitivo, y finalmente, un método para a partir del orden viejo, llegar al orden nuevo.

No obstante, la ideología y el movimiento anarquistas que aquí se consideran son un claro producto del siglo XIX. Producto derivado del llamado "Siglo de las Luces", que nace directamente del impacto que la industrialización capitalis-

ta produjo en sociedades campesinas y artesanas. Según Joll, hay dos elementos que configuran al anarquismo contemporáneo de manera básica: el "...racionalismo del siglo XVIII (que hace posible que el anarquista a la hora de actuar) se base en la confianza en la naturaleza razonable del hombre y en la creencia en su progreso moral e intelectual (...y) una tendencia que sólo cabe describir como religiosa y que vincula a los anarquistas emocionalmente, ya que no doctrinalmente, con las herejías de tendencia extremista de los primeros siglos" (37). Por este motivo, añade Joll, el choque entre racionalismo y religiosidad hacen que el anarquismo sea contradictorio y atractivo a la vez. Características que, como después podrá comprobarse, marcaron las ideas y las acciones de los partidarios de la Acracia, que en Catalunya trataron de llevar a cabo la que por ahora parece ser última utopía de los tiempos modernos.

Por otra parte, parece cierto que los hombres y mujeres que a finales del siglo XIX y comienzos del actual se manifestaron como anarquistas tenían una "fe de carbonero" en los motivos que les llevaban a rechazar el poder y la autoridad política. La prioridad que el nuevo fenómeno llamado "cuestión social" demandaba, unida al fracaso del 1848 francés propiciaron que los ideólogos revolucionarios del momento aprendieran una importante lección. En lo sucesivo, los Proudhon, Marx, Bakunin y posibles seguidores dedicaron todos sus esfuerzos a difundir su ideario y sus acciones de manera que la futura Revolución - la Revolución Social, tal como la denominaban los anarquistas - fuese un éxito.

A partir de entonces, para que tal éxito fuera posible, era evidente que se debía ir más allá de los planteamientos rea-

lizados por los socialistas utópicos. Pero la creencia ilustrada de los primeros ácratas en la razón y el progreso como motor de los cambios necesarios se demostró falaz. Su afán por llevar adelante una Revolución con métodos pacíficos chocó, de una parte, con la pasión destructora de Bakunin y de otra, con una sociedad en la que las desigualdades sociales eran demasiado flagrantes. La posibilidad de que los términos de Revolución y Liquidación Social fueran emparejados con los de violencia y terrorismo era también demasiado evidente.

Según Proudhon dijo y Pi y Margall escribió en La Reacción y La Revolución, en 1854, la manera de prepararse para la Revolución Social era tratar de conformar una sociedad en la que los individuos pactasen libremente el hecho de vivir juntos. Tal como se ha comentado con anterioridad, el citado pacto encerraba una importancia capital pues era una idea totalmente contrapuesta a la de contrato social, preconizada por Rousseau. Porque, recordando de nuevo la crítica de Bakunin al respecto, el contrato lejos de ser de carácter social guardaba implícitamente el concepto de tiranía del Estado moderno, propio de todas las sociedades contemporáneas. O lo que era lo mismo, al estar únicamente referido al poder en su dimensión política, el contrato de Rousseau servía para reforzar un consenso basado en una voluntad general mayoritaria. Mayoría que por lo tanto se oponía a la voluntad de los individuos particulares.

Ante tal situación, los pioneros de la ideología anarquista, en general, pretendían que su alternativa, el pacto, lejos de basarse en una abstracción de tipo político, surgiera de la libre voluntad expresada por todos los interesados en

mantener cualquier actividad en común. Posibilitando de este modo que el pacto pudiera modificarse según los correspondientes cambios de intereses. Por lo que, no se trataba tanto de basar la complejidad de la vida social en un único contrato, como de establecer un conjunto ilimitado de acuerdos contractuales que se ajustasen a las múltiples necesidades de las personas. Acuerdos que en ningún momento suponían nada más que una cesión parcial y provisional de la libertad individual. Siendo en este esquema además evidente que una tal pluralidad de contratos hacía imprescindible la existencia de una federación como alternativa a la organización estatal.

La idea de federalismo en Catalunya fue aceptada fácilmente en los núcleos obreros, dada la larga tradición existente sobre el tema, desde los días de Abdó Terrades y los primeros brotes del partido demócrata. Sin que en ese camino pueda olvidarse al repetidamente citado Pi y Margall. Pero la propia pluralidad de planteamientos que tal esquema conceptual presentaba llevó a modelar distintas vías de acción en el movimiento anarquista. Vías de acción perfectamente objetivables a partir de la evolución histórica del propio movimiento. Así, pueden verse unas primeras actuaciones anarquistas en los días en que los obreros franceses, fieles seguidores de las ideas de Proudhon y por lo tanto de Bakunin, imponían conjunta y mayoritariamente sus criterios anti-estatalistas y anti-politicismos en el seno de la Primera Internacional. Actuaciones en las que se enfrentaban a la corriente del socialismo "autoritario" de Marx. Pero a continuación, pueden también analizarse otro tipo de actuaciones del movimiento anarquista mucho más consolidado, en la década 1880-1890, etapa central de esta investigación, que cuan-

do menos pueden ser consideradas de duales. Ya que en efecto, en esos años, el cuerpo de doctrina que sustentaba el movimiento libertario, reducido a unos cuantos nombres - Kropotkin, Jean Grave, Elie y Elisée Reclus... - estaba interesado, por una parte, en encontrar las bases científicas de la ideología anarquista, y en tratar de diseñar la sociedad futura. Pero por otra, debido al pluralismo antes reseñado, también estaba dedicado a tratar de justificar la serie de actos violentos que una serie de individuos aislados llevaban a cabo para poner en práctica su actitud testimonial en contra del Estado. Proceso obviamente dual que caracterizaba mayoritariamente a la Idea, (nombre con el cual también se conocía en España a la ideología ácrata), a comienzos del siglo XX.

Según ese proceso dual, la Idea pretendía englobar a la vieja teoría anarquista que intentaba cambiar el orden social vigente, basándose en la confianza en el progreso y en la cooperación racional, con la justificación de las acciones violentas de quienes creían en el valor purificador de las bombas. Esta fue la época en la que la ciudad de Barcelona adquirió renombre internacional con el calificativo de la "Rosa de Fuego" (37bis). Calificativo que expresaba el sentir popular según el cual no había día en que no hubiera en sus calles el estallido de una bomba pretendidamente redentora.

Pero precisamente, gracias también a esa dualidad, éstos son los años de máximo florecimiento del pensamiento de los anarquistas que protagonizan esta investigación. Mella, Urals, Tarrida, Gustavo, en solitario o colectivamente, constituyen, en esa época, el máximo exponente de la ideología

libertaria en Catalunya. Certámenes Socialistas, traducciones de autores extranjeros de interés científico general, publicaciones y revistas son la muestra del pluralismo que siempre caracterizó a una ideología que se definía como no autoritaria. Internacionalmente, también es el momento en que los jóvenes intelectuales y artistas se sienten impregnados de una cierta mentalidad anarquista, aunque con un toque individualista más hijo de Stirner que de Bakunin. Sólo cabe recordar como ejemplo, el nombre de pintores como Saurat, Pissarro, o el de escritores como Alphonse Daudet o Mallarmé, todos ellos subscriptores de la revista "La Revolté" (38).

En España, puede decirse que se respiró asimismo una atmósfera similar, en determinados círculos. Siendo los nombres de Baroja, Azorín o el del mismo Unamuno ejemplos claros de quienes sin traspasar los límites de un acendrado individualismo simpatizaron con el movimiento y las reivindicaciones de los anarquistas (39). En Catalunya, el tema quedó perfectamente reflejado en los contactos que establecieron los jóvenes intelectuales catalanes, seguidores de la corriente modernista, con algunos de los ideólogos anarquistas más reconocidos. Los hechos concretos que se produjeron serán comentados en el apartado titulado Modernismo y Anarquismo.

La buena marcha de una situación que permitía la colaboración entre destacados intelectuales y significados líderes del movimiento obrero tuvo, en general, un final poco feliz. Para muchos estudiosos, la guerra civil española fue la expresión de la máxima frustración de la ideología ácrata en su intento de incardinarse en la realidad. Puede decirse, siguiendo las palabras de Joll que: "La experiencia anar-

quista de los ciento cincuenta años (cabe recordar que Joll escribe su estudio sobre los anarquistas en 1964) expone a la luz toda la gama de contradicciones e incongruencias de la teoría libertaria y la dificultad, si no la imposibilidad de su puesta en práctica. Y con todo, la doctrina anarquista ha sido capaz de atraer a un número no despreciable de representantes de las distintas generaciones, y aún hoy continúa ejerciendo considerable seducción, aunque se manifieste quizá más por la vía de un credo ético personal que como fuerza social revolucionaria" (40).

Resulta bastante evidente que tales palabras fueron escritas antes de "mayo del 68", cuando también fueron muchos los que quisieron ver un renacimiento de la ideología libertaria en aquel estallido de rebeldía de los estudiantes y jóvenes obreros en Francia, República Federal Alemana, o E.E.U.U. Siendo también cada día más numerosos los que en su afán de dar explicaciones plausibles sobre lo que acontece cotidianamente tratan de encontrar reminiscencias libertarias en los nuevos movimientos sociales: pacifismo, ecologismo, etc...

En cualquier caso, sean o no sean acertadas tales atribuciones, lo que resulta indudable es que muchas de las raíces de estos movimientos recogen una cierta "mentalidad", en el sentido vovelliano del término, heredera de la ideología anarquista. "Mentalidad" que, resulta asimismo evidente, se está desarrollando en un contexto y a través de unos grupos con una acción social profundamente distinta a la que llevaron a cabo los aquí considerados como sus antecesores. Pero, que podría decirse son una vez más muestra del pluralismo, a

través del cual se ha manifestado históricamente el anarquismo.

3.2.1. Las ideas de Ciencia y Progreso

El siglo XVIII fue la época, que historiadores del pensamiento social como Jutglar (41) dicen que inauguró y consolidó abiertamente la fe en la razón y la convicción en la redención por la Filosofía. A partir de ahí, puede afirmarse, sin por ello caer en graves generalizaciones, que a lo largo del siglo XIX la ciencia dejó de ser una actividad puramente académica para convertirse en uno de los elementos fundamentales de la actividad productiva. Ya que la ciencia impulsaba la técnica y la tecnología impulsaba y acrecentaba la producción. Esas generalizaciones, por otra parte, pueden corroborarse en el estudio que Bernal hace de la evolución de la ciencia (42). En ese estudio, el historiador británico, al analizar el siglo pasado, aprecia la existencia de una etapa central, 1830-1870, en la que de manera clara el conocimiento científico intenta olvidar todo el espíritu crítico que en su día dirigió hacia el Antiguo Régimen. Etapa en la que, por el contrario, todos los esfuerzos están destinados a conseguir una pretendida ciencia pura, en la que los conceptos científicos queden lo suficientemente alejados de sus posibles implicaciones sociales.

Según las palabras del propio Bernal, esa etapa se corresponde con los años en los que "... se tenía por primera vez la posibilidad de un control científico de los procesos de la vida, distintos de los tradicionales" (42bis). Coincide además cronológicamente con una fuerte renovación tecnológica provocada por los radicales inventos producidos en las

postrimerías del "Siglo de las Luces". Es asimismo el tiempo en el que la nueva burguesía, pionera de la industrialización capitalista, tratará de apoderarse de tales conocimientos. Logrando que esos conocimientos se expandan desde los círculos aristocráticos y universitarios en los que permanecían encerrados y propiciando la profesionalización de los futuros profesionales de la ciencia: ingenieros, químicos y médicos, por encima de otras especialidades.

Estas profesiones tras el fracaso de 1848 se convirtieron, de manera casi general, en un "soporte adicto a la maquinaria estatal" (43). Pero debe decirse que fue precisamente este "casi", el que permitió que una serie de nombres - Saint-Simon, Marx, Bakunin - incluyeran y transmitieran en su pensamiento la misma fe en la ciencia y en el progreso, con una interpretación claramente contraria a la de esos científicos "adictos al poder". Ciencia y progreso que parecían mostrarse como elementos indiscutibles, dada la serie de descubrimientos científicos que hombres como Faraday, Ampère, Joule y Maxwell, entre otros, hacían viables en aquellos años. No pudiendo dejar de citar en este mismo contexto a los anarquistas Elisée Reclus o al mismo Kropotkin, quienes a su trayectoria como revolucionarios, adjuntaron una importante obra científica, en el campo de la Geografía, que Von Humboldt había reorientado pocos años antes.

Como ejemplo de la especial actitud científica de tales revolucionarios, resultan ilustrativas las palabras de una carta que Elisée Reclus dirigió a Bakunin, el 17 de abril de 1875: "... Hace mucho que no creo ya en la fatalidad del progreso. Pero lo que me tranquiliza es el gran movimiento científico de la época. Aun cuando desapareciera ese espíri-

tu que tú llamas civilización francesa, aún nos queda algo mejor en la evolución darwinista, en el estudio de la conservación de las fuerzas, en la sociología comparada" (44). Palabras que además de afirmar la esperanza en la ciencia, en general, anunciaban ya la especial predilección de los seguidores del anarquismo por la nueva ciencia de la sociedad: la Sociología.

Pero más allá de estas simpatías científicas, debe reconocerse que el evolucionismo derivado de las teorías darwinianas fue el criterio que permitió que el optimismo racionalista, iniciado por Godwin para los anarquistas, pudiera hacer frente al pesimismo propiciado por las posiciones de Malthus. Según este criterio, la aplicación de las conclusiones de Darwin a los problemas sociales pudo hacerse con lecturas distintas a las inspiradas por los intereses de la nueva burguesía. Clase, que como ya es sabido, cada vez se mostraba más preocupada por la magnitud que la llamada "cuestión social" adquiría y ante la que no era capaz de encontrar soluciones. La nueva ciencia de la sociedad, tardaría todavía algunos años en proporcionárselas de manera clara.

Pero por otra parte, según lo dicho, esa nueva ciencia parecía alentar esperanzas bien distintas. En ambos casos, sin embargo, la ciencia de la sociedad estaba transida por igual óptica evolucionista. Óptica necesaria para explicar lo que parecía formar parte de un proceso sometido a un progreso sin límites, en el que los avances científicos parecían multiplicarse indefinidamente. No era pues muy aventurado interpretar que tal progreso y tales avances estaban destinados a mejorar la vida de los seres humanos sobre la Tierra.

Mejora encaminada en la dirección que apuntaban los partidarios de la existencia del pacto, la libre asociación y la creación. Spencer, con su aportación teórica sobre las relaciones entre la sociedad y el Estado, acabaría de configurar el escenario donde la Sociología y los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya, jugarían un papel relevante.

En términos generales puede afirmarse que el mencionado optimismo científico unido al positivismo comtiano, eran creencias comunes a todos los hombres y mujeres de los años centrales del siglo XIX, fuera cual fuese la especialización de sus conocimientos o su orientación ideológica. Pero lo que aquí interesa destacar es la tendencia que deseaba aprovechar tales creencias para propiciar el cambio del orden social vigente, concretándola en el ámbito de actuación catalán. Puede decirse que esa tendencia, en sus orígenes, fue compartida por igual por las dos corrientes ideológicas que predominaron en el movimiento obrero. O lo que es lo mismo que tanto los seguidores de Marx como los de Bakunin fueron igualmente "cientifistas" y "positivistas". Precisión que es conveniente hacer, porque fueron muchos y mejor conocidos los intentos que la clase burguesa realizó para limitar y controlar la Revolución a través de la mencionada ciencia.

Limitación y control que fue llevada a cabo en primer lugar, desde la ya citada integración de los propios científicos. Integración que tal como ya se ha comentado propició su conversión en muchos casos en magníficos hombres de negocios. Mientras que en segundo lugar, patrocinó la realización de interpretaciones de las nuevas teorías científicas, con una óptica conservadora más acorde con el orden social dominante. Véase como ejemplo, por no acudir a contextos muy aleja-

dos al de la Sociología, las derivaciones reaccionarias del llamado "darwinismo social", las posibles implicaciones conservadoras surgidas a partir de las explicaciones positivistas de Comte, o las derivaciones liberales del organicismo de Spencer.

De todo ello, sin embargo, lo que aquí interesa resaltar una vez más, es como el rasgo que en aquellos años se convirtió en característico del anarquismo, incluso por encima de otras ideologías también favorecedoras de los intereses de los proletarios, fue su esperanza en las posibilidades de la ciencia. Ciencia que había de estar racional y progresivamente orientada a lograr una sociedad futura, libre de explotaciones e injusticias. La utopía era demasiado atractiva como para no captar la atención de los miles de seguidores que la Acracia tuvo en Catalunya. Característica que se veía además reforzada al ser compartida por la mayoría de escritos de los padres del anarquismo, que llegaron a las manos de los ácratas catalanes.

3.2.1.1. Las ideas de Ciencia y Progreso en Proudhon

Proudhon, había dicho a este respecto, en su primera Memoria, presentada a los miembros de la Academia de Besançon, en 1840: "Cuando solicité su apoyo, manifesté claramente mi propósito de estudiar los medios de mejorar la condición física, moral e intelectual de la clase más pobre y más numerosa (...) Convencido de antemano de que, para salir del camino trillado de opiniones y teorías, era preciso llevar al estudio del hombre y la sociedad hábitos científicos y un riguroso método" (45). Tales propósitos presidieron la obra proudhoniana desde sus comienzos en el terreno de la gramá-

tica, convirtiendo a Proudhon en un acérrimo defensor del método científico. Siguiendo las palabras que el propio pensador utilizó para explicar ese itinerario, puede leerse: "Desde entonces, la metafísica y la moral constituyen mi única preocupación; mi observación de que esas ciencias, cuyo objeto aún no está bien determinado, son, como las naturales, susceptibles de demostración y certeza, ha compensado ya mis esfuerzos" (46). Afirmación de fe positivista que, a no dudarlo, influyó abiertamente en la constitución de la propia Sociología como ciencia. Ciencia a la que este autor dedicó un buen número de páginas, a lo largo de sus obras.

Junto a la creencia de que era posible una nueva ciencia social capaz de edificar la sociedad futura, Proudhon confiaba asimismo en la existencia de un progreso lineal, acumulativo e ilimitado que subyacía a modo de hilo conductor en el devenir de la Humanidad. Así, en el año 1853 publicó La Filosofía del Progreso, que fue además el último libro escrito en sus años de cárcel. En él expresaba su confianza en la energía revolucionaria de las masas obreras, que iba a ser capaz de derrocar la corriente de la reacción y de hacer estallar la "feudalidad industrial". Pues según afirmaba, "la teoría del progreso es la vía de la libertad" y además "no tenemos salvación más que en la innovación y el movimiento" (47). No fue ésta la única ocasión en que el autor de Besançon escribió sobre el progreso. En el año 1858 publicó La Justicia en la Revolución y en la Iglesia, que contiene un apartado titulado concretamente: Progreso y Decadencia. En esas páginas queda constancia de como la idea de progreso es la referencia necesaria para dar cohesión al pragmatismo que toda acción colectiva requiere. Referencia

que sirve además para dar ejemplo del triunfo de la libertad humana sobre cualquier otra idea de determinismo social.

3.2.1.2. Las ideas de Ciencia y Progreso en Bakunin

También Bakunin escribió ampliamente sobre el tema de la ciencia considerada como un ideal y una meta puesta al servicio de la Revolución. Por lo que no resulta demasiado inverosímil suponer la posibilidad de que fueran en realidad sus ideas, por encima de las de Proudhon, las que más influyeran en los pioneros del anarquismo catalán. Asimismo, puede aventurarse que de manera similar, años más tarde, los afanes de Kropotkin por encontrar unas bases científicas a la Acracia acabaron por completar la preocupación por lograr un conocimiento correcto de la ciencia.

La plasmación concreta de las ideas de ciencia y progreso, en el caso de Bakunin, tuvo lugar principalmente en un panfleto titulado La Ciencia y la Tarea Revolucionaria Urgente, publicado en ruso en 1870. Aunque es fundamentalmente en El Imperio Látigo-Germánico y la Revolución Social, cuya primera parte vio la luz en 1871, donde el revolucionario ruso desarrolló la mayoría de sus observaciones en torno a la naturaleza de la ciencia, su relación con la vida real y el papel que juegan los científicos. Este texto, que como muchos otros Bakunin dejó inacabado, fue en realidad un segundo intento de sistematización de sus opiniones y reflexiones tras haber publicado ya Federalismo, Socialismo y Anti-Teologismo, anteriormente comentado.

Al hablar de los objetivos de la ciencia, Bakunin escribía: "La ciencia tiene como único objeto la conceptualización, y

en lo posible, la reproducción sistemática de las leyes inmanentes de la vida material, lo mismo que intelectual y moral, de los mundos físico y social, que en realidad forman parte del mismo mundo natural" (48). Pero tal defensa positivista de la ciencia tenía unos límites: "La ciencia comprende el pensamiento de la realidad, pero no la realidad misma; el pensamiento de la vida, pero no la vida misma. Este es su límite, su único límite insuperable, puesto que se basa en la naturaleza misma del pensamiento humano, único órgano de la ciencia" (49). Acotaciones pragmáticas absolutamente necesarias para convertir aquel avance del conocimiento humano, racional, positivo y alejado de toda teología y toda metafísica en el arma definitiva que según Bakunin era imprescindible para construir la sociedad futura.

Esta lógica derivación del pensamiento científico, aplicado en su vertiente social, venía corroborada además por las aportaciones que Comte realizara al respecto. Como de todos es sabido, el sociólogo francés pretendió establecer la clasificación y el orden correctos en todas las ciencias existentes, situando a la nueva ciencia de la sociedad, la Sociología, en la cumbre. Opinión compartida por Bakunin, pues según sus palabras esta ciencia "...comprende toda la Historia humana así como el desarrollo de la existencia humana colectiva e individual en la vida política, económica, social, religiosa, artística y científica" (50).

De ahí que asumiendo la consecuencia lógica de la clasificación comtiana, el punto de partida de la ciencia positiva a la hora de estudiar el mundo humano ha de ser, en opinión de Bakunin, comenzar: "Desde el punto de vista moral, (dado que) el socialismo es la propia estima del hombre que susti-

tuye al culto divino; desde el punto de vista científico y práctico, (ya que) es la proclamación de un principio que penetró en la conciencia del pueblo y se convirtió en el punto de partida para las investigaciones y el desarrollo de la ciencia positiva tanto como para el movimiento revolucionario del proletariado. Este principio resumido, con toda simplicidad, afirma lo siguiente: Lo mismo que en el llamado mundo material la llamada materia inorgánica (mecánica, física y química) es la base determinante de la materia orgánica (vegetal, animal, cerebral y mental); en el mundo social - que puede considerarse como el último estadio conocido en el desarrollo del mundo material - el desarrollo de los problemas económicos ha sido siempre la base determinante del desarrollo religioso, filosófico y social" (51).

Tales criterios convertían a Bakunin en un hombre de pensamiento fiel a su tiempo, (evolucionismo, cientifismo positivista, etc...), en una interpretación que, dada la dualidad ya apuntada, era solidaria con los intereses de los protagonistas de la "cuestión social". Cuestión que los burgueses impulsores de la industrialización también trataban de resolver, con espíritu científico de igual tono pero de signo totalmente contrario. El paso del tiempo iba a dar sobrados ejemplos de ambas posibilidades. Los nombres de Farga Pellicer y de sus compañeros anarquistas por una parte, y el de Ignacio M. de Ferran, entre otros, por otra, proporcionarán las pruebas pertinentes de lo dicho, tal como más adelante podrá comprobarse.

Pero si interesantes resultan las ideas de Bakunin sobre la Sociología y la ciencia en general, no lo son menos sus observaciones sobre el peligro de aparición de unas ciertas

tendencias autoritarias en los científicos proclives al poder. En su opinión, tal actitud les alejaba de los verdaderos objetivos de la ciencia. Objetivos que según su criterio se resumían básicamente en una única idea: iluminar el camino hacia el progreso de la Humanidad. En este sentido, dejó escrito: "En su actual organización los monopolizadores de la ciencia, que como tales permanecen fuera de la vida social, forman indudablemente una casta separada que tiene muchas cosas en común con la casta sacerdotal. La abstracción científica es su dios, los individuos vivos y reales sus víctimas, y ellos los sacerdotes titulados y consagrados (...) Pero hasta que las masas hayan alcanzado un cierto nivel de educación, ¿no deberán dejarse gobernar por hombres de ciencia? ¡Qué Dios no lo permita! Sería mejor para esa masa prescindir de toda ciencia que permitirse un gobierno de científicos. El primer efecto de su existencia sería hacer inaccesible la ciencia al pueblo" (52).

Ideas de desconfianza hacia la autoridad y el poder de los científicos que sorprendentemente recuerdan a las que ya en el año 1835, el gaditano Abreu, bajo el pseudónimo de "Proletario", había manifestado. Manifestaciones destinadas en aquella ocasión a reseñar el peligro que representaba el que los científicos de la industrialización se abocaran a defender los intereses del capital, alejándose de los afanes de quienes estaban ligados al mundo del trabajo y padecían sus injusticias (53). Bakunin en este caso, no solamente denunciaba a una ciencia al servicio de la burguesía, sino que reivindicaba, como buen anarquista, una educación integral, según la terminología al uso en la época. Ya que mediante esa educación, los proletarios y desposeídos en general, podrían apropiarse del conocimiento científico y ser capaces

de utilizarlo como arma revolucionaria. Su apreciación se basaba en que sin tal tipo de conocimiento "...pueden desde luego hacerse Revoluciones, pero no erigir sobre las ruinas de los privilegios burgueses la igualdad de derechos, la justicia y la libertad que constituyen la verdadera base de todas sus aspiraciones políticas y sociales" (54).

Tal convicción alentó al movimiento anarquista desde sus inicios, caracterizándolo a lo largo de todo el movimiento pedagógico y cultural que consecuentemente impulsó. El convencimiento en las posibilidades redentoras de la educación se asentaba de manera lógica en un profundo optimismo referido a las posibilidades de un progreso ilimitado. Progreso que según este mismo criterio había de jugar siempre a favor de la Humanidad. De nuevo las palabras de Bakunin corroboran tal creencia: "Si la razón humana no fuese progresiva en su misma naturaleza; si no se desarrollase progresivamente descansando, por una parte, sobre la tradición - que preserva en beneficio de generaciones futuras todo el conocimiento adquirido por las pasadas - y por otra parte, ampliando su horizonte como resultado del poder de la palabra, inseparable de la facultad del pensamiento; si no estuviese dotada con la facultad sin límites de inventar nuevos procesos para defender la existencia humana contra todas las fuerzas naturales hostiles, esta insuficiencia de la naturaleza habría puesto forzosamente una barrera a la propagación de la especie humana" (55). Palabras proféticas que poco más de cien años después, posiblemente, pocos científicos, adictos o no al poder, estarían dispuestos a suscribir.

Es lógico suponer, que la expresión de este pensamiento poco sistematizado y menos regularmente publicado sobre las ideas

bakuninistas de ciencia, progreso, educación, Revolución, etc... llegaron con dificultad al reducido núcleo impulsor del anarquismo en Catalunya. Y a pesar de que nunca pueden explicarse los fenómenos sociales con una linealidad tan evidente, puede aventurarse que las condiciones del contexto socio-económico y político de la Barcelona industrial del último cuarto del siglo XIX viabilizaron el relativo éxito de un suceso histórico de reconocida importancia.

En ese contexto, las posteriores aportaciones de Kropotkin, tratando de fijar las bases científicas de una ideología ácrata, en pleno desarrollo, sirvieron tan sólo para redondear los criterios y elementos que han sido analizados en este apartado. A este respecto, cabe recordar que ya en el año 1887, la citada revista "Acracia" publicaba la traducción de un texto que Kropotkin había escrito para la revista británica "The Nineteenth Century", titulado las "Bases Científicas de la Anarquía". Texto donde son continuas las argumentaciones que este príncipe ruso daba con el fin de acrecentar la calidad científica de la ideología libertaria y del método de análisis de la realidad social, que de ella puede derivarse. El Apoyo Mutuo y La Ciencia Moderna y la Anarquía fueron también algunas de las obras de Kropotkin, ya citadas, que fueron rápidamente traducidas al castellano, donde las ideas de ciencia y progreso tenían un peso relevante.

El análisis del pensamiento de anarquistas como Mella, Prat o Tarrida, principales traductores de las obras kropotkinianas, evidencia la influencia de las ideas y criterios aquí comentados. Ideas de ciencia, progreso y educación que se convirtieron en los baluartes que fundamentaron la actuación

de quienes edificaron una de las últimas utopías de la Historia contemporánea. Su fracaso supuso entre otras muchas consecuencias, el cambio de opinión en torno a las posibilidades que sus impulsores les supusieron.

3.3. LOS PRINCIPALES IDEOLOGOS DEL ANARQUISMO EN CATALUNYA

Los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya surgieron, como ya ha quedado establecido, a partir de los primeros núcleos de obreros y seguidores de la Primera Internacional. Los ya citados Farga Pellicer, Gaspar de Sentifón, Morago, LLunas y el resto de sus compañeros fueron quienes con sus actuaciones y reflexiones prepararon el terreno para aquellos que, pocos años después, se constituyeron en los principales portavoces de la ideología anarquista en Catalunya.

Salvador Giner en su Historia del Pensamiento Social, cuando hace referencia al anarquismo español, dice: "España es el país más importante en la Historia del movimiento anarquista. Paradójicamente no lo es en la Historia de las ideas anarquistas, en el sentido más teórico de la expresión" (56). Tal afirmación puede aceptarse en lo que se refiere a la existencia de personalidades equiparables a las de Bakunin, Proudhon o Kropotkin, pero parece matizable si con tal afirmación de lo que se trata es de olvidar la importancia o el interés de nombres como los de Ricardo Mella, Federico Urales, Taarrida del Marmol, o incluso Anselmo Lorenzo. Personalidades que a pesar de no haber aportado ideas originales a los fundamentos ideológicos de la anarquía, fueron figuras de un peso y una talla intelectual considerables, sin las cuales el movimiento libertario español no hubiera conseguido la importancia histórica de la que habla Giner.

Debe no obstante convenirse, que si sólo se pretende considerar la vertiente estrictamente teórica de la obra elabora-

da por los personajes anteriormente citados, puede parecer admisible la aseveración del reconocido sociólogo catalán. Pero, si tal como ya se ha comentado en el inicio de este capítulo, el concepto de ideología abarca tanto el ideario como la acción, habrá de reconocerse que pocas veces podrá encontrarse en la Historia de las ideas y de los individuos, unos ideólogos como los anarquistas aquí citados. A todo lo dicho, es preciso añadir que suele existir, en la historiografía general, una tendencia a menospreciar o cuando menos a minusvalorar las aportaciones y actuaciones de los libertarios. Tendencia que suele caer en el falso simplismo que les convierte casi exclusivamente en unos simples "tiradores de bombas", ignorando la valía intelectual de su pensamiento, por otra parte poco analizado. Sirvan para aseverar estas afirmaciones, los escasos estudios que se han llevado a cabo sobre algunos de los autores ácratas reseñados, considerados tanto individual como colectivamente (57).

En cualquier caso y sea cual sea la significación que se le quiera conceder a la obra realizada por los ideólogos mencionados lo que sí queda fuera de discusión es su aportación al desenvolvimiento, especialmente en España, de un movimiento social de magnitudes considerables. Movimiento social que llegó a alcanzar límites de difícil parangón en el mundo contemporáneo, si se considera el período que transcurre desde las últimas décadas del siglo XIX hasta los años en que termina la guerra civil española.

Alvarez Junco, en uno de sus estudios sobre los primeros momentos del anarquismo español (58) establece tres posibles corrientes que hicieron viable la aparición de la Idea en este país. Corrientes que aquí se resumen a modo de recorda-

torio de todo lo dicho en el capítulo sobre el contexto histórico de esta ideología. Siguiendo este esquema habría habido una primera corriente, que comprendería a los herederos de la tradición societaria catalana, nacida, tal como ya se ha comentado en la década 1830-1840, a partir de la ideología democrática que más tarde cristalizaría en el partido republicano-federal. Partido en el que habrían de militar Farga Pellicer y sus compañeros. Personas que abandonarían desengañados el republicanismo, tras el fracaso de "La Gloriosa", para constituir los primeros núcleos de internacionalistas que todo lo habrían de esperar de la Revolución Social.

Una segunda corriente, según el esquema de Alvarez Junco, partiría de los jornaleros andaluces, obreros de la tierra principalmente, quienes juntarían su fe en el progreso, con una cierta mística. Mística que habría de ser la herramienta clave en la configuración de un mundo mejor, en el que se habría de alcanzar de forma definitiva la Justicia Social. Justicia que a su vez se haría factible gracias a la materialización de la llamada Liquidación Social en términos bakuninistas. Ellos serían los que más fervientemente habrían de creer en la necesidad de colectivizar y por tanto de no repartir las tierras. Ya que fácilmente asumirían que la idea de libertad habría de ir siempre acompañada por la de solidaridad, tal como indicaban las orientaciones de la Alianza Democrática, que tan confusamente habían conocido.

Por último, la tercera corriente estaría protagonizada por un grupo de individuos, compuesto por hijos del artesanado urbano y estudiantes de profesiones liberales que habrían de ser los que realmente dieran el impulso intelectual neces-

rio para la propagación de las ideas libertarias. Este sería el caso de los tipógrafos o estudiantes de medicina e ingeniería, que en el apartado biográfico serán convenientemente reseñados.

A partir de este esquema, no resulta demasiado aventurado suponer que sería precisamente este último grupo, junto al de los obreros catalanes, el que de manera especial habría recibido más directamente el mensaje del ideario de los socialistas utópicos. A través de Abdó Terrades, Monturiol, Clavé, etc... entre los catalanes, o a través de Abreu, Sixto Cámara, Fernando Garrido, etc... entre los andaluces y madrileños. Todos además habrían participado del contacto más o menos directo con la obra y la personalidad de Pi y Margall y de sus traducciones de Proudhon. Habiendo asimismo formado parte, en su mayoría, de la rama socialista del citado partido republicano.

Una tal conjunción de hechos históricos, podría explicar a no dudarlo el surgimiento del primer núcleo de ideólogos proclives a la Acracia en Catalunya y en España. Núcleo, que tal como ya se ha comenzado a vislumbrar y posteriormente se comprobará con mayor detalle, fue el primero en utilizar en el seno de sus pequeños círculos de actuación y en sus publicaciones, la palabra Sociología o cuando menos la expresión ciencia social. Expresión con la que deseaban significar de manera no siempre clara la esperanza revolucionaria que aquella nueva rama del conocer había de propiciar. Esperanza y conocimiento que habían visto manifestar a hombres como Proudhon y Bakunin, merecedores de toda su confianza.

Sin embargo, cabe decir que si bien pueden ser considerados como un único núcleo, por lo común de sus objetivos y de sus actuaciones, puede asimismo aceptarse la idea de la existencia de un cierto corte generacional entre ellos. Corte generacional que a modo de categoría arbitraria no se corresponde, en esta ocasión, con las convenciones usuales que puedan haber cronológicamente entre los individuos del núcleo considerados individualmente. Aceptado tal supuesto, puede establecerse una primera generación que giraría en torno a los primeros internacionalistas, ya señalados, aglutinados por la personalidad y empuje de Farga Pellicer. Mientras que una segunda generación estaría formada por los hombres y mujeres que actuaron y escribieron preferentemente en las décadas posteriores a 1880.

Los primeros fueron, por lo general, fieles seguidores del ideario bakuninista. Definiéndose consecuentemente como colectivistas en lo relativo al tema de la organización socio-económica de la sociedad futura. Fueron además los impulsores de la creación de la asociación obrera "Federación Regional Española" (FRE), a partir del Congreso Obrero de Barcelona de 1870, según el modelo de la Primera Internacional y la vieron desaparecer. Se mostraron firmes partidarios de alcanzar la Liquidación Social mediante la denominada "educación integral", idea que recuérdese fue aceptada ya en el Congreso de la FRE de Zaragoza en 1872. Y si bien no puede decirse que dejaron tras de sí un gran volumen de reflexiones escritas, sí es cierto que hicieron posible el que sus sucesores pensaran y escribieran algunas de las páginas más sólidas e interesantes de los primeros tiempos de la Idea en este país.

Por el contrario, la segunda generación coincidió en el tiempo con el predominio mayoritario, en el movimiento anarquista internacional, del anarco-comunismo de Kropotkin. Coincidió también, en Catalunya, con los primeros desacuerdos frente a sus predecesores de la primera generación, surgidos precisamente al calor de los debates sobre el colectivismo y el comunismo necesarios para organizar la sociedad futura. Sin embargo, a pesar de las diferencias que mantuvieron en esta cuestión, ambas generaciones compartieron los principios básicos de la Anarquía, que en su día esbozara Proudhon y completara Bakunin: racionalismo; fe en la ciencia y por tanto en la nueva ciencia de la sociedad; fe en el progreso; rechazo de toda autoridad política y religiosa y en consecuencia, fuerte anti-clericalismo o ateísmo radical, y por último, federalismo como ideal de fórmula organizativa. Para poder atribuirles un poco de originalidad, habría que recurrir, en opinión de Alvarez Junco (59), a considerar que a todo el esquema anterior, los anarquistas españoles añadieron una mayor radicalidad a la hora de colectivizar los instrumentos de producción; un grado de populismo, presente principalmente entre los obreros industriales catalanes y los jornaleros del campo andaluz, superior al alcanzado en cualquier otro lugar del mundo, y un anti-politicismo visceral, que tal como ya se ha indicado, gozaba en España de una larga tradición histórica.

El contexto histórico-político que sirvió de marco a las dos generaciones reseñadas, fracaso de la Primera República y Restauración Borbónica, les supuso, una vez más, vivir y desarrollar su movimiento en condiciones de precariedad y clandestinidad, así como la persecución de sus actos y escritos. Muy especialmente, cuando a partir de 1874, la dic-

tadura de Serrano comportó la disolución de la sección española de la Primera Internacional - FRE - y de los círculos y ateneos obreros en general. Dictadura que supuso asimismo una fuerte represión contra los principales líderes del movimiento obrero y el exilio, generalmente hacia América del Sur, de algunos anarquistas españoles que iniciaron de este modo un importante foco de bakuninismo, allende los mares, como es el caso del catalán Antoni Pellicer Paraire.

El lapso de tiempo transcurrido durante los siete primeros años de clandestinidad obligada, tras la etapa señalada, (1874-1881), fueron sin embargo, en un primer momento, años de fuerte crecimiento de la sección española de la Primera Internacional (60). Fueron, al parecer, los años del mantenimiento fiel de los acuerdos procedentes del pacto de Saint - Imier, una vez consolidada la ruptura entre los seguidores de Marx y los partidarios de Bakunin. Los primeros como ya es sabido disolverían sus actividades internacionalistas en Nueva York en 1874. Mientras que los segundos, a nivel internacional, también dejarían de funcionar un año después en el Congreso de Verviers (61). No obstante, en España y en Catalunya más concretamente, la precariedad de medios efectivos y humanos impuestos por la etapa de la Restauración, convirtieron el primer crecimiento fulgurante de la sección de la AIT en una pérdida real del poder asociativo. Poder de asociación que abarcaba en realidad a todos los que de una u otra manera se veían atados al mundo del trabajo proletario u artesano.

Tal retroceso produjo como consecuencia final una serie de cambios profundamente significativos tanto en el planteamiento teórico de la punta de lanza del movimiento obrero

como en la práctica cotidiana que los anarquistas catalanes y españoles se vieron obligados a desarrollar, a partir de aquellas circunstancias. Pero para comprender mejor cuales fueron los avatares que realmente caracterizaron a los seguidores de la Acracia en este país, ha de tenerse en cuenta que a todo lo dicho se le debe añadir como factor esencial, la pluralidad de criterios que la propia ideología ácrata encerraba. En este sentido, cabría apuntar las diferencias existentes entre los presupuestos de la FRE, ya comentados, y los de la organización que la sucedió, la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), creada pocos meses después de la disolución de la primera, en 1881.

Si bien en un análisis superficial tales diferencias pueden parecer mínimas (62), ya que ambas asociaciones fueron impulsadas en principio por seguidores del anarco-colectivismo, las apariencias resultaban engañosas. Prueba de ello fue el fuerte debate que se estableció entre los partidarios de la corriente colectivista y los de tendencia comunista, tan sólo un año después de la fundación de la FTRE, en el Congreso celebrado en Sevilla (1882). En ese Congreso se pusieron de manifiesto las grandes divergencias que existían entre los delegados catalanes, en su mayoría defensores del colectivismo, y los llamados "intransigentes", según el calificativo de la época, favorables al comunismo. Estos últimos eran andaluces casi en su mayor parte, pero estaban ya acompañados por algunos miembros significados de la considerada aquí como segunda generación de ideólogos anarquistas catalanes.

En la aparición de tales diferencias, la llegada de las ideas de Kropotkin constituía una parte importante del pro-

blema. La otra, parecía provenir de las mismas directrices del movimiento anarquista a nivel internacional. Confirma tal suposición, el que el Congreso de Londres, celebrado en 1881 y al que asistió Fernando Tarrida del Mírmol, se vio impotente ante "... la ola amorfa que reclamó lo ilimitado en comunismo, transformándolo en individualismo arbitrario y nada en organización" (63). El resultado de tal planteamiento fue reclamar la ilegalidad como único camino para llegar a la Revolución. Proclamando además la validez del espontaneísmo y de la "propaganda por el hecho", ante la creciente institucionalización parlamentaria de los llamados partidos socialistas y como estrategia necesaria para hacer frente a un movimiento libertario fuertemente atomizado en pequeños núcleos.

La idea de que la "propaganda por la acción" llevaba implícita no era del todo nueva en España. Un año antes del Congreso de Londres, (1880), en las Conferencias de la FRE que se celebraron a nivel comarcal, se habló ya en uno de los dictámenes de la "Conveniencia de hacer represalias" (64). Tratándose asimismo de la defensa de las acciones violentas y de la necesidad de crear una organización clandestina que no claudicara ante las exigencias de legalidad que el gobierno de Sagasta propiciaba. Esta fue la tendencia que en Sevilla defendieron los elementos más jóvenes de la organización y que permaneció más o menos latente en el seno del anarquismo español, a partir de entonces. Tendencia que perduró con aquellas características hasta que en 1883 la represión promovida por los sucesos conocidos como "La Mano Negra" inutilizó la viabilidad aglutinadora de la FTRE. Organización que no obstante prolongó su precaria existencia hasta 1888, fecha de su total desaparición.

3.3.1. Las contradicciones de las décadas 1880-1900

Puede decirse que las dos décadas que se prolongan a partir de 1880 y terminan en 1900 se mueven en un "continuum" que comprende desde los atentados terroristas, que dieron nombre a la época y a la ciudad de Barcelona, a los logros del pensamiento ácrata, reflejados en las publicaciones anarquistas ya comentadas. Efectivamente, los primeros sucesos protagonistas de la denominada "propaganda por el hecho" o "propaganda por la acción" tienen lugar en la ciudad condal. La serie de atentados - Pallás - Salvador - Canvis Nous - Angiolillo - son ejemplo de una etapa contradictoria en la que coexisten el utopismo más exacerbado sobre la sociedad futura junto a la dispersión y el aislamiento de las acciones individuales.

Brenan en su ya clásico estudio El Laberinto Español justifica así lo ocurrido en aquellos años: "Entre 1880 y 1900 tuvo lugar en todas partes un período de terrorismo anarquista (...) llevó a ello la pérdida de los seguidores de las clases obreras y las absurdas represiones de la policía. El reino de la burguesía se hallaba en todo su esplendor. Su vaciedad, su filisteísmo, su insufrible autosatisfacción marcaban su huella sobre todo. Había creado un mundo a la vez estúpido y vacío y se encontraba tan firmemente establecido en él, que parecía una locura soñar una revolución. El ansia de conmover con alguna acción violenta aquella inmensa, inerte y estancada masa de opinión de la clase media se hacía irresistible. Artistas y escritores compartían estos sentimientos (...) Conmover, enfurecer, expresar la propia

protesta era la única cosa que podía hacer cualquier hombre sensible y honrado" (65).

Las palabras de Brenan, aun a riesgo de presentar un anarquismo de carácter idílico (66), reflejan buena parte de los sucesos que ocurrían en la España y muy especialmente en la Catalunya de finales de siglo. Años, en los que a consecuencia de la buena marcha de los negocios de la burguesía catalana, son recordados con el nombre de la característica que los presidió "la febre de l'or". Fiebre y prosperidad que evidenciaban todavía más las paupérrimas condiciones de vida que padecía cotidianamente la cada día más numerosa clase obrera. Clase que a su vez se iba alejando paulatinamente de los planteamientos fuertemente ideologizados generados en torno a la ya comentada polémica entre los viejos anarquistas de la Primera Internacional, (Farga Pellicer murió en 1890) y los jóvenes libertarios de tendencia comunista, pero de acciones individualistas. Jóvenes que si contaban, por el contrario con el apoyo y las simpatías de un buen nombre de intelectuales y artistas, que tal como también ya ha sido señalado se acercaron al mundo anarquista siguiendo los dictados de un cierto espíritu romántico y nihilista, característico de finales del siglo XIX.

El continuum subyacente en las contradicciones antes reseñadas encontraba asimismo su ejemplos en las abundantes reflexiones teóricas que los dos bandos protagonistas de la citada polémica dejaron escritas. Coincidiendo con esa época aparecen las publicaciones periódicas de mayor enjundia. De entre ellas merecen destacarse las ya citas revistas - "Acracia", "Ciencia Social" y "Natura" - que editadas en Barcelona, comparten además el tener en su subtítulo el ca-

lificativo de "Revistas de Sociología". También las principales obras de los Mella, Lorenzo, Urales, Prat, Gustavo, etc... vieron la luz entre los años finales del siglo XIX y la primera década del presente siglo, marcando el final de una importante etapa del anarquismo español. En 1910, al constituirse la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), la Idea, convertida en anarco-sindicalismo caminaria por otros derroteros.

Las reflexiones escritas, antes mencionadas, estuvieron acompañadas además por la materialización del ideal pedagógico que desde sus orígenes había formado parte consustancial del ideario anarquista. Con la llamada "enseñanza integral", acordada ya a nivel de Congreso de la FRE, en el celebrado en Zaragoza en 1872, se pretendía en palabras de Anselmo Lorenzo "hacer de los ceros hombres", con un espíritu continuador de los "écoles-atelier" de Fourier. Como ya se ha reseñado, en el orden práctico, tales ideas se resolvieron a través de una serie de intentos de creación de unas escuelas para obreros e hijos de obreros. Escuelas que pueden ser consideradas como las pioneras del movimiento de escuelas racionales, cuyo máximo exponente es el también citado Ferrer y Guardia y su popular "Escuela Moderna".

En esa escuela, colaboraron concretamente el por entonces ya viejo patriarca Anselmo Lorenzo, al frente de las publicaciones, Josep Prat que era el encargado de la administración y Federico Urales, como escritor de uno de los libros de texto más difundidos, el titulado Sembrando Flores (66bis). Los presupuestos que alentaban el seguimiento de una "enseñanza integral", en aquellas escuelas, eran los mismos que en su día marcara Trinidad Soriano, al redactar la ponencia

del Congreso de la FRE, antes mencionada. Como comentario significativo, por lo que respecta a esta investigación, sólo cabe reseñar que generalmente no se consideró oportuno incluir, en ese tipo de escuelas, a la Sociología o Ciencia Social como una de las disciplinas que deberían estudiar los edificadores de la sociedad futura. Cuando sin embargo, como buenos seguidores de Proudhon y Bakunin, sus impulsores sabían que era un elemento indispensable e incluso en otros tiempos, Farga Pellicer así lo había manifestado, en el folleto de propaganda de "La Federación" (67).

De cualquier modo, fuera cual fuese el papel que ocupara la Sociología en el plan de estudios de las citadas escuelas de finales de siglo, el plan diseñado en 1872 para lograr la "enseñanza integral" era lo suficientemente relevante como para que, según palabras de Lida, se anticipara "... en casi un lustro al de la Institución Libre de Enseñanza (1876) y en casi treinta años al de la Escuela Moderna de Ferrer" (68). El intento pedagógico promovido en aquellos años por los anarquistas además de cumplir con uno de sus objetivos revolucionarios más prioritarios representaba una aportación de primera magnitud a la sociedad de la época. Ya que a pesar de la ley Moyano, el Estado estaba muy lejos de satisfacer las necesidades de instrucción de la población, y en especial de la clase obrera. Clase que por otra parte sólo era atendida por aquellos que desde una óptica totalmente opuesta trataban de paliar el mismo problema: la Iglesia Católica.

Las pavorosas cifras de analfabetismo de aquellos años, en 1877 el 72% de la población estaba clasificada como analfabeta y en 1930 estaban todavía en esa situación el 50% de

los que tenían más de diez años (69), evidenciaban la importancia y el interés que la propuesta pedagógica de los anarquistas contenía. Interés que se acrecienta si se tienen en cuenta las cifras de las tiradas alcanzadas por las publicaciones y traducciones que los principales ideólogos libertarios patrocinaban (70). La mencionada propuesta pedagógica era además la herramienta clave para conseguir la Revolución Social, incluso aceptando la problemática que se derivaba de "la propaganda por el hecho". Ya que la lógica de su razonamiento se basaba en la creencia de que el acceso al conocimiento de todos los obreros y desposeídos haría posible la construcción de la sociedad futura. Conocimiento, que como buenos hijos de su tiempo, creían centrado en la ciencia, arma de liberación de toda la Humanidad (71).

Pruebas de esa fe cientifista pueden encontrarse en la obra del propio Anselmo Lorenzo, en los escritos de Tarrida del Marmol y en la sección científica que aparecía en la mayoría de las publicaciones periódicas anarquistas de una cierta entidad. Un ejemplo donde ese optimismo cientifista se muestra con evidente claridad es el discurso del químico M. Berthélot reproducido en las páginas de El Proletariado Militante. En él pueden leerse unas palabras sobre el futuro, en concreto el del año 2000, donde la Humanidad será alimentada por pastillas químicas; no será necesario cultivar la tierra ni realizar trabajos penosos; no habrá guerras ni hambre, y todos los esfuerzos estarán dedicados al perfeccionamiento intelectual, moral y estético de los seres humanos (72).

Ideas parecidas son las expresadas en las Conferencias sobre Sociología Popular de Antoni Pellicer Paraire o en La Química de la Cuestión Social que escribió Teobaldo Nieva y vie-

ron también la luz en la revista "Acracia". Sin embargo fue el citado F. Tarrida del Marmol, quien más kropotkiniano se mostró, tal como se analizará más adelante. Tarrida trató siempre de encontrar los razonamientos científicos - expresados con símbolos algebraicos - que resolviesen la cuestión social. Interesantes son, asimismo, los comentarios que realizara Urales, a este respecto: "Como buen científico, Tarrida decía que la sociedad futura sería lo que la ciencia permitiera. Nosotros replicábamos que la sociedad del porvenir habría de ser lo que indicaran las pasiones, deseos y necesidades humanas en completa libertad y traducidas en una doctrina sociológica; que la ciencia no sería más que un instrumento para satisfacer aquellas pasiones, deseos y necesidades, esto es, que el hombre no habría de someterse a la ciencia, sino la ciencia al hombre (...) que las ciencias nunca habían constituido el ideal humano, aunque constituyeran y constituyen el de una o varias personas; que las ciencias nunca habían servido de guía al hombre en su marcha hacia el porvenir, aunque hayan sido la luz que ilumina el camino" (73). Palabras que testimonian, una vez más, la pluralidad con la que era abordado cualquiera de los temas básicos del ideario anarquista (74).

De todos es sabido que el positivismo fue el pilar que fundamentó el conocimiento científico de la época, especialmente en lo que a las ciencias sociales se refiere. Y por mucho que hoy en día, tal enfoque pueda ser tildado de conservador, puede decirse que los anarquistas, que desarrollaron su labor en los últimos veinte años del siglo pasado, trataron de utilizarlo en un sentido revolucionario. Alvarez Junco comenta sobre este tema: "Los nombres de Comte y sobre todo Spencer - cuya mezcla de evolucionismo y positivismo alcanzó

inmensa popularidad - aparecen citados con frecuencia en los textos ácratas; (Asimismo) la influencia de Saint-Simon se deja sentir en la pretensión de sustituir al "ciudadano" por el "productor" como célula básica de la organización social anarquista, y los nombres mismos de "Sociología" y "Estadística" se convierten en fetiches manejados sin cesar por los obreros libertarios cuando en los medios intelectuales o simplemente "burgueses" apenas comenzaban a ser aceptados" (75).

Dado que sobre el contenido del término "Sociología" se hablará en próximos capítulos, aquí sólo cabe reseñar como en el IV Congreso de la AIT, celebrado en Ginebra en 1873 por los seguidores de Bakunin, existió ya un dictamen sobre la necesidad de que las organizaciones obreras llevaran a cabo una "Estadística del Trabajo" (76). Estadística cuyas orientaciones básicas sobre cómo realizar en la práctica un cuadro sobre las condiciones de trabajo recuerdan muy de cerca las normas que los estudiosos del mundo del trabajo pueden encontrar en algunos de los sindicatos actuales. Concretamente en el "cuaderno" propuesto por los sindicatos italianos para que sus afiliados puedan controlar las condiciones de su trabajo y salud.

Este afán por adquirir conocimiento y esta idealización de la ciencia tuvieron como resultado la existencia de un gran número de autodidactas con un nivel intelectual considerable. Capaces por otra parte de producir y mantener un entorno cultural muy por encima de las pautas habituales del mundo obrero existente en la actualidad (77). Entorno de homogeneización cultural que, soportado por la ya reseñada influencia de la ideología anarquista sobre buena parte de in-

telectuales y científicos de la época, configuró una etapa de confluencia entre el saber "obrero" y el saber "burgués" que no ha vuelto a ser igualado (78).

3.3.2. Modernismo y Anarquismo

Tal como ya se ha comentado, siguiendo un cierto paralelismo con lo que sucedía en el plano internacional, tanto en Catalunya como en el resto de España fueron notables las simpatías que el anarquismo despertó en los ambientes intelectuales y artísticos. Anarquismo entendido como posibilidad de cambio radical del orden establecido, a partir de posturas individuales que no siempre mostraban su acuerdo con el impacto de los actos terroristas. Para dar una idea de esta cierta "mentalidad anarquizante", no resulta extraño leer en las páginas de los historiadores especialistas de la época que, en aquellos años en los que finalizaba un siglo y comenzaba otro, todo el mundo era anarquista.

En el panorama español, los jóvenes Azorín, Baroja o Unamuno, cuyas aficiones "sociológicas" le llevaron a ser uno de los primeros traductores de Spencer al castellano, así lo manifestaron con mayor o menor énfasis. En el caso concreto de Unamuno, puede leerse la carta que le escribió a Urales como respuesta al requerimiento que éste hizo a diversos pensadores con la finalidad de averiguar cuales eran los orígenes del socialismo español (79). Asimismo, puede comprobarse las simpatías del rector de la Universidad de Salamanca por tal ideología en sus colaboraciones para la revista "Ciencia Social", que posteriormente se analizará con mayor detenimiento. Incluso puede citarse a una personalidad del relieve de Santiago Ramón y Cajal como uno de los simpa-

tizantes de esa "mentalidad". Simpatías que le llevaron a escribir el prólogo de La Evolución Super-Orgánica, obra de título con claras reminiscencias spencerianas que escribió el médico anarquista Enrique Lluria (80).

En otro sentido, nombres como los de Gumersindo de Azcárate, el de Segismundo Moret, o el de Posada, mucho más cercanos a la ciencia social, pueden ser también citados por el interés que mantuvieron en rebatir y polemizar con las ideas que los ideólogos anarquistas defendieron (81). En el caso de este último, Gustavo La Iglesia, un estudioso contemporáneo, cuenta como el catedrático de Oviedo en el primer Congreso de Sociología, al tratar de explicar el porqué de la dicha ideología "...busca los gérmenes del anarquismo en la protesta contra el imperio de la coacción, que se ha dado como característica del Derecho, y encuentra en ella elementos positivos no despreciables para el día en que la rectificación de aquel concepto, basada en el sentido de Krause, de Giner y de Guyán, se apodere del alma de las multitudes, en cuyas manos son hoy un arma terrible y antisocial los argumentos que se desprenden de las fórmulas darwinistas y spencerianas de la selección y de la lucha por la existencia, establecidas por sus autores en la serena esfera de la especulación filosófica, pero que mirados a través del temperamento que produce la enormidad de las injusticias y desigualdades sociales, constituyen un peligro amenazador, que habrá de desaparecer totalmente el día en que se reduzca la doctrina anarquista a su noción fundamental, o sea la posibilidad de la vida social sin coacción, mantenida en la forma de propaganda pacífica, en la arena de los debates sociológicos" (81bis).

Por lo que más concretamente se refiere a Catalunya, la década que se inicia en 1890 supone la consolidación de una serie de contactos entre algunos jóvenes intelectuales y una parte del mundo obrero. Contactos que si bien siempre habían existido, en mayor o menor grado, desde la década de los años 40 a, remolque del pensamiento de los utópicos franceses hasta los años de "La Gloriosa", nunca habían alcanzado características parecidas a las de entonces. Según explica Castellanos, especialista reconocido en el tema del Modernismo en Catalunya, un sector de la intelectualidad catalana aprovechó los contactos mencionados para tratar de encontrar "... la base social en la que sustentar el programa de reforma que se proponían llevar a cabo" (82). La gente que participaba o se aglutinaba de algún modo en torno a la revista "L'Avenç" fueron los que proporcionaron los principales efectivos modernistas. Siendo los nombres de Pere Coromines y el de Jaume Brosa los más destacados.

El acercamiento entre ambos núcleos se produjo, más que por los esfuerzos de hombres como LLunas o Lorenzo por conseguir una única cultura al servicio de los obreros, por una entrada en crisis de unos jóvenes intelectuales, insatisfechos por la respuesta que la burguesía catalana de la "febre de l'or" daba a los problemas que la sociedad del momento tenía planteados. El afán de destruir todo lo realizado con anterioridad para comenzar de nuevo, acercaba a los jóvenes modernistas hacia los anarquistas herederos de la idea de Liquidación Social.

Según el criterio de uno de los puntales del pensamiento conservador catalán, contemporáneo de la época que aquí se comenta, el obispo Torras i Bages, las actitudes sociales de

los anarquistas y de los "regeneracionistas" como también podrían ser llamados los modernistas, perseguían unos mismos objetivos, dadas sus posiciones evasivo-estéticas: disolver los principios éticos, religiosos y sociales del orden establecido. Sus palabras concretas a este respecto son las siguientes: "El escepticismo moderno, el Arte modernista, la sociología revolucionaria, tienen lo existente por defectuosísimo, llevan en el interior de su cabeza un deus ignotus, una norma desconocida de la gran mayoría de los hombres, una idea desinteresada y perfectísima a cual quieren amoldar la impura realidad" (83). Palabras, que como más adelante podrá comprobarse resultaban no sólo condenatorias de aquellas tendencias sino además proféticas en lo que hacía referencia al futuro de la "sociología revolucionaria" catalana.

Pero, prescindiendo de la opinión de quienes deseaban conservar el orden social establecido, puede afirmarse que el rasgo que más definitivamente aunó los intereses de los jóvenes modernistas con los principales ideólogos del anarquismo catalán, no fue tanto su actitud de enfrentamiento con el presente como la manera de afrontar el futuro. Esta conjunción de intereses fructificó entre otras actuaciones en la ya citada revista "Ciencia Social". Actuaciones en las que Jaume Brosa se comportó siempre, según Castellanos, como un intelectual en el seno de la lucha obrera. Mientras que Coromines, también a juicio del mismo autor, actuó como un sociólogo. De tal manera que puede decirse con palabras de Castellanos lo siguiente: "... dada la identificación entre sociología y anarquismo revolucionario, sus artículos no son esencialmente diferentes de los escritos por los dirigentes libertarios, incluso en las referencias que hace a la sociedad futura. No en vano Federico Urales, en sus memorias, lo

recordaba como cabeza de la hidra anarquista catalana, al lado de Tarrida del Marmol, Llunas,..." (84).

Los sucesos que han pasado a la Historia como el proceso de Montjuic, iniciado en 1896, acabaron con esta efimera colaboración entre ambos colectivos. Ya que en el citado proceso resultaron inculpados o bien tuvieron que huir al exilio la plana mayor de los anarquistas y modernistas citados. Coromines fue especialmente atacado, incluso se llegó a pedir su pena de muerte, quizás como símbolo representante de este último grupo. Brosa al parecer pudo escapar y de los anarquistas aquí señalados, aunque inculpados en un comienzo, la mayoría de ellos pudo huir, aunque el proceso supuso numerosas penas de muerte y años de prisión para un buen número de libertarios. Aquellos golpes dirigidos a acabar con una parte del movimiento obrero más abiertamente revolucionario supusieron el exilio definitivo de hombres como Tarrida, la huida momentánea de Urales, que en ese proceso dio vida a ese su primer y más popular pseudónimo, la ya citada de Brosa, el destierro de Coromines, etc... Poniendo fin a las veleidades anarquizantes de aquella parte de la juventud intelectual catalana.

Coromines, una vez en libertad, al igual que otros muchos compañeros de juventud modernista, derivó hacia posiciones próximas al nacionalismo catalán de corte republicano, o incluso más moderadas. Podría decirse que la revista "Joven-tut" fue el último reducto de aquellos afanes de cambio, que unos cuantos jóvenes intelectuales catalanes impulsaron en las décadas de finales del siglo pasado. Afanes que de algún modo sirvieron para evidenciar las contradicciones de una época definida en sus límites por la "febre de l'or" y la

"propaganda por la acción" y el contacto entre un conjunto de ideas - Acracia y Modernismo - que además de sus diferencias intrínsecas, estaban impulsadas por unas bases sociales que hacían imposible un futuro común.

Pero a pesar de todo, el movimiento anarquista nunca fue tan popular como en los años del citado proceso de Montjuïc. La campaña que se llevó a cabo, en favor de los inculpados, alcanzó resonancia internacional, llegándose a cotas de gran envergadura, tanto por el volumen como por la calidad de sus participantes (85). La llegada de Federico Urales a Madrid, a la vuelta de su corto exilio, supuso su colaboración interesada en la prensa y en el mundo intelectual de aquella ciudad, para poder difundir los horrores cometidos en los sótanos de la fortaleza militar barcelonesa. Actuación que junto a la realizada por Tarrida del Marmol, desde su exilio definitivo en Londres, sirvió para denunciar uno de los más tristes episodios de tortura y represión que han ido conformando la Historia colectiva del territorio español.

El proceso sirvió asimismo para poner fin de manera casi definitiva al debate que en el seno del anarquismo mantenían los partidarios de una organización futura de la sociedad basada en el colectivismo y los que defendían el comunismo. En los años 1896-1897 casi todos los aquí citados como ideólogos del anarquismo en Catalunya, se reclamaban partidarios de no poner adjetivos a su filiación ideológica libertaria. Solución de compromiso que ponía fin a una polémica que escondía en su seno la evidencia de una dualidad que el propio movimiento enmascaraba. Ya que si bien en su primera época el movimiento ácrata había sabido y podido movilizar a gran cantidad de seguidores, en realidad siempre había estado im-

pulsado y sustentado por un reducido núcleo de hombres y mujeres que compartían una amplia pluralidad de ideas en torno a la Acracia. Ideas que aunque ellos tenían muy arraigadas difícilmente traspasaban el umbral de la gran masa de jornaleros y proletarios que les seguían.

Dualidad que igualmente se ponía de manifiesto en el hecho de que a pesar de las cifras alcanzadas por las publicaciones anarquistas, como muestra del gran afán de saber inherente a la propia ideología libertaria, la amplia base obrera que sustentaba el movimiento libertario actuaba mayoritariamente en función de encontrar soluciones inmediatas a sus necesidades más cotidianas. Actuaciones que como es obvio no tenían porque suponer un análisis previo y meditado de las consecuencias revolucionarias que de ellas se podían derivar. De hecho, una gran organización de masas plenamente favorable a la Idea sólo se lograría años después, cuando esa Idea fue capaz de incardinarse en una organización de tipo sindical (87).

Pero, tal como ya se ha comentado, paralelo al debate entre colectivistas y comunistas y con el trasfondo de la precariedad a la que una clandestinidad más o menos velada obligaba, convivían las débiles justificaciones teóricas de las consecuencias de la "propaganda por el hecho" con la elaboración creciente de publicaciones de mayor entidad. Publicaciones en las que se seguía hablando de Sociología y de progreso y se seguía citando entre otros a Spencer, Tarde, Le Bon, Darwin, Büchner o Haeckel. Pero donde tal rigor y exigencia intelectual quedaban reducidos al pequeño núcleo, ya comentado. Núcleo que en numerosas ocasiones actuaba como heredero de las sociedades secretas de la época romántica,

fuertemente desconectado de los obreros y jornaleros a los que pretendía dirigir.

Podría incluso aventurarse la construcción de una hipótesis que comprobara como la capacidad de movilización y actuación del núcleo impulsor del anarquismo en Catalunya fue inversamente proporcional a su capacidad de elaboración y reflexión teórica. Hipótesis que como resulta obvio no entra dentro de las posibilidades del presente estudio, pero que presenta a no dudarlo, un buen grado de plausibilidad. Puede servir como indicador de lo dicho el examen del contenido de las publicaciones destinadas a la propaganda, entre los afiliados a la FRE y a la FTRE, y su comparación con los textos o publicaciones que formaron parte de las colecciones y editoriales de aquella época (88).

En cualquier caso, resulta manifiesto que la generación de los Urales, Mella, Tarrida, Llunas y Lorenzo, (que dada su longevidad y actuación formó parte de ambas), representa el punto álgido de la elaboración y reflexión de las líneas maestras de la ideología anarquista en Catalunya. Salvador Seguí, Peiró, Federica Montseny, Durruti o García Oliver son nombres forjados no sólo en otras coordenadas históricas sino en una acepción distinta del propio movimiento libertario. Cabe tener en cuenta además que los hombres y mujeres que vivieron y actuaron en el cambio de siglo fueron además testimonios y protagonistas de un cambio en el movimiento obrero. Movimiento que si bien vieron decrecer en su vieja fórmula de lucha asociacionista, también vieron renacer en un nuevo tipo de organización de corte netamente sindical, en la acepción moderna del término. Cambio que supuso de algún modo la reconversión de la vieja utopía de la Liquidación

ción Social en unas reglas de juego más o menos pautadas, en el marco de las relaciones laborales de un país con una creciente industrialización.

Puede añadirse además, que la historiografía vigente en Catalunya no parece, en general, haberse interesado demasiado en lo que dijeron o hicieron los que en esta investigación son considerados como protagonistas. Los historiadores del pensamiento social, salvo en raras excepciones, por no citar a los historiadores de la propia Sociología, no parecen tampoco haberse mostrado interesados, con las excepciones de rigor, en reivindicarlos como parte integrante de la memoria común. Memoria que aquí se trae a colación con el fin de reivindicar la existencia de una vía anarquista en el origen de la Sociología catalana, por una parte. Y por la otra, de tratar de explicar de algún modo el porqué de la situación actual de unas ciencias sociales catalanas todavía no plenamente consolidadas. En ningún caso, sin embargo, se pretenden dar respuestas definitivas.

3.3.3. Algunos apuntes biográficos de interés

Para terminar este capítulo, parece adecuado detallar a continuación unos mínimos apuntes biográficos de los hombres y mujeres mencionados hasta el momento, de manera más significativa (89). Apuntes que son en buena medida un resumen de las actuaciones y reflexiones ya comentadas con anterioridad, pero que agrupadas por autores pueden ayudar a configurar una visión de conjunto interesante para lograr los objetivos prefijados. El orden que se ha seguido pretende responder de algún modo al sentido cronológico de la existencia y actuación de los biografiados.

En primer lugar cabe citar a Rafael Farga Pellicer que nació en Barcelona el año 1844 y murió en esa misma ciudad en 1890. Realizó estudios de maestro de obras y a pesar de no haber podido concluirlos llegó a ocupar ocasionalmente la plaza de bibliotecario en la Escuela de Arquitectura barcelonesa. Su profesión fue, pero, la de tipógrafo, como la de buena parte de los ideólogos anarquistas. Era sobrino del pintor José Luis Pellicer, en cuyo estudio Fanelli se reunió por primera vez con los principales simpatizantes de la Primera Internacional, al llegar a la ciudad condal. El diputado italiano consideró siempre a Farga Pellicer, junto con Gaspar de Sentiñón, como uno de los elementos más dotados para fundar la "Alianza" en Barcelona.

Conoció personalmente a Bakunin, (IV Congreso de la AIT en Basilea), y a partir de entonces mantuvo correspondencia (90) con el revolucionario ruso, con quien además compartía al parecer una gran afición por la música. Antes de establecer tales contactos, Farga formó parte del partido republicano federal, impulsó la creación de la "Dirección Central de las Sociedades Obreras" (octubre 1868) y fue el principal animador del "Centro Federal De las Sociedades Obreroas" que se formó un año después. Era también por aquellas fechas secretario del "Ateneo Catalán de la Clase Obrera", cargo que compartía con la dirección de "La Federación" hasta enero de 1874.

Organizó e inauguró el Congreso Obrero celebrado en Barcelona en 1870 y una vez conocidas las ideas preconizadas por el fundador de la "Alianza" se convirtió en el principal difusor del bakuninismo en Catalunya, en el seno de la FRE. Fue

además delegado español en el Congreso de La Haya de la AIT (1872), en el que se expulsó a Bakunin y sus seguidores, quienes a su vez constituyeron el pacto de Saint-Imier. Participó asimismo en la fundación de la FTRE (1881), mostrándose contrario a los "intransigentes" como fiel seguidor de la tendencia colectivista.

Fue el director de la revista "Acracia" y colaboró en "El Productor". Utilizó el pseudónimo de "Justo Pastor de Pellico" para escribir en colaboración con otros compañeros la obra Garibaldi, historia del siglo XIX, en la que según el testimonio de A. Lorenzo aparecía la biografía del "conocido sociólogo" Fanelli, extrapolando una vez más la idea de una Sociología como ciencia de la Revolución. Si bien no dejó un gran número de obras escritas, sí es cierto que fue uno de los pioneros en testimoniar que la nueva ciencia social serviría para construir la sociedad futura (91), luchando toda su vida para que ello fuera posible.

Como última anécdota de este apunte biográfico, reseñar que Morato, en el estudio citado, relata como en la visita que Kropotkin efectuó a Barcelona, en 1881, el anarquista ruso se hospedó en casa de Farga Pellicer. Parece ser además, que con ocasión de aquella visita, los obreros barceloneses simpatizantes del "socialismo no autoritario" regalaron a Kropotkin un reloj de oro.

José Luis Pellicer era tío de Rafael Farga Pellicer y de Antoni Pellicer Paraire. Pintor e ilustrador ha sido considerado como el introductor del impresionismo en Catalunya. Nació en Barcelona en 1842 y ejerció de maestro de obras en

esa ciudad durante tres años, siguiendo lo que al parecer era una tradición familiar. Marchó a Roma en 1865, ciudad en la que permaneció dos años estudiando dibujo y pintura. A su regreso a Barcelona, expuso sus cuadros en las Exposiciones anuales de 1868 y 1870. Fue ilustrador de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós, director del "Museo de Reproducciones de Barcelona" y fundador del "Instituto Catalán de las Artes del Libro".

En la década de los años 80 fue miembro de la sección de Bellas Artes del Ateneo Barcelonés, entidad en la que llegó a ocupar el cargo de secretario, una vez olvidadas al parecer las simpatías revolucionarias de su juventud. Simpatías que le llevaron a ser miembro activo del núcleo de los primeros internacionalistas, sin por ello dejar de ser miembro del partido republicano federal catalán, por el que salió elegido concejal del ayuntamiento de Barcelona en 1870. Pues, tal como ya se ha comentado, en los primeros tiempos de la andadura de la AIT en España, no todo el mundo veía clara la cuestión del apoliticismo.

Si bien no dejó obra escrita de interés especial para lo que aquí concierne, su persona merece ser destacada por su contribución al nacimiento de la Primera Internacional en Catalunya.

José Llunas Pujals nació en Reus en 1850 y murió en Barcelona en 1905. Era tipógrafo de profesión y se adhirió a la sección española de la Primera Internacional tras el Congreso Obrero de Barcelona de 1870, formando parte del grupo de los aliancistas. Fue secretario del "Ateneo Catalán de la

Clase Obrera" en 1872 y 1873 y secretario del exterior de la federación local de Barcelona de la FRE en 1872. Fue asimismo uno de los principales promotores de la FTRE, hecho que le llevó a asistir al Congreso celebrado en Barcelona por dicha asociación en 1881 y al celebrado en Sevilla en 1882. En ambos encuentros se mostró partidario de la tendencia colectivista y contrario por tanto a las posiciones de "los intransigentes" favorables al anarco-comunismo.

LLunas fue quien se encargó personalmente de trasladar el órgano de prensa del Consejo Federal de la FTRE, ("La Revista Social"), publicada en Madrid, - 154 números desde 1881 a 1884 y dirigida por Serrano Oteiza - a Sants (Barcelona) donde vieron la luz 39 números más en 1885, antes de su total desaparición. Fue asimismo el creador y director de la publicación titulada "La Tramontana", escrita en catalán con un fuerte contenido anti-clerical y satírico, características por las cuales se la ha reconocido posteriormente en detrimento de otros artículos de ideología abiertamente anarquista. Una muestra de tal situación fueron los titulados Qüestions Socials, que fueron publicados como libro en 1891, pero que habían visto la luz previamente en "La Tramontana" a lo largo de diecinueve artículos. Igual sucedió con Los partits socialistes espanyols, obra publicada en 1892.

En 1882 escribió unos Estudios Filosófico-Sociales compuestos por diversos apartados. El primero está dedicado a La Familia, el segundo da cuenta de los Datos de Estadística Universal, el tercero explica ¿Qué es la Anarquía? y el último habla sobre La Cuestión Política. En todos ellos el autor muestra su firme acuerdo con los principios básicos del anarquismo de tendencia colectivista, tal como corresponde a

un bakuninista de la primera época. Fue asimismo un colaborador de "Acracia" y "El Productor" y participó en los dos Certámenes Socialistas celebrados por los anarquistas en Reus (1885) y Barcelona (1889).

Como dato anecdótico, cabe añadir que en los últimos años de su vida, se convirtió en un gran amante de la vida deportiva, llegando a publicar un periódico dedicado al mundo de los deportes. Al parecer, tal afición le llevó a practicar la gimnasia y a ser uno de los primeros ciclistas de la ciudad condal. Ciudad en la que llegó a realizar diversas exhibiciones con tan novedoso aparato locomotor, como buen amante de todo lo que supusiera progreso.

Personaje escasa y confusamente estudiado, no debe dejar de ser citado, por ser uno de los pilares básicos de la aquí considerada como primera generación de ideólogos anarquistas en Catalunya. Debiendo recordarse asimismo que LLunas junto a Anselmo Lorenzo, Farga Pellicer y Eudaldo Canibell, todos ellos tipógrafos, formó parte de un grupo disidente de la sección oficial de obreros tipógrafos de Barcelona. Grupo que llegó a publicar "La Asociación" como órgano de expresión de su disidencia desde 1883 a 1889.

Eudaldo Canibell Masbernà nació en Barcelona en 1858 y en esa misma ciudad murió en 1928 atropellado por un símbolo del progreso de la época: una motocicleta. Fue impresor y dibujante. Trabajó en la imprenta "La Academia" que regentaba Farga Pellicer y en la que trabajaron también LLunas, Lorenzo y Pellicer Paraire. Colaboró en "Acracia" escribiendo críticas de arte y en la ya también citada "La Asocia-

ción". Morato lo describió como "... hombre ya maduro, de barba algo entrecana (...) que estaba sentado tras una mesa llena de libros y de papeletas" (92), tras conocerlo como bibliotecario de la Biblioteca Arús, en la que Valentí Almirall le colocó tras la fundación de la misma. Cargo que pudo ocupar gracias a la amistad que le unía con el político catalanista-federal.

Canibell formó parte de los órganos rectores de la FRE en los tiempos de forzada clandestinidad y fue un defensor del anarquismo de tendencia colectivista. Sus escritos siempre estuvieron relacionados con cuestiones artísticas, siendo junto con José Luis Pellicer uno de los fundadores del "Instituto Catalán de las Artes del Libro" y el director de la revista que publicaba dicha institución. En la ya comentada visita que Kropotkin realizó a Barcelona en 1881, Canibell le regaló un ejemplar de la novela Fra Filippo Lippi escrita por Castelar y que él había encuadernado especialmente para aquella ocasión.

Su renombre como dibujante y tipógrafo fue tal que la Enciclopedia Espasa habla de él como de un renombrado artista, sin mencionar su vinculación con los grupos anarquistas de la primera época de la FRE.

Antoni Pellicer Paraire nació en Barcelona en 1851 y murió en Buenos Aires en 1916. Era como ya se ha señalado primo hermano de Rafael Farga Pellicer y sobrino del pintor José Luis Pellicer. Aún no había cumplido los dieciocho años cuando formó parte ya del grupo impulsor de la sección española de la Primera Internacional en Barcelona. Como tipógra-

fo de profesión colaboró en "La Asociación" y trabajó en la imprenta de su primo "La Academia". Marchó al extranjero en 1871, trabajando en México, EEUU y Cuba. A su regreso a Barcelona, cuatro años después, participó de lleno en las actividades clandestinas de la FRE. Siendo asimismo elegido miembro del Consejo Federal de la FTRE desde 1882 a 1888, en el que destacó por la defensa de la tendencia colectivista. Tendencia que tenía como lema: "a cada uno el producto integro de su trabajo" en contraposición al lema de la tendencia comunista que decía: "de cada uno según sus fuerzas a cada uno según sus necesidades".

Colaboró en "Acracia", "El Productor", "Ciencia Social", "Natura" y en "La Revista Social", escribiendo además algunas obras dramáticas en catalán que han sido calificadas como teatro social. Publicó asimismo numerosas obras referidas a "lo social", entre las que cabe destacar: La Educación de la Libertad, El Individuo y la Masa, Disquisiciones Sociales y una, que en su época alcanzó gran popularidad, Conferencias Populares sobre Sociología. Esta última fue publicada por primera vez en Buenos Aires en 1900, pero posteriormente fue editada también en Barcelona.

En 1891, marchó definitivamente a la Argentina, instalándose en su capital con un magnífico contrato como profesional de la imprenta y convirtiéndose en uno de los primeros iniciadores del núcleo bakuninista de Buenos Aires. Merced a ese impulso, fue posible continuar la publicación de la revista "Ciencia Social", que en Barcelona había dejado de publicarse en 1896. Al parecer, utilizó el pseudónimo "Pellico", una vez desaparecido su primo "Justo Pastor Pellico", con el que había colaborado en la obra Garibaldi ..., ya citada.

Anseldo Lorenzo Asperilla nació en Toledo en 1841 y murió en Barcelona en 1914, ciudad en la que había vivido buena parte de su vida. Fue un militante activo durante toda su larga vida. Hecho que unido a su capacidad de protagonizar los principales acontecimientos del movimiento obrero de su época le convierten en un personaje histórico de singular importancia. Tipógrafo de profesión fue el ejemplo típico de la calidad auto-didacta que el anarquismo generaba. Formó parte del primer núcleo de internacionalistas que se formó en Madrid, tras la visita de Fanelli a esa ciudad en 1868. Destacó en el Congreso Obrero de Barcelona de 1870 con su defensa del anti-politicismo, lo que le propició el acercamiento a las ideas promovidas por el pequeño núcleo catalán partidario del bakuninsmo.

Lorenzo asistió como delegado a la Conferencia de la AIT celebrada en Londres en 1871, en la que conoció personalmente a Marx y tuvo noticia directa de la polémica simbolizada en la pugna Marx-Bakunin. A su regreso a Madrid, mantuvo una posición personal algo confusa ante la escisión de la federación madrileña de la FRE, propiciada por el grupo de los "karlistas" que publicaban "La Emancipación". Grupo que como ya se ha comentado, en 1872 se mostraron partidarios de seguir la tendencia del llamado "socialismo autoritario", ayudados quizás por la influencia personal de Paul Lafargue.

Episodio que como es ya largamente conocido le valió a Lorenzo una serie de dificultades en sus actuaciones posteriores en el seno del anarquismo colectivista primero, y en su definición a favor del anarquismo sin adjetivos después.

Participó de manera intermitente en la FRE y en la FTRE, organización esta última en la que se alineó junto a "los intransigentes". Hecho que le facilitó el convertirse en hombre-puente entre las dos generaciones aquí consideradas. Escritor prolífico, colaboró en "Acracia", "Ciencia Social", "El Productor" y "Natura", así como en el resto de publicaciones periódicas impulsadas por los anarquistas de aquellos años.

Gracias a su mencionada formación autodidacta fue traductor de Spencer, Engels, Kropotkin, Malato, Grave, Reclus... y el encargado de las publicaciones de la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia. Su obra más conocida El Proletariado Militante es una estupenda crónica del anarquismo y por extensión del movimiento obrero español de la segunda mitad del siglo XIX. Crónica de obligada referencia para cualquier estudioso del tema. El conjunto de textos, folletos, conferencias, etc... que produjo a lo largo de su dilatada vida han sido extensamente estudiados y referenciados por el especialista Alvarez Junco, en la edición que en su día realizó de la obra mencionada.

Lorenzo resultó asimismo encarcelado en el proceso de Montjuic, antes mencionado, del que salió deportado a París, ciudad en la que permaneció casi dos años (1897-1898). A su regreso a Barcelona, dedicó todos sus esfuerzos en luchar para lograr la conversión de la utopía anarquista en una organización sindical. Organización en la que poder continuar la tarea, para él primordial, de convertir a "los ceros en hombres". Tarea que pretendía proseguir cuando los tiempos de creer en la Sociología como instrumento clave en la cons-

trucción de la sociedad futura quedaban lejos de las prioridades del movimiento libertario.

Gran divulgador de la Idea, su obra de creación ha sido valorada, en general, como poseedora de escasa entidad, al igual que la del resto de anarquistas españoles. Sin embargo, sus consideraciones sobre la necesidad de aplicar el positivismo para conseguir la Revolución Social, sus críticas al darwinismo social, su defensa de la nueva ciencia social al servicio de la emancipación de los obreros, su afán por mostrar los lazos de unión que fundamentan el pacto entre el individuo y la sociedad hacen de Anselmo Lorenzo una de las personalidades más interesantes de la ideología anarquista. Afirmación que puede hacerse extensiva a todo el movimiento obrero español desde los tiempos de la Primera Internacional hasta la consolidación del sindicalismo en este país.

Ricardo Mella Cea nació en Vigo en 1861 y murió en esa misma ciudad en 1925. Es considerado por la totalidad de los estudiosos del anarquismo español como el personaje de mayor talla intelectual. Estudió para topógrafo, profesión que generalmente ejerció a lo largo de su itinerante vida. De ideas federales, merced a la influencia paterna, fue desterrado muy joven de su ciudad natal por llevar a cabo actividades molestas al principal cacique vigués, trasladándose a Madrid. En esa capital conoció a Serrano Oteiza, que dirigía por aquel entonces la "Revista Social" y fue su introductor en los círculos de la FTRE madrileña. Se casó con la hija de Serrano Oteiza y participó como delegado en el Congreso de Sevilla de la FTRE de 1882.

Considerado como el más genuino proudhoniano de todos los anarquistas españoles, fue siempre un acérrimo defensor del colectivismo, sin que el debate con los comunistas ni las soluciones de síntesis propiciadas por sus compañeros le afectaran. Recogió asimismo la influencia del anti-estatismo de Spencer. Influencia que resulta fácilmente identificable en buen número de escritos en los que tiende a destacar el papel que deben jugar las élites o visto de otro modo, el derecho de las minorías frente al poder de las masas o mayorías. Ejemplo de lo dicho es su obra titulada La Ley del Número escrita para combatir la política parlamentaria de los países industrializados y en defensa, como contrapartida, de la realización de investigaciones sociales, de acuerdo con las leyes de la nueva ciencia de la sociedad. Investigaciones que habían de evidenciar - de manera científica - como las propuestas del anarquismo eran la solución ideal a los problemas planteados en la organización social vigente.

Un boceto de tales ideas había visto ya la luz en la revista "Ciencia Social", firmadas con el pseudónimo de "Raul". Colaboró igualmente en los dos Certámenes Socialistas de Reus y Barcelona y en "Acracia", "El Productor" y "Natura". Revista esta última que fundó junto con José Prat, cuando ya era una de las figuras más relevantes del anarquismo en Catalunya. Convertido posteriormente en ingeniero llegó a dirigir como tal la compañía de tranvías de Vigo, sin que tal ocupación profesional le alejara nunca de participar en el movimiento libertario, apoyando firmemente en su momento la creación de la CNT.

Su abundante obra escrita, una de las más estudiadas junto a la de Urales y Lorenzo tal como ya ha sido señalado, fue recogida tras su muerte, publicándose como obras completas, prologadas por José Prat. El primer volumen vio la luz en Gijón en 1926 bajo el título de Ideario y el segundo - Ensayos y Conferencias - se editó en 1934, también en esa ciudad asturiana. Fue traductor de Kropotkin, entre otros autores y la relación de sus escritos sobre economía y sociología merecen a no dudarlo un estudio más detallado (93).

José Prat nació en Barcelona y fue contemporáneo de los aquí considerados como ideólogos de la segunda generación de anarquistas, sin que se hayan podido precisar en las obras consultadas la fecha de su nacimiento. Murió en esa misma ciudad en 1932, al parecer bastante alejado de la militancia activa. Miembro del partido republicano federal catalán, parece ser que se convirtió en anarquista tras sus contactos con Ricardo Mella, al que le unía gran amistad. Partidario de la tendencia colectivista fundó la revista "Natura" con su compañero y amigo gallego, con quien asimismo escribió La Barbarie gubernamental en España. Obra en la que denunciaban la represión y las torturas efectuadas a los encausados en el proceso de Montjuïc.

Colaboró como el resto de sus compañeros de ideas en "El Productor" y en "Tierra y Libertad", entre otras publicaciones ácratas de la época. Siendo considerado por Alvarez Junco como uno de los mejores analistas de la problemática sobre las clases sociales. Análisis llevado a cabo con criterios no compartidos por el socialismo marxista. Merece además ser reconocido como el principal defensor del anarco-

sindicalismo, siendo por ello uno de los principales impulsores de la CNT.

Su obra La Burguesía y el Proletariado. Apuntes sobre la lucha sindical (1909) está considerada como una de las más claras definiciones sobre el tema del conflicto de clases. Fue traductor de Kropotkin - El Apoyo Mutuo -; de Auguste Hamon - El Socialismo y el Congreso de Londres. Este sociólogo anarquista y profesor de la Nueva Universidad de Bruselas, fue asiduo colaborador de las publicaciones anarquistas de mayor interés. Prat prologó también el primer volumen de las obras completas de Mella, quien a su vez le había escrito el prólogo de las Crónicas Demoledoras a su compañero catalán. Otro de los escritos de Prat en los que muestra su arraigado anti-politicismo y la defensa de su ideal de Acracia es el titulado La Política juzgada por los políticos.

Juan Montseny Carret más conocido por el más famoso de sus pseudónimos, Federico Urales, nació en Reus en 1864 y murió en Salon pour Vergt (Francia) en 1942, donde residía en su exilio obligado tras la guerra civil española. Se hizo maestro en la época en que se iniciaba la experiencia de las escuelas racionalistas en Catalunya. Se casó con Teresa Mañé, también maestra, que con el pseudónimo de Soledad Gustavo fue de las pocas mujeres que tuvieron un papel activo entre los ideólogos anarquistas aquí reseñados. Ambos fueron los padres de Federica Montseny, conocida militante de la CNT y ministro de Sanidad del gobierno republicano durante la guerra civil.

Montseny fue detenido al igual que sus compañeros anarquistas con motivo del proceso de Montjuic, cuando regentaba una escuela laica que a causa de ello fue clausurada. Deportado a Gran Bretaña, a su regreso a Madrid, inició una gran campaña de denuncia de los horrores de las torturas y de la represión existentes en el Castillo de Montjuic. Campaña que era en buena medida la continuación del documento que había logrado sacar al exterior, cuando aún permanecía encarcelado en dicha fortaleza militar en 1896. Firmaba ese documento como Federico Urales, siendo ese el motivo que originó tan popular pseudónimo.

En Madrid inició además su carrera como publicista, entrando como redactor de "El Progreso" de Lerroux y utilizándolo como vehículo de la mencionada campaña, que gracias a este esfuerzo llegó a adquirir alcance internacional. En junio de 1898, en pleno auge del espíritu regeneracionista que invadía a la sociedad española, a consecuencia de la pérdida de las últimas colonias, fundó "La Revista Blanca" en colaboración con Soledad Gustavo y con el concurso de numerosos intelectuales del momento. Intelectuales que tal como ya se ha comentado, sentían fuertes simpatías por la ideología ácrata, entre los que se encontraban: Unamuno, Azorín, Pedro Dorado Montero, krausistas insignes etc... En 1902 editó como suplemento de la mencionada revista "Tierra y Libertad", empeño que hubo de abandonar dos años después, dadas las críticas que al parecer teóricos del anarquismo como Mella y Prat le dirigieron. Críticas dirigidas a su eclecticismo a la hora de aceptar colaboraciones intelectuales y a su fácil éxito periodístico, bastante alejado en ocasiones de la que era considerada ortodoxia libertaria.

La primera etapa de "La Revista Blanca" se cerró en 1905 y a pesar de que como publicación alcanzó una mayor popularidad en su segunda etapa, (editada en Barcelona entre 1932 y 1936, en colaboración con su hija Federica), esa primera época presenta un mayor número de intereses, tanto en lo que a la propia ideología anarquista se refiere, como en lo relativo a la utilización y significación del término Sociología. Término que forma parte del lema de la publicación en ambos períodos. De esos primeros años madrileños datan una serie de artículos - aparecieron entre 1902 y 1904 - que posteriormente vieron la luz como publicación con el título de "La Evolución de la Filosofía en España". Obra que constituye una interesante visión de como el pensamiento español ha evolucionado, desde los tiempos primitivos hasta comienzos del siglo XX, y tiende hacia la Anarquía en un camino en el que la importancia de "lo social" supera a "lo político", según el viejo esquema pimargalliano.

Urales como anarquista no se definió nunca en el debate entre colectivistas y comunistas y tan sólo en los momentos propicios a la solución de síntesis, se mostró partidario de calificar al anarquismo sin adjetivos. Su obra escrita fue abundante, como la de buena parte de sus correligionarios, y es una de las más estudiadas (94). Su novela Sembrando Flores, además de ser libro de texto en la Escuela Moderna de Ferrer Guardia sirve de ejemplo de una colección de novelas tituladas "La Novela Ideal", cuya publicación se inició en 1925. Asimismo escribió a partir de 1929 otra colección titulada "La Novela Libre" cuya publicación se prolongó hasta bien entrada la guerra civil. En ambas colecciones, las novelas publicadas iban destinadas a propagar los ideales de la Acracia bajo el ropaje de relatos calificables de "rosa"

o costumbristas. Las tiradas de 50.000 ejemplares conseguidos por algunos de esos títulos no permiten dudar del éxito de la empresa.

Como dato significativo de las posiciones teóricas de Urales en lo relativo a los principios básicos de la ideología libertaria, cabe decir además que si bien oportunamente dejó sentir sus simpatías por los "intransigentes", nunca comulgó al parecer con los propósitos de convertir la utopía anarquista en organización sindical. Según este criterio, mostró un profundo desacuerdo cuando se creó la CNT y en cambio dio pleno soporte a la creación de la FAI, sin por ello llegar a ser miembro de esta organización.

Su muerte en el exilio, le alcanzó en una situación de definición personal bastante contradictoria ante el movimiento anarquista del momento. Gran parte de su pensamiento fue recogido como herencia por su hija Federica. Posiblemente pueda decirse que su popularidad no se correspondió en realidad con las aportaciones que realizó a la ideología y movimiento libertarios, si se tiene en cuenta la escasa resonancia alcanzada por sus compañeros de ideas.

Fernando Tarrida del Marmol nació en La Habana en 1861 de padres españoles y murió en Londres en 1915. De pequeño su familia se trasladó a Sitges (Barcelona) y hasta el momento de su exilio, (1896) permaneció en Catalunya. Estudió en el Liceo Francés de Barcelona y realizó la carrera de ingeniero en la Universidad de esa misma ciudad. Amplió esos estudios posteriormente en "l'Ecole Polytechnique de Paris", especializándose en ingeniería química. Su conversión desde el

ideal federal al anarquismo fue explicado por él mismo del siguiente modo: "Los escritos de Bakunin, Kropotkin, Proudhon, Tchernicheuski y Pi y Margall hicieron de mí un anarquista cuando sólo contaba dieciocho años; siendo por aquel tiempo secretario del comité federal de Barcelona, dejé de pertenecer a dicho partido para ingresar en la sección varia de la Federación Regional" (95).

Su familia desaprobó siempre sus inclinaciones ideológicas por lo que se vio obligado a trabajar como profesor de matemáticas en diversas escuelas y liceos. Su formación fue posiblemente el motivo por el cual sus escritos se caracterizaron por tratar en todo momento de proporcionar una base científica al anarquismo. Característica que a no dudarlo se debía también a la influencia del pensamiento de Kropotkin, a quien conoció personalmente y con quien colaboró en la revista británica "The Nineteenth Century". Intervino como delegado español en las Conferencias Anarquistas de París (1889) y en la de Bruselas (1891). Participó en el Certamen Socialista celebrado en Barcelona en 1889, y en esa ocasión planteó por primera vez su propuesta de síntesis de un anarquismo sin adjetivos que terminara con la polémica entre colectivistas y comunistas.

Fue colaborador de las principales publicaciones anarquistas de la época, "Acracia", "Ciencia Social", "Natura", "El Productor"... y dejó una obra escrita, que aunque interesante ha sido poco estudiada. Les Inquisiteurs d'Espagne es el título que publicó en 1897 para denunciar las brutalidades del proceso de Montjuïc, en el que resultó encarcelado como el resto de sus compañeros de ideología. A consecuencia de ese proceso se exilió, instalándose posteriormente en Londres de

manera definitiva. En 1930 se publicó con prólogo de Federico Urales: Problemas trascendentales. Estudios de sociología y ciencia moderna, conjunto de escritos en el que al igual que en otras ocasiones trataba de demostrar incluso mediante formulaciones algebraicas la validez científica del estudio de la cuestión social.

De la importancia y la valía que Fernando Tarrida tuvo para el anarquismo catalán de aquellos años es un ejemplo el hecho de que Anselmo Lorenzo le dedicara el primer tomo de su El Proletariado Militante. En él puede leerse: "A Fernando Tarrida del Marmol, mi amigo, mi hermano al que admiro por la extensión de su inteligencia y la sencillez de sus sentimientos, a mi compañero en la redacción de "Acracia", en la cárcel de Barcelona, en Montjuich y en la emigración dedico este trabajo". Estima que al parecer Tarrida correspondió de igual modo (96), pero que no le mereció la posterior atención de los estudiosos del tema, que raras veces han destacado sus actuaciones y sus obras.

Teresa Mañé nació en la población barcelonesa de Vilanova i La Geltrú en 1865 y murió en Perpinyà en 1939. Utilizó habitualmente en sus escritos el pseudónimo de Soledad Gustavo. Maestra de profesión, unió su vida en 1891 con Federico Urales, compartiendo desde entonces, su obra, sus ideas y sus actividades. Madre de Federica Montseny defendió siempre actitudes favorables a lograr el cambio de la situación social de la mujer, posición en la que generalmente la acompañaron siempre sus compañeros de ideología.

Colaboró en diversas publicaciones, "La Tramontana", "El Productor" y en el Certamen Socialista celebrado en Barcelona en 1889. Fue formalmente la directora de la primera etapa de "La Revista Blanca" y del suplemento "Tierra y Libertad". Asimismo en la segunda etapa de esa revista desarrolló sus puntos de vista sobre las opciones del sindicalismo en España, la Historia del movimiento anarquista y tuvo a su cargo una sección fija, titulada "Efemérides del Pueblo". Escribió además diversas obras entre las que merecen destacarse La Sociedad Futura (1889), en la que expuso sus criterios acerca del futuro, la familia y el amor libre y El Sindicalismo y la Anarquía que llevaba como subtítulo "Política y Sociología" y fue publicada en 1933.

Teresa Claramunt nació en Sabadell en 1862 y murió en Barcelona en 1931. Obrera del textil, organizó un grupo anarquista en su ciudad natal en el año 1884, influida al parecer por Tarrida del Marmol. Fue en todo momento una gran defensora de lograr un cambio en la situación social de las mujeres, pudiendo por ello ser considerada como la pionera del feminismo anarquista. Feminismo que más tarde fructificaría en el movimiento de "Mujeres Libres". Sobre este tema en concreto publicó La Mujer. Consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del obrero.

De gran valía intelectual y fuertes convicciones ácratas, colaboró activamente en cuantas publicaciones y luchas se llevaron a cabo en su tiempo. Según relató un testimonio de la época - Gil Maestre (97) - Teresa Claramunt escribió una obra dramática titulada El mundo que nace y el mundo que muere en la que se afirmaba que más valdría que las madres

que paren hijos los ahogasen al nacer, antes de verlos explotados por los burgueses. Parece según cuenta Pedro Coromines en las "Memorias" antes comentadas que sólo pudo llevarse a cabo una representación, (en marzo de 1896) estando la entrada del teatro Novedades fuertemente custodiada por las fuerzas de orden público.

Casada con el anarquista Antonio Gurri ambos fueron encarcelados por el proceso de Montjuïc, teniendo que exiliarse y no pudiendo regresar a Barcelona hasta 1898. Posteriormente fue confinada a Zaragoza, dada su activa participación en la denominada "Semana Trágica" de 1909 y en cuya cárcel permanecía en 1912. Contribuyó al surgimiento del anarco-sindicalismo, del que era ferviente partidaria, en la capital aragonesa y murió en la ciudad condal, a la que había regresado en 1924, aquejada de parálisis y alejada de la lucha activa.

NOTAS DEL CAPITULO 3

- (1).- Maluquer de Nots, ob. cit., pág.19.
- (2).- Véase el capítulo escrito por A. Naës, citado en la nota n.19 del capítulo sobre los orígenes de la Sociología en España.
- (2bis).- K. Mannheim, Ideología y Utopía, Madrid, 1966 (2a ed).
- (3).- A. Schaff - Sociología e Ideología, Barcelona, 1969.
- (4).- M. Vovelle - Ideologías y Mentalidades, Barcelona, 1985.
- (5).- Id. idem, pág.19.
- (6).- Los datos sobre Godwin han sido sacados especialmente de los correspondientes apartados de la Encyclopedia Britannica, vol.8, 1978 (15a ed); de Ferrater Mora, J. - Diccionario de Filosofía, vol.2, Madrid, Alianza Ed., 1979, y de la tesina de licenciatura de Francisco Chaves López, El anarquismo según Godwin, Stirner, Bakunin y Kropotkin, Fac. Filosofía y Letras, Universidad de Málaga, 1981.
- (6bis).- Para una mayor ampliación de este tema véase la tesis doctoral del profesor Enrique González Matas, próxima a publicarse en la editorial Anthropos en la colección "Historia, Ideas y Textos". Los libros correspondientes llevarán por título - Historia, Cultura y Utopía y La utopía en la historia de los proyectos educativos.
- (7).- Véase el prefacio de Mirko Roberti en la revista anarquista "A", Milán, 1974. Otros estudios sobre la obra de Proudhon que han sido utilizados en este apartado son el de G. Gurvitch, Proudhon, Madrid, 1974; el de P. Ansart, Sociologie de Proudhon, Paris, 1967, y del mismo autor, Naissance de l'anarchisme, Paris, 1970.
- (8).- Roberti, ob. cit., pág.7
- (9).- Pi y Margall, F. - prólogo a P. J. Proudhon, De la Capacidad Política de las clases jornaleras, Madrid, 1869, pág.6.
- (10).- Id. idem, pág.7.

- (11).- Citado por Gurvitch, G., ob.cit. pág.8 de Les Confessions d'un Revolutionnaire, Paris, 1929.
- (12).- Véase la tesis defendida por Jutglar, en Federalismo y... según la cual, la idea federal es anterior en Pi que en Proudhon. Ya que Du Principe Fédératif es de 1863, y aunque Pi la traduce en 1869, en esa fecha ha ya escrito La Reacción y La Revolución, obra publicada en 1854, en la que expone ampliamente sus ideas sobre la federación.
- (13).- Citado por Gurvitch, ob.cit., pág. 57 de Du Principe Fédératif, Paris, 1959.
- (14).- Véase Gurvitch, ob. cit., pág. 56-59.
- (15).- Véase la cita correspondiente a F. Urales, La evolución...
- (16).- Véase los apuntes biográficos de su contemporáneo James Guillaume en la edición de Sam Dolgoff, La Anarquía según Bakunin, Madrid, 1983 (4a ed); la introducción de Rudolf Rocker en la compilación de textos de Bakunin preparada por G.P. Maximoff, Escritos de Filosofía Política, 2.vol., Madrid, 1978; el estudio de E. H. Carr, Bakunin, Barcelona, 1972 y del mismo autor Los exiliados románticos, Barcelona, 1969. Y entre otros estudios generales de la obra del revolucionario ruso, el de G.D.H. Cole, ob. cit. vol.II; M. Cranston, Un Debate Imaginario entre C. Marx y M. Bakunin, Barcelona, 1976 (2a ed), y el monográfico Bakunin/Marx: al margen de una polémica publicado en "Ruedo Ibérico", n.55-57, Paris, 1977.
- (17).- Véase más adelante el apartado sobre los principales ideólogos del anarquismo en Catalunya donde se detalla el contenido de dicha corriente, así como la idea de la configuración de dos generaciones entre los libertarios catalanes. Una primera orientada básicamente por el colectivismo bakuninista y una segunda, más favorable a los planteamientos anarco-comunistas de Kropotkin.
- (18).- Edición de S. Dolgoff, ob. cit., pág.323, citado del texto de Bakunin, La Comuna de París y la Idea del Estado, preámbulo a la segunda parte de su obra El imperio látigo-germánico y la Revolución Social, escrito en 1871. La edición que utiliza Dolgoff es la de sus obras completas en francés: Bakunin, M., Oeuvres, vol.IV, Paris, 1910, pág.245-275.
- (19).- Dolgoff, ob. cit., pág.137-138 del texto de Bakunin, Federalismo, Socialismo y Anti-teologismo de Oeuvres, vol.I, Paris, 1895, pág.14-35.

- (20).- Id. idem, pág.142 de Id. idem.
- (21).- Ibid. ibidem, pág.146 de Ibid. ibidem.
- (22).- Compilación de G.P. Maximoff, ob. cit., pág.168 del texto de Bakunin, El imperio látigo-germánico... Maximoff da referencia de la edición rusa y francesa de la obra de Bakunin.
- (23).- Id. idem, pág. 168 de id. idem.
- (24).- Ibid. ibidem, pág.67-68 de Federalismo, Socialismo...
- (25).- Id. Idem, pág.169 de El imperio látigo-germánico...
- (26).- Véase una ampliación del tema en el prólogo de R. Rocker en la compilación de Maximoff, ob. cit., pág.24.25.
- (27).- Véase Alvarez Junco, La ideología política..., al final de cada uno de los capítulos del libro, donde relaciona las traducciones de las obras más interesantes, de Bakunin y otros autores anarquistas o de gran predicamento entre los adeptos a esa ideología.
- (28).- Id. idem.
- (29).- El título de la obra en castellano fue El apoyo mutuo: un factor en la evolución. Los datos sobre este apartado han sido localizados entre otras fuentes en la Encyclopedia Britannica, edición citada; en Joll, ob. cit. y en Alvarez Junco, ob. cit., por lo que hace referencia a la versión castellana de sus obras.
- (30).- Véase Joll, ob. cit., pág.142 y ss.
- (31).- Sobre las diversas noticias de las visitas de Kropotkin a España, véase Alvarez Junco, ob. cit.; A. Lorenzo, ob. cit., pág.446 y Morato, J.J., Líderes del movimiento obrero español (1868-1921), prólogo y notas de V. M. Arbeloa, Madrid, 1972.
- (32).- Véase mayor ampliación sobre las vicisitudes de esta revista que en 1894 pasaría a dirigir Jean Grave en París, en Joll, ob. cit., pág. 115.
- (33).- Véase como complemento a la información de Alvarez Junco en su ob. cit., el estudio preliminar de Pérez de la Dehesa, pág.32 en Urales, La evolución de la Filosofía...
- (34).- Véase como complemento a la nota anterior, el artículo de Pérez de la Dehesa, R.- La Editorial Sempere en

Hispanoamérica y España en "Revista Iberoamericana", n.69, 1969.

- (35).- Véase concretamente el apartado sobre el análisis de contenido de estas tres revistas en el capítulo sobre la Sociología de los anarquistas en Catalunya.
- (36).- Véanse entre otros, los estudios de Joll, J. - Los Anarquistas, México, 1968; Horowitz, I.L. - Los Anarquistas, Madrid, 1975; Arvon, H. - L'Anarquisme, Barcelona, 1964; Cole, G.D.H. - Historia del Pensamiento Socialista, vol.II, México, 1964 (3a e); Nettlau, M. - Historia de la Anarquía, Barcelona, 1978.
- (36bis).- Una ampliación sobre este tema y más en concreto sobre la idea de rechazo de la autoridad política existente puede verse, especialmente para el caso de los anabaptistas, en el magnífico estudio de E. Bloch Thomas Münzer. Théologien de la révolution, Paris, 1964.
- (37).- Joll, J. ob. cit., pág.21.
- (37bis).- Lema que corresponde también al título del libro sobre el movimiento obrero, escrito por J. Romero Maura La Rosa de Fuego, Barcelona, 1975.
- (38).- Para una mayor ampliación del tema sobre las relaciones entre el anarquismo y los intelectuales de esa época, en el panorama internacional, véase Joll, ob.cit., págs. 150-161.
- (39).- Una explicación más amplia del caso español, puede encontrarse en Urales, F. La evolución de la Filosofía en España..., Barcelona, 1977.
- (40).- Joll, ob.cit, pág.259.
- (41).- Jutglar, Pi y Margall y el Federalismo..., vol. I, pág.234.
- (42).- Bernal, J.D. Historia Social de la Ciencia, Barcelona, 1979 (5a ed), 2 vol.
- (42bis).- Id. idem, vol.I, pág.422.
- (43).- Ibid. ibidem, vol.I, pág.425.
- (44).- Reclus, Elisée - El Hombre y la Tierra, Madrid, 1975, vol.I, pág.87.
- (45).- Proudhon, ¿Qué es la propiedad?, pág.17.
- (46).- Id. idem, pág.18.

- (47).- Citado por Gurvitch en Proudhon, pág.91., de Philosophie du Progrès, París, 1946, pág.43 y pág.131 respectivamente.
- (48).- Citado por Maximoff, ob. cit., vol.I, pág.59 de El Imperio Látigo..., edición rusa, vol.II, pág.170.
- (49).- id. id., pág.61 de El Látigo..., edición rusa, vol. II, pág.192.
- (50).- id. id., pág.66 de Federalismo..., ed. francesa, vol. I, pág.71-72.
- (51).- id. id. pág.67 de Un miembro de la Internacional contesta a Mazzini, edición rusa, vol.V, pág.69.
- (52).- id. id., pág.72 de El Látigo..., edición rusa, vol.4, pág.194-195 y 203.
- (53).- Véase la referencia concreta a este escrito en el apartado sobre la influencia de los socialistas utópicos en Catalunya.
- (54).- Citado por Maximoff, ob. cit., pág.79 de Los Lullere, edición rusa, vol.IV, pág. 39-40.
- (55).- id.id. pág.206 de Alianza revolucionaria mundial de la Democracia Social, edición rusa, pág.32-33.
- (56).- S. Giner, ob. cit., pág.440.
- (57).- Sobre la obra de Urales y Mella puede verse el estudio de A. Segarra - F. Urales y R. Mella, teóricos del anarquismo español, Barcelona, 1977. Sobre Lorenzo han de consultarse obligatoriamente los libros de Alvarez Junco, en especial el ya citado La ideología política del anarquismo..., donde realiza un exhaustivo análisis de la misma, acompañado de una gran cantidad de referencias documentales y bibliográficas. Asimismo notable es su prólogo y notas a la edición ya reseñada de El Proletariado Militante. Pueden consultarse también las referencias bibliográficas dadas en la nota n.89 del presente capítulo, que detallan las fuentes biográficas de los ideólogos en cuestión.
- (58).- Alvarez Junco en el vol.II, pág. 365 y ss. de la selección de textos hecha por Horowitz - Los Anarquistas, Madrid, 1975 y de modo general en todas las referencias ya citadas.
- (59).- Horowitz, ob. cit., vol.II, pág. 367.

- (60).- Tal como lo atestiguan testimonios directos como el de Anselmo Lorenzo en su tantas veces citado El Proletariado Militante.
- (61).- Véase para una mayor ampliación del tema lo ya reseñado en el apartado que trata del pensamiento de los padres del anarquismo.
- (62).- Véanse para ampliar la profundidad de tales diferencias los estudios ya citados de Termes - El movimiento obrero en España - y Alvarez Junco - Ideología Política...
- (63).- Citado por Núñez Florencio en El terrorismo anarquista, Madrid, 1983, pág.14 de M. Nettelau, Historia de la Anarquía
- (64).- Anselmo Lorenzo en El Proletariado Militante, pág. 415, el resultado y acuerdos de aquellas Conferencias comarcales. En el "tema 14" titulado "Conveniencias de hacer represalias" puede leerse: "Se reconoce la necesidad de ejecutar represalias, tanto en las personas y en los bienes de los burgueses..."
- (65).- Brenan, G. - El Laberinto Español, Barcelona, 1977, pág.213. El texto coincide con la cita de Núñez Florencio, ob. cit., pág.16-17.
- (66).- Véase el artículo de Vicens Vives, J., - El moviment obrerista català 1901-1939, publicado póstumamente en "Recerques", n.7, 1978.
- (66bis).- Véase una mayor ampliación del tema en el apartado biográfico de este autor.
- (67).- Véase la referencia concreta de este folleto en el capítulo sobre "Anarquismo y Movimiento Obrero".
- (68).- Lida, Clara E. - Educación anarquista en la España del Ochocientos en "Revista de Occidente", n.76, 1971, pág.42.
- (69).- Véase el artículo de C. P. Boyd - Els anarquistes i l'educació a Espanya (1868-1909) en "Recerques", n.7, 1978, pág.57-59. Véase también básicamente el artículo de Jutglar - La enseñanza en Barcelona en el siglo XX en "Anales de Sociología", n.3, 1969 y del mismo autor, Notas para el estudio de la enseñanza en Barcelona hasta 1900, Barcelona, 1966.
- (70).- Véase Alvarez Junco, ob. cit., donde al final de cada capítulo da una relación exhaustiva de títulos publicados y traducidos con sus correspondientes tiradas. Véase además el ya citado artículo de Pérez de la Dehesa.

- (71).- La esperanza en una ciencia redentora se manifestaba incluso en momentos en los que la violencia cobraba importancia creciente como arma revolucionaria. Así en el citado Congreso de Sevilla de la FTRE (1882) los colectivistas más moderados defendieron a la ciencia como solución a todos sus problemas, frente a las posiciones más favorables a la violencia de los "intransigentes". Según reproduce Anselmo Lorenzo en su repetidas veces citada crónica del movimiento obrero, "La Revista Social" publicó lo siguiente: "...El concepto de la revolución social que persiguen los federados, los cuales no aspiran a su redención social empleando medios violentos, sino por la eficacia de la revolución científica, cuya base es la instrucción e ilustración de la clase proletaria". Lorenzo, ob. cit., pág.433.
- (72).- Lorenzo, ob. cit., págs. 138-139.
- (73).- F. Urales, ob. cit., pág. 128.
- (74).- Véase el citado estudio preliminar de Pérez de la Dehesa a la obra de Urales, antes reseñada y el libro de Segarra, citado en la nota n.57 de este mismo capítulo.
- (75).- Alvarez Junco , ob. cit., pág.69.
- (76).- Véase la reproducción del dictamen en Lorenzo, ob. cit., pág.343-345.
- (77).- Como ejemplo de lo dicho, puede citarse la biografía de cualquiera de los ideólogos hasta ahora citados, que será tratada con mayor extensión más adelante. O el caso de Cels Gomis, internacionalista desde la primera época de la FRE, que a sus obras de contenido ácrata puede añadir la redacción de un volumen de la Geografía General de Catalunya, dirigida por Carreras Candi, además de ser uno de los impulsores de la Biblioteca Arús. Pudiendo citarse también al ácrata y crítico de arte Eudald Canibell que fue asimismo uno de los bibliotecarios de la citada biblioteca Arús y a tantos otros personajes anónimos que trataron de cambiar el mundo con su afán de conocimiento.
- (78).- Pues la homogeneización aquí citada no guarda relación alguna con la idea de "intelectual orgánico" que definida por Gramsci tanto ha dado que hablar dentro del movimiento obrero de tendencia marxista.
- (79).- F. Urales, ob. cit., págs. 161-163.
- (80).- E. Lluria - La Evolución Super-Orgánica. La Naturaleza y el problema social, Madrid, 1905; otra edición en Barcelona, s.a.

- (81).- Gumersindo de Azcárate - La Filosofía de la Anarquía, (Memoria de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas) Madrid, 1898; Segismundo Moret - Doctrina Filosófica y Social del Anarquismo, (Discurso leído en el Ateneo de Madrid), Madrid, 1896; Adolfo Posada - Sociología y Anarquismo, artículo en "Revista General de Legislación y Jurisprudencia", n.84, Madrid 1894.
- (81bis).- La Iglesia y García, Gustavo - Caracteres del Anarquismo en la Actualidad, Madrid, 1905. Este abogado madrileño ganó con este estudio el premio "Conde de Toreno" convocado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Fue publicado de nuevo en Barcelona, dos años después.
- (82).- Los datos utilizados en este apartado han sido extraídos del artículo de J. Castellanos - Aspectes de les relacions entre intel·lectuals i anarquistes a Catalunya al segle XIX (A propòsit de Pere Coromines) en la revista "Els Marges", n.6, 1976.
- (83).- Citado por Castellanos, ob. cit., pág.16 de Torras i Bages, J. - Obras Completas, vol.XV, Barcelona, 1936, pág.24.
- (84).- Castellanos, ob. cit., pág. 24. Parece oportuno añadir que la calificación de sociólogo que el autor confiere a Coromines, apoyada incluso en unos supuestos proyectos que el abogado catalán tenía - antes de 1896 - para realizar unos estudios en el campo de la criminología y de la Sociología de masas, no han podido ser corroborados con mayor detalle en esta investigación, tras haber leído los Diaris i Records, que en su día editó Max Canher con la ayuda del propio hijo de Coromines, el célebre filólogo Joan Coromines.
- (85).- Los testimonios de Urales en Mi Vida y de Coromines, en las citadas Memorias, son algunos de los más relevantes en torno a un proceso que tuvo un gran impacto en la sociedad catalana del momento. Impacto que por otra parte el tiempo y la memoria histórica colectiva - no siempre fiel - han ido difuminando.
- (87).- Tal como ya se ha comentado, la fundación de la CNT data de 1910.
- (88).- Véase una vez más, Alvarez Junco, ob. cit., al final de cada capítulo.
- (89).- Las fuentes utilizadas son diversas: ICTINEU, ob. cit.; la ENCICLOPEDIA CATALANA; la obra de J.J. Morato - Líderes del movimiento...; Brenan, ob. cit.; el artículo de G. Zaragoza - Antoni Pellicer i Paraire i l'anarquisme argenti en "Recerques", n.7, 1978, y las

referencias ya reseñadas en la nota n.62 del presente capítulo.

- (90).- Véase la carta, ya citada, reproducida en el anexo documental de la presente investigación a partir de la obra Martí, Orígenes del Anarquismo..., y también reproducida por Termes, ob. cit.
- (91).- Véase el folleto de propaganda de "La Federación", reproducido en el anexo documental de la presente investigación, a partir de Martí, ob. cit., como en la nota anterior.
- (92).- Morato, ob.cit., pág.313.
- (93).- Agustín Segarra, en la obra ya citada, realiza una primera aproximación al pensamiento y a la obra de Mella, dando además una relación exhaustiva de la bibliografía de este autor. También puede consultarse el estudio de Antón Fernández Álvarez - Ricardo Mella o el anarquismo humanista, prólogo de la profesora de la Universidad de Santiago de Compostela, Esperanza Guizán, de próxima aparición en la colección "Historia, Ideas y Textos" de la Ed. Anthropos.
- (94).- Ver además del ya citado estudio de Segarra, el también citado prólogo de Pérez de la Dehesa.
- (95).- Urales, F. - La evolución..., pág. 115.
- (96).- Véase el apéndice de Álvarez Junco en la obra citada de Lorenzo, donde puede apreciarse los numerosos prólogos que Tarrida escribió para las obras de este anarquista toledano.
- (97).- Gil Maestre que en 1886 era magistrado de la Audiencia de Girona y un firme partidario del catolicismo social, deudor de la doctrina de León XIII, tuvo gran predicamento en el pensamiento reformista de la época. A sus colaboraciones en las principales publicaciones de corte conservador de aquellos años cabe añadir la que aquí se cita - El Anarquismo en España y el especial de Barcelona, Madrid, 1897.

4. LA SOCIOLOGIA DE LA EPOCA

4. LA SOCIOLOGIA DE LA EPOCA

Si al tratar de los orígenes de la Sociología en Catalunya se ha aceptado que bajo tal lema se podrá considerar la figura u obra de cualquier persona interesada en "lo social", bueno será dedicar algunos comentarios a quienes se preocuparon de tal cuestión en aquella misma época, pero en otros lugares.

Un paso obligado para cumplir tal razonamiento es referirse a quienes fueron, en principio, los iniciadores del conocimiento de "lo social" en el siglo XIX. Ello conduce ineludiblemente a la Europa del momento y concretamente a una sociedad europea que vivía inmersa en un fuerte incremento del proceso de industrialización capitalista. Proceso a todas luces acompañado por la creciente preocupación acerca de los problemas que tal fenómeno producía en la nueva organización social emergente.

No es éste el lugar y el momento más adecuado para defender la paternidad o el padrinazgo (1) absoluto de Comte o de Marx sobre la nueva ciencia social. Ya que aun reconociendo que posiblemente fue el autor francés el primero en nombrarla como Sociología, tal razonamiento resulta cuando menos estéril en este contexto. De lo que aquí se va a tratar es de analizar breve y esquemáticamente la significación que figuras y obras como las de Saint-Simon, Comte, Marx o Spencer tuvieron en lo que respecta a la problemática de "lo social". Y de añadir la repercusión que tales figuras y tales obras supusieron - en los casos en que exista información viable - en la España de la época y muy especialmente en los anarquistas que desarrollaron sus actividades en Catalunya.

Cualquier otra posibilidad resultaría vana. Cualquier otro criterio de rememoración de los orígenes de la Sociología como ciencia resultaría un empeño poco útil. Pues tratar de clasificar o de diferenciar quienes fueron los inspiradores de quienes fueron los verdaderos fundadores o sociólogos propiamente dichos, además de plantear un falso problema (2), no facilitaría el cumplimiento de los objetivos de la presente investigación. Ya que como bien dice Ansart: "Si se piensa que la ciencia social se constituye en el momento en que el interés del conocimiento no se dirige ya hacia los regímenes políticos, sino hacia las relaciones sociales, se puede pensar que el siglo XVIII, y especialmente Montesquieu, habían iniciado ese desplazamiento. Si se piensa que la sociología no cogió verdadero impulso hasta las primeras investigaciones cuantitativas, resulta mejor Le Play o Quételet para fijar ese punto de partida. No se trata pues de imaginar una serie lineal simple en la que algunos autores hubieran creado ellos solos el método de las ciencias sociales. En realidad, la formulación de los objetivos de las ciencias sociales fue la obra de un movimiento intelectual amplio..." (3). Y a tal amplitud se pretenden acoger estas líneas.

4.1. LA SOCIOLOGIA EUROPEA

4.1.1. Saint-Simon

Según señala Gurvitch (4) en el prólogo a La Physiologie Sociale de Saint-Simon, este "heredero de los enciclopedistas" jugó el papel de "San Juan Bautista en relación a la Sociología moderna". Por otra parte, otros autores, como Moya, lo consideran el "... profeta de las dos corrientes espirituales que dominan Europa en el siglo XIX hasta llegar a nuestros días: el positivismo -pensar típico de una burguesía protagonista de la economía industrial capitalista y de una ciencia política liberal - y el socialismo científico, la utopía de la clase obrera sobre cuya alienación humana se edificaba un nuevo horizonte de posibilidades materiales que transformarían de raíz la convivencia humana" (5).

Sea cual sea la valoración final que se quiera conceder a su obra, puede afirmarse que Saint-Simon es el hombre que con una gran capacidad de síntesis presupone los objetivos de estudio más relevantes en el campo de la futura Sociología: los sistemas sociales, los conflictos de clase y los cambios de valores que provoca la industrialización. Con ello será uno de los primeros en formular los objetivos de un nuevo saber - el de la ciencia del hombre - que él calificará de "fisiología social", dada su gran admiración por la ciencia, según la tradición newtoniana del término. Del seguimiento de las pautas que tal tradición le marca, surgirán su veneración por las ciencias físicas y su afán por racionalizar el nuevo mundo industrial. Mundo que a su criterio estará basado en un orden nuevo nacido de una organización social estrechamente ligada al mundo del trabajo productivo. Orga-

nización en la que a diferencia del "Ancien Regime" dominarán los productores y los ociosos se verán relegados. Tales afanes le llevarán a integrar en un único proyecto las conclusiones de los expertos en biología sobre las condiciones del conocimiento humano junto a una perspectiva histórica de la sociedad.

Pero el utopismo que resulta de tales planteamientos irá siempre matizado por la firme voluntad saint-simoniana de encontrar la ley que ha de gobernar los cambios de las instituciones sociales y políticas. Ley que la nueva ciencia ha de formular de manera rigurosa, según un enfoque pre-positivista que Comte consolidará años después. Saint-Simon con este propósito permitirá además romper con la tradición de los estudios de filosofía política que habían predominado en los análisis filosóficos anteriores. El estudio de "lo social", deviene, pues autónomo.

La repercusión que la obra saint-simoniana tuvo sobre sus más directos sucesores - en el propio siglo XIX - fue incluso reconocida públicamente por buena parte de ellos. Así, en el caso de Proudhon, tal reconocimiento se evidenció en su obra Idea general de la Revolución, por citar tan sólo un ejemplo. En ella, el autor de Besançon, soslayando el mensaje capitalista que la exaltación de la industrialización saint-simoniana podría hacer suponer, incluso reclama para el autor del Catecismo de los Industriales el haber formulado un primer esbozo de organización anarquista (6). Organización que habría de estar basada en la reivindicación de substituir la administración de las cosas por el gobierno de las personas, e incluso incluiría como demanda posterior la destrucción progresiva de los poderes gubernamentales. Pode-

res a los que debería oponerse una socialización igualitaria de la producción.

De modo similar, puede decirse que la utilización que Proudhon hizo del término ociosidad - utilizado como crítica a los patronos y burgueses especuladores y no productivos - tiene una clara raíz saint-simoniana. Raíz que a su vez puede ser también detectada, aunque en sentido contrario, en el antiteísmo y en el jurisdiccionismo extremo de la obra proudhoniana como respuesta al panteísmo y al menosprecio hacia la reglamentación jurídica de la obra saint-simoniana.

Por otra parte de todos es sabido que a los ojos de Marx y Engels, Saint-Simon fue uno de los primeros en percibir los conflictos que el nuevo régimen industrial produjo. Llegando a afirmar el autor de El Capital que en el Nuevo Cristianismo, su autor se "presenta directamente como el portavoz de la clase trabajadora y declara que su emancipación es el objetivo final de sus esfuerzos" (7). Resulta pues lícito, según este autor, retener una visión de la obra saint-simoniana, indicativa de ciertos aspectos de la sociedad socialista. Lectura interesada, que al igual que en el caso de la de Proudhon, dejaría al margen los aspectos de una obra que surgió para consolidar los aspectos socio-económicos de un régimen industrial impulsado por la burguesía.

Resulta asimismo cierto que Spencer le debe a Saint-Simon, en opinión de Gurvitch, su dicotomía entre regímenes militares y regímenes industriales, a pesar de que el autor inglés concede a este último lema un significado distinto (8). Ya que para el conde francés los regímenes industriales se caracterizan por la abundancia, el pacifismo, un cierto libe-

ralismo económico y una creciente liberalización del trabajo. Procesos todos ellos viables merced a la libre competencia y a la intervención moderada del Estado, situación en la que se asegura igualdad de oportunidades para todos. Spencer por el contrario, definió tales regímenes a partir de la existencia de una libre competencia, basada en la libre contratación individual. En realidad, fue éste el autor menos influenciado por la obra saint-simoniana.

La repercusión sobre Comte, merece comentario aparte. Pues más allá de la anécdota histórica que contempla la relación directa entre ambos autores - Comte fue secretario de Saint-Simon - existe una ligazón teórica no siempre reconocida y sujeta a fuertes controversias entre los estudiosos de las obras de ambos sociólogos. Así en opinión del ya citado Gurvitch, "Comte, finalmente retiene muy poco de la obra de Saint-Simon" (9). Aunque sí reconoce la existencia de una cierta continuidad entre la obra sociológica de Saint-Simon, Proudhon y Marx que - a su criterio - no pasa necesariamente por el fundador del positivismo. Pero sin embargo, es cierto que en la obra de Comte pueden encontrarse buena parte de las formulaciones iniciadas por Saint-Simon.

La conocida ley de los tres estadios, el ya citado positivismo e incluso la teocracia final imaginada por Comte, en la que había de existir un poder último basado en la ciencia, son en buena medida planteamientos deudores de conceptos e intuiciones formulados por Saint-Simon con anterioridad. Pero bien es cierto que no son precisamente las derivaciones comtianas de tales planteamientos, las que suelen merecer mayores críticas. Comte es acusado, en palabras de Gurvitch, de separar la "estática social" de la "dinámica

social", "... proyectando la sociedad hacia un ente superior - el Estado ideocrático autoritario - (...) haciendo mover la sociedad sin que cambie de naturaleza, negligiendo el problema de las clases sociales..." (10). Por lo que el creador del término Sociología sería, según esta interpretación, un epigono conservador de Saint-Simon.

El impacto de la obra de Saint-Simon en el contexto español de la época aquí estudiada, fue poco apreciable, en cuanto a manifestaciones concretas se refiere. Tal como ya se ha comentado en el apartado sobre la influencia del pensamiento de los socialistas utópicos en Catalunya, existió en Barcelona un grupo de saint-simonianos - alrededor de 1835 - entre los que destacó el futuro higienista Doctor Pere Felip Monlau. Sí puede hablarse, sin embargo, de una cierta mentalidad saint-simoniana en la obra de buena parte de los pioneros de la industrialización catalana. Pioneros que estaban a favor de las clases productoras - la burguesía industrial - y en contra de los ociosos, mantenedores de los privilegios del Antiguo Régimen. Fue, no obstante, un empeño de corto alcance, pues de todos es conocida la debilidad del proceso industrializador de este país.

4.1.2. Comte

Comte es sin discusión el fundador de la llamada Filosofía Positiva y el primero que logró afirmar un nuevo término para calificar la nueva ciencia social. Ha sido además reconocido de manera unánime como uno de los pioneros de la mencionada ciencia. Contemporáneo de los cambios producidos por la Revolución Francesa y por la implantación de la industrialización capitalista, los principales analistas de ambos

fenómenos coinciden en afirmar que Comte trató de encontrar los elementos necesarios para que el nuevo orden surgido tras esos fenómenos deviniese estable. Fue un autor, por lo tanto, fuertemente preocupado por "... el desorden, por el hundimiento del orden y de las ideas, por la confusión organizativa y política que ve alrededor suyo" (10bis). El problema que más le motivaba era lograr solucionar la crisis de la sociedad, que según su criterio era debida a la anarquía intelectual de la época. La "cuestión social" que tanto motivó a sus contemporáneos era para Comte en ese contexto de crisis, un fenómeno pasajero que el desarrollo del nuevo orden social industrial se encargaría de eliminar.

De hecho, tal como él mismo confesó - en sus comienzos - la preocupación fundamental de sus estudios fue la de permanecer en relación con los hombres para tratar de mejorar su suerte (11). Tal preocupación le llevó en la primera etapa de su vida a impartir clases de Astronomía a miembros de la clase obrera (11bis). Pero con posterioridad, tales afanes se convirtieron en la necesidad de formular un cuerpo de teoría en el que el objeto de estudio central dejó de ser el hombre - considerado individualmente - para pasar a ser la sociedad, considerada en su globalidad.

Las ideas básicas de su construcción teórica quedaron ya dibujadas en el Curso de Filosofía Positiva, tal como señalan los estudiosos de la obra comtiana. Curso, que como es sabido, está compuesto por setenta y dos lecciones, que a modo de guión y sin intención de publicarlas escribió - a partir de 1826 - con motivo de las lecciones que impartió a un reducido auditorio. Las dos ideas básicas de la Filosofía Positiva eran organizar las ciencias en una gran escala jerár-

mente estará tan sólo interesada en los fenómenos observables.

Tales fenómenos estarán sujetos a leyes generales descriptivas semejantes a la ley de la gravedad de Newton. Razónamiento del que se derivará el que el conocimiento positivo sea el único capaz de conocer el universo. Universo no entendido de manera absoluta sino en relación a la extensión del mundo, tal como aparece ante los ojos de unos hombres determinados en una sociedad determinada. Pues Comte no hay que olvidarlo, al formular el paralelismo antes mencionado, trataba de fundamentar el instrumento clave para reorganizar el nuevo orden social: la renombrada ley de los tres estadios. Criterio según el cual, cada estadio aparecía asociado a una forma distinta de organización social.

Como ya es sabido, el estadio teológico iba asociado a un orden social autoritario y militarista en el que predominaba el derecho divino del monarca; en el estadio metafísico el imperio de los monarcas era substituido por el mandato de la soberanía popular y el dictado de la ley, y por último, el estadio positivo iba asociado al desarrollo de la sociedad industrial. En este último estadio cabía considerar además que el orden imperante estaba basado en la vida económica de los hombres, quienes se veían regidos por una élite de científicos capaces de organizar y regular la organización social. Elite que, a modo de colofón, necesitaba adquirir los conocimientos de una nueva ciencia - la Sociología - para poder desarrollar su tarea.

La segunda lección del Curso era la que presentaba un interés práctico más destacado. Estaba dedicada a establecer la

clasificación "o consideraciones generales sobre la jerarquía de las ciencias positivas". Siendo en esas consideraciones, donde Comte definía las seis ciencias que él creía existentes en su época; el método o "procedimiento" que a cada una de ellas le era propio, y la justificación del porqué de la jerarquización establecida. En definitiva, donde se sentaban las bases justificadoras de la "Filosofía Positiva", convirtiéndola en el símbolo de expresión del espíritu científico imperante en el siglo XIX. En esta obra se daba respuesta a las dos aspiraciones fundamentales de los pensadores del Novecientos: el orden y el progreso. A partir de esas respuestas se podían asentar los presupuestos de la nueva organización socio-política que el orden burgués necesitaba.

La obra que Comte desarrolló con posterioridad, de la cual el Sistema de Política Positiva es su mejor exponente, sirvió generalmente para completar la formulación de la nueva ciencia social. En el Sistema se diferencia claramente entre la "Estática Social" y la "Dinámica Social". Diferenciación en la que el autor dejaba patente la analogía biológica entre sociedad y cuerpo u organismo viviente, lo mismo que su predilección por las cuestiones del equilibrio. Así como su interés por desarrollar unas leyes de la armonía, capaces de determinar las condiciones de existencia comunes a todas las sociedades. En Comte, la idea de progreso se expresaba a través del desarrollo del orden, de un nuevo orden que era necesario restablecer tras una sociedad en crisis.

La sociedad futura sería para el secretario de Saint-Simon una sociedad en equilibrio en la que la efervescencia de las luchas post-revolucionarias sería substituida por la armonía

de un orden social perfecto. Perfección posible de alcanzar merced a una correcta división del trabajo productivo ya que la nueva organización social iba a resultar de la regularización de la división del trabajo. Tema éste que Comte compartía con todos los socialistas utópicos que le precedieron o acompañaron en el siglo. Pero con la diferencia de que la idea socialista quedaba alejada de la respuesta comtiana, mucho más decantada a solucionar los problemas de reconstrucción del orden social. Característica que le valió el menosprecio o cuando menos el recelo de algunos de sus contemporáneos. Así en el caso de Proudhon, pueden leerse párrafos como el siguiente: "La lectura de ese animal de August Comte, el más pedante de los sabios, el más árido de los filósofos, el más anodino de los pensadores, el más insoportable de los escritores, me subleva" (13). En este mismo sentido Marx comentaba: "Estoy en una posición cada vez más hostil a los ojos de Comte; como hombre de ciencia, tengo de él una muy pobre opinión..." (14). Comentarios similares podrían encontrarse en los textos de Bakunin o Spencer, quienes al igual que Pi y Margall en España, habían mostrado su desacuerdo con las ideas comtianas. En el caso concreto del político catalán, puede citarse además la denuncia que ya en 1854 había formulado acerca del peligro de totalitarismo que tales ideas encerraban (15).

En España, la influencia del pensamiento positivista comtiano tuvo un buen representante en Pedro Estasén y en menor medida en la figura de Pompeu Gener. Influencia que se analizará con mayor detalle en el apartado dedicado al desarrollo y orígenes del positivismo en Catalunya. Aquí sólo cabe destacar las protestas de ambos autores ante los visos revolucionarios que los anarquistas reclamaban para el positi-

vismo. Protestas a todo punto necesarias dada la fe positivista que buena parte de los ácratas catalanes sustentaron (16). Pero ante las que cabe matizar que posiblemente más allá de los posibles peligros conservadores del positivismo, los anarquistas catalanes recibieron y aprovecharon el mensaje de actitud científica que los planteamientos comteanos encerraban. Pues efectivamente, según reconocen autores como Ferrarotti una de las aportaciones capitales de Comte es "... el haber intuido la importancia social de la ciencia" (16bis). Ciencia entendida como conocimiento observable y racional, alejada de postulados metafísicos y propia de una actuación pública, al servicio de la "regeneración de la Humanidad". Que tal regeneración pudiera conducir a una futura sociedad anarquista era posiblemente algo más utópico que el ideal comtiano, pero en cualquier caso igualmente ilusorio.

En general puede decirse que las obras de Comte fueron prontamente traducidas al castellano y es de suponer que igualmente conocidas por cuantos partidarios de reformar la sociedad existieran en los ámbitos culturales adecuados. La primera edición del Curso de Filosofía Positiva, de la que se ha tenido noticia en esta investigación data de 1835 y está traducida por J. M. Mas y Casas y F. X. Mandrés y Bohigas, habiéndose editado en Madrid. Los Principios de Filosofía Positiva, con prefacio de Littré y traducción de Luis de Terán, ven la luz, al parecer, bastantes años más tarde en Madrid y en la editorial La España Moderna. El Catecismo Positivista, en traducción de Zozaya es de 1886-87 y está editado en tres volúmenes en Madrid por Minuesa de los Ríos. Por último, puede citarse como significativo, el que el Discurso del Espíritu Positivo no conociera traducción hasta 1934 de la mano de Julián Marias para Revista de Occidente.

4.1.3. Spencer

Spencer ha sido sin ninguna duda el autor que mayor impacto ha causado en los anarquistas aquí considerados, así como en el mundo de los intelectuales españoles de la época, preocupados por cambiar el orden social vigente. Siendo posiblemente su idea anti-estatista la causa de tal impacto. Sin embargo, también puede decirse que el conjunto de su teoría, representó para aquellos momentos, la síntesis de las principales ideas que giraban en torno a la problemática de "lo social". Así, junto al positivismo, que compartió con Comte, Spencer aglutinó el evolucionismo, del que Darwin daría su máxima expresión. Todo ello completado por un organicismo perfecto que a modo de expresión cientifista planteaba la máxima analogía entre sistema social y organismo vivo.

Si Comte había supuesto una evolución de la Humanidad sujeta a la ley de los tres estadios, Spencer estableció un proceso de evolución social en el que todo tendía a demostrar la creciente individualización que dicho proceso evolutivo producía. A ello cabía añadir el que como buen hijo del siglo estaba persuadido de la bondad de la ya citada filosofía positiva y por lo tanto creía que los fenómenos sociales podían ser analizados de la misma manera que los de las ciencias físico-naturales. Si además tales ideas cristalizaban en un absoluto rechazo del Estado se comprende que al igual que sirvieron para expresar la ideología de la burguesía que propició la expansión del capitalismo industrial, pudieron servir de punto de referencia a los anarquistas. Punto de referencia hecho posible gracias a una lectura en clave re-

volucionaria que explica de alguna manera la posible paradoja en la que los libertarios catalanes se vieron sumergidos.

Según la valoración que Peel (17) realiza de la Sociología spenceriana, puede decirse que las raíces de su pensamiento cabe buscarlas en las aportaciones críticas de los intelectuales disidentes ingleses ante el fenómeno de la Revolución Industrial. Recordando al respecto que el proceso industrializador en la Gran Bretaña tuvo su origen en las pequeñas ciudades de provincia - zona de los Midlands - alejadas del centro del poder político. Y que precisamente en esas capitales de provincia, los citados disidentes actuaron como grupos de presión, en total oposición frente a un Estado tradicional dominado por una aristocracia y un poder eclesiástico que les eran profundamente ajenos.

Spencer nació y se educó en ese ambiente y por ello desde un primer momento formó parte de ese núcleo de pequeño-burgueses que estaban a favor del progreso industrial y en contra del sistema tradicional vigente. Núcleo del que llegaría a ser uno de sus máximos exponentes al tratar de buscar nuevas fórmulas de organización social. Fórmulas que serán en buena medida el resultado de las ideas procedentes de la Francia revolucionaria y del pragmatismo británico. Peel reivindica, en este sentido, un contenido de progreso para la Sociología de Spencer (18), al considerarla en el contexto socio-político de su época. Ya que si es cierto que el sociólogo británico se mostró a favor de las cuestiones que afectaban al progreso de las gentes, a pesar de que su máximo interés fuera rehacer el orden social. E incluso a pesar de que su primera obra sobre Sociología llevara el título de Estática Social.

En esa su primera obra sobre "lo social" - publicada en 1851 - resultaba fácil encontrar una evidente justificación del pensamiento de los citados disidentes del pequeño círculo de Derby. En ella, Spencer planteaba un esquema evolucionista de la sociedad y defendía su creencia en la bondad natural del hombre. Bondad que le era refrendada por la necesidad ineludible de cambiar la vieja sociedad, dominada por un Estado represor, justificador de la maldad de los hombres. Frente a ese esquema obsoleto y tradicional, el "laissez-faire", la acción individual percibida en clave de iniciativa privada, la libre asociación, etc..., representaban un evidente progreso y la posibilidad de fundamentar una sociedad futura plenamente industrializada.

A partir del nuevo esquema de organización social se justificaba asimismo la función de motor del cambio social conferida a la industrialización y la importancia del factor social por encima o cuando menos diferenciado de lo político. Presentando Spencer, en este punto, una importante diferencia con el planteamiento que sobre el tema se hacía por aquella época en el continente. Ya que mientras para la Sociología francesa del momento - Comte muy especialmente - el sistema de ideas era el que había de actuar como motor del cambio, para el sociólogo británico, los principios filosóficos, las ideas..., eran sólo epifenomenales a ese proceso. Para los estudiosos de las islas, el factor económico, las opiniones públicas, el carácter individual y aun la tecnología fueron los elementos que realmente sentaron las bases de un determinismo capaz de explicar mejor la nueva sociedad que emergió tras la industrialización. Así se había escrito en "The Economist" - diario liberal del que Spencer fue subdi-

rector -: "No es cierto que las leyes naturales determinen (...) la distribución de la riqueza (...) y en consecuencia (...) todos los fenómenos sociales" (19). Opinión que seguramente Comte difícilmente hubiera suscrito.

No era éste el único desacuerdo manifestado por Spencer respecto de su colega francés. En 1850, el autor de El individuo contra el Estado, dada su disconformidad con Comte, se negaba a utilizar el término Sociología o aun el de ciencia social, huyendo de cualquier formulación que pudiera significar una reorganización social bajo planes socialistas o colectivistas. Los planes de Spencer para una sociedad futura, en la que la industrialización sería un factor clave, incluían la existencia de una cooperación sin poderes diferenciadores. Característica que era la única posibilidad para hacer viable el libre contrato entre iguales. Esquema base que guardaba un fuerte parecido con el propuesto por los anarquistas, sin mayores connotaciones ideológicas. No era ésta la única coincidencia que los ácratas catalanes compartían con Spencer, ya que además de su fuerte crítica al poder del Estado, mostraban su acuerdo con su afán por la pedagogía.

Tales acuerdos tuvieron múltiples evidencias a lo largo de las publicaciones editadas por los mencionados anarquistas. Por citar aquí tan sólo un ejemplo, cabe decir que El Individuo contra el Estado, publicado por primera vez en 1884, fue reseñado por Anselmo Lorenzo tan sólo dos años después en las páginas de "Acracia". Si bien es cierto que esa obra en concreto siempre fue considerada por su autor como de menor categoría y puede incluso decirse que fue fruto de su creciente desilusión. Como es sobradamente conocido, en ella

Spencer atacaba duramente la creciente intervención que el Estado llevaba a cabo en la sociedad, a través de múltiples servicios sociales: regulaciones en el campo de la educación, en el laboral, en la sanidad, etc... Lo que para el autor de *Derby* significaba que los liberales en el poder trataban de rehacer el nuevo orden social industrial a la vieja usanza "tory", fenómeno que desembocaría en la llegada de un nuevo esclavismo.

De acuerdo con sus criterios no intervencionistas, el liberalismo, cuya función en el pasado había sido la de poner límites a los poderes del rey, tenía como función en el presente poner coto a los poderes del parlamento. Tal escrito era pues además un furibundo ataque al sistema parlamentario. Ataque que fue recogido de manera especial por Ricardo Mella en La Ley del Número, tal como ya ha sido comentado. El Individuo contra el Estado tuvo gran repercusión en Catalunya y como es lógico suponer no sólo en los ámbitos anarquistas. Tal como se comentará más adelante, dicha obra fue motivo de una gran polémica en el Ateneo Barcelonés, entidad muy ligada a los ambientes conservadores de la ciudad condal. José Zulueta, miembro de la Sección de Ciencias Morales y Políticas de dicho Ateneo, pronunció una conferencia sobre tales ideas spencerianas, en el curso 1884-1885, que lógicamente produjo una gran controversia.

Al parecer, el impacto popular del texto en Catalunya fue tal que existe incluso una traducción catalana del mismo con el título de L'Home contra l'Estat (20). La traducción es de 1905, publicada en la colección auspiciada por la revista "Joventut" (21). A pesar de que no se hace constar el nombre del traductor, Trinitat Monegal, en el prólogo, se excusa

por no haberla podido realizar él mismo como hubiese sido su deseo. Este joven periodista de la mencionada revista, justifica que dicho prólogo sea en realidad la reproducción de la nota necrológica dedicada a Spencer que él escribiera en 1903 para "Joventut". Según sus palabras Spencer fue "... apóstol de la libertad y evangelista del individualismo (siendo) los Principios de Sociología (...) y los Primeros Principios las partes más útiles (...) de la obra spenceriana" (22). Relata asimismo Monegal en esas páginas la influencia que el sociólogo británico ejerció sobre los anhelos catalanistas, diciendo que en sus libros "... hemos encontrado, a nuestro entender, el verdadero fundamento científico del autonomismo, y sobre todo, en su teoría de los fenómenos sociales, la base de nuestro catalanismo" (23). Insospechada reminiscencia del acendrado anti-estatalismo de Spencer, quien posiblemente nunca hubiera podido suponer las reivindicaciones nacionalistas que se hicieron derivar de su pensamiento.

El resto de su obra fue traducida al castellano pronta y profusamente. Sin ánimo de exhaustividad, se han podido recoger las siguientes traducciones: una edición en Sevilla del texto hasta ahora mencionado, traducido por Siro García del Mazo en 1885. Tres volúmenes titulados El Universo Social. Sociología general y descriptiva, con prólogo de Salvador Sanpere, publicados en Barcelona por Barris y Cia., en 1884. Los Primeros Principios, traducción de José Andrés Irueste para la Librería de Fernando Fe de Madrid, en 1887 y otra edición de 1879 para la también madrileña Biblioteca Perojo. Los Datos de la Sociología, publicados en dos tomos por La España Moderna, sin que se sepa la fecha. La Beneficencia, traducción de Miguel de Unamuno para la misma edito-

rial. La Justicia, traducción de Adolfo Posada para esa misma editorial y otra versión de Pedro Forcadell para la editorial valenciana de Fco. Sempere. Creación y Evolución, traducción de A. Gómez Pinilla para esta editorial valenciana y otra versión distinta, publicada de manera abreviada en Barcelona, en la colección de publicaciones de La Escuela Moderna. Educación intelectual, moral y física en Valencia para el ya citado Fco. Sempere, etc...

Puede afirmarse, sin temor a grandes errores, que fue el sociólogo que mayor impacto causó y mayor difusión tuvo entre los sectores intelectuales y políticos preocupados en España por la "cuestión social", en el último cuarto del siglo XIX. De lo paradójico de su influencia en los anarquistas catalanes se tratará con mayor detenimiento en apartados sucesivos.

4.1.4. Marx

Marx es uno de los pioneros de la ciencia social cuya obra ha sido difundida y estudiada, tanto por sus múltiples seguidores, como también por sus muy numerosos detractores. Sin embargo, en la actualidad, nadie que se precie de riguroso puede negar las aportaciones teóricas y conceptuales de Marx a la Sociología, sean cuales sean su fobias o filias ideológicas. Aclarado este punto previo, cabe decir asimismo lo ocioso que resultaría tratar aquí también de reseñar una vez más, una de las obras de una de las personalidades que más ha contribuido a cambiar el curso de la Historia contemporánea. No obstante, también es cierto que no puede dejarse al margen en este breve resumen. Por ello sin ánimo de clasificarle tan sólo como sociólogo, economista, politólogo o

cualquier otra vertiente de las ciencias sociales, debe y puede valorarse - desde una óptica meramente sociológica - la visión interdisciplinar y globalizadora de su método y de su análisis sobre la sociedad generada por el capitalismo industrial.

Recurriendo a las palabras de uno de sus múltiples estudiosos, cabe reproducir aquí las palabras de Schumpeter que resumen a la perfección los logros que aquí se quieren destacar: "... Marx define el capitalismo desde un ángulo sociológico, es decir, por la institución del control privado de los medios de producción; pero su teoría económica nos da la mecánica de la sociedad capitalista. Esta teoría económica muestra como operan, a través de los valores económicos, los beneficios, los salarios, las inversiones, etc., los datos sociológicos incluidos en conceptos como los de clase social, interés de clase, comportamiento de clase, intercambio entre las clases; muestra también como estos datos generan, precisamente, el proceso económico que acabará destruyendo su propio marco institucional y crean, a la vez, las condiciones para el surgimiento de otro orden social"(24).

Pero puede decirse que si el interés de Marx fue - al igual que el de Comte - fundar una ciencia de la sociedad globalizadora, bien es verdad que nunca utilizó el término de Sociología, quizá porque su contemporáneo ya lo había acuñado. Y ya ha sido citada la animadversión que el también llamado león de Treveris sentía por la figura y obra de Comte. Marx, como es bien sabido, trataba por encima de todo - más allá de la calificación de socialismo científico que Engels adjudicaba a la obra de su compañero - de fundamentar científicamente el nuevo movimiento social generado por la lucha de

la nueva clase obrera: el socialismo. Movimiento y lucha que habían de servir para construir la futura sociedad comunista.

Sin embargo, su afán científico no se derivaba necesariamente de un positivismo - en el sentido comtiano del término - pero de manera muy cercana si pretendía llevar a cabo el estudio empírico de los hechos históricos y sociales. Para ello, el plan de trabajo y el método de la ciencia que Marx deseaba elaborar tenían que superar los planteamientos de la Economía Política clásica para llegar a alcanzar un estudio mucho más amplio de la sociedad. Sociedad entendida no como un objeto de estudio en si misma sino considerada como el resultado de las relaciones sociales establecidas entre los individuos que la componía. Relaciones de las que resultaban ser las más importantes, aquellas que se derivaban de la esfera de la producción material, o lo que era lo mismo del proceso social del trabajo.

El método ideado por Marx para llevar a cabo tal análisis de la sociedad generada por el capitalismo industrial es sobradamente conocido como materialismo histórico. Y es en esa dimensión que cabe considerar la teoría social que de él se deriva. Por otra parte cabe recordar asimismo que cuatro fueron los grandes temas que Marx trató de profundizar a lo largo de su vida: los relacionados con la estructura económica de la sociedad, los referidos a la superestructura ideológica, aquéllos relacionados con la Revolución Social y por último los relativos al futuro de la sociedad. Temas todos ellos que en alguna medida compartió con sus contemporáneos - Comte, Proudhon, Spencer - pero que ninguno de ellos

fue capaz de tratar en su totalidad con la profundidad que lo hizo el autor de El Capital.

Parece obvio, que todo lo que Marx propició, relacionado con la Revolución Social y con las cuestiones relativas a la sociedad futura debían haberle acercado, de manera especial, al mundo del socialismo que los anarquistas aquí citados vivieron. Pero de todos es conocido que en realidad sus planteamientos - especialmente en su dimensión política - sirvieron para alejarlo de los ácratas. Han sido ya citadas sus discrepancias con Bakunin en la Alianza Internacional del Trabajo. Discrepancias que fueron sin duda el principal motivo por el que los libertarios catalanes no fueron también sus partidarios. Por lo que debe decirse que los mencionados anarquistas si bien conocieron su obra e incluso tomaron de ella conceptos tales como clase social y plus-valía, entre otros, no siguieron sus ideas en temas tan trascendentales como el acceso al poder político, etc...

El impacto de la obra marxista en España, tras la creación de la AIT, fue reforzada por la presencia de Paul Lafargue en Madrid, tal como ya se ha comentado. De los avatares que tal reforzamiento supuso dentro de las diversas opciones del movimiento obrero español existen numerosos estudios y abundante bibliografía. Un buen ejemplo de ellos es la relación detallada de las traducciones al castellano de la obra de Marx y Engels, así como de lo que ésta supuso en el mundo intelectual y proletario de la época, que puede consultarse en el número monográfico del boletín "Anthropos", n.33-34. Monográfico publicado con motivo del primer centenario de la muerte de Karl Marx (25).

Como punto final sólo añadir que no sería correcto cerrar este apartado sobre la obra y la figura de algunos de los principales pioneros de la ciencia social en el siglo XIX, sin citar a Proudhon o a Bakunin. Criterio éste que se quiere compartir con estudiosos del pensamiento social como Bernat Muniesa, quien reivindica para tales autores su capacidad de hacer del análisis de la sociedad, un análisis laico. Muniesa aclara a este respecto lo siguiente: "En esta labor tan higiénica habría que colocar también a autores como Robert Owen, Pierre Joseph Proudhon, numerosos socialistas "del 48" y a Mikhail Bakunin, quienes sin poseer el rigor analista de Marx y su tajante forma de expresarse, contribuyeron a erradicar definitivamente el mito religioso del proceso social y generar inquietudes humanistas" (26).

Después de lo cual, sólo queda añadir que no sería correcto terminar este breve resumen sin volver a recordar aquí las relaciones entre la Sociología y algunos de esos "analistas laicos", Proudhon y Bakunin concretamente. En esta investigación, ya han sido analizadas más extensamente, al comentar el pensamiento de los padres del anarquismo, en general y especialmente en los apartados correspondientes a las opiniones de esos autores sobre las ideas de ciencia y progreso. De ahí y que con el fin de no repetir lo dicho, quepa también remitirse a lo mencionado en esas páginas.

4.2. LA SOCIOLOGIA EN CATALUNYA

Concluido el comentario sobre la significación de los primeros estudiosos de "lo social" en el ámbito europeo, parece necesario referirse al marco catalán. Para ello nada mejor que retomar el esquema base, mencionado en el capítulo sobre los orígenes de la Sociología en Catalunya. Esquema, que tal como se ha visto, estaba presente en la mayoría de los estudios sobre el tema y según el cual podía definirse la aparición de esta disciplina en España siguiendo tres corrientes de pensamiento: el krausismo, el positivismo y el catolicismo social. A las que cabría añadir el regeneracionismo, como tendencia intermedia entre la primera y la última.

Resulta evidente que si se traslada mecánicamente tal esquema al marco catalán, el resultado no puede ser satisfactorio. En primer lugar, porque a falta de mayores estudios que analicen las cuestiones del origen de esa ciencia en ese ámbito con mayor profundidad, puede ya afirmarse que el krausismo no tuvo relevancia especial en Catalunya. Relevancia que quizás tuvo como único representante a Santiago Valentí Camp, aunque como se verá en el apartado correspondiente a este personaje, tal opinión es perfectamente matizable. Si a ello se le añade que Sales i Farré, por muy natural de Ulldecona que fuese y al que puede calificarse de krausista tras los estudios de Núñez Encabo y Jiménez Mir (26bis), elaboró su obra fuera de su tierra y sin especial conexión con los intereses de la misma, (y que su repercusión en los ámbitos intelectuales catalanes fue mínima), la afirmación de una relevancia escasa del krausismo en Catalunya, parece reforzarse. Es asimismo evidente que éste no es el momento para encontrar las explicaciones adecuadas a tal cuestión.

Pero si es preciso constatar que tal corriente de pensamiento, del mismo modo que determinó la aparición de una cierta posibilidad de Sociología en algunos centros culturales de la península - Madrid, Oviedo, Granada -, dejó un hueco importante en Catalunya.

Sin embargo, en el área catalana si hubo un importante desarrollo de las otras dos corrientes mencionadas. Puede hablarse tanto de la obra de figuras de cierta importancia en el campo del positivismo, como de una serie de investigaciones llevadas a cabo con un afán más o menos "positivista". Investigaciones realizadas bien en torno a las condiciones de vida de la clase obrera, bien sobre las cuestiones derivadas de una cierta antropología criminal, fuertemente influenciada por la escuela positivista italiana. Notable asimismo fue la aportación a los orígenes de la Sociología catalana de cuantos pueden ser englobados, a grandes rasgos, en la corriente calificada de catolicismo social. Aunque dada su importancia, será preciso clarificar con mayor detenimiento dicha corriente.

Resulta bastante más complicado, tratar de ubicar a los posibles representantes catalanes de otra tendencia, no citada siempre en el esquema, que se corresponde con el llamado regeneracionismo. Corriente de señalada importancia en la España del 98 y que tuvo en Costa y Ganivet a sus más claros exponentes a nivel estatal. El pesimismo de finales de siglo, derivado de la crisis provocada por la pérdida de las colonias, no tuvo, una vez más, una clara correspondencia en el ámbito catalán. La década precedente, conocida como la de "la fiebre de l'or", las peculiares características de "lo catalán", así como el especial auge del positivismo y el ca-

tolicismo social en Catalunya, serian quizás algunas de las causas que explicarían el fenómeno. En cualquier caso, puede decirse que como siempre que se territorializa una información, generalizada en principio para toda España, la complejidad y pluralidad de los pormenores permite matizar y completar aspectos que habían quedado desapercibidos.

Esta ocasión no es una excepción y los pormenores tienen entidad propia: En la Catalunya del último cuarto de siglo, los anarquistas contribuyeron también a abrir el camino que había de llevar al futuro desarrollo de la Sociología. Corriente de pensamiento que dada la incidencia del pensamiento y movimiento ácrata catalán justifica no sólo su presencia en ese territorio, sino también su ausencia del resto de España. La propia heterodoxia anarquista ha sido ya apuntada como posible causa de las omisiones o exclusiones de las presencias y de las ausencias, en el esquema al que antes se ha hecho mención. Ausencias producidas, casi con seguridad, por motivos no propiamente geográficos y mucho más cercanos a los criterios dominantes en la ortodoxia cultural vigente. Tal como ya se ha comentado con anterioridad, esta investigación no pretende más que constatar la presencia del anarquismo, y por consiguiente su posible inclusión en el citado esquema, a partir del análisis de las publicaciones que los mencionados ideólogos anarquistas realizaron. Tarea que será plasmada en el capítulo siguiente.

Sin lugar a dudas, la problemática de los orígenes de la Sociología en Catalunya, también podría abordarse, además del estudio de las corrientes de pensamiento que los hicieron posibles, a partir de las respuestas que los distintos sectores de la sociedad catalana dieron a la "cuestión social".

Punto en el que podrían entonces incluirse todas las corrientes mencionadas, sin mayores problemas a la hora de valorar la pertinencia de su inclusión. Pues, una vez delimitada la relevancia específica del positivismo como parte del pensamiento que impregnó todo el siglo XIX, podrían situarse los sectores mencionados de la manera siguiente: En primer lugar, todos los relacionados con una respuesta conservadora a dicha "cuestión". Ya fuesen partidarios de un cierto reformismo, ya se mostraran plenamente partidarios de una defensa a ultranza del orden social vigente. En segundo lugar, los sectores sociales que podrían calificarse como defensores de una opción de cambio. Opción que para algunos sería sinónima de Revolución, entendida como transformación radical del orden social dominante, como en el caso de los anarquistas. Pero, que en cierto modo y dadas las dificultades de establecer límites en cualquier clasificación, también permitiría citar a personalidades como Santiago Valentí i Camp. Figura que si bien siempre colaboró con los partidarios de la reforma y nunca se manifestó a favor de lograr cambios radicales, tuvo una clara posición política en la izquierda más progresista de este país. Y lo que resulta más destacable para esta investigación, laboró siempre en favor de desarrollar en Catalunya una Sociología de carácter científico.

En resumen, en este país, frente a la "cuestión social", motor incuestionable del desarrollo de la nueva ciencia social, las respuestas surgieron por parte de quienes ocupaban una posición de dominio y privilegio en la organización social, al igual que sucedió en el resto de España. Pero puede añadirse que en el marco catalán también respondieron a esa "cuestión", quienes por el contrario vivieron en perpetuo

conflicto con tal organización, al ocupar en ella la posición de dominados. Esquematización que como resulta evidente, requiere de algunos matices que serán detallados en los apartados siguientes.

4.2.1. El Positivismo en Catalunya

El ICTINEU - Diccionari de les Ciències de la Societat als Països Catalans - define el positivismo "... como el pensamiento característico de la burguesía triunfante en la Europa occidental entre 1830 y 1870" (27). De hecho según se amplía en el mismo Diccionari, el positivismo también es sinónimo del cientifismo decimonónico y puede considerarse como una síntesis entre los dos movimientos ideológicos que le precedieron: la Ilustración y el Romanticismo. De la Ilustración, según esa misma fuente, heredará la confianza en la razón, la definición kantiana de la ciencia y un proyecto de estudio para las ciencias humanas transferido mecánicamente, a partir del de las ciencias físico-naturales. Punto este último que resultará ser el más difundido como definición real del término. Por el contrario frente al Romanticismo "... el positivismo representa un intento de racionalización de aquellas partes de la realidad - la religión, la nación, etc., - cuya existencia había reivindicado el romanticismo contra su negación o ignorancia por parte de los ilustrados" (28).

Su significación ideológica, al pretender que el conocimiento no tiene la suficiente comprensión pasiva y por lo tanto necesita de lo existente - de "lo positivo" - ha desembocado en posiciones generalmente conservadoras. Sin embargo, no debe olvidarse que en el contexto histórico de su aparición

fue una respuesta progresiva encaminada a la consolidación del nuevo orden social, surgido tras la Revolución Burguesa. En realidad, en los comienzos del sistema de producción industrial, máxima expresión positiva de la base de la nueva organización social, dicho sistema fue defendido comúnmente por burgueses y por obreros (29). Y ya ha sido citado el optimismo científico del que hicieron gala los anarquistas catalanes, cuya fe positivista les permitió compartir la creencia, según la cual la Sociología podría definir científicamente la sociedad futura. El que posteriormente Comte fuera quien, más cercano a posiciones de reforma que de Revolución, tuviera más éxito a la hora de consolidar los verdaderos objetivos de esta disciplina, es otra cuestión.

Según acota Núñez Ruiz, en su estudio sobre la mentalidad positiva en España (30), "...tras el naufragio del sexenio revolucionario, sobreviene la crisis de la metafísica idealista y se va a registrar, a tono con las nuevas solicitudes de los tiempos, un significativo "punto de inflexión" en el pensamiento español decimonónico. Vamos a asistir sencillamente al tránsito de la mentalidad idealista y romántica a la mentalidad positiva en la España del siglo XIX" (31). Lo que en opinión de este mismo autor, tal tránsito consigue en el terreno de "lo social" es "... la racionalización y ordenación moderna de la sociedad española, (planeamientos) auspiciados en la mayoría de los casos por varios grupos renovadores, tanto liberales como católico-sociales, que vienen a configurar en este sentido una importante línea de reformismo social positivo, entre 1880 y 1914, con plasmación institucional en organismos tales como la Comisión de Reformas Sociales (...) y más tarde el Instituto de Reformas Sociales (...) con una amplia proyección en

los movimientos regeneracionistas del gozne de los siglos XIX y XX" (32).

Pero a pesar del indiscutible interés de lo afirmado por Núñez Ruiz, tal generalización a todo el territorio español resulta inexacta. Ya que las limitaciones del proceso de industrialización y la debilidad de la sociedad burguesa provocan no sólo la práctica ausencia de un positivismo original, sino además que sea únicamente el área catalana donde de manera tardía se desarrolle con fuerza el positivismo. Esto es así porque desde 1835 el foco barcelonés actúa casi como pionero del pensamiento cultural europeo en España. Siendo fruto de tal situación la aparición de los pensadores que pueden ser considerados como precursores de los científicos sociales de la etapa de la Restauración borbónica. Son los ya citados, Felip Monlau, Salarich, Cerdà o el mismo Pi y Margall que facilitarán un camino en el que posteriormente surgirán dos de los más claros exponentes del positivismo español: Pedro Estasén, principalmente y en menor medida Pompeu Gener, ambos de origen catalán.

Asimismo cabría quizás citar como precursor del positivismo en Catalunya al frenólogo Mariano Cubí (32bis). Cubí fue el introductor de la teoría frenológica de Gall en la Barcelona de 1842, a su regreso de Cuba. Gall fue considerado por Comte como el primer psicólogo positivista y tales ideas tuvieron gran influencia en la escuela de criminólogos italianos. Escuela ya citada, como introductora del positivismo en España a través de la Antropología criminal. Por otra parte, esta ciencia, gracias a los estudios de Lombroso sobre la psicología de los anarquistas-terroristas tuvo una gran incidencia en los ácratas catalanes. Especialmente en la figu-

ra de Ricardo Mella, que escribió Lombroso y los anarquistas. Refutación, en 1896, editado por la revista "Ciencia Social" (33).

Pero es la figura de Pedro Estasén la que con mayor relieve destaca en los orígenes del positivismo en Catalunya. Siendo a la vez uno de los más claros introductores del pensamiento comtiano en España. Tareas ambas que, en una primera época de su producción intelectual, estuvieron representadas por los esfuerzos de Estasén en deshacer los recelos y alarmas que tal pensamiento causaba en los defensores a ultranza de que nada cambiara. Según decía con tal fin: "el positivismo no es lo que generalmente algunos creen, la negación de los grandes principios del orden moral, sino por el contrario, una filosofía que si en algo puede tildársele es por lo que se refiere a su escrupulosidad y mesura; de espíritu anti-revolucionario y esencialmente conservador, en el buen sentido de la palabra" (33bis). Si bien añadía, tal pensamiento también recogía "...la evolución tan radical en los conceptos humanos, en las ciencias, en la industria, en la manera de ser de nuestras sociedades" (34), características que lo convertían en interesante novedad. Dichas palabras fueron pronunciadas, en unas conferencias que sobre el tema del positivismo tuvieron lugar en el Ateneo Barcelonés de la ciudad condal en 1877. Conferencias que cuando iban por la que ocupaba el quinto lugar tuvieron que ser suspendidas, por presiones de la gente de orden que predominaba en la citada entidad. Aunque al parecer calaron hondamente en los ambientes más liberales de la propia ciudad (35).

A la difusión del pensamiento positivista llevada a cabo directamente por Estasén en esas conferencias pronto se aña-

dieron otros esfuerzos. Ya un año antes, (1876), había aparecido en Barcelona la revista quincenal "El Porvenir", que se convirtió en el vehículo de expresión de los positivistas catalanes, al igual que en Madrid existió "La Revista Contemporánea", verdadera pionera en estos menesteres. Estasén colaboró ampliamente en ambas publicaciones y en la primera de ellas, fueron también asiduos colaboradores el ya citado Pompeu Gener y el político Valentí Almirall, portavoz del federalismo catalanista de nuevo cuño. Estasén en todo momento trató de difundir los principales aspectos de la obra de Comte, pero también de la de Spencer de quien destacaba su interés por el evolucionismo. Puede decirse que de la conjunción de ambas corrientes "sociológicas" surgió su propia obra, dedicada preferentemente al campo de la geografía y de la economía, disciplinas ambas donde llevó a cabo sus mejores logros.

Así, además de sus conocimientos sobre derecho mercantil, del que fue un gran tratadista, Estasén escribió para la Geografía General de Catalunya de Carreras Candi (1908-1918) el capítulo de Geografía Económica i Comercial del volumen destinado a Catalunya. Capítulo en el que recogía de nuevo algunas de las ideas expresadas al respecto en 1900 en otra de sus obras más significativas, Catalunya. Estudio acerca de las condiciones de su engrandecimiento y riqueza. Obra que constituía en cierta manera una de las primeras aportaciones "científicas" a las "teorías regionalistas" que en Catalunya nacían en aquella época, a través del movimiento incipientemente nacionalista conocido como "La Renaixença". El tema de la nación, por otra parte, había quedado definido por Estasén en un escrito de 1882, titulado El problema de las nacionalidades, donde se definía como nacionalista pero

no separatista, pues era partidario, según decía, de resolver la "cuestión catalana" en el seno de España. Sus ideas económicas vieron la luz preferentemente, además de las revistas citadas, en las tituladas "Catalunya", "Diario Mercantil", "Diario de Comercio y en la "Revista Jurídica de Cataluña". De esta última cabe destacar sus artículos sobre las Instituciones económicas y jurídicas de Catalunya que resuelven el problema social en el campo, publicados entre 1905 y 1906.

Políticamente, Estasén, si bien puede ser considerado como más progresista que sus contemporáneos de clase, debe ser enmarcado sin duda alguna dentro de un reformismo burgués claramente regionalista. Su admiración por el anti-radicalismo de Littré así lo evidenciaba, aunque las especiales características del ambiente cultural de su clase y de su época, profundamente tradicionalista y conservador, le convirtieron en "un verdadero innovador dentro del panorama científico español" (36).

Pompeu Gener, tal como ya se ha comentado, fue otro personaje de especial relevancia en el campo del positivismo español. Y así cabe reivindicarlo a pesar de que en su proyección histórica haya prevalecido con mayor fuerza el aspecto bohemio del final de su vida, en el que fue popularmente conocido en la ciudad de Barcelona con el sobrenombre de "Peius". Personalidad versátil y contradictoria, este barcelonés de ideas republicanas y federales fue positivista en sus obras de mayor enjundia científica y ferviente vitalista hasta el último de sus días. Coincidió además en algunas de sus ideas y actuaciones con el movimiento modernista en general y con el anarquismo en buena medida. Fue por ello, co-

mo más adelante se reseñará, uno de los colaboradores de la revista "Ciencia Social".

Un buen resumen de su pensamiento y de su obra lo ofreció él mismo, con motivo de que Urales le pidiera explicación acerca de quienes habían sido sus padres espirituales (37). Gerner que por aquel entonces ya había cumplido los cincuenta años se definía como un hombre de múltiples lecturas y viajes - Francia, Holanda, Alemania, Suiza, Bélgica, Italia, Inglaterra, Grecia y Rusia - habiendo residido buena parte de su vida en París. Ciudad en la que había cursado la carrera de Medicina. Según él mismo cuenta, había estudiado además las carreras de Ciencias y de Farmacia en España y realizado estudios de Filología comparada, lenguas orientales primitivas, Prehistoria, Antropología, Filosofía, etc., en los diversos países que había visitado. Complejidad de saberes que le hacían decir que ningún autor español le había influido. Pues según su entender "...está demasiado bajo el intelecto español en este siglo para influirme; los antiguos son de tendencias antihumanas, hasta los geniales, que si en algo me han influido será en sentido negativo, inspirándome repulsión" (38).

Sin embargo este rechazo no era compartido en lo relativo a autores extranjeros. Sobre este punto añadía: "Como todo hombre de ciencia, he seguido el sistema inductivo en mis especulaciones, y dentro de este sistema, el que me ha influido tal vez más es sir Ch. Darwin. El, para mí, ha dado la más universal de las leyes de la Naturaleza que hasta ahora conocemos. Claudio Bernard, que fue mi maestro de fisiología en París, influyó mucho hace ya unos veintidós años en mi joven espíritu. Taine también, aunque en menor grado.

Admiré a Renan, al cual frecuenté, pero si algo influyó en mi, fue sólo en lo concerniente a la tolerancia de ideas.

"Littré influyó más, junto con Comte (a quien conocí personalmente), pero de ello sólo tomé el método que hace renunciar a especulaciones sobre lo que no está comprendido en el trozo de serie fenomenal que cae bajo nuestro alcance" (39). Confesión de buen discípulo positivista que tuvo su recompensa en el prólogo que el propio Littré escribió para la obra de Gener titulada La muerte y el diablo, publicada en francés en 1880 y en castellano tres años más tarde. En ese prólogo Littré consideraba que la situación del pensamiento español estaba en el estadio metafísico, "según la fase tan bien descrita por la Sociología" y se encaminaba hacia la fase positiva (40). El autor francés ignoraba, como muy bien apunta Núñez Ruiz que a la Sociología en España, por aquel entonces, "más de medio país la considera tremendamente subversiva y no duda en colocarla al mismo nivel de peligrosidad social que la Internacional" (41).

Gener colaboró también en la ya citada "Revista Contemporánea", portavoz del positivismo madrileño y dentro de su abundante obra escrita, merece destacarse como claro exponente de su acendrada fe positivista, en primer lugar: Herejías. Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles. Texto publicado en Madrid en 1886 y del que según su autor, a comienzos de siglo, se habían realizado otras dos ediciones. En segundo lugar, Amigos y Maestros. Contribuciones al estudio del espíritu humano a finales del siglo XIX, que cuenta con un capítulo sobre el ya citado Littré y fue asimismo publicada en Madrid por Fernando Fe en 1895-96. Cabe añadir sin embargo, que sus artículos de Sociología, que

según el propio autor en confesión a Urales dice haber escrito en español y especialmente en francés, no llegaron a publicarse. Tratar de recuperarlos seguramente serviría para revalorizar la entidad científica de este "sociólogo positivista" y "anarquista individualista", según los calificativos que Urales utilizó en su valoración del autor, al situarlo en la evolución de la filosofía española.

Sin temor a caer en grandes errores, puede decirse que los anarquistas sintieron la influencia del positivismo e incluso se puede afirmar que los referenciados en esta investigación como ideólogos principales del movimiento y la ideología ácrata en Catalunya fueron positivistas. Como muestra de los múltiples ejemplos que podrían enumerarse de manera significativa, pueden citarse: el caso de Gaspar de Sentifón, joven médico impulsor de la sección barcelonesa de la Primera Internacional, que aún antes de que los anarquistas catalanes se definieran como tales, ya traducía en 1873 Ciencia y Naturaleza de Büchner; los diversos capítulos y artículos escritos por Fernando Tarrida del Mármol sobre la materia que él denominaba "Sociología matemática", así como sus traducciones y referencias a los autores positivistas más representativos (42), y por último, un título de Anselmo Lorenzo suficientemente característico, Fuera Política. Demostración de la justicia y conveniencia de que los trabajadores se separen de la utopía política para dedicarse al positivismo social.

Pero a pesar de esos afanes positivistas, los anarquistas siempre desconfiaron de Comte (43) y se limitaron a utilizar lo que mejor les convino de esa doctrina para reforzar sus intereses. A saber, la idea de que la nueva ciencia de la

sociedad podía ser viable utilizando el mismo método que hacía posible las ciencias físico-naturales. Mecanismo que había de permitir la definición científica de la sociedad futura, una vez que la nueva ciencia se desarrollara apropiadamente. En realidad, los anarquistas en lo que creían era en las posibilidades emancipadoras de la ciencia en general y en función de ello su "cientifismo" se vestía de positivismo, porque positivista era el conocimiento científico de su época. Y con la misma actitud afrontaron las otras dos grandes corrientes científicas del momento: el evolucionismo y el materialismo.

Tal como ya se ha comentado, Pi y Margall les había puesto sobre aviso acerca de las connotaciones conservadoras de tal filosofía científica. Asimismo Proudhon e incluso Bakunin continuaron advirtiéndoles de los peligros totalitarios y reformistas del positivismo comtiano. En España, Gener con su individualismo elitista y Estasén con su reformismo de burgués moderado, así lo corroboraron. Pero el afán revolucionario de los anarquistas, unido a su fe en un progreso ilimitado actuaron como antídotos excelentes para paliar la aparente sinrazón de unos anarquistas positivistas, esperanzados en llegar a una definición científica de la sociedad futura.

Según tal creencia, ese pequeño núcleo de ideólogos libertarios se convirtieron en los más fervientes defensores de tal posibilidad de la Sociología. Ciencia social que, en su optimismo, sólo a los ácratas había de conceder sus frutos. Pues en su opinión, los católicos, los reformistas o cualquier otra ideología, que pretendiera apoderarse de aquellos nuevos conocimientos en beneficio propio, fracasaría. La So-

ciología sólo podía existir como sinónimo de Anarquía. Numerosos son los escritos que testimonian tales aseveraciones. Escritos cuyo contenido será analizado con mayor detalle en el capítulo siguiente.

4.2.1.1. Algunos estudios sobre la condición obrera de la época

Dentro del apartado dedicado a reseñar cuales fueron las vías de penetración del positivismo en Catalunya, no estará de más considerar una serie de estudios sobre la clase obrera realizados en aquella época. Puede decirse que la creciente preocupación por la denominada "cuestión social" dio lugar a la aparición de una serie de investigaciones sobre las condiciones de vida de quienes menos favorecidos estaban en el nuevo orden social. Investigaciones que incluso en algunos casos llegaron a alcanzar los grados de empiria suficientes como para poder calificarlas, en la actualidad, de estudios sociográficos. Por lo que como tales, resultan perfectamente englobables dentro de los caminos que hicieron posible la Sociología en Catalunya.

Aunque auspiciados por distintos sectores y grupos sociales, puede afirmarse que tales estudios tenían en común una cierta impronta positivista. Es decir, estaban inspirados en gran manera por un afán de conocer científicamente aquel nuevo fenómeno social, las condiciones de vida de los proletarios, utilizando métodos y maneras propios de las ciencias fisico-naturales. Algunos de ellos no hacían más que proseguir una ya larga tradición iniciada en Catalunya por médicos higienistas en la década de los años 50, (Pere Felip Monlau, Joaquín Salarich, etc...). Esa misma línea fue la

quica y reorganizar la sociedad. Reorganización que habría de llevarse a cabo de manera científica, en primer lugar, según lo que la acepción del término significaba en el campo de las ciencias de la Naturaleza. Y en segundo lugar, según los resultados dictados por una nueva ciencia de la sociedad - llamada física social o Sociología - que podría adquirir al fin el carácter positivo (12).

Las dos primeras lecciones del citado Curso están dedicadas de manera especial al desarrollo de esas ideas básicas. Resumiendo brevemente su contenido puede decirse que la primera se inicia con la conocida ley de los tres estadios que determina la evolución de la Humanidad, en un claro paralelismo con la evolución del individuo. El primer estadio, llamado teológico o ficticio, habrá de coincidir con aquél en el que la mente humana busca la causa última de los fenómenos. Causa que logrará encontrar en lo absoluto, a través de la voluntad de seres sobrenaturales y que en general se puede hacer corresponder con la etapa en que la Humanidad ha estado dominada por la creencia en los dioses.

El segundo estadio es el metafísico, donde las explicaciones causales se suelen resolver mediante entidades abstractas - éter, principios vitales, etc... - a las que se cree reales. Entidades, que vienen a substituir en este proceso de evolución de la Humanidad a los antiguos dioses. El tercer y último estadio es el positivo o científico, donde toda explicación acerca de lo que produce los fenómenos queda reducida a los propios hechos y a las relaciones que existen entre ellos. En ese estadio, ya no se intentará encontrar las causas más o menos metafísicas, sino que por el contrario la

que continuó un hombre como Ignasi Valentí Vivó, catedrático de medicina legal y toxicología en la Universidad de Barcelona desde 1875; fundador de la Academia de Higiene de Catalunya y del Instituto de Medicina Legal y Forense, y fuertemente preocupado por la problemática social en torno a las condiciones de vida del proletariado industrial. Su obra sobre La sanidad social y los obreros, publicada en 1905 en la colección "Biblioteca Sociológica Internacional", era considerada por el director de la misma, Valentí Camp, hijo suyo, como "uno de los libros más pletóricos de honda sabiduría realista e inspirado en la Sociología inductiva" (44). Comentario que si se exceptúa la valoración metodológica puede hacerse extensivo a la memoria de Pedro García Faria: Memoria. Saneamiento de Barcelona. Condiciones higiénicas de la urbe. Su mejoramiento. Disminución de la mortalidad de sus habitantes y aumento de la vida media de los mismos. Trabajo que vería la luz en Barcelona en 1884 y que en cierto modo sería el más claro continuador de la óptica urbanística que Ildefons Cerdà utilizara veinticinco años antes.

Desde una perspectiva parecida pero esta vez con el objetivo de dar cuenta y detalle de cada uno de los factores que componían la vida cotidiana de los obreros, podrían citarse otros estudios. Estudios que en este caso tienen en común, además de lo ya citado, el haber sido realizados por extranjeros, en concreto franceses. El más conocido es posiblemente el de Angel Marvaud, La question sociale en Espagne, publicado en París en 1910. En ese estudio, Marvaud analiza las pésimas condiciones en las que viven y trabajan los proletarios industriales de primeros de siglo. Y si bien no sólo se limita al proletariado catalán, las especiales carac-

terísticas de la industrialización en España, convierten al "foco barcelonés" en el protagonista del estudio.

A conclusiones similares había llegado M. Cambon que en 1890 escribió Les conditions du travail en Espagne. Cambon era por aquel entonces embajador de Francia en España y desde Madrid dedicó algunos de sus esfuerzos a dar una visión global sobre las condiciones de trabajo que se daban en las fábricas, mencionando de manera especial al proletariado catalán. En su breve resumen no dejaba de citar los intentos reformistas de personalidades como las del ya citado rector de la Universidad de Valencia - Eduardo Pérez Pujol - y de organismos como la Comisión de Reformas Sociales. Una visión más economicista es la que ofrece André Barthe y Barthe en un trabajo premiado en diversas ocasiones por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, que fue publicado en Madrid en 1896 con el título de Les Salaires des ouvriers en Espagne. Cabe asimismo comentar, en último lugar, el extenso trabajo de J. Valdour que aunque publicado unos años más tarde, 1919, merece parecidas consideraciones. Especialmente porque en su estudio titulado La Vie Ouvrière: L'ouvrier espagnol: Observations Vécues, uno de los dos tomos de que consta la publicación está íntegramente dedicado a Catalunya.

Capítulo aparte merecen también los estudios e informes propiciados por organismos gubernamentales de la época, sensibilizados ante los problemas sociales que la industrialización producía. Desde las respuestas dedicadas a la Comisión de Reformas Sociales a otras iniciativas de signo parecido y ámbito estrictamente local y barcelonés. Entre estas últimas, las más significativas fueron los informes recopilados

por el Instituto Social, por la Comisión de Estadística del Museo Social y las Memorias Estadísticas elaboradas por el propio Ayuntamiento de Barcelona. En todos ellos, los datos recopilados han servido posteriormente como fuente documental de gran interés, para historiadores y estudiosos deseosos de conocer más detalladamente la realidad social de los años que sirvieron de bisagra entre el siglo pasado y el actual (45). A nivel anecdótico, cabe citar como en el repaso de dicho material se ha encontrado la cita de una cierta "Academia Sociológica", de la que no se ha podido encontrar otra noticia que la que da Jutglar en su artículo sobre la enseñanza en Barcelona en el siglo XX (46). En ese artículo, Jutglar describe las peripecias que sufrió un presupuesto extraordinario de cultura del Ayuntamiento de Barcelona, en el año 1908. Y parece ser que entre las entidades y asociaciones que se mostraron a favor de tal presupuesto, junto a numerosos Centros Republicanos Autonomistas, Cooperativas y Centros Obreros firmó la citada Academia Sociológica. Entidad a la cual cabe suponer ligada a gentes amantes del progreso y de la ciencia.

Por último, en este breve repaso, no pueden dejar de comentarse las publicaciones que sin llegar a alcanzar la categoría de monografías o trabajos de relevancia, debido a la escasa calidad empírica de sus datos, merecen destacarse por su proximidad a las propias fuentes obreras. Este sería el caso del ya clásico - El obrero en España. Notas para su historia política y social - de Práxedes Zancada (46bis) o del estudio de Cels Gomis, colaborador de diversas publicaciones anarquistas y personaje de gran valía cultural (47). Gomis publicó El Catolicismo y la cuestión social. Examen crítico de los acuerdos del Congreso Católico de Lieja en

1886, en Barcelona. En ese examen crítico, pueden encontrarse además de una clara defensa de las posiciones teóricas del anarquismo, como modelo de solución para la emancipación de los obreros, un fuerte ataque al poder de la Iglesia Católica. Para ello, Gomis da cifras estadísticas del número de parroquias existentes en España desde 1769, así como su evolución en España y Europa. Referencia a continuación el lujo en el que viven los burgueses católicos y como evidencia de su crítica da cifras sobre el tamaño de las viviendas y tipo de habitáculo en el que viven los obreros. Cita como muestra representativa el barrio de Gracia de la ciudad condal y lo compara con datos de las similares condiciones que padecen los obreros europeos. Datos extraídos de una serie de publicaciones de cuyos autores destaca su calidad de no obreros para que no pueda ser acusado de fácil partidismo.

Características parecidas pueden asimismo encontrarse en los diferentes artículos que periódicamente publicaban los anarquistas en relación al precio de los alimentos, salarios, alquileres y condiciones de vida en general de los obreros. Artículos y datos que desmienten en parte la opinión del historiador del movimiento obrero español Romero Maura (48). Autor que por el contrario considera que los anarquistas, al no aceptar el gradualismo como táctica política, tienen unas publicaciones pobres en datos empíricos sobre lo que aquí se comenta. Para desmentirle, sólo es menester hojear revistas como las ya citadas, ("Acracia", quizás sea la más representativa en este sentido), y comprobar como continuamente aparecen estudios con datos empíricos para reafirmar los argumentos que en ellas se exponen. Datos estadísticos, de elaboración propia o entresacados de publicaciones

oficiales o extranjeras, que les permiten "demostrar" sus principios.

Pueden citarse como ejemplo de lo expuesto, datos sobre la diferenciación social de la mortalidad por clases sociales (49); datos sobre la extensión y densidad de población según el aprovechamiento del terreno en las distintas provincias españolas para demostrar la "no gandulería" de los "no catalanes" (50) o datos sobre la composición calórica de los alimentos para evidenciar la pobreza o insuficiencia del régimen alimenticio del proletariado (51). En este artículo concreto, titulado El déficit del trabajador que firma "G." (¿Cels Gomis?), se dan además referencias de "la memoria del ingeniero de caminos D. E. Estrada, Condiciones que deben reunir las viviendas para ser salubres, recientemente premiada por la Sociedad Española de Higiene. Madrid, 1886" (52). Los datos sobre el déficit del trabajador se completan con un resumen de los gastos mínimos necesarios de alimentación, alquiler de vivienda y calzado y vestido de un obrero, comparándolos con los distintos jornales obtenidos según los diferentes oficios. Otros datos de parecidas características hacen referencia al producto que fabrican determinadas industrias extranjeras, expuestos con el fin de evidenciar el proceso de concentración de las grandes industrias (53). O bien son cifras sobre la mortalidad infantil, extraídas del censo de población de Barcelona de 1886, que expresan las pésimas condiciones de vida de los obreros urbanos (54). La relación de ejemplos podría ser mucho más extensa pero no por ello sería más representativa. El interés "positivista" de los anarquistas era en este sentido algo evidente.

Sin embargo, no sería justo atribuir un interés por el positivismo y aun por las posibilidades emancipadoras de la Sociología a los obreros anarquistas en exclusiva. Ya que otros representantes de la clase obrera, si bien de pensamiento y acción más moderados, también expresaron por igual su confianza en términos similares a los ya citados. Así "El Obrero", órgano de la asociación obrera "Tres Clases de Vapor", fundado en 1880, fue una de las publicaciones con mayor información sociográfica sobre la clase obrera de la época, residente en Barcelona y comarcas. Tenía incluso una sección diaria destinada a reseñar estadísticamente los "Accidentes de Trabajo" (55) ocurridos en la jornada. Y en 1884 publicó una estadística de los riesgos profesionales que el desarrollo industrial entrañaba para los proletarios. Datos que posiblemente sería interesante comparar con los que en la actualidad manejan los sociólogos y estudiosos del mundo del trabajo.

En general, puede decirse que la diferencia entre los datos de "El Obrero" y los publicados por los anarquistas, de existir, radicaría en el mero afán descriptivo de los primeros frente al afán de explicación causal que contenían los segundos. Pues si bien, los miembros del "Centro Obrero de Barcelona", compuesto en su mayoría por miembros de la asociación obrera antes citada, creían al igual que los anarquistas en las posibilidades de una "Sociología democrática" que aspirara a la completa emancipación de la clase obrera, su optimismo científico-positivista era sensiblemente menor. Es más, aunque poseedores de parecida creencia en la ciencia, tal pensamiento no derivó nunca hacia la lógica aplastante de la Revolución o del cambio radical del orden social vigente, como sucedía en el caso de los ácratas.

Cabe añadir, como acotación menor, que aun cuando de las "Tres Clases de Vapor" surgió a comienzos de la década de 1880 una tendencia del movimiento obrero de corte marxista y revolucionario, el posibilismo posterior de la propia asociación frustró tal orientación. Orientación que en la Catalunya de la época mantuvo como ya es sabido una actividad ciertamente reducida. En cualquier caso, la mayoría de los miembros de esa asociación estuvo alejada de tal tendencia, manteniendo unas actitudes frente a la cuestión social mucho más moderadas. Actitudes que les valieron en muchos casos el epíteto de "dormideras", por parte de sus compañeros libertarios.

4.2.2. El Catolicismo Social

Para continuar con el planteamiento del esquema mencionado en los orígenes de la Sociología en España, debe ahora tratarse de la corriente de pensamiento denominada catolicismo social. Con este nombre cabe calificar toda una serie de ideas y autores que si algo tienen en común es el haber utilizado como refugio o plataforma la doctrina de la Iglesia Católica. Utilización llevada a cabo tanto en Catalunya como en el resto de España pero en la que esta característica geográfica no es el único lazo común. Ya que tales autores y tales ideas, si de algún modo pueden también ser considerados, es como sustentadores de los valores de la burguesía. De tal modo que puede afirmarse que así como el positivismo tuvo partidarios tanto en los individuos favorables a la defensa del orden social establecido, como en algunos obreros de tendencia anarquista, el catolicismo social fue exclusivamente defendido por elementos de la burguesía.

Impulso que aunque no fue unánimemente compartido por todos los miembros de la clase burguesa, aquí interesa analizar en lo relativo a las diversas respuestas que bajo esa identidad ideológica se dieron a la cuestión social. Respuestas que sólo y lógicamente se circunscribirán al área catalana. Para ello y con el fin de de delimitar mejor las singularidades de esas respuestas será conveniente volver a señalar lo ya comentado sobre el tema por autores tales como el tantas veces citado Jutglar (55bis) o el estudio ya comentado de Casterás, Las actitudes de los sectores catalanes en la coyuntura de los años 1880 (56). En ambos casos, se destacan tanto los argumentos teóricos como las soluciones prácticas que, desde los diversos sectores conservadores, se aportaron

para paliar los problemas sociales planteados en los años de la Restauración.

Un breve repaso a tales argumentos y soluciones permite rastrear la pista de una serie de estudios y opiniones que no resulta arriesgado aventurar sirvieron realmente para impulsar la aparición de la Sociología en Catalunya. Y esto es así a pesar de que el carácter científico de tales estudios no fuese ni explícitamente buscado, como lo fue en el caso del positivismo, ni pueda deducirse con facilidad en buen número de ellos. Pero no obstante, su importancia e interés es tal que no pueden dejarse de tener en cuenta. Así cabe destacar las personalidades y pensamientos de figuras como Durán y Bas, Camps y Fabrés, Ferrán, Puig y Savall o Alsina, dentro del campo de los ideólogos católicos laicos. Al igual que no pueden dejar de reseñarse los Collell, Sardà y Salvany o Torras y Bages, en el ámbito de los defensores del orden social vigente, desde el propio seno de la Iglesia Católica. Todos defendieron el sistema establecido utilizando las soluciones que la Iglesia proponía, si bien el espectro ideológico que abarcaron contempló matizaciones que van desde el reaccionarismo de un Sardà y Salvany o de un Ferrán a un cierto reformismo liberal de quienes no vieron con malos ojos actuaciones gubernamentales como la creación de la Comisión de Reformas Sociales en 1883. En este último caso estaría un personaje como Ramón Albó y otros de sus contemporáneos, quienes incluso posteriormente impulsaron, dado el fracaso de la citada Comisión, instituciones que en Catalunya substituyeron aquel intento de reforma social: el Instituto Social, fundado en 1906 y el Museo Social cuya constitución data de 1910.

4.2.2.1. Ignacio M. de Ferrán

Siguiendo con el intento de destacar los "logros sociológicos" más evidentes de los más insignes ideólogos del catolicismo social en Catalunya, deben detallarse algunas de las obras de los autores antes mencionados. Cronológicamente, cabe citar en primer lugar, las Cartas a un arrepentido de la Internacional. Las huelgas de los trabajadores. Las Asociaciones de Obreros y las Cajas de Ahorros del catedrático de Derecho Político y Administrativo de la Universidad de Barcelona, Ignasi M. de Ferrán. Esta obra resultó premiada con un accésit por la "Real Academia de Ciencias Morales y Políticas" de Madrid en 1875 (57). En esas cartas Ferrán hace gala de un fuerte paternalismo reaccionario frente al tema de la cuestión social. Actitud encubridora de un cierto darwinismo social, que le lleva a justificar la existencia privilegiada de los fabricantes, capitalistas, jefes de industria, etc...

El autor además, el mismo año de la creación del Ateneo Barcelonés, (1872), como presidente de la sección de Ciencias Morales y Políticas de esa entidad pronunció una conferencia sobre los Principios de Ciencia Social (58). Conferencia que puede ser considerada como la primera exposición pública de esa ciencia en Catalunya, desde una óptica culta, o cuando menos distinta de la propiciada por los anarquistas desde los años de la Primera Internacional. Sin embargo una lectura detenida de ese texto pone de manifiesto que el carácter científico de la nueva ciencia de la sociedad, según establecían los cánones de la época, brillaba por su ausencia. Ferrán, por el contrario, se inspiraba para defender tales principios en un discurso que sobre la cuestión social había

pronunciado el obispo auxiliar de Ginebra - Monseñor Mermillod - desde el púlpito de Sta. Clotilde de París, aquel mismo año. Tratando además de seguir las directrices que Manuel Durán y Bas, presidente del citado Ateneo, había marcado unos meses antes en el discurso inaugural de la entidad sobre el tema, El socialismo contemporáneo.

Con todas estas referencias, preocupado además por "los atorradores latidos que hoy se perciben a través del cuerpo social" intentaba encontrar algún remedio en los mencionados "Principios" de: "aquel tronco, que no rama, como algunos dicen de los conocimientos humanos, que se llama genéricamente: SOCIOLOGIA, O CIENCIA SOCIAL" (59). Tras quejarse amargamente de que el principio de autoridad "tradicional y moral" se había visto ultrajado por la "herejía político-social" urdida por hombres como Hobbes, Locke o Rousseau, principales responsables de la Revolución Francesa, y se apoyaba en una cita de Balme para aseverar que a consecuencia de ello: "...como vino la Revolución, el incendio vino también". (60) Incendio que la ciencia social había de venir a solucionar con el fin de restablecer las graníticas columnas del edificio social: La religión, el poder, la familia y la propiedad.

Según sus palabras: "El primero de los principios de toda verdadera Sociología, el más fundamental de todos los que son la base de Ciencia Social, es aquel principio, á la vez de fé, de esperanza y de caridad, ó misión de Dios, causa suprema, de la inmortalidad de nuestro espíritu y de la dulce compensación, en mejor vida, á las desigualdades del finito existir, fuérganos a ser hombres ántes que ciudadanos; a ser morales ántes que ricos, ántes que sabios, ántes que

gobernantes y gobernados; á someter, en fin todo plan, toda concepción de social organismo á este altísimo, nobilísimo Ideal de los futuros destinos" (61). Argumentos que podían ser igualmente interpretados en los términos escritos a continuación de los citados: "La ley moral, que lo es de la humana naturaleza, contiene la de SOCIABILIDAD, que integra al hombre: por tanto, la sociedad no es de origen humano, sino divino".

Tal expresión de anti-positivismo quedaba igualmente reflejada en los dos "Principios" restantes. Si en el primero se apelaba, como ya se ha visto, al origen divino del hombre, en el segundo se afirmaba la preeminencia del derecho natural. Derecho según el cual, la libertad era principio absoluto mientras que la igualdad sólo era principio de relación. De donde surgía el que la igualdad no pudiera defenderse "hasta el absurdo, hasta la animalidad afirmada por Rousseau" y hubiera que proponer las reformas sociales "que acepta y propone, (...) el docto y erudito Mr. Le Play" (62).

El tercer "Principio" hacía referencia al carácter de las instituciones políticas que habían sido producto de "la armonización de los dos elementos histórico y filosófico; -Este representando lo que tiene de uno, de Común, y aquel lo que tiene de vario y particular el social progreso" (63). Reivindicaba a Savigny como jefe de la escuela histórica, tras hacer el elogio de Burke. Como máximo representante de la escuela filosófica citaba a Fichte pero abominaba del "funesto individualismo hoy al uso". Según Ferrán, la síntesis entre ambas escuelas debía ser la solución ya que deplo- raba los excesos de la escuela histórica al tratar de uni-

formar todas las Naciones. Tales excesos decía van "... dando amargos frutos, y es menester que concluya - si es que ya no se quiera ir, cual lo pide la Internacional, á la más completa supresión de las nacionalidades, grandes y chicas, antiguas o modernas" (64).

Pero a pesar de lo dicho, lo esencial de los tres "Principios" quedaba resumido en una única e importante consecuencia: "... a saber: - que la Ciencia Sociológica es, a la vez, Ciencia de razonamiento y observación o experimental, pero nunca lo podrá ser de sentimiento y fantasía; y que no tiene derecho, por lo mismo a sostener teorías opuestas a la congénita organización de la Sociedad, o sea teorías fundamentalmente revolucionarias, quien, apoyado en la Filosofía y la Historia, no sea capaz de demostrar, acto continuo, la falsedad de los principios expuestos..." (65). Confusa amalgama de ideas que pretendía contrarrestar la utilización que se hacía de aquella nueva ciencia con fines revolucionarios o cuando menos ligados a sectores de la clase obrera (66).

La defensa del orden social establecido que Ferrán pretendía llevar a cabo mediante la Sociología tenía un fuerte componente religioso. Pues según su criterio, la causa que verdaderamente generaba el conflicto contemporáneo era - tal como había extraído del folleto de Monseñor Mermillod - la exclusión de Dios del gobierno y dirección del mundo. Tal pensamiento entroncaba a la perfección con el extraordinario peso que la tradición de la doctrina católica había tenido y tenía en el desarrollo de la incipiente Sociología en Catalunya, desde los días en que Balmes escribiera "La Sociedad". Tradición largamente mantenida hasta bien entrado el siglo XX y que encuentra en los nombres del obispo Torras y

Bages, de J. M. Llovera o del padre Vicent, así como en sus seguidores, a sus más insignes representantes. En contraposición a ella, la postura opuesta, que en cierto modo puede decirse iniciada por los anarquistas o por sectores sociales más progresistas, se frustró apenas nacer y tardó largos años en recuperarse.

Sea cual sea sin embargo, la consideración acerca de quienes fueron los impulsores de la Sociología en Catalunya, no cabe duda de que Ferrán merece ser reconocido entre ellos, especialmente por su labor como presidente de la ya mencionada sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés primero, y desde la presidencia de esa misma entidad a partir de 1877. Año en que, debe recordarse, Pedro Estasén daba su ciclo de conferencias sobre positivismo.

4.2.2.2. la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés

En 1875, la activa sección de Ciencias Morales y Políticas, entre sus múltiples actividades sacó a debate el tema de "Las mejoras y reformas sobre la educación de la mujer". En ese debate el ilustre catedrático de Derecho Político, Ignacio M. de Ferrán tuvo ocasión de mostrarse contrario a la igualdad de los sexos, expresando el sentir general de los hombres de su época. Unos años después, en 1880, un año después de la muerte de Ferrán, la sección, presidida entonces por el diputado José Zulueta, patrocinó unas conferencias dominicales sobre las condiciones de vida de los obreros. Zulueta del que apenas se tienen noticias (67), según las actas del Ateneo Barcelonés (68), fue un personaje que pre-

senta un cierto interés por lo que atañe a los balbuceos de la Sociología catalana.

Así, Zulueta que fue autor de un texto titulado La ciencia y el arte de pensar correctamente (69), era al parecer un ferviente admirador de las teorías de Spencer, expresadas en El Individuo contra el Estado. Con el fin de propagarlas, llegó a pronunciar diversas conferencias en el mencionado Ateneo, causando una fuerte polémica. En 1884, habló concretamente de ese libro en la sección de Ciencias Morales y Políticas y un año después lo hizo acerca de la "Eficacia del Gobierno Representativo", en el discurso inaugural del curso de la mencionada entidad. Volviendo en 1888 a repetir la misma actuación, pero esta vez con el título de "El parlamentarismo inglés". En el interín de esos cuatro años había pronunciado además una conferencia dominical sobre Las Utopías Sociales (1884) e incluso unos años antes, (1880), había pronunciado un discurso en el seno de la sección repetidas veces mencionada sobre Las Bases jurídicas para la solución de los problemas sociales modernos. Discurso que dado su interés fue reproducido íntegramente en el boletín del Ateneo.

Cabe reseñar asimismo, con el fin de destacar la importancia de la sección de Ciencias Morales y Políticas en los orígenes de la Sociología en Catalunya que, en 1887, siendo José M. Planas (70) presidente de la citada sección y Zulueta secretario del Ateneo, se llevó a cabo una discusión sobre las Relaciones del socialismo con el progreso moderno. Discusión en la que según relata el propio Zulueta en el acta de aquel año terciaron: "... los caudillos de las escuelas socialistas no inscritos en la lista de socios de esta casa, con lo cual tomó esta discusión un vuelo, una animación y una im-

portancia que redundaron sin duda en beneficio de su prestigio y de su bien adquirida reputación de tolerante e ilustrado" (71).

Según se sabe, acudieron a la invitación del Ateneo Barcelonés Anselmo Lorenzo, José Llunas, Caparró y Reoyo quienes sostuvieron los argumentos del por entonces todavía denominado socialismo militante "... no sólo con vigor y vehemencia (...) que se comprenden, pues a la postre pleiteaban su propia causa, sino también con una cultura intelectual, de muchos no sospechada, en los corifeos de las reivindicaciones del cuarto estado, y con una cultura social verdaderamente digna de este centro científico (72). Reconocimiento que no siempre fue concedido a estos anarquistas por parte de los sectores culturales burgueses y que por otra parte, los anarquistas tampoco buscaron, convencidos como estaban de la suprema bondad de sus ideas.

Manuel Durán y Bas, primer presidente del Ateneo Barcelonés, fue sin lugar a dudas uno de los ideólogos burgueses que más a fondo llegaron en el análisis teórico de la denominada cuestión social. Además del discurso sobre el socialismo contemporáneo, anteriormente citado, este decano de Derecho de la Universidad de Barcelona mantenía la opinión según la cual, el siglo XIX "había planteado parcialmente la cuestión social que debería ser resuelta en el siglo XX" (73). Opinión, que había sido expresada por primera vez en una ponencia que el ilustre jurista presentó en el III Congreso Nacional Católico, celebrado en Sevilla en 1892 y que tenía por título: Necesidad de la acción católica para resolver satisfactoriamente la cuestión social y formas prácticas para hacer sentir su benéfica influencia. Según resume acerta-